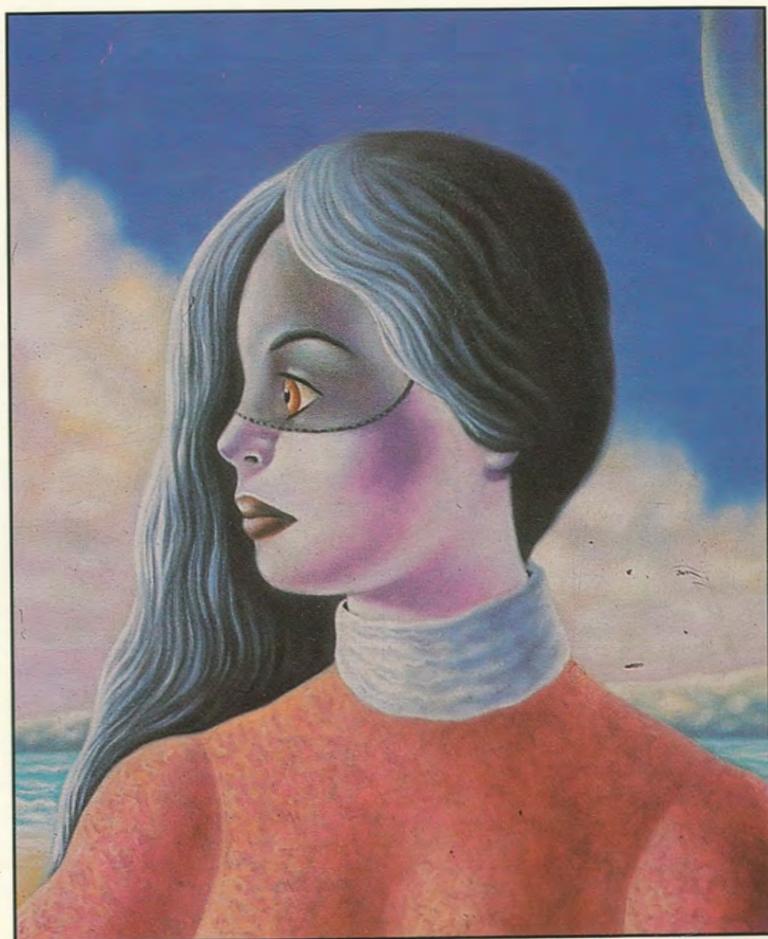


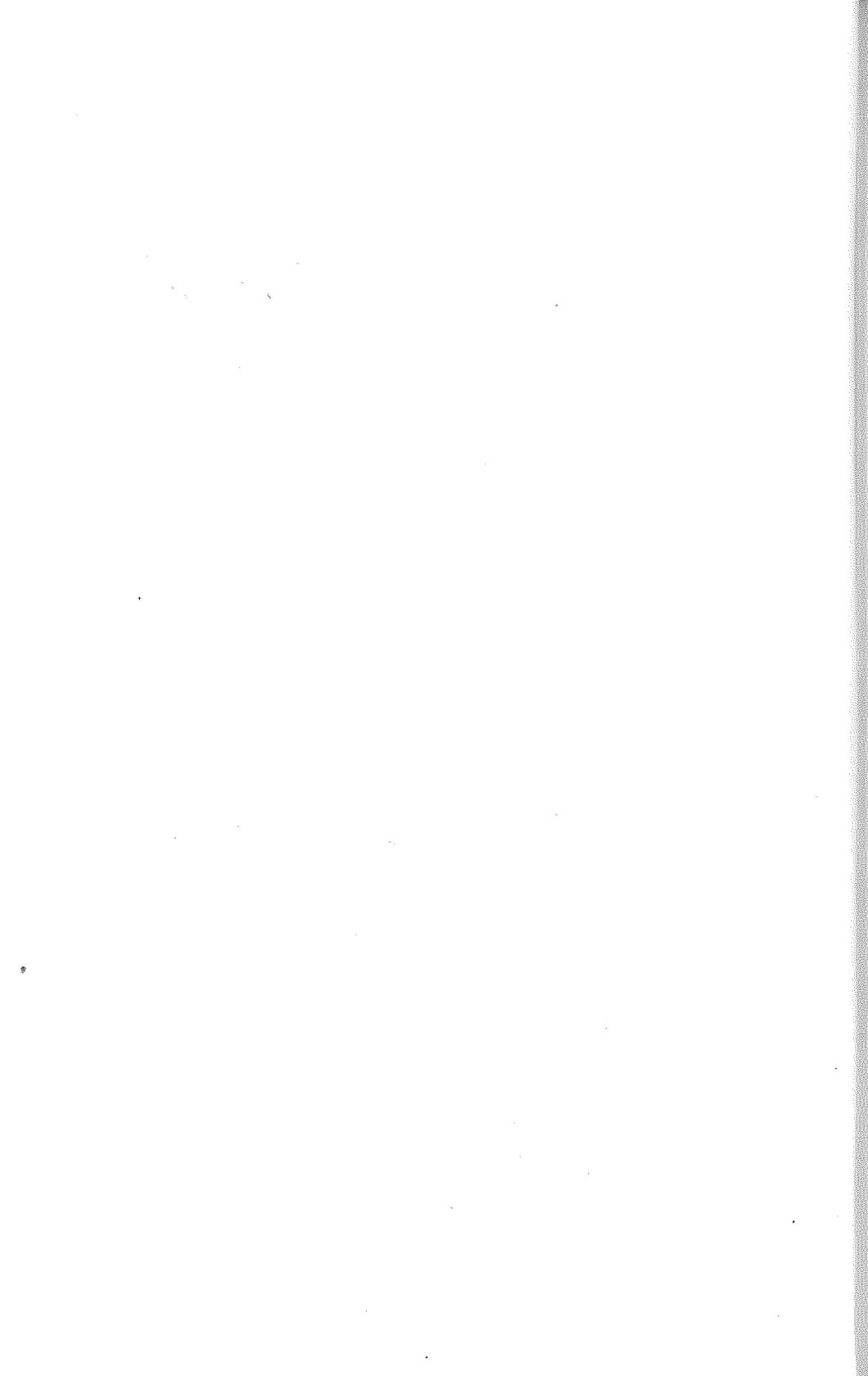
SÓCRATES NOLASCO

OBRAS COMPLETAS 1.-CUENTOS



BIBLIOTECA
DE CLASICOS
DOMINICANOS

XVIII



OBRAS COMPLETAS

1.- Cuentos

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Fotografía de Sócrates Nolasco (Caracas, Venezuela, 20 de julio de 1931).



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XVIII

SÓCRATES NOLASCO

OBRAS COMPLETAS
1.-CUENTOS

*Estudio preliminar de
Carlos Esteban Deive*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1994

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

La publicación de las Obras Completas de don Sócrates Nolasco ha representado para nosotros un objetivo acariciado por mucho tiempo y que sólo ahora, después de múltiples reflexiones y trabajos de acomodación en los materiales del escritor, podemos poner en manos de nuestros lectores. No ha sido éste un trabajo fácil, ya que existen discrepancias y variantes fundamentales entre las primeras versiones y las que, a base de castigar la forma y la prosa hasta límites inauditos, don Sócrates nos dejara como definitivas. Se nos han presentado así problemas casi insalvables, diríamos que problemas de conciencia, ya que sus primeras colecciones, Cuentos del Sur (1939) y Cuentos cimarrones (1958), como libros individuales fueron desarticulados y refundidos por el autor, a una distancia de 28 años del primero, con El diablo ronda en los guayacanes (1967). El caso es en extremo complejo, ya que con el traslado de los cuentos se efectuaron correcciones a fondo que eliminaban frases, pasajes y hasta títulos, suprimiéndose de pasada algunos de esos cuentos. Pero veamos: Cuentos del Sur puede rastrearse íntegro en El diablo ronda en los guayacanes, a pesar del cambio de títulos, si se advierten las notas que hemos puesto al pie de cada texto como una orientación indispensable al lector. No así ha sucedido con los Cuentos cimarrones, ya que once de ellos fueron suprimidos en la edición del 1967. Sin embargo, el valor indiscutible de estos últimos cuentos nos obligaba a devolverles su ubicación original y, lo que es más, la perspectiva histórica de esta narrativa singular exigía también restituir la unidad de los primeros libros, ya fechados en

una época determinada y tan importantes para estudiar la evolución de nuestra narrativa. Especialmente Cuentos del Sur marcó una época de búsqueda de nuestra sicología popular, colocándose en una perspectiva diferente a la que venía trabajando Juan Bosch con sus caracteres rurales. Don Sócrates concentraba allí su atención, más que en el campo, en los hombres y mujeres de los pueblos que se enrumbaban ya hacia una cultura citadina, como en el caso de esa joya que lleva por título "De cuello largo". De esta manera, y para no desplazar esta primera obra de Sócrates Nolasco del momento en que fue publicada (y en la que aparecen cuentos fechados en 1914, 1916, 1926, 1929 y 1936, cronología que no debe ser ocultada a los estudiosos del género) hemos resuelto atenernos al contenido de la primera edición. Ahora bien, las correcciones y variantes que a última hora quiso introducir el autor han sido respetadas en esta edición, ya que si por un lado contradecimos en cierta medida sus deseos, por el otro nos sentimos obligados a no desestimar lo que consideró sus versiones definitivas.

Los Cuentos cimarrones tienen una intemporalidad propia del folklore, de donde se han extraído los relatos. Aquí el propósito principal del autor no es el tema, de por sí fantástico y con el sabor de lo maravilloso, sino rescatar el habla popular o cimarrona, contando otra vez lo ya contado, al estilo de Hawthorne, aunque con más inocencia, con la espontaneidad de un Sandoveanu o con la clarividencia de los Hermanos Grimm. Ya dijimos, en otras ocasiones, que Sócrates Nolasco fue un alumno privilegiado del colombiano Tomás Carrasquilla, quien fundió más de un cuento popular en los suyos. "El dominicano usa su maestría de narrador para desaparecer en lo narrado tras las voces de reales o hipotéticos informantes, que si bien le dieron los motivos, exigieron de él la medida, la fidelidad a los giros arcaicos y un control de los elementos propios de la improvisación. Ningún otro trabajo exige al creador mayor lucidez. He aquí arte, y del bueno, del que un país necesita para tomar conciencia de sus posibilidades y como ejemplo para aquellos narradores que buscan afuera lo que tienen en casa". Nos parece bastante extraño el hecho de que don Sócrates dejara fuera once de estos cuentos en lo que presumimos era su edición definitiva: El diablo ronda en los guayacanes. Contradiciéndolo una vez más, y para deleite de los que tan aficionados somos a su prosa, rescatamos esos textos

sacrificados haciéndoles ocupar su lugar de origen, con lo que también repetimos el caso de los Cuentos del Sur, devolviéndole a la colección su título original, o sea Cuentos cimarrones. Quedan así fuera de volumen dos cuentos que no corresponden al género de los cimarrones: "El diablo ronda en los guayacanes" y "Gente de la aldea", los que unidos a cuatro cuentos más forman un grupo especial al que se ha dado como título el del primero. Como podrá apreciarse, la organización de esta obra nos ha costado muchas reflexiones, y así lo hemos dicho al comienzo, aunque manteniendo los derroteros que el mismo autor ha trazado en su obra, ya que situarlo con nitidez, alejar de su contorno las brumas que podrían desdibujarlo para el lector poco adiestrado, es el único propósito de nuestra intervención crítica y de esta edición que pretende rescatarlo en toda su importancia.

Hasta aquí hemos apuntado lo más importante con relación al volumen de los Cuentos, primero de los tres de que constan estas Obras Completas. En cuanto a los Ensayos Históricas debemos hablar de los tropiezos que significó el cotejo de las dos ediciones existentes de El general Pedro Florentino y un momento de la Restauración (1938). Si en la primera encontramos un Apéndice compuesto de 25 notas llamadas a ampliar ciertos aspectos de la vida de su biografiado, en la segunda ese orden desaparece y da lugar a la introducción de sólo algunas de esas notas, de nuevos documentos, testimonios y un material flotante que de seguro fue insertado a última hora. Siguiendo el método usado en los cuentos, nos atuvimos al orden de la primera edición, agrupando el material restante en un Anexo. El sistema de modificaciones, ampliaciones y reescrituras se le ha convertido al autor en un hábito con el que pretende mayor precisión y enriquecimiento a base de documentos que va procurándose sobre la marcha. De esta manera, al enfrentarnos a las dos ediciones de Viejas memorias tuvimos que repetir los cotejos anteriores y optar por las mismas soluciones. Se han rescatado así 8 textos desdeñados por el autor en la segunda serie de Viejas memorias y que hemos agrupado, bajo nuestra responsabilidad, con el título de Otras memorias. Además, se da cuenta al lector, en notas al pie de página, de este proceso de incansable y minuciosa reconstrucción que don Sócrates efectuó en cada uno de sus libros. Así terminan nuestros tropiezos, ya que el tercer volumen recoge con diafanidad los Ensayos Literarios, que por estar contenidos en

ediciones únicas, no presentan las dificultades de que ya hemos dado noticia. Sólo nos resta agregar que de estas Obras Completas de don Sócrates Nolasco hemos excluido La ocupación militar de Santo Domingo por Estados Unidos de América, libro constituido por un conjunto de documentos históricos, cartas de personajes de la época y, en suma, un material eminentemente histórico donde él apenas ha intervenido.

Para terminar estas breves notas aclaratorias, queremos dar las gracias a Carlos Esteban Deive por haberse ocupado del Estudio Preliminar, iluminando con su penetrante mirada de crítico algunas zonas estilísticas del autor. A Ruth Nolasco, hija única de don Sócrates, vaya un reconocimiento muy especial por permitir esta edición que, como ya hemos dicho, es la primera que se realiza de las Obras Completas de su padre, y por acompañarnos en las casi interminables deliberaciones relativas al ordenamiento de esta breve y compleja obra.

El pintor Félix Brito se ha encargado de las ilustraciones para las portadas de los tres tomos. Un artista de su sensibilidad y su cultura no ha podido menos que sondear el mundo mágico del autor, su aire de aristocracia y de popularismo, estableciendo un equilibrio entre fantasía y razón. Las figuras y los colores de Brito han captado a cabalidad el ambiente histórico-poético de los textos para mayor lucidez de nuestros libros, por lo que le quedamos reconocido.

La BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS se enorgullece, pues, de ofrecer en sus números 18, 19 y 20 la obra de uno de los más grandes prosistas dominicanos, intérprete de la vida y del espíritu de nuestros héroes populares, convertidos por él casi en figuras legendarias, artífice del lenguaje colorista y pleno de fantasía del hombre de tierra adentro.

MANUEL RUEDA

SÓCRATES NOLASCO: VIDA Y OBRA

Si hay un escritor dominicano cuya obra, de innegable valor, ha pasado prácticamente inadvertida de los críticos y autores de antologías y manuales literarios, ese escritor es, sin duda, Sócrates Nolasco. Escasean, en efecto, los comentaristas que se han ocupado de él y los textos que lo citan suelen despacharlo con una o dos frases vagamente elogiosas, de compromiso, aplicables, en términos generales, a cualquier otro escritor. Es como si se le quisiese hacer un gran favor, lo que constituye una tremenda injusticia.

De Sócrates Nolasco dice Incháustegui Cabral en su "De literatura dominicana siglo XX" que es "uno de nuestros escritores más pulcros y vigorosos", mientras Balaguer afirma que se trata de un autor de "prosa castiza y elegante", si bien no lo trata en su estudio titulado "Letras dominicanas" (1985). Max Henríquez Ureña, en su "Panorama histórico de la literatura dominicana", expresa, a propósito de los cuentos de Nolasco, que el autor "sabe pintar con firmes brochazos la vida rural y provinciana" gracias a un "estilo propio, de gran concisión y vigor". En cuanto a las obras de literatura histórica limitadas a un episodio de la vida nacional, no muy abundantes, el crítico citado señala, entre ellas, a "El general Pedro Florentino y un momento de la Restauración", que califica de admirable "por su investigación y por el laborioso cotejo y ordenación de datos".

Las antologías de autores dominicanos han ignorado casi por completo a Sócrates Nolasco. Rodríguez Demorizi lo pasa

por alto en "Tradiciones y cuentos dominicanos" y "Cuentos de política criolla", y lo propio sucede con las de José Alcántara Almánzar y Pedro Peix, esta última dedicada enteramente al cuento, en el que Nolasco se ha destacado de manera sobresaliente. Sólo Fiume Gómez de Michel incluye dos cuentos de Nolasco en la suya, "El Diablo ronda en los guayacanes" y "Ma Paula se fue del mundo", pero, al escribir sobre él, se limita a indicar que "se ha dicho que es el primer prosista criollo". Este menosprecio por Nolasco es tanto más lamentable cuanto que Manuel Rueda, quien le dedica un lúcido, reverente y justiciero comentario en un artículo publicado en uno de los suplementos de "Isla Abierta", sostiene que nombres como el del autor de "Ángel Liberata", "La caída de Antonio Blas", "Gamelo" y otras joyas de la cuentística dominicana "no pueden faltar en ninguna antología que se respete".

La obra de Sócrates Nolasco, bueno es proclamarlo sin reticencias, posee cualidades indiscutibles y más que suficientes para ser objeto de un cuidadoso y solícito examen crítico que la ilumine y ofrezca a las nuevas generaciones como un ejemplo a tener en cuenta y, sin embargo, apenas se le ha prestado, tal como vemos, la atención a que es acreedora. Según expresa Rueda, Nolasco es uno de los escritores dominicanos que "han abierto una temática nueva a nuestra literatura y han enseñado un nuevo modo de contar". Bastaría, pues, con que este autor hubiese alcanzado tan singular privilegio, a pocos reservado, para que figurase destacadamente en la historia de la literatura dominicana, mas desafortunadamente no ha sido así. ¿A qué se deben esa mezquindad y esa indiferencia, cuando tantos otros de talento mediocre ocupan en ella un lugar que no les corresponde?

Ante todo, mucho me temo que la obra de Nolasco haya carecido de la divulgación y promoción necesarias para que pudiese ser conocida y apreciada como se merece. La República vivía, cuando Nolasco se inició como escritor, una existencia azarosa y turbulenta, producto de las constantes luchas fratricidas motivadas por el más exacerbado de los caudillismos. El ambiente, por tanto, resultaba nada propicio para la práctica de la literatura. En medio de esa vorágine de pasiones políticas, de montoneras y de algaradas militares, pocos serían los hombres y mujeres interesados en la lectura de los autores

de entonces. Vino luego la tiranía de Trujillo, y aunque el país retornó a la calma, una calma, desde luego, impuesta por el terror y la delación, sólo aquéllos que se plegaron incondicionalmente al sátrapa, ensalzándolo sin escrúpulos de ninguna clase, lograron escalar, alzados por otros igual a ellos, un puesto cimero en la literatura vigente a lo largo de la era. Sócrates Nolasco, no puso su pluma al servicio del régimen, por lo que su comportamiento debía pagar un precio, que no fue otro que el del desapego y apatía de quienes en esas décadas nefastas ejercían el oficio de críticos a la violeta.

Otro hecho a considerar, y que explica el cicatero reconocimiento que ha obtenido la obra de Sócrates Nolasco, tiene que ver estrechamente con la manera en que discurrió su vocación de intelectual, pareja, en todo, a la de su persona y vida. No fue, Nolasco, autor inclinado a frecuentar en Santo Domingo círculos, tertulias y conventículos de escritores, sino un creador solitario, enclaustrado en sí mismo, atento exclusivamente a su quehacer literario, que sintió y vivió con toda su alma y corazón. José Manuel Poveda, escritor cubano que conoció a nuestro autor en la patria de Martí y a quien estimó como amigo y colega, decía de él que no parecía ambicionar cosa alguna, como si su vida estuviese ya hecha y su porvenir dependiera todo de sí. Era más bien, agregaba, un mero soñador, un hombre íntegro, inmenso y triste. Ambiciones sí tenía Sócrates Nolasco, pero de buena ley, y se resumían en una sola: lograr, como logró, la maestría como narrador. De ahí que su esposa Flérida de Nolasco comentase entre sus íntimos, en tono humorístico pero con orgullo, que "vivía leyéndose", esto es, corrigiendo y puliendo una y otra vez cuanto escribía. Se comprende así que Sócrates Nolasco no buscase la lisonja ni la crítica amable y condescendiente, esa que coloca a autores en un pedestal de arena, pronto a derrumbarse al menor soplo.

Una de las rémoras que los jóvenes escritores de hoy oponen a Sócrates Nolasco y que, al parecer, le permiten justificar su no inclusión en las más recientes antologías, es que se trata de un autor costumbrista, anclado en un criollismo y localismo desfasados y huecos, desprovistos de toda veta mítica, puramente anecdótico, intrascendente, atento únicamente a reproducir con la mayor fidelidad posible el habla popular y campesina, opuesto, por consiguiente, al relato que apunta a

cuestionar el orden social establecido, detentador de privilegios y desigualdades irritantes, a revelar el complejo, multiforme, dramático mundo de las ciudades y, en lo formal, a descubrir nuevas y más expresivas fórmulas narrativas. De acuerdo con la óptica de esos escritores, Nolasco vendría a ser un autor provinciano y anacrónico, cuya temática pertenece a la novela o cuento de la tierra, insustancial y sin peso específico. Los que así opinan ignoran que, casi siempre, un escritor de garra suele partir de lo local para remontarse, en virtud de su arte auténtico, a lo universal. La tragedia del hombre, sus miserias, la explotación a que es sometido, su condición de víctima de los demás, de los poderosos, se dan tanto en el campo como en la ciudad. Lo que importa no es la moda de lo urbano, sino el aliento poético y el acento que un autor pone en su obra, su capacidad para manejar la materia narrativa sin que cuente gran cosa la ubicación geográfica, su real compromiso, en fin, con sus semejantes. Cuando un autor asume esa actitud, cuando hace uso de esos componentes, cuando es un verdadero creador, el contenido local de sus relatos se transmuta y eleva a la categoría de lo clásico. Tal ocurre, a modo de ejemplo, con Rulfo en "El llano de llamas" y "Pedro Páramo", y lo mismo cabría decir, aunque en menor medida, de Sócrates Nolasco.

Sócrates Nolasco no fue sólo un autor de obras de ficción. Destacó también como articulista y, sobre todo, como historiógrafo. Su pluma, muchas veces vibrante, exaltó las gestas restauradoras y rescató del olvido o del injusto oprobio a personajes relevantes de la historia patria, ésos que sus enemigos tildaron de cobardes o traidores por despecho y ruindad. Tales personajes son sus preferidos, y a ellos dedicó, a fin de reivindicarlos, muchas de sus mejores páginas. La pasión de Nolasco por la verdad, su acendrado e irrenunciable nacionalismo, el amor de que hace gala por la tierra que lo vio nacer, su rechazo a toda forma de intervención, venga de donde venga, se revelan plenamente, arduosamente, en sus artículos y ensayos de carácter histórico. Bueno es, antes de proseguir con su obra, que conozcamos, aunque sea a grandes rasgos, su vida.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Nació Sócrates Nolasco en la antigua villa de Petit Trou, hoy Enriquillo, provincia de Barahona, el 20 de marzo de 1884. Fueron sus padres el general Manuel Henríquez y Carvajal, prócer de la Restauración y militante del partido azul, y Juliana Nolasco, maestra de escuela. Manuel Henríquez y Carvajal formaba parte de una ilustre familia de civilistas que se distinguieron por su firme defensa de la soberanía nacional y sus altas dotes intelectuales, como sus hermanos Francisco Henríquez y Carvajal, elegido por las Cámaras Legislativas candidato a la Presidencia de la República, cargo del que tomó posesión el 31 de julio de 1916, cuando se iniciaba la ocupación norteamericana del país; y Federico Henríquez y Carvajal, poeta, maestro, fundador de la Academia Dominicana de la Historia, que presidió durante muchos años, y rector de la Universidad de Santo Domingo.

Cuando Sócrates Nolasco viene al mundo, la República Dominicana se hallaba sumida en la confusión y la decadencia causadas por las luchas caudillistas. Gobernaba la nación el general Ulises Heureaux, quien más tarde se convertiría en uno de los tiranos más feroces y pintorescos de América, y el escenario político se lo repartían los partidos azul, comandado por Luperón, y rojo, que dirigía Buenaventura Báez, muerto en Puerto Rico dieciséis días antes del nacimiento de Nolasco. El año 1884 fue, por lo demás, un año de elecciones. Dos candidaturas se disputaban el poder. La primera estaba encabezada por el general Segundo Imbert y Casimiro Nemesio de Moya. La segunda, por Francisco Gregorio Billini, guerrillero, restaurador y autor de la célebre novela "Baní o Engracia y Antoñita", y Alejandro Woss y Gil. La contienda electoral fue ganada por Imbert y Moya, pero Heureaux manipuló groseramente los votos y el congreso juramentó a los segundos el 1 de septiembre.

Los primeros años de la vida de Sócrates Nolasco discurrieron en su natal Enriquillo, ajeno tal vez a toda bandería política y a las revoluciones que, de cuando en cuando, estallaban en uno y otro cantón para quitar y poner presidentes. El sur, patria chica de nuestro autor, es tierra árida, depauperada,

tierra de hombres, como dice Manuel Rueda, "de corteza dura, pero que adentro muestran un blancor de miga caliente". En esa comarca de vegetación rala, comida por el sol inclemente, Nolasco absorbió sus primeras experiencias vitales, y supo retener en sus ojos el paisaje que luego, ya escritor, plasmaría certeramente en numerosos cuentos.

Fallecido su padre, Sócrates Nolasco se traslada a Santo Domingo en 1901 llamado por su tío Francisco Henríquez y Carvajal, en cuya casa residirá cuatro años para volver a Enriquillo como director de la escuela pública de esa villa. En 1906 se encuentra de nuevo en la capital para continuar sus estudios de bachillerato en la escuela de Hostos, que abandona antes de terminar en busca de trabajo. Su formación fue, predominantemente, la de un autodidacta.

En esa época, y a consecuencia de las turbulencias políticas, uno de los hermanos de Sócrates, Julio, cayó muerto en las calles de Enriquillo durante una despiadada persecución emprendida contra su familia. Otro hermano fue herido en la misma acción, mientras la casa de su madre y de otros vecinos resultaron pasto de las llamas. La oportuna intervención del general Bimbín, comandante de armas de la villa en tiempos de Heureaux, impidió que fueran destruidas totalmente.

Asesinado Heureaux, alias Lilís, en 1899, el país se dividió, una vez más, en torno a dos grandes figuras políticas; Horacio Vásquez, quien reunió lo que restaba del antiguo partido azul, y Juan Isidro Jimenes, de origen baecista y, por tanto, heredero de los rojos, que no vacilaron en aliarse a él. Horacistas y jimenistas serían conocidos también con los apodos de *coludos* y *bolos*, en referencia a dos de los más conocidos tipos de gallos de pelea. En 1906, de regreso a Santo Domingo, Sócrates Nolasco, con sus 22 años, era ya un militante jimenista. En julio de ese año, su tío Francisco le aconseja trasladarse a Santiago de Cuba, si bien ignoramos por qué razones. Allí trabó amistad con varios intelectuales y escritores, como Regino Boti, Manuel Poveda, Alberto Giraudy y Juan Jerez Villarreal, integrándose de lleno al movimiento literario que, con los auspicios de los dos primeros, se inició, en 1910, en aquella vieja ciudad. En una cálida semblanza que, tiempo después, escribiera Jerez Villarreal de Nolasco, el escritor cubano lo recordaría como una persona de "palabra reposada y docta,

concentrado en sí mismo, que en tantas ocasiones, chispeantes los ojillos vivaces, lucientes los pómulos que le denunciaban la sangre indígena, escuchamos disertar sobre simbolistas y parnasianos, ilustrando los juicios acendrados con la cita, en el idioma de Lecompte, del poema o de la novela objeto de sus cogitaciones”.

La estancia de Sócrates Nolasco en Santiago de Cuba durará hasta 1913, fecha en que retorna a la República Dominicana. En Enriquillo, donde todavía su madre vive en el humilde bohío semiderruido por las llamas, se dedica a las labores del campo y a actividades políticas a favor de Jimenes, exiliado en el extranjero, y cuyo partido, tras la muerte del Presidente Cáceres, resurgirá con fuerza impulsado por el caudillo guerrillero Desiderio Arias. Un año antes, el 27 de febrero, Eladio Victoria, senador por Santiago, había tomado posesión de la Presidencia de la República con apoyo de los *bolos*, pero quien en realidad gobernaba tras bastidores era su tío, el jefe del Ejército Alfredo Victoria. La elección de Eladio, impuesta por el congreso, disgustó a Horacio Vásquez, quien, vuelto de Puerto Rico, organizó a sus partidarios y se lanzó a derrocar al Gobierno. La revuelta duraría un año y durante ese tiempo la represión y los fusilamientos a cargo de las fuerzas gubernamentales se hicieron sentir en todo el país. Una comisión pacificadora enviada por el Presidente de los Estados Unidos, William Taft, logró la renuncia de Eladio Victoria y su sustitución, el 30 de noviembre, por el arzobispo Adolfo Alejandro Nouel, quien recibió el encargo de organizar y realizar elecciones libres en el plazo de doce meses. Nouel abandonó el mando en marzo de 1913 aduciendo motivos de salud y, de inmediato, el Senado nombró Presidente provisional a José Bordas Valdés. En septiembre, Vásquez, descontento con las medidas de Bordas, inició la llamada “Revolución del Ferrocarril”, de corta vida. En las elecciones para escoger a los representantes de la Asamblea Constituyente, celebradas en diciembre, que introduciría las reformas legales necesarias para llevar a cabo los nuevos comicios presidenciales, Sócrates Nolasco, nominado por el partido jimenista, obtuvo la diputación de la provincia de Barahona por abrumadora mayoría de votos. Las nuevas elecciones tuvieron efecto el 15 de junio de 1914. Bordas las ganó fraudulentamente y jimenistas y horacistas se unieron

para derrocarlo. Los Estados Unidos intervinieron nuevamente y amenazaron con enviar al país la infantería de marina si los contendientes no se ponían de acuerdo para deponer las armas y nombrar un nuevo Presidente Provisional que efectuase, una vez más, elecciones generales libres y supervisadas por la potencia del norte. Seleccionado el doctor Ramón Báez, los comicios se celebraron el 25 de octubre, resultando electo Jimenes. La campaña desarrollada en Enriquillo estuvo dirigida exitosamente por Sócrates Nolasco.

En diciembre, y quizás como premio a sus desvelos en pro del partido jimenista, Nolasco es nombrado cónsul general del país en Puerto Rico, a donde arribó el 6 de enero de 1915 a bordo del "Jacagua". Su tío, Federico Henríquez y Carvajal, en ese entonces Presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo recomendó encarecidamente a personajes como Manuel F. Juncos, director de la Biblioteca Carnegie; José de Diego, Presidente de la Cámara de Representantes; y Luis Llorens Torres, poeta, abogado y director de la "Revista de las Antillas". En San Juan, Nolasco alternará sus funciones de cónsul con su afición por las letras. Era asiduo de las tertulias literarias que tenían como protagonista a escritores como Llorens Torres, Nemesio R. Canales, Antonio Pérez Pierret, Rafael Monagas, Miguel Guerra Mondragón y Luis Muñoz Marín. Fruto de esos encuentros fue su obra "Escritores de Puerto Rico", publicada en Manzanillo, Cuba, en 1953.

Al ocurrir la ocupación norteamericana, en 1916, Sócrates Nolasco, ferviente nacionalista, renuncia a su cargo de cónsul en protesta por ese hecho, pero su tío, el Presidente Francisco Henríquez y Carvajal, lo convence para que permanezca en el puesto y, desde él, se dedica a escribir contra el Gobierno Militar del capitán William Knapp. Ocho años más tarde, cuando la República recupera su soberanía, Horacio Vásquez, el viejo caudillo, ascendido a la Presidencia por la Alianza Nacional Progresista en las elecciones celebradas el 10 de marzo de 1924, lo llama, por recomendación de Rafael A. Espallat, ministro de Agricultura y Gobernación, para encomendarle la dirección del plan de colonización del sector sureño de la frontera y, muy particularmente, la fundación de la hoy ciudad de Pedernales. El plan tenía como objetivo primordial el establecimiento en esa zona de una población

dominicana que sirviera de valladar a la penetración haitiana. Nolasco llevó a cabo su misión con tesonero afán, de suerte que, el 11 de mayo de 1927, se dio inicio a los trabajos de dicha fundación. Tres meses después, distintas familias procedentes de Duvergé, Barbacoa (Villa Jaragua), Trujín (Oviedo) y Barahona se hallaban ya asentadas en Pedernales.

En diciembre de ese mismo año, concluida su misión fundadora, Nolasco contrae matrimonio con Flérida Lamarche Henríquez, quien, en el transcurso del tiempo, llegaría a ser una eminente musicóloga y folkloróloga, autora de varios libros de exquisita prosa. De esa unión con Flérida de Nolasco nacería Ruth Nolasco, hoy una distinguida profesora universitaria.

Los años que siguen permitirán a Sócrates Nolasco completar su formación intelectual y dedicarse a la práctica del periodismo, desde la cual mostró su predilección por la literatura. Sus lecturas favoritas comprendían los clásicos griegos, así como los autores latinoamericanos y franceses. Sabía de memoria trozos completos de la "Ilíada" y la "Odisea". El 10 de octubre de 1930 es nombrado encargado de negocios de la República Dominicana en Venezuela y, un mes más tarde, enviado extraordinario en misión especial para representar al país en ocasión del centenario de la muerte del Libertador Bolívar.

El gobierno de Horacio Vásquez duró de 1924 a 1930. En ese tiempo tuvo lugar la modernización del país. La concertación, en 1926, de un empréstito por diez millones de dólares destinados a financiar un amplio programa de obras públicas, combinada con una coyuntura favorable de los precios de los principales artículos de exportación, no sólo permitió que la República gozara de un período de prosperidad conocido como la "Danza de los Millones", sino, sobre todo, la construcción de carreteras y acueductos, la fundación de nuevas colonias agrícolas en la línea fronteriza y la mejora de los puertos de Santo Domingo, Puerto Plata y San Pedro de Macorís. El comercio, la agricultura y la industria se ensancharon y florecieron. Había trabajo y paz y la ciudad de Santo Domingo se transformó notablemente con edificios de concreto de varios pisos y el surgimiento de varios barrios.

Todos esos cambios no impidieron, sin embargo, la reaparición de los viejos hábitos afincados en el caudillismo y, con

ellos la inestabilidad política y las asonadas militares. El llamado "Movimiento de la Prolongación", ideado para apoyar la permanencia de Vásquez en el poder más allá de 1928, traería como consecuencia toda una serie de conflictos y de maniobras que culminarían el 24 de mayo de 1930 con la elección de Rafael Leonidas Trujillo, jefe del Ejército, como Presidente de la República. Se iniciaba así una era que sembraría de muertes y terror al país durante treinta y un años.

En los años que van de 1930 a 1944, Sócrates Nolasco se dedicó activamente a escribir una buena parte de su importante obra literaria e histórica. En 1938 publica "El General Pedro Florentino y un momento de la Restauración", y al año siguiente sus "Cuentos del Sur". De 1941 son las "Viejas Memorias", reeditadas en 1968. El 2 de julio de 1944 es nombrado miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia, que había fundado, como queda dicho, su tío Federico Henríquez y Carvajal.

Es en esas fechas cuando Sócrates Nolasco cae en el ostracismo político. Carlos Lamarche, abogado y hermano de doña Flérida, renunció a su puesto diplomático y publicó un libro contra Trujillo. El tirano solicitó entonces a Nolasco que aceptase el cargo de fiscal y escribiese para denunciar la "traición" de su cuñado, pero se negó a ello. A partir de ese momento, Nolasco no volvería a desempeñar durante años ninguna actividad pública ni privada. Aceptó, sin embargo, colaborar en la antología de prosistas y poetas que, coordinada por Vicente Llorens, un exiliado español, saldría a la luz con motivo de la celebración del Centenario de la República.

El ambiente no era muy propicio para Sócrates Nolasco, quien, gracias a la gestión de un amigo, consigue que Trujillo lo autorice a viajar en 1950 a Puerto Rico. El pretexto esgrimido es la necesidad de curarse de un cáncer incipiente. Luis Muñoz Marín, su viejo amigo y compañero de tertulias literarias, a la sazón gobernador de aquella isla, interviene para que se le ofrezca un trabajo en la Universidad de Puerto Rico, consistente en la redacción de un ensayo acerca de la generación de los escritores que había tratado cuando fue cónsul general. La obra, tal como se dijo, sería editada en Manzanillo, Cuba, en 1953.

La amistad de Nolasco con Muñoz imposibilitó que doña Flérida y su hija Ruth pudiesen reunirse con nuestro autor pese

a la visita que, con ese propósito, hiciera a uno de los intelectuales con influencias en el régimen, quien alegó que cualquier encargo en tal sentido lo comprometería seriamente. En 1951, Nolasco parte para La Habana, donde se mantiene tres años pronunciando conferencias y viviendo precariamente de la literatura. Dos de sus antiguos camaradas de letras, Jerez Villarreal y Poveda, saludan enfervorizadamente su llegada desde las páginas de la revista "Orto", editada en Manzanillo. El primero dice de él que le ve más viejo y con menos ardor en la pupila escrutadora, pero "más sabio en la experiencia dolorosa de la vida, rica en decepciones el ánimo valiente, esperanzado en revitalizar su nervio de luchador al contacto amoroso de la Isla en que discurrieron los bellos días juveniles".

El 17 de noviembre de 1954, Sócrates Nolasco, nostálgico de su patria y de su familia, decide voluntariamente regresar a Santo Domingo, donde el tenebroso Servicio de Inteligencia Militar, SIM, lo interroga minuciosamente. Más tarde, Trujillo lo propone para senador por Pedernales, cargo que Nolasco acepta sin abandonar por ello la literatura. En 1957 publica "El cuento en Santo Domingo" y, un año después, "Cuentos cimarrones". En 1959, Trujillo somete al Congreso Nacional un proyecto de ley con el que pretende establecer la pena de muerte. Los diputados y senadores, nombrados siempre por recomendación del Jefe, jamás se habían opuesto a una iniciativa salida de éste. No obstante, y para sorpresa de todos, Sócrates da su voto en contra del proyecto, voto que justifica con un valiente discurso. Lo secunda monseñor Eliseo Pérez Sánchez, quien se apoya en su condición de sacerdote para rechazar la pretensión de Trujillo. Consciente de su error, el dictador retira el proyecto.

Nolasco continuará ocupando su curul del Senado hasta el 24 de julio de 1961, cuando renuncia a él por supuestas razones de salud. En enero del mismo año había declinado su nombramiento como miembro de la Academia de la Historia. A partir de entonces se dedicará exclusivamente a su insoslayable vocación de escritor. En 1963 publica "José María Cabral, el Guerrero", y en 1967 "El Diablo ronda en los guayacanes", colección de cuentos que incluye, en su mayor parte, los publicados con el título de "Cuentos cimarrones". Su condición de hombre probo y de gran escritor es objeto de diversos homenajes, como

el que se le tributa en Barahona en 1970 y el que le rinde el Ateneo Amantes de la Luz, quien le acredita como miembro honorario. El municipio de Oviedo lo declara, en 1971, hijo benemérito, y dos años después la Universidad Autónoma de Santo Domingo lo nombra profesor honorario. De 1975 son sus "Comentarios diversos", selección de artículos escritos en los periódicos "El Caribe" y el "Listín Diario". Antes, en 1971, había dado a luz "La ocupación Militar de Santo Domingo por los Estados Unidos de América".

El fallecimiento de doña Flérida, ocurrido el 12 de febrero de 1976, supuso un rudo golpe para nuestro autor. Por encima de todas las vicisitudes de la política y del exilio, el matrimonio se había mantenido unido en el amor y el trabajo intelectual, tan afín a ambos en gran medida. Nolasco valoraba mucho la obra de su esposa, y aunque ésta bromeaba diciendo que le costaba mucho esfuerzo escribir, lo admiraba profundamente. Sobreviviría a doña Flérida cuatro años. Tenía 96 cuando, el 2 de julio de 1980, Sócrates Nolasco pasó a mejor vida.

LA OBRA LITERARIA

La obra literaria de Sócrates Nolasco es muy breve, pero de gran valor. Comprende tres colecciones de cuentos de distinto contenido e intención. La primera se titula "Cuentos del Sur" y fue publicada en 1939. Se trata de relatos basados primordialmente en la rica y variada tradición del Sur de la República, la tierra natal del autor, pero que éste transmuta literariamente, ofreciéndonos, gracias a su maravillosa y fértil imaginación, escenas y episodios particularmente notables. La segunda colección tiene el título de "Cuentos cimarrones" y salió a la estampa en 1958. De carácter eminentemente folklórico y recopilados de boca de varios informantes, estos veintiún cuentos pertenecen casi de manera exclusiva a la tradición oral española y, en parte, a la de otros países, si bien su contenido ha trascendido universalmente. La tercera y última colección, "El diablo ronda en los guayacanes", data de 1967. Nolasco la ha dividido en parte con el fin de poder reeditar todos los cuentos publicados en "Cuentos del Sur", así como diez de las narracio-

nes aparecidas originalmente en "Cuentos cimarrones". La inicial contiene dieciocho relatos costumbristas, todos ellos localizados en el Sur del país. Escritos entre 1916 y 1967, discurren casi todos a lo largo de las dos o tres primeras décadas de este siglo, cuando esa región, por su proximidad a Haití, se resentía fuertemente, como aún sucede hoy, aunque en menor grado, de la influencia cultural del vecino país, influencia que el autor deja sentir en varios de sus cuentos.

a) Los cuentos folklóricos

Sócrates Nolasco denomina a estos cuentos con los apelativos de cimarrones, leventes o mostrencos, mientras uno de sus informantes, el analfabeto Néstor Castillo, los define como locos y simples, propios para espantar el sueño y entretener a los niños en las primeras horas de la noche. Los sureños, en cambio, prefieren catalogarlos de cuentos de camino, sobre todo a los breves y didácticos, es decir, los que concluyen con la clásica moraleja. Como quiera que se les llame, se trata de cuentos de autor anónimo, tradicionales y transmitidos oralmente por la gente del pueblo, depositaria, en la República como en otras partes, de ese rico venero que es el folklore universal.

Cada uno de los cinco informantes de Nolasco narra sus historias con estilo propio y de acuerdo con su particular gusto e inclinación. Las han escuchado de sus padres y estos, a su vez, de los suyos, como es lógico en relatos de esta clase. Dado que, como se ha dicho, pertenecen a la tradición oral, a menudo se repiten con distintas variantes, las anécdotas se mezclan y cuesta trabajo averiguar cual es el motivo principal. De "La enseñanza de la culebra y la lección del gallo", Sócrates Nolasco ha oído, según revela, cinco versiones en el municipio de Enriqueillo. "Gamelo", salpicado de coplas en desafío, es cuento muy popular en todo el Sur.

A fuerza de tradicionales, estos "Cuentos cimarrones", a diferencia de "El diablo ronda en los guayacanes", son atemporales, carecen de geografía precisa y valen para todos los momentos y ocasiones. Del mismo modo, y en virtud de su

propósito ulterior, que es el de enseñar deleitando, abundan en ellos las aventuras y los enredos. Sus personajes, tanto humanos como animales, son muy variados, buenos unos, malos otros. Los primeros ven premiadas sus acciones; los segundos, reciben el merecido castigo por sus mañas, engaños y cuidados. Lo verosímil, en estos cuentos, brilla muchas veces por su ausencia. Lo absurdo, lo fantástico, lo milagrero se perciben tan naturales y verídicos que nadie cuestiona esos ingredientes. El destino manda, también con frecuencia, en los personajes, dirige sus vidas y las conduce a determinado final, aunque el narrador pueda torcerlo y lo acomode a gusto del auditorio.

Por su didactismo, la anécdota de los cuentos tradicionales es siempre un pretexto para exponer una enseñanza de carácter moral. Virtudes y vicios desfilan en ellos cogidos de la mano o trabados en feroz lucha. Como es obvio, el Diablo anda suelto por todas partes, haciendo de las suyas y tentando a los infelices mortales, muchos de los cuales no vacilan en dejarse atrapar en sus redes a cambio de riquezas y honores. Frente al Maligno se alzarán, según es de rigor, las hadas madrinas, ángeles y santos, sacerdotes y brujos que practican la magia blanca que protege a las víctimas de hechizos y encantamientos. Los inocentes hallan, a última hora, al intercesor que vela por ellos, y los pobres pero honrados su lámpara de Aladino. Lo que, a fin de cuentas, se pretende demostrar es que la avaricia, la vanidad, la tacañería, la lujuria, el crimen, no rinden buenos dividendos. Conviene, pues, vivir con apego a la equidad, la justicia y los santos mandamientos de nuestra Madre Iglesia.

¿De dónde proceden los "cuentos cimarrones" que Sócrates Nolasco, luego de haberlos escuchado, pule y reviste con ropajes literarios? ¿Cuál es su origen y a qué época se remontan? ¿Por qué vías han llegado hasta el sur de la República? El mismo autor nos responde en parte al indicar que el mayor caudal de esos cuentos tiene una clara fisonomía española. En cuanto a sus introductores en el país, nos dice que provienen

de la fecunda etapa en que humildes antepasados nuestros obraron maravillas, pasando de la miseria orgullosa a ser conquistadores de imperios, de humildes sacerdotes a santos de calendario, enaltecidos hijos de Dios y

de la incomparable Isabel de Castilla, súbditos de Carlos V y del gran Felipe II, rezador, estoico y temido y el rey más poderoso del mundo...

En pocas palabras, lo que Nolasco desea que sepamos es que dichos cuentos vinieron al país con los conquistadores españoles, tal como llegaron a otras regiones de América. El cuento tradicional, lo mismo que el romance, siguió a los extremeños, levantinos y castellanos. Posible es igualmente que, más adelante, bien entrado el siglo XVIII o a principios del XIX, pasaran a la isla algunos de esos relatos traídos por los sefarditas. Los judíos desterrados de España en 1492 se llevaron con ellos, muy apegados a su memoria, los cuentos tradicionales que en la península circulaban por ese entonces, transmitiéndolos a las nuevas generaciones.

Los portadores del cuento folklórico eran, en su inmensa mayoría, gente común del pueblo: labradores, albañiles, panaderos, sirvientes... Quizás, también, esclavos negros ladinos, ya hechos a la cultura española popular o, como dicen los antropólogos, transculturados. Las historias y leyendas que unos y otros narraban les permitían entretener sus ocios, disimular el cansancio de la dura jornada de trabajo y evadirse de las penurias del cotidiano vivir soñando a ser reyes y princesas.

El cuento folklórico importado por los españoles no permaneció, como es de suponer, intacto e inalterable al pasar a América. La tradición oral es mudable, acomodaticia, moldeable. El hombre y el tiempo cambian las cosas, los sucesos, lo que se cuenta. Cada narrador relata su historia a su modo y manera, le quita y añade hechos, detalles, personajes. Si bien la trama general y la intención del relato suelen perdurar sin sufrir alteraciones sustanciales, lo accesorio y adjetivo sufren muy diversas variaciones.

No es de sorprender, pues, que, adaptados al medio americano, los cuentos folklóricos difieran un tanto de los que todavía hoy se pueden escuchar en la península ibérica. Se trata, más bien, de cuestiones relativas al lenguaje, al empleo de recursos expresivos propios del habla del narrador, a la atmósfera con que se rodea el cuento, al trueque de ciertos elementos materiales... Dos relatores del mismo cuento pueden, a su albedrío, localizarlo en sitios distintos, así como achacarlo al protago-

nista que más indicado les parezca. Lo esencial no es el personaje en sí, sino el papel que desempeña en la historia. Incluso un mismo sujeto puede metamorfosearse en varios y ser, sucesivamente, capitán, fraile, estudiante y mendigo. Los reyes de otras latitudes se transforman en éstas en gobernadores o presidentes, y los tesoros que allende los mares aparecen en cofres u otros recipientes se esconden en estas tierras, antaño guarida de corsarios y piratas, en botijuelas repletas de morocotas y enterradas entre las ruinas de un edificio colonial o al pie de un frondoso árbol. Todas estas posibilidades permiten que el cuento folklórico goce de una extraordinaria plasticidad. Es como un cañamazo en el cual cada hombre y mujer borda libremente una historia.

¿Hasta qué época del pasado es factible rastrear estos cuentos folklóricos llegados en el fardo de los conquistadores y preservados, con sus inevitables variantes, por el pueblo en estos parajes antillanos? La pregunta es difícil de contestar, ya que el origen de muchos de ellos se pierde en la antigüedad. Sin necesidad, no obstante, de aludir al *Panchatantra*, a las *Mil y Una Noches* o a los poema homéricos, lo cierto es que una apreciable cantidad de ellos existía ya en la Edad Media europea y, concretamente, española. Aparte de las colecciones de *exempla*, el *Libro de Apolonio*, las *Cantigas de Alfonso el Sabio*, *El Conde Lucanor*, entre otras obras, demuestran claramente la presencia en ellas de narraciones folklóricas. Las leemos, igualmente, en los *fabliaux* franceses, en piezas como el *Arcipreste de Talavera*, del siglo XIV, recopilaciones más viejas, al estilo de la *Disciplina Clericalis*.

Los textos medievales nos ayudan, por otra parte, a delinear el *corpus* de los que tuvieron vigencia en la España del Siglo de Oro. Esta centuria encierra un rico venero de cuentos folklóricos, más grande que las anteriores si se comparan con los mencionados *fabliaux*, y el *Decamerón*, por ejemplo. Desde el *Scholástico* de Cristóbal de Villalón y el *Portacuentos* de Juan de Timoneda, hasta las obras de Gracián, Santa Cruz y Pinedo, las letras españolas de los siglos XVI y XVII ostentan frondosidades de vega por lo que al cuento tradicional se refiere. Todo un caudal de cuentos folklóricos se derrama a través de la literatura del Siglo de Oro, regándola y fecundándola. Si, en la Edad Media, la huella de esos cuentos era más

evidente en Italia y Francia, en el Renacimiento español se producirá una situación exactamente inversa.

Lo que ocurre es que los hombres y mujeres del Renacimiento se aficionaron a todo lo que era arte popular y espontáneo. El cuento tradicional, antes poco apreciado, entra a partir de ese momento a las obras que se proponen a la lectura y meditación de un público que se precia de culto. Valorado en lo que es y representa, ese cuento adquiere credencial en autores como Milán, Juan de Valdés, Cristóbal de Villalón y Pero Mexía, y surge, además, por todas partes. Algunos pliegos sueltos del siglo XVI lo reproducen. Así, en el poético titulado *Vida y graciosos hechos de Antonico de Tévar*. Los autores de misceláneas, como el anónimo que compuso las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, no se olvidan de copiar uno que otro cuento folklórico, y también aparecen en las series de diálogos de pasatiempo o divulgación, como los de Pedro de Mercado, Diego de Hermosilla y Gaspar Lucas Hidalgo. Escritores ascéticos y de obras didácticas apelan a esa clase de relatos utilizándolos como ejemplos.

Los cuentos folklóricos por excelencia, los propiamente dichos, según quiere Propp, son aquellos en los que lo maravilloso y lo fantástico aparecen por doquier. Son cuentos que, en todas las épocas, han seducido la imaginación de niños y mayores. El más antiguo en lengua española es el conocido romance de *La Infantina* recogido en el *Cancionero de Amberes*, romance que contiene el motivo folklórico de la princesa prisionera durante siete años de un encantamiento. Hadas, brujas, ninfas, varitas de oro que, como la de Circe, obran encantadoras e increíbles mutaciones, prodigios que asombran, filtros mágicos, frases cabalísticas, augures, desfilan, en apretado haz, por esos cuentos que corrieron, y aún corren, por España e Hispanoamérica, aunque muy pocos autores, atentos a otras realidades folklóricas, se preocuparon de ponerlos por escrito. De ahí que no dispongamos de un Perrault o de un Straparola, que buena falta nos hacen.

Los "Cuentos cimarrones" de Sócrates Nolasco pertenecen, por derecho propio, a la categoría de los cuentos maravillosos, tal como él mismo nos dice en el prólogo de su obra. Los portentos se suceden en ellos como algo natural y espontáneo, como si formaran parte de la vida misma. Ensueños, quimeras,

fantasmagorías, entelequias y otras muchas manifestaciones de la fantasía adquieren en esos cuentos una existencia tan real que cuesta trabajo separarla de la imaginaria. Un esqueleto parlante, cuyos huesos, esparcidos por el suelo, se juntan solos, advierte al protagonista de "El cuento del que buscaba lo que no se le había perdido", un joven temerario y aventurero decidido a enderezar su vida, que huya de la malvada mujer que se ha encaprichado de él. La joven y pobre huérfana de "El Innominado" ve cómo el rico ganadero que la pretende sin querer casarse con ella se transformó en un enorme murciélago que surge de las cenizas del pueblo cuando aquel, furioso porque una jaiba ha revelado a la muchacha su nombre, prende fuego al caserío. El príncipe botarate deberá afrontar numerosas peripecias antes de asentar cabeza y hallar el tesoro que vela un genio guardián en el Castillo del Duende, el cual se alza en las proximidades de la caverna de Irás y No Volverás, localizada a orillas de un lago misterioso. Blancaflor, hija de dos poderosos hechiceros expertos en toda suerte de artes diabólicas, se vuelve una paloma blanca, símbolo de fuerza y mansedumbre, bajo la protección del Hada de las Maravillas. Santos y vírgenes ayudan a infelices para que se cumpla su destino, tal como leemos en "Marcos el rico y Basilio el afortunado". Un culebrón enseña a Julián, joven trabajador y prudente, a entender el habla de los animales. Las ramas de un cedro milagroso permiten a un honrado mendigo remediar males ajenos, según el autor nos cuenta en "El baile de las lechuzas". Los ejemplos de este tipo podrían multiplicarse.

Resulta evidente, por otra parte, que la mayoría de los "Cuentos cimarrones" son transmutaciones de otros pertenecientes al folklore español y universal. La caverna, el castillo y el lago de "El príncipe botarate asentó cabeza" recuerdan la famosa cueva de Montesinos y la arruinada fortaleza situada en medio de una de las lagunas de Ruidera, con cuyos elementos, extraídos de una de las tantas leyendas poéticas de España, edificó Cervantes uno de los más sonados episodios del caballero manchego. "Blancaflor" proviene, sin duda, del folklore provenzal, rico en damas aficionadas a la poesía y que presidían cortes de amor. Transmitido, como otros muchos, por vía oral, el romance mudó en cuento y sufrió numerosas transposiciones e interposiciones, quedando del original coplas sueltas que aparecen intercaladas en el relato:

*No hay corazón como el mío,
que sufre y calla su pena:
¡corazón que sufre y calla
no se encuentra dondequiera!*

¿Quién no adivina, en “Otra vez Juan Bobo y Pedro Artimañas”, al celeberrimo Pedro Urdemalas de tantos y tantos cuentos folklóricos? Sócrates Nolasco afirma que Juan Bobo, insaciable glotón, y el astuto Pedro Artimañas, son supervivencia de Polifemo y Ulises. No le falta razón, pero también es cierto que el segundo de los personajes ha llegado al país desde España, donde era ya sobradamente conocido en la Edad de Oro, tan conocido e interesante que Cervantes lo convirtió en protagonista de una de sus tres comedias, lo mismo que Salas Barbadillo en su novela “El sutil cordobés Pedro de Urdemalas”, apodo, como explica el propio personaje, que mereció a causa de los muchos embustes que urdió en sus años de niñez y mocedad. Aparte de este rasgo, que se repite siempre en todos los cuentos en los que interviene, los orígenes de su leyenda son muy difíciles de rastrear. De la vida y milagros del personaje hablan, escuetamente, unos versos de la “Almoneda Trubada” de Juan del Encina. En ellos se alude a

*un libro de las consejas
del buen Pedro de Urdemalas,
con sus verdades muy ralas
y sus hazañas bermejas,*

pero esto es todo lo que se dice de él. Igualmente se menciona repetidas veces en refranes y frases proverbiales recopilados por el maestro Correas, quien asevera que de Pedro Urdemalas, “andan cuentos por el vulgo de que hizo muchas tretas y burlas a sus amos y otros”. Parece, pues, que la característica fundamental de este personaje es la de ser un joven mañoso y ducho en tretas, como la que, en la comedia cervantina, usa con una viuda avarienta e ingenua. En el cuento que reproduce Sócrates Nolasco, Artimañas o Urdemalas se vale de la gula desenfrenada de Juan Bobo para casarse con la gentil y bella Mariquita.

Más aún. La sortija que Blancaflor logra rescatar del buche de un peje valiéndose de las mismas artes que sus padres, aunque utilizadas para obrar el bien, acaso tenga algo que ver con el anillo de Polícrates. La jaiba de "El Innominado" pudiera ser el pescadito del folklore dinamarqués que advierte de los peligros que acechan. ¿Cómo no considerar a la culebra maestra de Julián un trasunto de la del Paraíso Terrenal? Contrariamente a ésta, en el cuento de Nolasco no tienta a nadie, sino que se muestra agradecida.

Como muchos otros escritores, Sócrates Nolasco ha recurrido, como vemos, al cuento folklórico para regalarnos sus "Cuentos cimarrones", y lo ha hecho, según expresa, con el propósito primordial de

sugerir que nuestros buenos cultores del arte desinteresado en una de una de sus difíciles manifestaciones, fijen su atención en la mina del cuento andariego y aprovechen el legado en los detalles que parezcan interesantes, o en la substancia, más duradera, para acrecer el acervo nacional.

El consejo es perfectamente válido, ya que nutrirse del folklore, vernáculo o internacional, no resta ni un ápice de grandeza y originalidad a la obra de un escritor. Nolasco ilustra esta verdad citando a Schiller, quien enalteció un motivo legendario en un arrebatado cuento de amor; a Goethe, cuyo Fausto bebe en la copa mágica del rey de Thule, y a Shakespeare, que viaja a Italia para enterarse, por boca del pueblo, del trágico fin de Romeo y Julieta.

El cuento folklórico, en efecto, ha alimentado constantemente la literatura de todas las épocas y lugares, y no sólo el relato, sino sus distintos géneros. Esa veta de inspiración, como es natural, no podía faltar en la literatura en lengua castellana. Poetas aficionados a obras de circunstancias, ingenios aplicados a la poesía epigramática y festiva, versificadores cultos y eruditos no desdeñaron apelar al cuento tradicional desde la ya Edad Media española. Ejemplos de lo dicho son Garcilaso de la Vega, Quevedo, Salinas y otros. Lo mismo

acontece con la comedia, deudora, como sus hermanos menores, el entremés y el paso, de tantos temas y motivos sacados del cuento folklórico, el cual ha sugerido también diálogos y escenas enteras a Rueda, Lope de Vega, Cervantes y Calderón. Del mismo modo, los relatos cortos y las novelas plasmados sobre cuentos tradicionales son muy numerosos. Ellos sirvieron de fundamento a la imagen literaria de los distintos estratos de la sociedad y proporcionaron elementos esenciales a la definición de tipos y personajes. De la narrativa picaresca al Quijote, la lista de prosistas que fecundaron su producción con el cuento folklórico es muy larga.

Los cuentos tradicionales, igual que los personajes que los caracterizan, ofrecen al escritor la materia prima de su obra. A él corresponde la tarea y la responsabilidad de seleccionarla, aun cuando su libertad, en este caso, no pasa de esa opción, ya que la materia folklórica suele imponerse a su imaginación. Un novelista o autor de cuentos puede excluir de sus relatos ciertos personajes, pero cuando los admite quedan ya definidos para él y convertidos en modelos arquetípicos. Urdemalas es el prototipo del individuo tretero, como lo son el arriero del blasfemo, el estudiante del capigorrón y el ciego del mezquino. De esta ley nadie se escapa, pues gracias a ella se crea el cordón umbilical que une esa forma literaria a la sociedad que le dio su nacimiento y desarrollo.

No ha de extrañarnos, pues, que Sócrates Nolasco se acerque al cuento folklórico o popular, tal como dice Manuel Rueda,

con el fervor de un enamorado hasta que le brotan en su propia voz los acentos profundos del habla campesina, o cimarrona, y se descubre contando otra vez lo ya contado, con más inocencia que un Hawthorne, con más espontaneidad que un Sandoveanu, como si encerrara en sus cuentos, él solo, la clarividencia de ambos hermanos Grimm.

Venero inagotable, el cuento folklórico de carácter maravilloso que circula en el país halla en Sócrates Nolasco al narrador que necesitaba para darse a conocer y valorar. La mentada

materia prima, ofrecida por sus informantes, es amasada por el autor para volverse hogaza sabrosa y dorada. Nolasco, nacido, criado y residente en Enriquillo, acierta a devolvernos el folklore narrativo de su región sabiamente enriquecido y pulido de cuanto pueda tener de tosco e improvisado, haciendo de él literatura de la buena sin por ello dejar de ser fiel al lenguaje popular y a las reglas que definen el cuento tradicional. Así, la inmensa mayoría de los personajes que aparecen en sus "cuentos cimarrones" visten el cómodo y elástico anonimato: "un hombre", "una mujer" ... Si se agregan más detalles observamos que son caracterizados por el grupo social al que pertenecen, "un caballero", "un villano"; por la edad, "una joven", "un viejo"; por las relaciones de parentesco, "la suegra", "el yerno"; las desgracias o defectos físicos, "un gigante", "un corcovado"; o el oficio, "un médico", "un labrador", "un prestamista"... Como muy bien asegura Rueda, "ningún otro trabajo del creador exige mayor lucidez".

b) Los cuentos costumbristas

"El Diablo ronda en los guayacanes", la tercera y última colección de cuentos de Sócrates Nolasco, difiere sustancialmente de los relatos cimarrones tanto en su propósito como en su contenido e, incluso, estilo. Incluye narraciones de las dos colecciones anteriores, corrigiéndolas y hasta cambiándoles muchos de sus títulos. Sus características nos permiten clasificarlos con todo rigor dentro de la categoría de la narrativa costumbrista.

El costumbrismo tiene en América un evidente origen de índole histórica. Surge y se desarrolla como una consecuencia inevitable del proceso de formación de nuestros pueblos. La conquista de las Indias no sólo destruyó, en gran medida, la cultura de los aborígenes, sino que impuso a todos, colonizadores y colonizados, los usos y leyes españoles. Lo criollo, que vino más tarde, supuso un nuevo modo de vivir, una amalgama de lo peninsular y nativo, a la que se agregó, sobre todo en el Caribe, el importante componente negro africano. Apareció así una cultura nueva, distinta de las anteriores pero firmemente ahincada en ellas.

Los movimientos independentistas, amén de su carácter eminentemente político, de rechazo del dominio español, esgrimieron como estandarte de sus reivindicaciones la originalidad de esa nueva cultura y su preeminencia sobre la del opresor. Mostrarse criollo, valorar el *ethos* americano, sentirse atraído por él, era una manera de afirmar la libertad y diferenciarse de la península. Se produjo, entonces, una inversión de los valores. La clase dirigente americana, que hasta antes de la Independencia había repudiado, por inferior y espúreo, todo cuanto olier a mestizo o vernáculo, se desnudó de su ropaje españolista y europeísta y, para limpiar el baldón, exageró su devoción a lo criollo e indígena. Como dicha clase era, por otra parte, la detentadora de los bienes y frutos de la inteligencia, fue ella la que descubrió y justipreció las costumbres criollas, convirtiéndolas en el meollo del nuevo vivir ciudadano. De este modo, la narrativa costumbrista nació desde arriba, desde las capas más altas de la sociedad americana, aun cuando también se estructuró desde las de abajo.

En sus inicios, el costumbrismo fue, pues, un movimiento literario espontáneo, más o menos puro y coincidente con los comienzos de las nuevas nacionalidades americanas, tanto latinas como sajonas. Un análisis de la narrativa costumbrista nos revela los siguientes rasgos:

1) Predominio de episodios y anécdotas pintorescos, cuyo material humano predilecto suele ser el campesino y la pequeña burguesía pueblerina.

El pintoresquismo del relato costumbrista no excluye, sin embargo, la crítica, ya sea política o social, pero esta crítica carece de la profundidad propia de los escritores realistas o naturalistas. Está teñida de humos y, en ocasiones, de benevolencia, es liberal y comprensiva. En cuanto a los personajes, son extraídos siempre de las entrañas del pueblo, rural o urbano: agricultores, obreros, revolucionarios, profesionales de escaso éxito, bandidos, petimetres... Blancos, negros, indios, mestizos o mulatos, conforman todo un cuadro variopinto de tipos populares, de rasgos bien definidos y representativos.

2) Intención satírica, de contenido moralizante y polémico.

El narrador costumbrista observa y reproduce, recreándolas, la vida y cultura que lo rodea, con mirada irónica y sarcástica, pero amorosa y un tanto patética. Aventuras y dramas son

contados con cierta fruición y en un tono de humor sardónico, a ratos zumbón y a ratos caricaturesco. Costumbres y usos populares, aun los que pudieran ser denigrantes y, por tanto, objeto de censura, se describen con evidente gracia literaria pese a la clara intención moralizante en que se envuelven. La corrupción, prepotencia y maña de los políticos y caudillos, los abusos de los hacendados, la picaresca del hombre de la calle y del campo son expuestos sin acritud ni excesivos aires recriminatorios.

3) Apego al lenguaje popular.

La naturaleza del costumbrismo, así como la condición social de la mayoría de los personajes que pueblan las páginas de los relatos de esa tendencia, obligan al escritor a recurrir al habla popular, repleta de criollismos y taraceada de refranes y redichos. En esa habla se puede advertir la variedad americana del español peninsular, sus giros y expresiones idiomáticas, el grafismo colorido que lo impregna. Confundidos y entremezclados con las aportaciones que al castellano de aquel lado del Atlántico han brindado los substratos indígenas, la trata africana, la creación y adaptación criollistas y los préstamos extranjeros, un gran número de estos elementos, incorporados al lenguaje americano, conforman los llamados provincialismos peculiares y privativos de un país o región, que el narrador costumbrista trata de reproducir, sobre todo, en el diálogo de sus personajes. El estilo, en la mayor parte de esos relatos, adquiere un vivo lirismo, se llena de poesía y se vuelve cálido y apasionado.

Más que producto de la importación de modelos foráneos, el costumbrismo americano tiene sus fuentes sincrónicas en las descripciones de los geógrafos de finales del siglo XVIII, en el surgimiento de la fisiocracia y de las sociedades económicas y patrióticas y en el naturismo predicado por Rousseau. Los hombres de letras de este continente se deslumbran con la belleza de su entorno, con la sencillez de la gente popular, y por ello dan origen al periodismo, al relato de costumbres y a la poesía descriptiva. Carece de fundamento, por tanto, la creencia de que el costumbrismo americano es hijo de Larra, Estébanez Calderón, Mesonero Romanos y Ramón de la Cruz, ya que el español se empareja también con las mismas circunstancias.

La narrativa dominicana surge por primera vez en 1843 con la obra indigenista de Alejandro Angulo Guridi, "Los amores de los indios", aunque de tema cubano y publicada fuera del país. En ese año, Santo Domingo se hallaba todavía bajo dominio haitiano y la actividad literaria de los nativos estaba completamente apagada. Con la independencia y el resurgimiento de la prensa, en 1845, aparece el cuento, breve y de carácter burlesco, cuya temática se centra en el antihaitianismo. "El Dominicano" y otros periódicos de la época acogen relatos de ese cariz de Manuel María Valencia, Félix María Del Monte, Nicolás Ureña de Mendoza y otros autores.

Si en el período que abarca de 1844 a 1865 la narrativa contra los haitianos constituye la nota predominante, ésta no impide que junto a ella convivan otros temas y formas que se acercan al costumbrismo en boga en toda Hispanoamérica. De 1851 es la pequeña novela de Pedro Francisco Bonó, "El Montero", editada en "El Correo de Ultramar" que salía en París. El autor subtítulo su obra "una novela de costumbres" y, ciertamente, se trata de una descripción de la vida y hábitos de los hombres rurales que, machete en mano, semidesnudos y con su trailla de perros amaestrados, se dedicaban a andar, por entre las breñas, tras las reses montaraces para cazarlas y descuartizarlas. La novela adolece de varios defectos, como la endeblez de su argumento y el empleo de un lenguaje culto, pero aún así tiene el singular mérito de haber inaugurado el relato costumbrista en el país.

Habrán de pasar varios años hasta que la literatura dominicana retome la temática costumbrista iniciada por Bonó. La Guerra de la Restauración, llevada a cabo contra España, origina otro género narrativo, el indigenista, que perdurará hasta las postrimerías del siglo. El aborigen de la isla sirve de inspiración a nuestros autores, que lo oponen a todo cuanto es español. José Joaquín Pérez, Galván, Apolinar Tejera y Llenas son los máximos exponentes de esa tendencia.

La prensa y las revistas de miscelánea siguen siendo el vehículo más idóneo para que el escritor dominicano pueda dar a conocer sus obras. "El Lápiz", una de esas revistas, cuya primera edición circuló en enero de 1891, publica un año después, el cuento "No hay", de José Ramón López, entonces en el exilio, con el que se vuelve al costumbrismo y que luego el

autor incluirá en su colección de "Cuentos puertoplateños". De esa misma fecha es el relato criollista de Carlota Salado de Peña, "La primera derrota", en el que se emplea el lenguaje campesino.

La novela costumbrista propiamente dicha reaparece en 1892 con "Baní, o Engracia y Antoñita", cuyo autor, Francisco Gregorio Billini, había sido ocho años antes Presidente de la República, cargo al que renunció para no tener que plegarse a las veleidades de los caudillos de turno. Se trata de una novela que, en el mejor estilo de ese tendencia, combina el retrato de uno de los más turbulentos períodos de la vida republicana del país con la descripción animada y exacta del ambiente social de su tiempo, que centra en la villa sureña de Baní. Max Henríquez Ureña califica a Billini en su "Panorama histórico de la literatura dominicana" de verdadero creador de la novela nacional de costumbres, lo que es rigurosamente cierto. La vida patriarcal y bucólica del valle banilejo, que pinta en páginas de hondo lirismo, con sus tipos humanos, sus tradiciones provincianas y sus fiestas religiosas, contrasta con las atrocidades, levantamientos y luchas civiles revolucionarias.

Otros autores dominicanos que continúan, dentro de la misma tónica de Billini, narrándonos episodios curiosos del medio y presentándonos toda una galería de personajes pintorescos, son Miguel Ángel Jiménez en "La hija de una cualquiera"; Enrique Aguiar, con "Eusebio Sapote"; Manuel A. Amiama, autor de la novela "El viaje", contentiva de interesantes cuadros de la vida capitaleña, y de "Tío Juan y otros cuentos"; y Haim López Penha, a quien debemos "Hidalguía antillana", "Senda de revelación" y "Renacimiento".

Más o menos coetáneos de esas obras son los primeros ensayos en prosa precursores del cuento criollo. Luis Arturo Bermúdez publica en 1895 "Las cosas de Señor Tomás", conjunto de anécdotas tomadas del folklore nacional y que narran las agudezas y aventuras de Tomás Carite, tipo popular socarrero y ocurrente. La política, con todo lo que ella significa, alimenta sustancialmente al cuento criollo. En esta modalidad se distingue José Ramón López con sus "Cuentos puertoplateños", con los que intenta remedar a Billini, lo que logra en parte. Víctor M. de Castro, con sus "Cosas de Lilís", ofrece un sabroso caudal de anécdotas políticas del dictador Heureaux, que continuará,

años más tarde, Vigil Díaz en "Lilís y Alejandrino". Del descendiente del dictador, Ulises Heureaux hijo, son sus cuentos, también criollos, "Alma sencilla" y "Lo inesperado", aunque de tono menor a los de otros autores.

Magnífico ejemplo de novela costumbrista y política dominicana es "La sangre", de Tulio M. Cestero. En ella pinta con admirable estilo, si bien teñido de galicismos, el trágico período de la dictadura de Lilís. Valiéndose del protagonista de la obra, Antonio Portocarrero, el autor nos ofrece una descripción sumamente colorida del ambiente de su infancia y de los usos castizos. Escrita con un estilo elegante y sobrio, "La sangre", una de las mejores novelas dominicanas de todos los tiempos, funde armoniosamente la historia con la pintura de las costumbres para dejarnos, en última instancia, un amargo sedimento de fatalismo.

Como perteneciente al folklore episódico y humorístico cabe citar "La sonrisa de Concho", de Rafael Damirón, cuyo anecdotario lleno de ingenio continuó en sus "Estampas" y "Pimentones", apuntes pintorescos de la vida criolla. Ramón Emilio Jiménez es autor de amenos cuadros en los dos tomos de "Al amor del bohío", y lo propio hay que decir de M. Germán Soriano y su "Santiago tradicional y pintoresco", en el que abundan tipos y escenas populares.

Lo dicho hasta aquí no agota, ni mucho menos, la producción costumbrista dominicana. En ella habría que incluir también a autores como Enrique Apolinar Henríquez, J. Furcy Pichardo, Augusto Franco Bidó, Ricardo Sánchez Lustrino, Joaquín María Bobea, César N. Perozo y Julio Acosta hijo.

Llegamos así a Sócrates Nolasco, en quien, como acertadamente sostiene Max Henríquez Ureña en su citado estudio, el cuento tradicional tiene una magnificación netamente dominicana. Con Nolasco, en efecto, el relato costumbrista alcanza su mayoría de edad y su plena conformación como género. Nadie, hasta él, había sido capaz de captar la vida rural y provinciana con tanto acierto y fidelidad, ni nadie, tampoco, conoce, como el autor, la idiosincrasia del hombre criollo, sobre todo la del pueblerino. Observador acucioso y agudo, extrae sus temas del folklore y de las tradiciones campesinas, cuando no de la historia, a la que también ha dedicado una buena parte de su obra.

“El Diablo ronda en los guayacanes” hunde sus raíces en la tierra del Sur, cuyo paisaje adusto describe con trazos vigorosos y concisos. Casi todos los cuentos que integran la colección tienen como escenario la región natal del autor, región de costumbres peculiares por su proximidad a la frontera haitiana y que, durante décadas, permaneció prácticamente apartada del resto de la República, viviendo una existencia autónoma. Esa proximidad y ese aislamiento han hecho que el Sur sufriese las influencias de la cultura haitiana, de fuerte contenido negro africano. Incluso la toponimia de la zona mantenía, a principios de este siglo, un inconfundible acento del vecino país. Tal es la razón por la cual algunos de los cuentos de Sócrates Nolasco han sido contruidos con elementos propios del folklore haitiano.

De atenernos al exordio que el autor escribió para justificar sus cuentos, se diría que los ha publicado para exorcizar su nostalgia, como si con ellos quisiese recrear un pasado que fue el de su infancia, cuando el sur olía a fragancia de bosques vírgenes, los caseríos languidecían y la gente que los poblaba, aunque recia de carácter, era sencilla y amable. “El Diablo ronda en los guayacanes” vendría a ser, pues, el “Testimonio increíble del que volvió, miró y, al encontrar el vacío de lo que había vivido, ...se le llenaron de estupor los ojos”. Lo que a Sócrates Nolasco le importa, según esas palabras suyas, es la realidad del ayer, no la del momento en que escribe. Ese ayer nos lo ofrece, a veces, un tanto idealizado, como una especie de mundo más o menos perfecto que el autor hubiese deseado conservar incontaminado.

Cronológicamente considerados, los cuentos de la mencionada colección se desarrollan en distintas épocas, las cuales corresponden, en gran medida, a las diversas etapas de la vida del autor. La más lejana se sitúa a mediados de la pasada centuria, cuando la República llevaba una existencia precaria, su soberanía estaba en trance de zozobrar a causa de las continuas invasiones haitianas y el recuerdo de la esclavitud era aún una presencia viva y lacerante en el corazón de quienes la habían padecido. Este es el caso de “Ma Paula se fue del mundo” y “El secreto”.

La Guerra de Restauración, que fue al mismo tiempo una contienda civil, sirve de telón de fondo a “Ángel Liberata”,

mientras que "Antonio Blas perdió el alma" y "Rojos y Azules" ven su acción en la época de Concho *Primo*, figura de concentración ideada por los dominicanos para simbolizar el típico guerrero de las montoneras y asonadas revolucionarias. "Cómo terminó el Jubí" concentra su acción durante la tiranía de Heureaux, y otros cuentos transcurren en tiempos indeterminados.

Toda una variada galería de personajes desfila por la colección de cuentos de Sócrates Nolasco, desde héroes legendarios como Ángel Liberata y Antonio Blas, "cuyas proezas se cuentan en prosa de romancero en la que se van oyendo los falsetes de la juglaría y los sollozos de las doncellas", según dice Manuel Rueda, hasta humildes campesinos como Ciprián, quien huye despavorido para no tener que casarse con su concubina de muchos años. Junto a ellos discurren curas, policías, abogados, secretarios de ayuntamiento, curanderos, matronas, jóvenes y viejos centenarios, cada uno con su propia existencia gris o cantada en coplas, sus penas y sus alegrías, sus saberes ancestrales y, sobre todo, su entrañable amor a la tierra.

Un personaje que nunca falta en los cuentos de Nolasco es el Diablo. Él preside, de una manera u otra, los acontecimientos que se narran en cada historia e interviene, abierta o solapadamente, en la vida de los hombres y mujeres de Enriquillo, Paraíso, Barahona, Trujín, El Naranjal y los muchos fundos y caseríos de la comarca. La bruja Ma Paula, barragana del capitán Musundí, un liberto que había peleado al lado de España durante el gobierno de Ferrand, pudo alcanzar los 170 años de edad gracias a su pacto con el Diablo. Es también el Diablo el que enseña a los boticarios a preparar sus pócimas y ungüentos que luego venden como medicamentos patentados. El Diablo aparece entre las ráfagas de los huracanes y siembra el desconcierto en el corazón de la gente humilde y supersticiosa.

La trama de la mayoría de las historias que nos ofrece Nolasco es sumamente sencilla y sirve, en realidad, de pretexto para presentarnos jugosos cuadros de costumbres dominicanas. Lo interesante de esas historias no reside en lo que ellas revelan, sino en su ambiente y en sus tipos. El costumbrismo de Sócrates Nolasco es eminentemente evocador. Los personajes de sus relatos, en vez de debatirse en medio de violentas pasiones, valen, particularmente por lo que reflejan de su

medio y de sus creencias. Velorios, baquinís, invocaciones a los *loas*, hechizos y *guanguás*, bailes ceremoniales como el *jubí*, cabalgatas: he aquí los principales ingredientes del costumbrismo de Sócrates Nolasco. Se trata de todo un universo mágico-religioso que rige la vida de la gente.

Una excepción a lo dicho la constituyen los cuentos "Ángel Liberata" y "Que Antonio Blas perdió el alma". Ambos son relatos de clara intención política, enaltecedores de las virtudes y el honor de los hombres que pelearon en defensa de la patria. Tal como su mismo nombre indica, Ángel Liberata representa la Libertad, una libertad que no claudica ante el enemigo más fuerte porque está en juego la soberanía de la República, por la que lucha con valor y gallardía. Antonio Blas, en cambio, es el guerrillero honrado y fiel al compromiso de su palabra que, cuando resulta traicionada, no vacila en tomar cumplida venganza. Como muy bien señala Rueda, la narrativa dominicana tiene en este relato "un texto patético en el que la religiosidad queda abolida por una idea de justicia".

Conocedor como pocos del lenguaje campesino, Nolasco lo reproduce en sus cuentos con una fidelidad asombrosa:

—*¡Cójanme ese hombre! ¿Pretende que se va a burlá de la Iglesia? Antoce, ¿pa qué sirvo yo deautoridá? Cójanlo y arrátrenlo pa el artar.*

—*No se deja cojé... Va juyendo como un diablo.*

—*Atájenlo. Y si juye rómpanle er pecuezo.*

Otro aspecto a destacar en los cuentos de este autor es su estilo y el dominio de la prosa, en la que cada frase ha sido medida para contar lo necesario y nada más. La de Sócrates Nolasco es una prosa un tanto austera, retraída, pero gráfica y teñida a ratos de hondo lirismo:

La superficie del lago se convirtió en temblorosa lámina de púrpura... y un rezo poderoso y hondo vino y se extendió con el teral, como hálito de la selva. Bandadas numerosas de palomas coronitas comenzaron a

pasar hacia el oriente encendido y, volando aras de mangles y matorrales, estridentes enjambres de pericos, de agrias gargantas, ahogaron el rezo de la selva y el dulce rumor del lago.

“El Diablo ronda en los guayacanes” es, sin duda, la expresión más alta de la narrativa costumbrista dominicana. La colección de cuentos recogidos en ese volumen nos revela a un escritor de gran talento, cuidadoso en el manejo del idioma y enamorado de su tierra.

c) El ensayo literario

Hasta las últimas tres décadas, muy poco es lo que se había escrito en la República Dominicana sobre crítica literaria. El primer trabajo de ese género data de 1846 y se debe a Alejandro Angulo Guridi, quien publicó en “El Prisma” de La Habana un comentario acerca de Heredia, el cantor del Niágara, reproducido en Santo Domingo ocho años después.

Las manifestaciones más significativas, en lo concerniente a crítica literaria, se concretaban a los prólogos que algunos escritores redactaban para presentar las obras editadas por sus colegas. En 1877, Apolinar Tejera escribía uno para las “Fantasías indígenas” de José Joaquín Pérez, lo mismo que Fernando Arturo de Meriño para los poemas de Salomé Ureña en 1880. Otras obras prologadas fueron “Enriquillo”, de Galván e “Iguaniona”, de Javier Angulo Guridi, ambas a cargo del mismo José Joaquín Pérez. De 1891 es el prólogo de Galván a “Cosas Añejas”, de César Nicolás Penson. Todas esas introducciones son, sin excepción, elogiosas, y contienen opiniones generales sobre el desarrollo de la literatura dominicana.

Aparte de esa labor de carácter condescendiente, fruto de la amistad entre los escritores, la crítica literaria, realizada fundamentalmente en periódicos y revistas, tuvo en Federico Henríquez y Carvajal al divulgador más prolífero no sólo de las letras dominicanas, sino también de las extranjeras. Durante siete años, y a través de su revista “Letras y Ciencias”, dio a

conocer los principales movimientos literarios surgidos en distintos países. En esa misma línea se destacó también Federico García Godoy, cuyos juicios y ensayos críticos, originalmente publicados en la prensa, reunió posteriormente en varios libros, como "Recuerdos y opiniones", "Páginas efímeras", "De aquí y de allá" y "Americanismo literario".

De acuerdo con Max Henríquez Ureña, el escritor que mayor relieve logró como crítico literario fue Rafael Alfredo Deligne, quien escribía bajo el seudónimo de Pepe Cándido. Por su visión de conjunto, puede señalarse que en sus opiniones alien-ta ya el ensayo, tal como observamos en "Cosas que fueron y cosas que son". Lo propio cabe decir de Nicolás Heredia en su obra "La sensibilidad en la poesía castellana".

Con Américo Lugo arribamos definitivamente al ensayo literario, que manejó con gran destreza y cierta profundidad en el tratamiento de la crítica. "A punto largo", una de sus obras de ese género, contiene un interesante paralelo entre Cervantes y Montalvo. Su prólogo a una antología de Martí, que tituló "Flor y lava", revela su condición de ensayista. Tulio Manuel Cestero, el autor de "La sangre", se inició en la vida literaria con una colección de esbozos críticos, "Notas y escorzos", dedicados a escritores de su época, casi todos pertenecientes al movimiento modernista hispanoamericano.

De Pedro Henríquez Ureña nada tenemos que decir. Su vasta y extraordinaria obra crítica, de un valor reconocido en toda América, es sobradamente conocida.

Otros trabajos de índole crítica son la "Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo", redactada por César Nicolás Penson para ser enviada a la Academia Española de la Lengua en 1892 con motivo de la antología de poetas hispano-americanos publicada en ese mismo año para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América; el "Movimiento literario y artístico"; artículo escrito por Osvaldo Bazil para el Boletín de la Unión Panamericana; y la conferencia de Enrique Aguiar, "La Ciudad intelectual".

En el campo de la historia literaria, la primera que se publica es la de Abigaíl Mejía, que luego agregará como apéndice de su "Historia de la literatura castellana". Le seguirán la "Historia de la literatura dominicana", de Joaquín Balaguer, y "Estudios de la literatura dominicana", de Esthervina Matos. Una

obra que compendia todo lo escrito hasta entonces es "Panorama histórico de la literatura dominicana", de Max Henríquez Ureña.

Desaparecida la tiranía de Trujillo, la crítica literaria dominicana inicia una nueva etapa de gran fecundidad, libre de las censuras impuestas por el régimen y ejercida por auténticos profesionales de la literatura que son, además, dueños de una sólida formación humanística, adquirida, en muchos casos, en universidades extranjeras. Merecen citarse a Héctor Incháustegui Cabral, Ramón Francisco, Manuel Rueda, Marcio Veloz Maggiolo, José Alcántara Almánzar, Bruno Rosario Candelier, Josefina de la Cruz y Diógenes Céspedes, entre otros.

Además de cuentista, Sócrates Nolasco se ha dejado tentar también por el ensayo literario, aun cuando este haya tenido que ser escrito por encargo, casi como un "modus vivendi" y producto de las circunstancias del exilio. "Escritores de Puerto Rico", en efecto, es una obra redactada a instancias del rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez. Recoge y amplía las conferencias que Nolasco dictó en ese centro docente acerca de varios escritores de aquella isla. "Libro antillano, de fundamentos puertorriqueños, escrito por un dominicano y editado en Cuba", según anuncia Nolasco, tiene como foco de interés la vida y obra de Nemesio R. Canales, a quien nuestro autor conoció y trató íntimamente cuando desempeñaba las funciones de cónsul general de la República Dominicana en San Juan. Junto a Canales, "el más noble espíritu burlón que tuvo Puerto Rico", al decir de Luis Muñoz Marín, otros escritores boricuas, como Luis Llorens Torres, Antonio Pérez Pierret, Rafael Ferrer, Gustavo Fort y Rafael Monagas ocupan la atención de Nolasco.

El primer contacto de Nolasco con Canales tuvo lugar en una tertulia literaria que se celebraba en el bufete de Llorens Torres, abogado, poeta y director de la "Revista de las Antillas". Los contertulios discutían sobre Rubén Darío, y mientras la mayoría se desataba en ditirambos sobre el autor de "Prosas profanas", Canales ponía en solfa al poeta, muerto como tal desde hacía años por causa del alcohol y quien diera mucho, pero menos de lo que se debía esperar de él.

Sócrates Nolasco se nos muestra en este ensayo como un verdadero crítico literario, sobre todo en el terreno de la poesía.

Sorprenden sus conocimientos de las literaturas grecorromana, francesa e hispanoamericana, que emplea sin la petulancia del erudito, sino de manera espontánea, natural, para ilustrar un comentario o matizar un detalle de la crítica. Sus juicios son siempre objetivos, imparciales, desprovistos de prejuicios y apasionamientos, aunque su acercamiento a los poetas que estudia esté teñido de indisimulada simpatía. Desmenuza la obra de cada uno, la escudriña profundamente y emite su opinión libremente, con absoluta sinceridad, sin importar que su dictamen sea, a veces, reprobatorio.

Sin duda, el autor puertorriqueño por el que se siente más atraído es Nemesio R. Canales, poeta y cuentista de imaginación asombrosa, original en su estilo de frases cortas, ágiles y repletas de metáforas juguetonas, pero también crítico mordaz, llamativo, feroz de la sociedad puertorriqueña de su época, de sus costumbres y de la ley escrita, que fustiga en una prosa salpicada de sarcasmo y burla, así como del imperialismo y capitalismo manipuladores y explotadores de los países pequeños. No es, pues, de extrañar que Canales se inclinase ideológicamente por el socialismo, que estudió en España y Boston, si bien el suyo fue un socialismo peculiar, más al estilo del inglés que del soviético. Empecinado materialista, Canales, según nos cuenta Nolasco, vivía más preocupado por las penurias del pueblo que por su soberanía. Le importaban el hambre, la salud, el analfabetismo y otros problemas sociales, por considerar que la libertad política de nada servía si no se acompañaba de la económica. Sentimental, mixtificador y dotado de una gran sensibilidad, las ideas sociales de ese personaje singular eran más viscerales que producto de lecturas meditadas.

El hombre que fue Canales, así como su obra, tienen en Sócrates Nolasco al mejor de sus estudiosos. No sólo nos lo presenta certeramente en su persona y talante, sino que analiza pormenorizadamente, con agudo sentido crítico, todas y cada una de las características de su producción intelectual. El dato que pinta al hombre y lo singulariza, su actitud vital, el espíritu risueño con que enfrentó los problemas que lo inquietaban, el ridículo con que revestía algunas de las cosas más serias, todo esto y mucho más son objeto de la cuidadosa atención de Nolasco.

"Escritores de Puerto Rico" es una obra de gran amenidad que descubre múltiples aspectos de la vida puertorriqueña, no

sólo intelectual. En ella Nolasco nos describe, con soltura inigualable, el ambiente de la época. Está escrita casi como si se tratase de una novela, los diálogos son sueltos y ágiles y reproducen las preocupaciones de sus interlocutores. Abundan las conversaciones sobre temas literarios, tanto puertorriqueños como universales, los comentarios tienen gracia y picardía, humor y crítica acerba, hondura y sapiencia. Nolasco siente un gran amor por esa tierra, pródiga en talentos. "Ningún otro país de América, limitado en tan exiguo territorio y trabado y perturbado por un destino tantos años irresoluto, ha dado tan gran número de intelectuales de primer rango como Puerto Rico...", asegura en el prólogo de la obra.

Al hilo de la biografía de Canales, Sócrates Nolasco va tejiendo y destejiendo diversos temas. Tres grandes acontecimientos sirven a nuestro autor para exponer sus propias ideas: la revolución bolchevique, la primera guerra mundial y la ocupación norteamericana de Santo Domingo. Censor decidido del último, que critica con furor patriótico, se lamenta, con sus amigos puertorriqueños, de la prepotencia norteamericana y del aciago porvenir que le espera a la América Hispánica, caudillista, subdesarrollada y víctima de las apetencias económicas de países poderosos. Característico de los intelectuales puertorriqueños, dominicanos y cubanos de entonces fue su nostalgia por la frustrada Unión Antillana, confederación que hubiera unido a las tres grandes islas de habla española, independientes tanto de su antigua metrópoli como de los Estados Unidos. El hermoso sueño de Betances, de Hostos, de Martí perduraba todavía en Nolasco, Canales y Muñoz Marín.

"Escritores de Puerto Rico" concluye con una semblanza de Miguel Guerra Mondragón, legislador, jurista y erudito literario. Tertuliano de "La Mallorquina", cuando no peripatético frequentador del malecón del parque Borinquen, la simpatía de Nolasco por ese personaje se debe particularmente a su interés por la causa dominicana en tiempos de la ocupación militar de los Estados Unidos. El ensayo de Sócrates Nolasco es de agradecer, pues con él aprendemos a apreciar más a Puerto Rico y a sus hombre más prominentes.

LA OBRA HISTORIOGRÁFICA

Paralela en el tiempo y en importancia a la obra literaria de Sócrates Nolasco es la que dedicó, con igual ánimo y talante, a la histórica. No fue nuestro autor un historiador en el sentido estricto del término, es decir, un historiador profesional o académico dotado de los recursos metodológicos indispensables para la investigación y análisis del pasado, pero aún así supo hurgar en él y estudiarlo con apego a la verdad. El problema de la verdad histórica, ciertamente, no sólo interesa para la salud de la disciplina. Además de los especialistas en ella, concierne también al hombre medio intelectualmente inquieto, pues lo que se somete a cuestión es el título que la historia pueda esgrimir para ocupar un sitio en la cultura. Sócrates Nolasco fue un intelectual preocupado por la verdad, y para darla a conocer tuvo que escribir historia.

Aparte de numerosos artículos, tres son las obras de índole historiográfica escritas por Sócrates Nolasco. La primera, de 1938, y reeditada en 1973, es un estudio sobre "El general Pedro Florentino y un momento de la restauración". Se trata, sin duda, de la más importante y vigorosa de las tres obras, y en ella reivindica con acierto la figura de ese personaje y militar excepcional, tachado injustamente de ladrón, tirano y asesino por sus enemigos. A ese ensayo le sigue, tres años después, "Viejas memorias", que no son las suyas, sino las de diversos personajes. Junto a ellos Nolasco incluye, por recomendación de Federico Henríquez y Carvajal, hechos históricos que rescata del olvido y que, por su relevancia, desea mantener vivos en la mente de los estudiantes dominicanos. La tercera obra historiográfica de Nolasco es "José María Cabral, el guerrero", impresa en 1963. Versa sobre este combatiente de la batalla de Santomé llevada a cabo contra los haitianos y, luego, destacado restaurador. La apología de José María Cabral tiene como propósito fundamental valorarlo en su justa medida.

Un tema tradicional en el pensamiento de Occidente y, por ende, también en el de Santo Domingo, es el del escepticismo con respecto a las conclusiones de la historia, tema tratado elocuentemente en el epílogo de Tolstoi a su "Guerra y Paz", novela que es presentada como una refutación experimental al

dogmatismo histórico. De ese escepticismo hay pruebas más que abundantes en la historiografía dominicana, algunos de cuyos especialistas se han constituido a menudo en mentores y guías del pasado, dictaminando a su gusto quiénes fueron los buenos y los malos de nuestro pasado. La polémica sobre Santana ilustra este punto.

El desprecio a la verdad histórica, del que no está exento el país, se ha pregonado por todas partes, no sólo en los estados totalitarios, sino también en las llamadas democracias. El etnocentrismo suele mover la pluma de los historiadores para acomodar los hechos a su mejor conveniencia y ofrecer una historia presentable a los ojos de sus compatriotas. Esta actitud es muy propia, sobre todo, de quienes han protagonizado determinados acontecimientos. La deseada objetividad brilla en ellos por su ausencia, y hasta cierto punto es lógico que se identifiquen plenamente con la causa que defienden adoptando, por contra, una manifiesta o implícita hostilidad hacia el grupo enemigo.

Sócrates Nolasco sale al paso de este tipo de historia y busca definirla por la verdad que se muestra capaz de elaborar. Si la historia es esencialmente conocimiento, este no es otro, para nuestro autor, que el válido o verdadero. De ahí que sus escritos en esta materia se opongan fundamentalmente a las falsificaciones e irrealidades del pasado, a la historia imaginada y amañada, al mito y a la mentira.

Contrariamente a otras disciplinas, la historia ha tenido en la República Dominicana numerosos cultivadores, aunque de suerte y calidad desiguales. Descontado Antonio del Monte y Tejada, cuya "Historia de Santo Domingo" se ciñe estrictamente al período colonial, culminando con la dominación haitiana de Boyer, corresponde a José Gabriel García el merecido título de padre de la historia nacional por haber sido la primera que abarcó desde el descubrimiento de la isla hasta los inicios de la República independiente. Los tres volúmenes de su "Compendio de la Historia de Santo Domingo", de 1900, adolecen de muchos defectos, pero es de advertir en ellos un valioso esfuerzo de creación en la búsqueda de datos, los cuales, unidos a su experiencia personal, le permitieron integrar un todo orgánico y metodológicamente ordenado en la definición de las distintas etapas de la historia dominicana.

Al jurisconsulto y profesor Carlos Nouel, contemporáneo de García, debemos una "Historia eclesiástica de Santo Domingo", cuya información compiló en gran parte durante los diez años en que tuvo a su cargo la secretaría del arzobispado. Otras fuentes, sobre todo las relativas a la colonia, las tomó de García. Historiador con el claro sentido del método histórico, que empleó correctamente, fue Emiliano Tejera, autor de dos excelentes monografías sobre "Los restos de Colón en Santo Domingo" y "Los dos restos de Cristóbal Colón", vibrante defensa de la tesis dominicana acerca de la autenticidad de los despojos del Primer Almirante exhumados en la catedral de Santo Domingo en 1877. De Tejera es digna de citar también la Memoria que presentó al Papa León XIII sobre el problema de los límites domínico-haitianos. Apolinar Tejera, hermano de Emiliano, escribió una serie de rectificaciones históricas sobre caciques indígenas, las iglesias de la isla, los cabildos y encomiendas y otros temas objeto de controversia.

El mencionado problema de los límites fronterizos produjo una extensa bibliografía. Destaca, por su penetración en el análisis de ese problema, Manuel Arturo Peña Batlle con su "Historia de la cuestión fronteriza domínico-haitiana" y "Orígenes del Estado Dominicano". Como antecedente del caso, y del mismo autor, es "La Isla de la Tortuga", célebre en la historia de la isla como guarida de piratas y bucaneros.

Políticos, generales y gobernantes han dejado también su propio testimonio de determinados episodios históricos. Aunque sus opiniones suelen pecar en muchas ocasiones de parciales, su condición de testigos y protagonistas de determinados sucesos agrega interés a lo que narran. Ejemplos de lo dicho son el general Gregorio Luperón y sus tres volúmenes titulados "Notas autobiográficas y apuntes históricos"; "De Capotillo a Santiago", de Benito Monción; "La Batalla de Santomé", de Marcos A. Cabral, Presidente Provisional de la República; "Páginas históricas", de Fernando Arturo de Meriño...

Iniciado ya el presente siglo, el ejercicio del quehacer histórico es retomado en parte por intelectuales, como Manuel Ubaldo Gómez, autor de un "Resumen de la historia de Santo Domingo", y Bernardo Pichardo con otro compendio de historia patria. Sobre aspectos particulares es obra única en su género la de Vicente Tolentino Rojas, "Historia de la división

territorial de la República Dominicana”, así como la de Oscar E. Ravelo acerca de “El correo en Santo Domingo”. En el campo de la prehistoria y de la arqueología son pioneros Narciso Alberti y Bosch con sus “Apuntes para la prehistoria de Quisqueya”; Alejandro Llenas, quien escribió un pequeño trabajo sobre el cráneo de un indio ciguayo; y Luis Padilla d’Onis, autor de una “Prehistoria dominicana y de las Antillas”.

La investigación histórica se vuelve más exigente y científica cuando varios de los profesionales en esa rama del saber viajan a España y a otros países con el fin de examinar sus archivos y extraer de ellos importantes e inéditos datos sobre la colonia de Santo Domingo y las primeras décadas de la vida republicana. En esa labor se distinguieron Américo Lugo, César Herrera, Máximo Coiscou Henríquez, fray Cipriano de Utrera, Joaquín Marino Incháustegui y Emilio Rodríguez Demorizi. Las aportaciones documentales de todos ellos, que hoy reposan en el Archivo General de la Nación o fueron recopiladas en numerosas colecciones, han permitido a las nuevas generaciones de historiadores dominicanos profundizar en el conocimiento de nuestro pasado.

Sócrates Nolasco, aun sin ser propiamente un historiador, se ha inclinado preferentemente por el período republicano. No es un estudioso de los hechos sociales y económicos, ni tampoco de la vida cotidiana. Para él, la historia, tal como creía Carlyle, la escriben los grandes políticos y militares. Gusta de exaltar a los personajes que, arma en mano, han combatido por la libertad y la soberanía de la República Dominicana, dando con ello ejemplo de patriotismo. Sus temas favoritos son las grandes batallas escenificadas en territorio nacional, con sus héroes y guerreros que no sólo hacen alarde de valor, sino de hombría de bien, honestos, generosos con el vencido pero justos y firmes a la hora de la verdad.

El deshacedor de entuertos dominicanos que es Sócrates Nolasco no podía pasar por alto al que quizás ha sido el personaje más injustamente vituperado de nuestra historia: el general Pedro Florentino. Detractores de Santana ha habido muchos, ciertamente, pero todos, al fin y al cabo, militaron en el campo enemigo. En cambio, con ese “fanático de la independencia” que fue Florentino ocurre que lo han combatido con igual saña anexionistas y antianexionistas. Luperón, a quien

salvó la vida, negándose a fusilarlo, lo tachó de perverso, y de caníbal el historiador Benigno Souza. De Florentino dijo también José Gabriel García que, bajo la apariencia de un laudable celo por el bien público, escondía fuertes sentimientos de ambición personal. Otros lo han calificado de tirano, ladrón, borracho y asesino inmisericorde.

Para Sócrates Nolasco, ese fardo de ignominia con que ha sido arrojada la memoria del general Florentino es totalmente injusto, por lo que ha considerado necesario "secar la fuente de sangre que brotó y mana de su sepulcro". Valiéndose, pues, de diversas fuentes y documentos, Nolasco rompe lanzas a favor del general restaurador, esclareciendo su conducta como guerrero y hombre honrado, generoso y estimado por sus adversarios. Cabe citar, entre esas fuentes, las obras de Luperón, Rodríguez Objío, Gándara y Navarro, Pichardo e Incháustegui. La hoja de servicios de Máximo Gómez, las proclamas del mismo Florentino, los testimonios de coetáneos del militar o de descendientes y amigos sirven también a Nolasco para llevar a cabo su tarea reivindicadora, que culmina exitosamente.

"El General Pedro Florentino y un momento de la Restauración" es una biografía crítica de ese personaje. La simpatía con que Nolasco se acerca a él no le resta veracidad ni impide que el autor analice con escrupulosa atención los datos históricos que le permiten fundar su juicio sobre aquel. Nolasco no oculta los errores y excesos del hoy prócer de la Restauración. Trata de entenderlos y de justificarlos a la luz de los hechos y circunstancias de entonces, pero, sobre todo, de la causa que Florentino defendió, tal como otros historiadores excusaron los de Bolívar y Máximo Gómez. Las condiciones en que se desenvolvía la guerra contra España demandaban luchadores del talante de Florentino, cuyas demasías tuvieron su vindicación en el recio sentido dominicanista del que siempre, al parecer, hizo gala. Toda guerra es, en sí misma, cruel y despiadada. Su guadaña siega implacablemente vidas y destruye hogares. La restauradora no fue una excepción y a ella Florentino se entregó en cuerpo y alma. Los fusilamientos de La Urca, que algunos escritores de la época condenaron por inocuos e inhumanos, fueron réplica inevitable de los de San Juan de la Maguana efectuados por los anexionistas.

La biografía del general Florentino constituye, pues, un acto de justicia reparadora y de desagravio que se le debía a ese auténtico libertador dominicano. Había que restaurar la verdad sobre él y Sócrates Nolasco, paladín de ese tipo de causas, lo hizo de forma irrefutable.

El escritor que, sobre todas las cosas, es Sócrates Nolasco, asoma una vez más en "Viejas memorias", colección de retratos de hombres célebres de nuestra historia, de relatos sobre hechos poco conocidos del acontecer político y militar dominicano y de rectificaciones y aclaraciones, también de carácter histórico, necesarias para una cabal y más completa comprensión del pasado. La pluma de Nolasco se complace en estos escritos en pintarnos retazos de vidas, gestos heroicos, ambientes de batallas, intrigas y traiciones. Más que la historia general, al autor le interesa la conducta de los hombres y mujeres que la protagonizaron, su particular fisonomía, la tierra que ayuda, con sus escabrosidades, a la emboscada y a la acción guerrillera. Como siempre, las luchas son contra los haitianos, los anexionistas y los tiranuelos. Ellas son la obsesión de Sócrates Nolasco, el objeto de sus desvelos, la trama con que teje sus elucubraciones. El Sur vuelve de nuevo por sus fueros en estas páginas que quieren ser, y son, un canto a los hombres de su tierra.

Uno de los retratos más interesantes que Nolasco nos ofrece en sus "Viejas memorias" es el de Agustín Franco Medina, de vida aventurera y rasgos "dignos de ser calzados con el coturno de la tragedia". Afrancesado, peleó al lado de Ferrand en la guerra de la Reconquista y, más tarde, reaparecerá en Barcelona como coronel de los ejércitos napoleónicos, combatiendo contra España e Inglaterra bajo las órdenes del mariscal Soult. Vuelto a Santo Domingo, es apresado por Henry Christophe el rey haitiano, y condenado a asistir a sus propios funerales. Para Nolasco, el personaje merecería que un Calderón o un Pérez Galdós lo inmortalizaran.

Personaje igualmente trágico es el coronel francés Juan Carlos Fagalde, esforzado marino que, al mando del bergantín de guerra "27 de Febrero", asaltó en noviembre de 1849 las poblaciones haitianas de Anse de Pitre, Saltrou y Les Cayes, única hazaña naval de los dominicanos de entonces en su lucha contra sus implacables enemigos. Fagalde morirá tres meses

más tarde víctima de veinte sablazos propinados por el sargento Juan de Mata cuando intentaba entrevistarse ocultamente con su amante Margarita Antonia Elías en la Calle Nueva de Santo Domingo. Los pormenores de este crimen pasional nos los cuenta Sócrates Nolasco con la habilidad de un escritor de novelas de intrigas.

"Viejas memorias" es libro que habla de piratas y marroteros, de bolos y coludos, de "filorios" y mañeses, de espías y asesinos... También de la "intervención" de Dios en las guerras de independencia, de los blancos legales o negros dominicanos, de santanistas y restauradores. Todo ello forma parte del devenir histórico dominicano, el cual, como expresa Nolasco, andaba por ahí incompleto, trastornado o mixtificado. Natural era, por tanto, que el autor lo hubiese recogido para integrarlo en una visión coherente y cabal de nuestro pasado.

"José María Cabral, el Guerrero", es la biografía de uno de esos personajes a quien Máximo Gómez llamó su maestro y bajo cuyas órdenes luchó en las guerras contra los haitianos. Nolasco, que siente verdadera pasión por ese paladín de la libertad, nos va contando su vida y hazañas casi como si se tratase de una novela. Vencedor en Santomé frente a las tropas del emperador Faustino Soulouque, en La Canela después contra los anexionistas, Cabral permanecerá siempre en disposición de defender la integridad e independencia de la República. De creer a Nolasco, el mayor servicio de Cabral al país fue el que prestó durante la llamada "guerra de los seis años", la de los rojos y azules, en la que contribuyó decididamente a salvar a la República de un nuevo intento de anexión.

Nolasco pinta al libertador como un hombre flemático, sobrio y frío, silencioso y parco en el comer, admirable en la templanza y paciente en el difícil arte de soportar las injurias. Educado en Liverpool, y habiendo nacido para la meditación, José María Cabral optó, movido por su amor a sus compatriotas, por intervenir en numerosas contiendas con el único propósito de ser fiel a sus ideales de justicia y libertad.

La biografía de Cabral ofrece, por otra parte, a Sócrates Nolasco la oportunidad de exponer sus propias opiniones, henchidas de sentido nacionalismo, acerca de los aciagos avatares de nuestra historia republicana. Opuesto al pesimismo de los políticos y caudillos de turno, individualistas, dicta-

dores y especuladores del poder, quienes descreían de la capacidad del país para constituirse como nación soberana, nuestro autor se coloca en todo momento al lado de los trinitarios, cuya causa es también la suya.

LA OBRA PERIODÍSTICA

Amén de literato e historiógrafo, Sócrates Nolasco ejerció también, y con notable habilidad, el oficio de periodista aunque, humilde como era, prefería que lo llamasen comentarista, papel que suponía "al alcance de cualquiera". Tres semanas hacía que Nolasco había abandonado Petit-Trou, su aldea natal, por voluntad de su tío Francisco Henríquez y Carvajal, y apenas sabía moverse en los medios capitaleños cuando entró a trabajar en "El Día", vespertino fundado por su pariente y dirigido por Gómez Alfau. Allí aprendió el funcionamiento del periódico y quedó deslumbrado por él. Distintas circunstancias lo obligaron a frecuentar otros ambientes y geografías, pero la vocación de periodista perduró incólume y a ella se entregó en sus últimos años, colaborando asiduamente como articulista en el "Listín Diario" y "El Caribe".

Fruto de esa colaboración en su obra "Comentarios diversos", editada en 1975, en la cual es seleccionada una parte de sus artículos. Sócrates Nolasco vuelve en ellos a los temas que le han sido siempre más queridos, es decir, la literatura, la historia y la política. Repartidos en el tiempo, todos nos revelan, una vez más, al escritor sutil, ponderado y amigo de la verdad y de la justicia. Un suceso actual le permite al periodista remontarse al pasado, escarbar en él y sacar una enseñanza que ofrecer a las nuevas generaciones, pero también el presente le preocupa y lo analiza certeramente. El golpe de Estado contra Juan Bosch, que critica y repudia, le recuerda, por sus consecuencias, la intervención norteamericana de 1916, y se duele de que los dominicanos actúen nuevamente de manera atolondrada y ciega.

"Comentarios diversos" nos confirman, entre otras cosas, los profundos conocimientos literarios de Sócrates Nolasco, demostrados sobradamente en "Escritores de Puerto Rico". Su

comentario a la antología de poetas haitianos publicada por Maurice A. Lubin en 1955 así lo prueba. Otros textos que pasan por la criba del periodista son "El Centinela de la Frontera", de Balaguer, y "Over", de Marrero Aristy. Del segundo lamenta su asesinato a manos de los sicarios del tirano, un asesinato que fue también el de la inteligencia.

Como en "Viejas memorias", Sócrates Nolasco se complace, en algunos de sus artículos, en resucitar a personajes del pasado, reconstruyendo episodios de sus vidas, narrando anécdotas o corrigiendo yerros históricos. Alaba el patriotismo immaculado de Pedro Alejandro Pina, cuenta con galanura el encuentro de Lilís y Mamá Lin, la viuda del restaurador Ángel Liberata Félix, pone en duda la condición de libertador de Núñez de Cáceres y rescata del olvido al coronel Elías Piña. Los lances del poeta, músico y general venezolano Eduardo Scanlan, muerto en Santo Domingo por cuestiones de faldas, tienen en Nolasco a un magnífico y jugoso narrador.

Cuentista, historiógrafo, periodista, Sócrates Nolasco fue un ejemplo incuestionable de escritor puro y desinteresado. Su vocación se impuso en él por encima de todo trance y avatar político, la vivió intensamente y nos la legó como herencia a seguir. Pocos intelectuales dominicanos han tomado tan a pecho el oficio de escribir como Sócrates Nolasco. Si a veces tenía que luchar con su prosa, lo hacía para que ella brillase a los ojos de sus lectores, pero también para que sus mensajes llegasen nítidos y resultasen, como quería, eficaces. Al decidirse a editar una selección de su obra, la Fundación Corripio rinde merecido homenaje de reconocimiento a Sócrates Nolasco. Debemos, por ello, felicitarla y felicitarnos.

CARLOS ESTEBAN DEIVE

CUENTOS DEL SUR¹

A la memoria del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal.

(1859-1935)

Filial ofrenda.

1. Imprenta "La Opinión", Ciudad Trujillo, 1939.

Las iniciales N.A. que aparecen en las notas al pie de página corresponden al autor. En cambio las notas sin especificación pertenecen al editor.

ÁNGEL LIBERATA

Leyenda épica.

¡Fueron 820!

Diezmados al principio por la infantería enemiga, dispersos por los escuadrones y acosados por el espanto, huyeron silenciosos como sombras. En la noche lóbrega pasaron por Pueblo Viejo, siguiendo el atrecho de El Curro que los llevara a juntarse con su jefe natural, con el auténtico Jefe. Los demás sobrevivientes, orientados por el otro derrotero, se separaron en Quitá-Coraza tomando las rutas de Rincón y de Neiba.

Endurecidos por la ruda disciplina que había mantenido él, habituados a dormir a suelo raso, a alimentarse de pie con plátanos y cecina cada veinte y cuatro horas, podían recorrer distancias largas sin rendirse a la fatiga. Tenían prohibidos el aguardiente y las barajas, porque deshonran, y la hamaca, la música y las faldas, porque inclinan a la molicie, indigna del guerrero. Y ellos, educados así, habían visto con asombro al otro Jefe, al *Jefe grande* que mandaba en todo el Sur, traicionado, ¡vendido! y asesinado.

¡Fueron 820!

Pantalones y guerrillera de "fuerte-azul", soletas dobles, un machete, una carabina, una cartuchera, un concepto de hombría que les impedía recular en la pelea, si no se les ordenaba, y obligaba a morderse la lengua y a morir antes que soltar palabra que menguara el prestigio de la República y favoreciera al enemigo. Así los había forjado él y así habían pasado de su autoridad a la de Pedro Florentino.

Regresaban: ocho de Rincón, con el Coronel Cabuya; cinco del Puesto Cantonal de Petit-Trou, con el Sargento Payén; doce de Barahona, con el Comandante Antonio Blas; treinta de Neiba, nueve de Pesquería, dos de La Descubierta.

Contaba en silencio y volvía a contar de nuevo. Una arruga perpendicular partía su frente. Las sombrías pupilas escudriñaban con ansia disimulada las bocas de los caminos, y los caminos estériles mantenían las cifras inalteradas: ocho de Rincón, cinco de Petit-Trou, doce de Barahona, treinta de Neiba, nueve de Pesquería, dos de La Descubierta...

¡Fueron 820!

Pasó la mañana y lo dejaba la tarde bajo la baitoa del patio, sentado en el taburete forrado de cuero crudo. Extraía de los relatos, hechos, nada más que hechos, desnudos de la bazofia de comentarios. La Gándara y Puello (¡Puello! ¡Puello!, ¡dominicano traidor y azote del Sur!) aniquilaron las avanzadas de los patriotas en Haina y en San Cristóbal. En Baní, los banilejos se pasaron al enemigo y contribuyeron al exterminio. Azua está en poder de España. El ejército del Sur —cuatro mil trescientos hombres— destruido. Y el General Pedro Florentino, su compadre de sacramento, asesinado. ¡Este era el cuadro consolador!

Ensimismado en un silencio hostil, parecía sordo al lloro desgarrador de las mujeres. A medida que se generalizaban las noticias crecientes clamores se multiplicaban, subían hacia las lomas de Panzo perdiéndose en las laderas, se derramaban sobre Cerro en Medio, volaban sobre Cambronal y Las Marías. Y Cambronal, y Las Marías y Cerro en Medio, gritando también sus muertos, devolvían el lamento funeral. Un inmenso dolor se dilataba sobre el vasto Valle de Neiba. Nadie se atrevía a dirigirle la palabra. Pasaría la noche y lo sorprendería otro sol sentado en el taburete forrado de cuero crudo, con las pupilas enrojecidas y exigentes clavadas en las bocas de los caminos.

A pesar de los lamentos y de un repentino ladrar de los perros, pudo percibir trote de cabalgaduras que avanzaban por el lado de Azua. Un oficial de alto rango, guiado por un práctico y seguido de seis militares —españoles y criollos— se acercó preguntando por él, que empezó a acariciarse la descuidada y puntiaguda barba. En la travesía ellos no habían visto siquiera un hombre de armas, desvaneciéndose las presunciones de Puello y confirmándose el criterio de La Gándara:

En Azua fue destruida la resistencia del Sur.

Uno del grupo se acercó anunciando título absurdo:

—El Marqués de la Concordia.

El ojo experto del que anunciaron fiscalizó: —Rústico escenario. Casa ruinoso con puertas ausentes, (los vanos dan al norte y al sur). Enramada, sin cerca, sirve de cocina. De las soleras, suspensos en colmillos de cerdos monteses, cuelgan ordinarios aperos de montar, útiles de labranza y excusabara, sin tapa, que amenaza caer sobre apagado fogón. ¿No habrán comido aquí hoy? Patio casi yermo. Pocas gallinas, poca gente... Un hombre, mujer de garbo, muchacha apetitosa, una niña y... miseria... miseria... ¿De qué vivirán en esta aldea?

—Muy buenas tarde, General.

—Muy buena se la dé Dios.

Al responder al saludo se iba incorporando el hombre. Botó en el taburete y pegó en la corva curvo sable pendiente de terciada y galana banda. Prosiguió el rápido examen:

Alta, seca estatura. Pobre indumento. Nervios en lugar de carne. Cara dura. Duras barbas de chivo que rozan el pecho. Duros, rígidos mostachos. Duro mirar que se va suavizando hasta ganar triste dulzura en mi presencia... *Este mulato es persona.*

—General, vengo en misión de mi gobierno, con plenos poderes, para tratar con usted.

—Lo supongo. Haga el favor de sentarse y beba conmigo un cafecito. Dispensará el ajuar: no es aparente y fino como los que usan *allá lejos, en su país.*

Se dejaba examinar y parecía no tener interés en saber cómo era el recién llegado. Había oído decir que era Brigadier y jefe de la artillería realista. Ahora le bastaba advertir que se trataba de hombre de mando, que tenía gracia natural y deseos disimulados de ser agradable, sin duda para ganárselo.

El café humeaba en dos diminutas vasijas de güira silvestre. Estaban solos. Del lado afuera de la cerca se agazapaban sombras armadas de fusiles.

—Desde El Seibo hasta la frontera haitiana se ha impuesto la paz —continuó el español—. Se restaura en el Cibao, donde los facciosos, carentes de los recursos más elementales y de la más elemental disciplina, se dividen en banderías.

Él aprobaba y callaba moviendo afirmativamente la cabeza.

—Este pliego fue retirado de los papeles del infortunado General Pedro Florentino. Le suplico que lo lea.

Él extendió el brazo, tomó el pliego y lo abrió y leyó en silencio. La arruga perpendicular se pronunció, doliente como una herida. Los clamores se volvieron con la noche invasora más graves y lastimeros.

—El gobierno admira el heroísmo de la gente del Sur y lamenta su derroche innecesario e infructuoso. Se le ofrecen a usted. No... no se trata de garantías, permítame explicar... La jefatura de toda la región de Neiba, el reconocimiento del grado de usted y de sus oficiales y los gastos efectuados por Ud. y por ellos. Es el ramo de olivo, General; es la concordia.

—Perdóneme, mi Señor.

Se levantó otra vez y, desenvainando el sable, fue hasta la empalizada y cortó una rama de guazábaras. Al regresar traía las espinas empuñadas en la encallecida mano, sin miramientos, y mostrándolas con el brazo estirado dio expresión a la respuesta:

—Concordia, esta es mi paz.

En seguida le arrancó al pulgar y al mayor un sonido bronco y seco y dijo al joven que acudió al reclamo:

—Pedro, este Señor es Marqués... Acompáñalo hasta el Yaque. Ese río con la oscuridad es temeroso.

Cuando se retiraban se oyó que el Ayudante del Marqués preguntaba burlonamente:

—¿El *tío ese* de las barbas es general? ¡Causa ganas de reír!

—Te reirás... —le contestaron entre dientes.

El lucero del alba brillaba como lejano faro. A la luz del fogón se preparaban los emisarios que saldrían llevando órdenes en distintas direcciones. Varias mujeres desgarraban sábanas y enaguas volviéndolas hilachas para aplicar a futuras heridas.

—Padrino, dice Mamá Lin que venga.

Llamaban del aposento. A puerta cerrada trabajaban la esposa y la sobrina. Entró dejando detrás de sí la humareda que soltaba su cachimbo. La niña dormía tranquila sobre una estera extendida en el suelo.

—¿Cuántas tienen listas? —preguntó en voz baja.

—La madeja encarnada sólo dio 205 —respondió la esposa—. Es una lana ordinaria y enredosa. De la azul llevamos preparadas 115. En total: 320.

—Faltan más de la mitad —observó él, disconforme.

—Padrino, los tres nombres no me caben ya —protestó la joven.

—Aprieta las letras.

—Es que la mano se cansa. Mire como van saliendo.

Tomó él la diminuta cartulina y leyó:

ÁNGEL LIBERATA FÉLIZ,

y, tras breve reflexión, ordenó:

—Suprime el Feliz... Después de todo en la guerra no debe uno pretender vivir siendo feliz. Y cuando te canses elimina el Ángel. Y, cuando no puedas más, en lugar de Liberata escribe *Libre*. Es lo mejor de mi nombre y lo que vale más de la República.

Meditó y agregó dulcificando el tono:

—Candelaria Ferrera, perdóname la penosa vida que te doy. Te debiste unir a un hombre manso.

Y con sabor de picardía:

—El hombre es fuerte cuando pone fe en un talismán. Por eso las reliquias y los detente nunca dejan de ser útiles. No debe saberse que éstas las confeccionan ustedes ahora... Las hicieron en el extranjero y las “curaron” en Haití por influencia de mi compadre el brujo Bucán Ti-Pié... ¿Entienden ustedes?

Y salió al oír que Pedro había regresado.

* *

*

La embestida fue violenta y torpe, como de gente bisoña que llegaba enardecida, corriendo sin poder detenerse. El triunfo de los españoles fue facilísimo, a pesar de su desventajosa posición. El Yaque, en creciente, dificultaba el paso de las municiones y la artillería. Las frágiles canoas y los bongos improvisados cruzaban con dificultad de una orilla a otra, cuando fueron atacados por los nativos que avanzaron hasta la margen occidental. En el caudal de aguas ocre patalearon cuarenta y siete españoles heridos y cayeron diez muertos, entorpeciendo a las reses aterrorizadas. Chocaron una balsa y tres bongos, los bongos se desprendieron de las amarras y se deslizaron arrastrados por la corriente. En el recodo vecino

recuperaron dos y el otro desapareció con dos cañones, hundido o vomitado río abajo por un remolino. Pero desde que los asaltantes alcanzaron a ver formándose "el cuadro" huyeron dejando una docena de muertos: todos flacos, desharrapados y de apretadas mandíbulas.

—El 31 de enero —¡desde hace tres días, Mariscal Puello!— salimos de Azua y todavía se obstinaba en una marcha de tortuga para tan mezquina escaramuza! —dijo con sorna La Gándara—. Confiese que no era menester tanta cautela. Marqués, deme la razón.

Don Manuel Pereyra y Abascal, el Marqués de la Concordia, no quería expresar concepto sobre el *Liberata ese*. Un salvaje que respondía con señales aprobatorias y, cuando se le creía convencido, daba una vuelta y se presentaba con una rama de guazábara.

Eusebio Puello tampoco quería responder. Se acostumbraba a las bromas del General en Jefe; pero en el fondo le mortificaba la torpeza con que atacaron los dominicanos en un lugar que les era tan favorable, y el pavor con que huyeron abandonando sus muertos. Prefería ver exterminados a sus antiguos compañeros de armas a que se desacreditaran de esa manera. Se iba a ceñir la faja de Mariscal de Campo español y, a pesar de eso, sentía un criollismo indeleble. Desde antes de salir de Santo Domingo había avanzado su opinión sobre los hombres que tenían que batir.

—"Luperón —dijo— es directo y arrogante en el combate. Pedro Florentino es de ímpetu inicial arrollador, y en la derrota lo enciende cólera irrefrenable: entonces le estorban los prisioneros. Ángel Liberata Félix es la trampa. Parece generoso siendo cruel. Embiste como Florentino y se escurre como la culebra".

Eso había dicho. Y al primer encuentro Ángel Félix atacaba como un tonto y corría como un cobarde. Estaba convencido de su error de apreciación; pero con testarudez natural insistió en que debían continuar a marcha lenta.

El día 5, al oscurecer, oyeron cantar los gallos de Neiba y se disponían a entrar en la aldea cuando en Las Cabezadas de Las Marías atacaron la retaguardia. El empuje fue violento al iniciarse. Varios muertos rodaron por un barranco y asustaron a los caimanes. Durante un cuarto de hora se mantuvieron a la

ofensiva; pero los tiros fueron cediendo desde que la artillería realista entró en acción, hasta reducirse a disparos intermitentes. Lo raro fue que las bajas eran en su mayor parte de oficiales: ¡como si los estuvieran seleccionando!

Ocuparon Neiba y la encontraron sin hombres. Los disparos hostiles sonaron toda la noche. Dos días después llegaron a Las Salinas.

* *
*

Las mujeres de Cristoba, graciosas, de un trigüeño pálido y de ojos lánguidos, llegaron como las de El Naranjo cargadas de sertas y canastas de ñajacas, de lebranchés y huevas secas de pescados. Las de Lemba y Las Saladillas, de tostado rostro, pelo lacio y vestidos de colores vivos que contrastaban con el luto general, bajaron con rosquetes de catibía, quesos de chivas, plátanos, cocos, ristras de cebollín, andullos de tabaco. A la sombra de frondosos mangos y barías se agruparon formando mercado al aire libre y discutiendo el trueque de los artículos de consumo. Un pesado olor a pescado, a macho cabrío, a miseria pública, trascendía del mercado, de los corrales vecinos, como si fuera emanación del pobre río. Los soldados se acercaron a las mujeres piropeándolas y comprando lo que necesitaban y lo que no necesitaban. De improviso las mujeres de Cristoba con el dorso de la mano izquierda en el cuadril y manoteando con la diestra, comenzaron a insultar a las de Lemba. ¿Quiénes eran las de Lemba? Unas chinchosas y embusteras. Las de Cristoba eran las que habían visto al madrugar ese día a Pedro y Angelito Liberata llegar por la laguna "pusando" un bongo. Lo pasaron del río Yaque por el caño de Rincón cargando cañones y balas.

—¡Mentira! —les respondieron a gritos—. Las de Lemba y Las Saladillas fueron las que vieron al amanecer a Angelito Liberata y a los Florián que venían de Las Damas en compañía de Pedro y "el Torito e May Juliana" con una carga de cañones grandes.

En el escándalo intervinieron las de El Naranjo. Ellas sí eran las que habían visto pasar por su barrio al hijo de Liberata con

los rinconeros y los de Petit-Trou cargando muchos cañones. Al General le arañaba la barba el pecho al paso de su caballo. ¡Si conocerían ellas el caballo prieto del General!

Para las de Lemba y Las Saladillas las de Cristoba y El Naranjo eran unas piojosas, pánfilas de comer viajacas con coco. Esas perras se querían lucir delante de la gente.

Las de Cristoba y El Naranjo no le iban a hacer caso a esas infelices de Las Saladillas. ¡Jesús!... (Escupían cuando las mentaban). En cuanto a las de Lemba ellas y su barrio eran tan fatales que al pasar por ahí el río, se le salaba el agua. De las de Cristoba y El Naranjo sí que "naiden podían decí que les tenían la cola pisá... Lo único que podían decí de ellas era que algunas sabían salí putas... ¡Y eso!".

Un soldado le dio aviso a un oficial y el oficial a La Gándara, que hizo llamar a las mujeres y las sometió a interrogatorio. Cuando llegaron a su presencia estaban todas de acuerdo. Todas ellas eran mujeres "honrás y de palabra, que nunca hablaban embuste". Cada grupo corroboraba lo que decían las del otro. Todas habían visto en la madrugada pasar por sus respectivos barrios al General Liberata. El General español podía jurarlo, "por ésta, que son cruce". (Y formaban cinco cruces con los dedos de las manos).

El resultado fue nulo. La Gándara acabó riendo con fingido asombro de las sandias salineras que la misma noche a la misma hora vieron llegar por el este, el sur y el oeste a su general con crecientes cargas de cañones.

Las mujeres se retiraron charlando amistosamente, decepcionadas. Una espulgó el pliegue del pañuelo que le aprisionaba la cabellera y extrajo un fósforo de peine, lo frotó en una chancleta, hizo fuego y encendió un *cachimbito de barro*. Se juntaron y, ladeando los rostros, iban comunicando el fuego de uno en otro *cachimbo*. Luego se despidieron hasta el sábado siguiente enviando mutuas memorias a los familiares y riéndose del jefe español. "El tonto ese va a sabé aonde carga el maco la manteca. ¡Como si el hijo de Liberata no pudiera está a la misma vez en los lugares que le dé la gana!"

Se apretaban las verijas para no reventar de risa.

El Marqués oía y callaba, deseando que se precipitara el final de los sucesos, aunque tuvieran que reventar al duende a cañonazos.

* *

*

Cuando se borró la púrpura del poniente, en los pequeños remansos croaron los batracios. Un silencio profundo bajó de los cerros, se impuso en la aldea y se extendió sobre el lago vecino.

Ni un hombre, ni eco alguno de voz varonil, ni huella ni señal del enemigo percibieron ese día. Sólo allá, cuando cruzaban caldeados de sol los áridos salitrales de La Madre del Muerto, un oficial creyó divisar con su catalejos, en la linde casi imaginaria, la sombra de un jinete fugitivo.

En la mañana siguiente amanecieron degollados los últimos centinelas.

Amanecieron degollados los centinelas y desjarretadas las cabalgaduras. Los generales españoles tendrían que caminar a pie, o cabalgando en burros hasta Barahona.

Enviaron un pelotón a requisar bestias de carga del lado del Sur, en los conucos de los Terrero. A poco oyeron dos, seis, ocho disparos, contestados con cerradas descargas. En seguida se trabó la lucha de tal modo que los oídos atentos apenas diferenciaban el estrépito simultáneo de la fusilería regular, del graneado tiroteo de los nativos. Se afirmó la ofensiva y regresaron, en repliegue, los realistas. Los 3,000 hombres de La Gándara quedaron listos en un instante, esperando órdenes, cuando les abrieron fuego del lado oriental y cayeron 7, 8, 9 zapadores de la escolta del jefe español. El combate se generalizó. Entró en acción la artillería. Cañoneaban troncos de barías, ceibos, mangos, cocoteros, de cuyos troncos salían mortíferas balas. A una mujer, que halaba su asno para librarlo de riesgo, le explotó en el pecho una metralla y parte de la mujer y la cabeza del burro quedaron adheridas al tronco de un árbol. Entonces fue cuando del lado suroeste, desde la cresta de un cerro, rugió la voz formidable:

—¡Concordia, esa es la paz!

Y un tronido, semejante al de un desprendimiento del cerro, bajó con la voz matando a doce hombres, barriendo al marqués y dejando fuera de combate uno de sus cañones. Volvieron a sonar tronido y voz, repercutiendo irritados en las espeluncas

del Bahoruco, y la sagrada cordillera se enarcó aguaitando, porque Ángel Liberata había vuelto a pelear. Rugían y volvían a rugir los cañones con que el Yaque contribuyó a luchar por la República. Con pretensiones de recuperarlos el ayudante del marqués y un teniente y otros más, embistieron al cerro. Se deslizaron los cañones del lado opuesto y en un choque cuerpo a cuerpo quedaron abatidos el teniente, seis soldados y prisionero el ayudante.

—Capitán, me estorba ese hombre... ¡Cójelo! —ordenó la voz terrible—. ¡Hazlo reír!...

Y como el subalterno se apartó con el prisionero, ningún ojo vio cuando le alzaron el brazo y le abrieron la herida que hace enloquecer; pero sí oyeron una macabra carcajada.

Continuaron el tableteo agresivo y las descargas cerradas de la fusilería, y los españoles se fueron, acosados, buscando el mar. En las estrechuras los soldados de la impedimenta se escudaban con los heridos. Cuando pasaron por el caserío de Rincón, los arroyos La Peñuela, El Uvero y Cachón Pipo se deslizaban arrullando... porque en aquel lugar le habían *cortado el ombligo* al jefe del Sur.

La refriega continuó a lo largo del camino. Cuando La Gándara y Puello llegaron a Barahona, el paseo triunfal de los vencedores en Azua, en Baní y en San Cristóbal, había adquirido los caracteres de la derrota.

* *

*

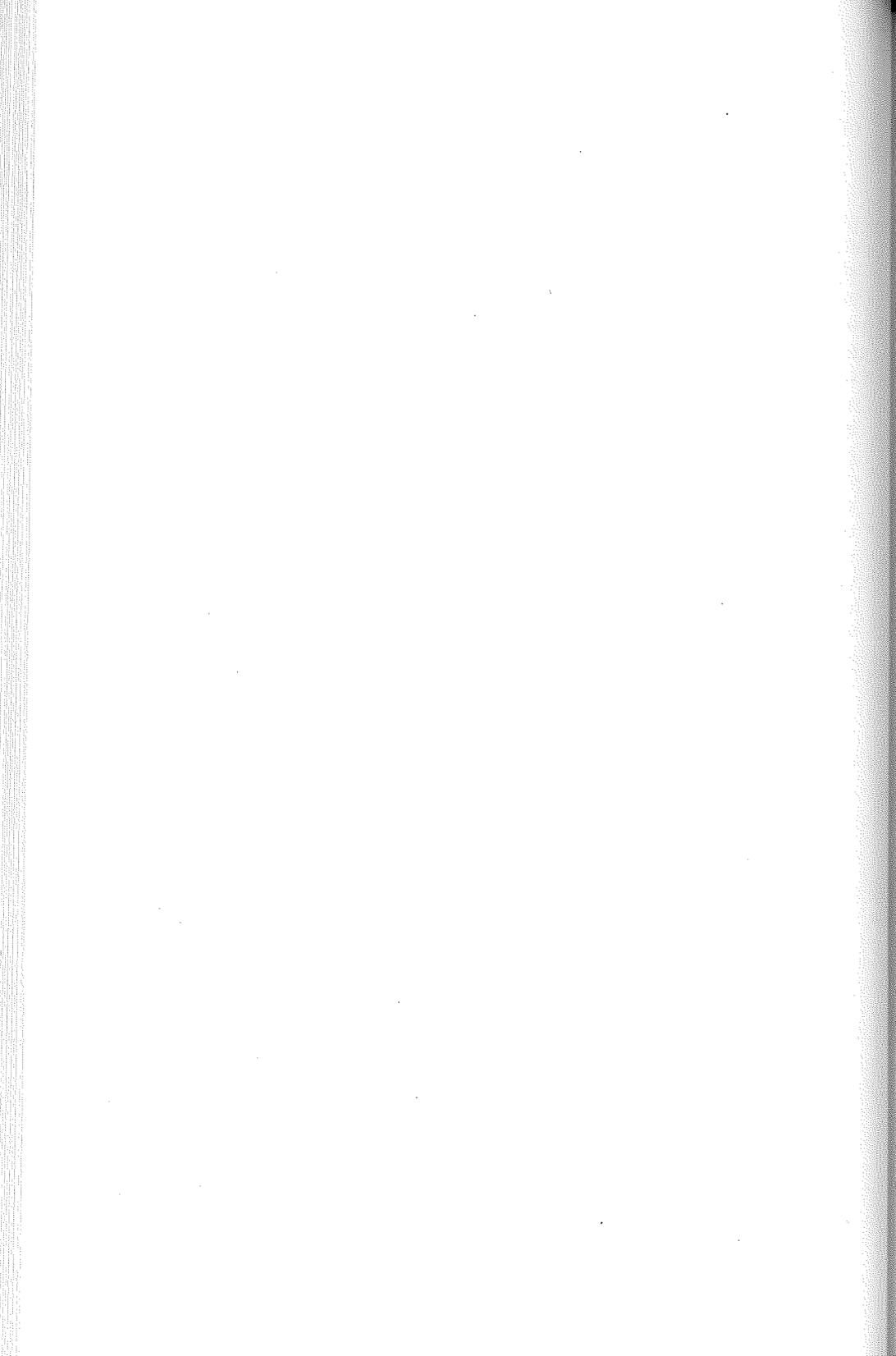
Se hundieron en Occidente Las Tres Marías, Los Tres Reyes, Las Siete que Brillan y se apagaron Los Ojitos de Santa Lucía...

Empinado sobre un peñón de Las Balizas, miraba él cómo ardían las casas y miserables chozas iluminando la orilla del mar por donde se retiraban los invasores. Adusta y sombría se alzaba a sus espaldas la cordillera maternal. Un silencio ancho y hondo bajaba de la eminencia y se extendía cubriendo el Valle de Neiba.

Con la aurora las tres luces creaban formas fantásticas a los ojos de Ángel Liberata Feliz. Creía ver la aldea de Barahona

transformada en una ciudad grandiosa que comenzaba a vivir vida futura. Volutas y grumos rojizos se desprendían de las gigantescas chimeneas de fábricas donde trabajaban, pacíficamente unidos, españoles y dominicanos, junto a obreros de todas las naciones. Ignoraban e ignorarían los sacrificios y los nombres de él, de los 820, de todos los anónimos fundadores. La exaltación de la lucha fue cediendo a un sentimiento nuevo, a un deleite que asomaba, impreciso, brumoso, como el hálito que le denunciaba la existencia del Yaque desembocando en la gran bahía de aguas tranquilas. Entonces, pasándose la mano diestra por la cara, ahuyentó las visiones, hizo lumbre en su yesquero, encendió su cachimbo, se afirmó sobre los estribos y tomó la ruta por donde iría a averiguar qué había sido de Candelaria Ferrera. El relincho de su caballo tuvo repercusiones de clarín. Sus barbas de chivo padre, meneadas por el terral, le acariciaban el pecho.

16 de agosto, 1936.



SE CASA CIPRIÁN

Blancos pantalones de dril, de buena marca, aprietan las piernas secas y largas. Sobre la camisa, dura de almidón la pechera, cierran y estrechan el chaleco y la americana de negro merino.

—Pero usted no puede salir con eso, compadre Ciprián. Ya firmé *a ruego*. Usted pidió que se fijara el edicto.

Suda la angosta frente cuarteada de arruga; suda el cuello, se expande y desinfla el pecho lleno de inquietudes que hierven, sube y baja, autónoma, la enorme nuez buscando salirse de la garganta.

—Sí, es verdad —responde— y, ¡mentira! quisiera gritar.

—Pues... Un edicto es una ley. Ya el Cura está preparado. El Oficial civil vendrá a la casa. Fue voluntá de usted. Su voluntá se ha vuelto ley.

Voluntá... ¿Cuánto tiempo aceptó esa voluntá? ¡Un perro minuto! Pero no se fijan en que antes no quería ni ahora quiere que lo lleven al matrimonio como llevan un buey manso al matadero. Ley... Hacen ley de un minuto de flaqueza; pero no podían saber —¿qué saben de uno los demás?— que hasta el instante de decir que sí, allá adentro, dentro del pecho, *otro* estaba seguro de que un suceso inevitable (por ejemplo: un tiroteo, un ciclón, un terremoto) obligaría a aplazar el casamiento.

El suceso no ocurría. Y el Cura, el Jefe Comunal y el Comisario de Policía y su compadre —que por una copa de licor le arrancaron el consentimiento confabulados con María

Anastasia— fijaron edicto, llenaron acta, la hicieron alistar a ella y hasta él estaba ya disfrazado de Judas de Sábado de Gloria.

Salió el compadre Venancio. Ahora, sólo en la sala exigua, sonaban los zapatos crujidores. Iba y venía de puerta a puerta como quien se dispone a emprender la fuga y, a pesar suyo, retorna. Un oscuro sentimiento le salta del corazón a la cabeza. *Uno es más de uno*. Él, de afuera consintió; pero *allá adentro* se ha vuelto muchedumbres que quieren protestar y no protestan porque carecen de lengua.

* *

*

Todo el mundo en Enriquillo lo sabía. En siete años de vida marital la Anastasia le había parido cuatro hijos: ¡varones los cuatro!, y aunque ya no la apetecía como antes, él, Ciprián Sánchez, cumplía sus deberes de hombre. A ninguna otra trataba; y el bohío, y el conuco, y las vacas, y todo, eran de ella. Y él y su trabajo, eran de ella. Pero no podía familiarizarse con la perspectiva —¡angustia y ridículo!— de ir a que le pusieran la sortija en el dedo arrodillado en la iglesia llena de luces, delante del Cura y rodeado de gente. Matarse no era más difícil ni peor.

Reflexiones inconexas, atropelladas y febriles, se encendían y se apagaban. Casarse es lo natural —dice el compadre Venancio—. ¡Como si en el sentir todos fueran iguales! El Cura tiene tres hijos y una barragana. Siempre que llegan las fiestas trepa al púlpito y vocifera censuras contra los amancebados. ¡Y él no se casa! El Jefe comunal debe, no paga, obliga a los deudores a pagar cobrando un tanto por ciento, y exprime al prójimo en cualquiera forma. Es un tramposo. En la Vuelta Arriba, en El Seibo o en Macorís, mataron a un Cura. ¡Así sería ése! Es alta de la cintura a la cabeza y corta de piernas... No... la yegua careta se ajorró y el caballo está casi zalenco: no rendirían la jornada... Por ser así, se enamoró de ella y al principio la había querido más; pero a medida que iban naciendo criaturas se apagaban los deseos, el falso encanto se borraba y se hacía más ostensible el defecto natural.

Cada instante que pasa acorta el plazo y la realidad se vuelve más imperativa.

En las calles se divierten. A la santa patrona le gusta que celebren su día. En la calle *Santa Ana*, en *La Marina* y en la *Calle Real*, todos están de fiesta. El ensordecedor repique de las campanas y la bronca percusión del *barcié* ahogan las voces del punteado tiple y del gangoso acordeón. Las comparsas cantan, tocan y bailan, y los cerros circundantes devuelven al estrecho valle, donde está apiñado el caserío, su alegre clamor.

Grupos de hombres y de muchachos se aproximan cantando un aire de moda con letra de *pie forzado*:

*Ere fin y ere sin fin,
Y ere fin que fin no tiene.
Ere fin de mi esperanza...
Y ere fin que la mantiene.*

Se detienen ante la puerta, formando ruedo y, en el centro, hacen bailar grotescamente un pavo adornado de cintas verdes y rojas. Bailan y piden cantando:

*Un traguito, un traguito e licor,
Pa el pavito que van a guisar.*

Decidido a tener voluntad —¡por fin va a dejar que hable *el de adentro!*— salta Ciprián a la puerta. Pero cuando va a ordenar que se vaya la comparsa, detrás de una cantarina voz que suplica que se esperen, solemne y grave, sale ella del aposento. La visión sorprende, halaga y apacigua. Blanco y pulcro es el vestido de crea nueva; blanca y pálida la tez; blanca la toca. Las cortas piernas no parece que llevan el busto sereno, de contornos puros. Solemne y grave, se desliza.

—¿Se conforman con un real? ¿Sí? Pues tengan, y les ruego que no embullen, que hay dolor de cabeza, —regala y suplica la Anastasia.

Un tenue olor a reseda se siente en la sala y, suavemente, surgen olvidadas memorias.

—Gracias, mi Doña... y que la bendiga Dios.

¡Ay, qué novia tan currutaca!

—¡Y qué buena pechuga que tiene!

—Tocayo, respete y no se propase.

—Se parece una reina.

—¿Aonde ha visto tú eso?

—¡Ay, qué dichoso es' el mulato Ciprián!

—¡Ay, y qué bien vestió!

—Oigan qué farso testimonio. ¡Si a ese infelí nunca le asienta bien ninguna ropa!

—Tocayo, respete y no se propase. ¡Música, muchachos!, y andando. No, esa no... La mangulina nueva.

Suenan los instrumentos y hombres y muchachos se van cantando y bailando:

*Yo tenía una novia,
¡Ay, cuánto la quería!
Ya ella no es mi novia...
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Ahora es mi quería.
¡Ahora es mi quería!...*

—Oye, María Anastasia.

—Habla, que te voy a contar lo último de tu hermana.

—¿Qué pasa con ella?

—Se hincha de tirria. Me pone apodo y no vendrá al casamiento. Si el cariño que nos tiene a los niños y a mí fuera veneno, nunca nos moriríamos. ¡Mira tú qué poquitico! Si faltas tú, los pobrecitos se quedan huérfanos y de limosna.

—Eso no. Lo mío es tuyo y de ellos.

—Lo será cuando nos casemos. ¡Y hoy estás con una cara! Tienes los ojos parparudos y con vetas de sangre. Te veo y casi no te conozco.

—Pues yo a ti te veo como enante, y te quiero como enante.

—Cállate —dice ella—. Ya llegan el Oficial civil y los padrinos... pase, mi bendita comadre. Pasen, pasen, compadre Venancio.

* *

*

Con su andar mecido y elástico de perseguidor de presas, había sido infatigable en selvas y veredas. Ahora, embrolladas las ideas y entorpecidas las piernas, no más de ascender la colinita donde se empina la iglesia a cien pasos del bohío, quedaba exhausto de voluntad y de fuerzas, a punto de caerse de cansancio. ¡Y qué dolor de cabeza!

—El testigo que faltaba es el Jefe Comunal. Por allí viene con el Ayudante de Plaza y el Comisario. Hagan el favor de esperar en el atrio.

Sintió un brusco estremecimiento. Las palabras del sacristán sonaron sólo por él. Pronto iban a alumbrarlo arrodillado delante del Cura.

Parado frente al mar —¡qué mar tan grande, y qué triste!— lo veía como por última vez. Mugía extendido abajo, lamiendo el pie del peñascal, manso, domesticado como él. Todavía, a pesar de la sombra invasora, la mirada, prescindiendo de la curiosa muchedumbre, podía espaciarse en la amplitud sin límite, ancha y solitaria. Allá, en La Playita, las olas arrullan el cementerio, aislado en la paz.

Una fugaz invitación del abismo pasó rozándole el juicio. Volvióse de espaldas.

¡Cómo acudía la gente! Las luces se iban encendiendo en el caserío. Fúnebres cocuyos (almas errantes de los muertos que no alcanzaron sepultura) parecían levantadas a la distancia las de Lajabón y Buenavista. Sobre la aguda Lanceta y las cumbres de Yimbí flotaban ya las estrellas, tristes y pálidas.

Llegó el Jefe Comunal. Abrieron las puertas del templo y la rústica nave apareció brillante de luces. En las gradas se irguió el Cura, coloradote, la cara contenta y ancha sobre el cuello corto, gorda y colgante la papada.

Acercábase la comparsa y aumentaban el ruido y la curiosa muchedumbre.

—Den paso, den paso... Que entren los novios y los testigos.

—¡No me arrempuje usted asina, que no soy de palo!

—¡No quiero!... ¡No quiero!... —gritó Ciprián.

Enloquecido se abrió paso a empujones, tratando de huir.

—¡Cójanme ese hombre! ¿Pretende que se va a burlar de la Iglesia? Antonce, ¿pa qué sirvo yo de autoridad? Cójanlo; y arrátrenlo pa el artar.

—No se deja cojé... Va juyendo como un diablo.

—¡Atájenlo! ¡Dios mío! La Anastasia se ha desmayao.

Rebasados los primeros obstáculos que oponía la gente, emprendió la carrera franca, tratando de ganar el caobal sombrío del cerro inmediato. Voces *de el que tenía adentro* lo animaban a huir. Cuando pasó frente a su vivienda, vestido así, de Judas de Sábado de Gloria, sus propios perros lo desconocieron de pronto. Corrieron detrás de él acosándolo con ladridos como a puerco cimarrón. Los blancos pantalones indicaban el rumbo. Rezagado, acezando y bravo, trotaba el Jefe Comunal detrás de su Ayudante de Plaza y del Comisario de Policía.

—¿Señó que ya aquí no hay hombre que ayude ar Gobierno? —voceó—. ¡Tírenle a ese velliguín amardecío!

Cuando el fugitivo llegaba a los matojos de la falda del cerro sonaron tres detonaciones. Tropezó y cayó, estirado el cuerpo largo y enjuto.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pero este es un asesinato!

—¡Cállese, vieja bruja!

—Jesucristo lo recoja en su seno...

Se detuvieron los perseguidores, confusos y mudos. Después de breve reflexión buscaron velas —¡no debía morir así, sin luz!— y a paso lento se acercaron a recoger el cadáver. Cuando llegaron adonde cayó Ciprián, había desaparecido. Ni siquiera dejó una gota de sangre.

EL SECRETO

Al Lic. José Pérez Vidal.

—Mamá Severina, ¿cómo lo encuentra usted ahora?

Sobre el catre de tijeras respira penosamente. Dos discos de trapo se adhieren a las sienes hundidas. Las plantillas deforman los pies y las piernas estiradas exageran la longitud del cuerpo.

—Mamá Severina, ¿cómo lo encuentra usted ahora?

Declina el sol hiriendo el pañolón de “madrás” que sirve de cortina a la ventana y tiñe el aposento de un claror anaranjado. En las paredes de tejamanil, encaladas, danzan tres cruces pintadas con sebo y “azul de lavar”. Toda la mañana y durante la última noche el enfermo ha visto cómo bailan, y se acercan, y se retiran, y alargan y encogen los brazos.

—Mamá Severina, ¿cómo encuentra usted ahora a Padre?

—Denme el agua bendita. Ni pócima, ni plantilla, ni defensivo, ni vejigatorio... no espantan el mal. ¡Uf, qué pestilencia de sebo! Los'ojos le brillan como dos brasa. ¡Uf!, ¡por qué le habrán untado tanto del divino sebo a ese infelí! —exclama como si estuviera sola.

—Usted me mandó.

—¡Ah, yo mandé!

Sin responder directamente la curandera mueve la cabeza y habla con lentitud y misterio:

—Anoche volvió y cantó la lechuza: ¡eso sí es malo! ¡Con tal y no sea la mesma de enante de morise el Casimiro!

Rocía en cruz agua bendita sobre cada rincón del aposento. Luego le ordena a la nieta que salga, cierra sin ruido la puerta y, acercándose al enfermo, habla subrayando las palabras:

—A tu narí voluntariosa se le va levantando más'el caballete, Camelán. Tus'ojos de pájaro malo te se han puesto más redondo. Brillan; pero las cornias son ya como la flor del abrojo. No pudite ser blanco... ¡pero la etiricia te unta de amarillo! Este es'el momento bueno que me debía Dios. Pronto te verán muy serio, Camelán; y aunque te llamen a grito t'estará en la caja, muy quieto, mirándote sin alcanzá a ver las punta de los pie. ¡Y yo te pude curá! Mi hija era como una flor. Con brujería me la cojite. Trabajo y oracione me costó que te dejara. ¡Con ella mezclate mi sangre con tu sangre de negro apareció, ¡hijo d'esclavo!

A medida que rezongaba la anciana, enardecida, sentía que le subían del pecho treinta años de odio y disimulo y, encorvándose más, le escupió el rostro al moribundo.

De súbito, reaccionando, erguida y sombría escapó del aposento. Con una mano apretaba su cayado. El índice y el pulgar de la otra estrujaban una crencha de su cabellera blanca.

—Mamá Severina, ¿cómo encuentra usted a mi padre?, —insistió la angustiada nieta.

—Preparen las cuatro vela... y recen. ¡Ay, niña Barsilisa, ven, que te abraza y te consuele yo! Ante la muerte no deben guardase rencore. ¡Ay Jesucrito!, tu mamá tiene el corazón de piedra: no es como yo. Mis lágrima la obligarán a vení. ¡Yo sí sé perdoná!

Ahogó las últimas sílabas con un sollozo y se alejó encorvada por los años y los padecimientos.

Desde que la madre los abandonó, a pesar de estar todavía pequeña, Barsilisa tuvo que asumir las funciones de ama de casa para evitar que el padre, acostumbrado a imponer su voluntad varonil, hiciera oficios de mujer. Ahora entraba al aposento, lo veía rendido, salía yendo hasta el portón de la cerca a cuyo lado piafaba a lazo el caballo de silla y, apretándose las manos, no sabía qué resolver. Desde la tarde anterior y después de amanecer, había mandado a llamar al hermano que en el extremo de la aldea, de fundos separados, limitaba sus cuidados a lo que juzgaba *suyo*: su bohío, su vaca, sus cabras, su mujer... Apareció por la tarde seguido de un grupo de amigos a cumplir su deber.

—Entodavía no tumbaron la maldita mata de corozo que lisia los animale, —gruñó—. ¡Los negro sí tienen la cabeza dura!

Pasó el cercado, llegó a la casa, penetró en el aposento sin saludar, salió a la sala y preguntó:

—¿Abuela no lo vino a curá?

—Sí vino, —respondió Barsilisa.

—Ayer me dijién qu'estaba aliviao. ¿Cómo pasó la noche?

—Desandando.

—El alazano está pasando jambre: me lo debía de llevá...

¿Qué dice ella?

—Lo deja desafuciao. Manda que recen.

—Pue, ¿antonce qué voy a hacé yo? El negro viejo tiene tenere. Aunque se malgastara lo de uno, (lo que a uno le va a tocá) se llamaría un médico a Barahona, o se mandarían por el practicante al pueblo... si no supieran meno que la vieja.

—Todo lo doy yo y me alquilaría contenta por la vida de Padre —objetó la hermana.

—Cállate y no cacarée.

—No regañe, Toño, y dime, ¿qué vamo a hacé? Más que otra cosa lo mata la calentura. Delirió toda la noche y la mañana pidiendo que lo lleven al río. Arde. Ahorita mesmo pidió a grito que lo apaguen con el agua del *canarí*. Y no me atreví a obedecéle.

Toño calló, irresoluto. Tenía del negro Camelán los brazos largos, la estatura alta, la nariz aguileña aplastada en la punta y otros rasgos fisonómicos. De la hermana tenía el color blanco-cobrizo, el cabello claro y crespo, y sin embargo, no se les parecía.

Los amigos advertían y comentaban en voz alta que Naranjal es una aldea que va en decadencia: el tabaco y el licor son malísimos... y ni para un sudario se encuentra tela que sirva. En los lugares de la frontera le cantan el *baquini* a los niños y a los viejos cuando mueren. ¡Pero aquí se pierden las buenas costumbres!

A la joven le disgustaba que hablaran en tales términos de un hombre que sabía las letras, que fue gente en su país y que era su padre.

—Habla, hermano, —suplicó a punto de llorar.

—¿Y qué quiere tú que yo hable?

Hasta entonces ella no había querido comprender que estaba sola y que su soledad sería completa cuando le faltara el padre. La angustia y la compasión iban siendo más por sí misma que

por él. Decidida, como quien se sacude para librarse de estorbos, prescindió de hermano, de amigas y de amigos y cargando el gran *canarí* del agua fresca entró en el aposento y la derramó sobre el enfermo.

En la noche negra el viento pasa llevando un funeral clamor. Hace rato que lo oye. Hace rato que dejó de llorar. De rodillas frente a la pared y ante una vela que alumbraba a Jesús Crucificado, reza. Reza hasta la última oración sin entender la letra ritual que le enseñaron; pero su fervor pide tregua de la muerte. Sobresáltase al oír crujido de coyunturas y, cuando vuelve la vista, queda estupefacta viendo al padre sentado en el lecho. Bajo el pañuelo que le abriga la cabeza fulguran los ojos resaltando del rostro confundido con la sombra.

—Acuétese, —suplicó ella.

—Dile que se callen.

—Es el viento.

—Dile que se vayan.

—Se fueron dende que cantó el primer gallo.

—¡Pobre mi hija! Tengo un griterío en la cabeza.

—Es un *banco*. Son las vaca: con el terral viene su lamento por la que beneficián en el fundo del carnicero. Acuétese, taita.

—¿Mandas' a tu padre?

—No, no... yo se lo pido.

—¿Qué hora será? Nos cayeron en trulla... ¿Es grande la puñalá? ¡Pobre mi hijita! Tengo sé. No... no traiga d'esa tisana.

Recibió el agua y sus manos derramaron la primicia, como tenía de costumbre cuando tomaba licor. Bebió ávidamente y expresó sus reflexiones:

—El agua apaga la candela; pero la candela acaba siempre en ceniza. Siento como que me mojé. Sudé mucho... ¿Dije disparate? Lo que se dice durmiendo no vale. Debo tené calentura.

Se acercó ella más y le tomó la pulsación. El flamear de luz movía las cruces.

—Afloja la calentura, taita.

—Al que no le saben el nombre no le entra *guangá*... Quítame los trapo de los pie y este alambre de la frente. Pero en teniendo *hecha* ni responso ni novenario no le limpian el alma. Bueno: trae mucha agua; mójame con el agua de *canarí*.

Esta vez obedeció el mandato sin vacilación.

Una inquietud punzante como una espina, débil como una luciérnaga, se apagaba y se encendía en el cerebro del calenturiento.

—Oye el secreto —dijo con lengua pastosa.

Y se hundió en un sopor semejante al sueño. El agua se colaba a chorro de la cama.

.....

En cuadros sucesivos y rápidos, en la mente de Camelán reviven culminantes episodios. Arrecia el vendaval y en un vuelo de fusiles, de capotes y tambores, él, el Capitán Camelán, se pasa a los enemigos traicionando a su patria y a su jefe y a su raza.

De pronto no acaba de comprender: está muerto y está vivo. La sed y el bejuco de espinas que tiene enredado en la frente, no le dejan comprender. Dejó de ser de Haití y es de Haití, y es dominicano.

.....

Muge el pandero. Las parejas giran vertiginosamente bailando la mangulina y él y su compadre Loreto —¡qué grande, qué valiente, y qué amigo!— con las dos mejores hembras, rumbosos, apagan a los Mauricia. Los Mauricia saben caer en trulla y son alevoso: hay que aguantarse en alerte, no vaya y se arme una de amansa gato. Pauta el acordeón.

*Allá arriba llueve
Y aquí abajo cuele.
¡To eso es muy bueno
Pa las'habichuela!...*

—¡Canten! Rasguéame el güiro, muchacho; y canten la mangulina, ¡qu'esta pieza la pago yo!

—Esta Domitila mezcla la reseda con sabina y pachulí: ¡por eso güele a felicidad!

—Dame un ratico la pareja, Loreto, —pide el Julián, siempre de molesto.

—Toma, mostrenco, —le contestó dándole un pescozón que echó al suelo al pasasao.

—¡Fiesta, muchacho, qu'esta pieza la pago yo! —ordenó sin importarle un pito el que cayó al suelo.

Un punto se confunden música, gritos y cantos.

*Allá arriba llueve
Y aquí abajo cuela...*

Los revólveres disparan. Gritan y empiezan a huir las mujeres. Los familiares del Julián atacan a Loreto —que recibe la segunda herida— a garrotazos, a machetazos, y él se defiende con sillas y a puntapiés, como hombre macho.

—Compay Camelán no se deje malográ. Apague las luce de un planazo y póngamese al costao, que aquí puede que haiga su cualquier cosa.

El machete de *cabo* de Camelán vuela sobre las cabezas. Hierre primero al Marciliano, que recula con un brazo mocho. Tumba al Jacinto. Tumba al mañoso Braudilio, rajándole la cara desde la oreja a la boca. Cae la hermana —mala hembra y mala bailadora— berreando como una chiva... Y... cae Camelán derramando sangre por espaldas, boca y nariz.

*¡To'eso es muy bueno
Para las'habichuela!*

.....
A las nueve de la mañana habían cesado el delirio y la fiebre. Camelán quiso salir del aposento. Sentía necesidad de respirar aire libre. El espacio franco, la selva dilatándose del lado del sur, la gran cordillera del Batoruco dominando la llanura, habían adquirido importancia repentina. Quiso salir y, en un alarde de su voluntad enferma, salió solo. Pero luego tuvo que valerse de la hija y dejarse acostar en la hamaca bajo el alero de la ancha enramada que espaciaba la vivienda.

El sol ascendía ardiendo en un círculo de humo. El perro bayo saltó, soltó el tramajo y, llegando al amo, lo olfateó y lamía la mano que trataba de acariciarlo, cuando espantada en la troje aleteó y cantó como gallo la gallina *grifa*.

El hijo y sus compañeros, que volvieron a ver *si le había llegado la hora*, lo hallaron *resollando con la ansiedad con que beben agua los hidrópicos* y se retiraron disgustados *de la mala pasada que les jugaba ese negro*. ¡Como si se quisiera burlar de la gente!

Desde la hamaca abarcaba él con la vista los límites de su fundo. Del corozo florecido trascendía perfume enérgico que siempre le había gustado y lo hacía *sentirse fuerte*. Ahora le apretaba el pecho.

En la empalizada se alzaban los flamboyanes llameando como luminarias. Cada uno fue un estante que el tiempo convirtió en árbol y la copa de cada árbol atizaba hoy recuerdos penosos, cual prolongación del sueño de pesadillas. Deslumbrado de la claridad, rechazaba esos recuerdos cerrando los ojos, y volvían a hurgar en la memoria como muerde en la matadura el animal con gusano.

Otra vez sintió que le punzaba, más fuerte, la espina de la inquietud y, de súbito, una idea se le encendió y alumbró como un cocuyo: ¡me están matando la voluntá, seguramente! —pensó.

Hasta entonces su voluntad había sido él: temeraria en las peleas; temeraria en el afán de vivir cuando lo hirieron de muerte; temeraria en mantener su verdadero nombre en secreto.

Frente al portón por donde pasa la trilla se acostumbró a pasar ella después del baile que lo hizo popular. Cuando la miraba de frente tenía que bajar la vista... él, ¡el Capitán Camelán! Entonces ella vestía el traje rojo con que a él le gustaba verla y ofreciéndose en un olor de reseda, de sabiná y pachulí, decía el cantar inolvidable:

*En la puerta de mi casa
Ha florecido un rosal.
Dicen que el rosal da rosas...
¡Si lo saben cultivar!*

Después... Cantando lavaba los vestidos de él, y cocinaba la comida como le gustaba a él, y la encontraba triste si él tardaba en volver cuando salía del lugar; ¡y el quererse se les entremezclaba con orgullo! Y más tarde... el orgullo vuelto decepción; y

el abandono, ¡el abandono que nunca supo explicarse! Y ahora vuelve a ser el haitiano Camelán, extraño a su tierra; extraño, ajeno a los de allá; y extraño aquí y desdeñado por muchos que él había mirado por encima del hombro.

Antes, cada vez que los recuerdos antiguos asomaron, alerta como buen guerrero los rechazó con la entereza que se debe poner a la raya al enemigo: que aún las más dulces memorias de la patria primera amargaban como retama. Ahora se precisaban, a cada parpadeo más insistentes, con el deseo de irse y la conciencia de la falta que no le permitiría llegar.

* *
*

Cuando Barsilisa se acercó con el alimento quedó admirada de ver la sumisión con que le aceptó, aunque lo tragaba con dificultad y con igual repugnancia que ingería las pócimas de la suegra.

Por costumbre y por creerlo sintomático de la resurrección que le parecía que se estaba realizando, ella le escudriñaba los ojos buscando la voluntad paterna con deseo y necesidad de obedecer. Pero advirtió que las miradas iban quedando vacías, libres de las cosas inmediatas. Intranquila y afligida le tomó la pulsación y le tentó los pies. Una humedad pegajosa y un frío crispante sucedían a la calentura.

—¡Padre! ¡Dígame algo, padre!... ¡Mándeme! ¡Mande a su hija! —imploró.

—Ensíllenme mi caballo, —dijo con esfuerzo—. ¿Adónde voy? El bohío tenía una cerca... Cerca de Marigot... Cerca del mar. Ensíllame mi caballo: ¡les voy a dejá su sitio! Oye el secreto... Acércate. Acércate más. Oye mi verdadero nombre, dilo en tus oracione.

Barsilisa se inclinó aún más sobre la hamaca y juntando el oído a los labios del moribundo, oyó una frase incompleta, un nombre ahogado por un suspiro.

...QUE ANTONIO BLAS PERDIÓ EL ALMA¹
Leyenda trágica.

Al internacionalista Dr. Carlos Sánchez y Sánchez.

Yaque, Yaque: Río de Oro, Padre del Sur... ¡tus riberas lo vieron llorar! Perseguido y herido, se lanzó del caballo moribundo, zambulló nadando en sesgo de una a otra banda y las heridas se lavaron en la corriente.

Fiel al compromiso de su palabra acude por segunda vez a la entrevista, aunque ahora espera que venga el otro. Están frescas todavía las cicatrices. Convaleciente, medita, sufre y espera Antonio Blas. Tiene cerca a sus viejos veteranos, a los buenos subalternos que otean, atentos, para librarlo de otra celada.

Junto al río, a la sombra de la bayahonda grande a cuyo tronco aseguran las canoas sujetas a sus cadenas, espera y sufre meditando en el aciago destino de la República: Santana... Gándara... Malaventura Báez...

Aceptó y fue a la primera entrevista, oferta de paz del General Domingo Lazala: su compadre, su adversario, su enemigo... Aceptó y, en el lugar de la cita, en vez de aquel —¡no lo querría recordar!— lo recibió a tiros un pelotón de sus secuaces encabezados por el más feroz de los tenientes.

Yaque, Yaque, Río de Oro, Padre del Sur...

¿Qué clase de hombre es el General Lazala? Al pensar en él, como en un crucero de solitarios caminos, tenía miedo de extraviarse y se extraviaba, Antonio Blas.

¿Por qué la obstinada duda? En prueba de buena fe Lazala fusiló al oficial, aunque lo enterró con pompa y se embriagó de

1. En la primera edición este cuento se titulaba "La caída de Antonio Blas".

aguardiente... dizque para poder conciliar el sueño. Más que un hombre, su bendito compadre es un abismo.

Ciega el sol, quema el sol. En el paso de Habanero, a la sombra de la bayahonda grande, medita con la vista fija en el camino real, Antonio Blas.

El General Lazala está contento, y un silencio huraño oprime los corazones.

Desde que amaneció lo vieron montar a caballo y se supo que el día era de regocijo. Quiere dar el buen ejemplo a los demás, y bebe: bebe y se chupa el bozo humedecido de ron, porque... ¡él sí no se emborracha!

Quiere ver en las caras la alegría y, "a son de bando", le ha ordenado a los barahoneros que se diviertan para recibir contentos a Antonio Blas. Los ancianos, intranquilos, se miran de reojo, y callan. Tiemblan las mujeres mientras adornan las puertas y las ventanas de los bohíos con pencas de palmeras, banderolas y trapos rojos. Las cumbres del Bahoruco parecen dormitar indiferentes, y como el viento se ha quedado detrás de los linderos del mar, la gran bahía de Neiba guarda un silencio de plomo.

El General Lazala pasea montado a caballo. Lo acompañan Carvajal y el Ayudante de Plaza; (en las bocas de los caminos y las veredas vigilan sus centinelas) ¡y que vayan los traidores y los embusteros a anunciarle a Antonio Blas que anda con dos batallones!

Atraídos por el ruido que armaban en la barraca utilizada como cuartel, arrendaron hacia allí. Los soldados están en grupos. De las axilas, sudorosas, se desprende agresivo olor de cebollín mezclado con el vaho de las basuras y de los detritos emanados de la plazoleta. Anchas correas de cuero les aprietan las cinturas, adelgazadas, como de monos. Cantan unos en desafío; bailan otros con "música de galillo", y voces aguardentosas corean estrepitosamente marcando el compás con palmadas y pisadas recias.

—¡No te aflojes, Julián!... ¡Alúmbrate con un trago! El azuzado canta en falsete:

*Abrir ojo llaman ver
Y mirar a las'esquina,*

*Que al que no sabe pescar
Se le vuelve el peje'espina.
¡Macabí! ¡Macabí! ¡Macabí!*

—¡Métele otra, Manuel!, qu'ese gallo si no se juye se rinde,
—gritaron otros.

La voz vigorosa del agresor, insiste:

*Anoche te vide un piojo,
Pero no te lo cogí;
Y yo te aseguro a ti...
¡Qu'esta noche te lo cojo!*

—¡Atención!... ¡firme! —gritó el sargento de guardia.

Como tocados por un resorte, callaron y se pusieron de pie, tiesos y serios. Cuadrados ante el jefe parecían esperar el castigo de una falta. Pero él paseó la mirada, satisfecho, creyendo el último cantar de buen augurio y, como si sobornara al destino, les tiró un peso fuerte a los cantores animándolos a continuar la fiesta y se retiró seguido de los dos compañeros.

Bajo el sol de fuego las rodajas de las espuelas de plata están teñidas de púrpura; en los belfos de los brutos se cuajan rojos espumarajos, y los perros vagabundos, que aullaron toda la noche, recelosos lamen los goterones de sangre.

En Barahona le temen y le adulan, ¡y quizás si ya hay quien lo ame!

Al mediodía, siempre acompañado del amigo y del Ayudante, cruzó el río Birán por el camino de Petit-Trou y, espléndidamente, premió a dos lavanderas que le alertaron:

—General: *nadar y guardar la ropa...* no se fíe de Antonio Blas.

Ellas aceptaron la dádiva y tan pronto lo vieron alejarse corrieron hacia sus casas a encenderle velas a Santa Bárbara bendita y rogarle que protegiera la vida de Antonio Blas...

En Riecito los caballos volvieron grupas, rodearon la población por el lado de Las Balizas y cuando salieron a los Blanquizales a los tres hombres se agregaron sesenta, todos montados a caballo y armados de machetes y carabinas.

Inclinado sobre el arzón de la silla corría en el camino real a la cabeza de los suyos. Refrenó el caballo de repente y, extrañado, le preguntó en voz baja a Carvajal:

—¿Oigo rugir un cañón lejano, o el último trago se me subió a la cabeza?

—No es cañón, mi general, es La Cueva de Martín García que está anunciando mal tiempo... si antes de tres horas no arreglamos *ese asunto* nos cogerá la borrasca.

Por primera vez miró a Carvajal en el fondo de los ojos, incrédulo. Desvanecida la desconfianza repentina:

—Había oído decir que el mar batiendo una cueva suena así; pero no creía que la semejanza fuera tan exacta, —murmuró—, le sacudió el freno al caballo y reanudó la marcha.

De la entrada del camino de Rincón se habían ido los guardias que cubrían el puesto. Paróse nuevamente y preguntó, atento al clamor bronco de un fotuto:

—Carvajal, ¿por qué diablos suenan ahora ese fututo?

—Es costumbre de los criadores del lugar —respondió el interpelado— están llamando sus puercos...

Nuevos fotutos sonaron en ronco ulular hacia la aldea de El Cachón de Hato Viejo, luego respondieron otros hacia La Joya y pronto se llenó el valle de clamorosas repercusiones.

—General: no me gustan tantos fututos, —se acercó a él y le secreteó el Ayudante.

—El que tenga miedo que se devuelva, —gritó sin hacerle caso, y clavó espuelas poniendo al galope su caballo.

Un polvo fino y blanco como harina de trigo se levantaba al paso de las cabalgaduras, ensuciando a los jinetes cuyos semblantes parecían caretas de mojigangas.

Refrenaron en una curva, antes de llegar a la cita, cuando los sorprendieron a balazos. Dos descargas cerradas, seguidas de graneado tiroteo, los pararon en seco. Los hombres y los caballos eran cazados literalmente. El caballo de Lazala cayó herido y el general se enderezó con un brazo roto. El Ayudante estaba muerto y Carvajal había desaparecido.

—¡Viva el General Cabral! ¡Abajo Malaventura!... ¡Mueran los rojos! ¡Arriba los azules!

De los troncos de beras y baitoas, flacos y harapientos, surgiéron fusil en mano los hombres de Antonio Blas.

—¡Viva el General Cabral! ¡Abajo Malaventura!

Lazala trató de improvisar la defensa; pero no pudo. Veía que sus subalternos soltaban las carabinas y escapaban "como buenos sinvergüenzas". Las injurias de los vencedores se mezclaban con los ayes de los heridos; pero cuando el general se creía perdido le renació la esperanza. Hacia él se acercaba el jefe contrario dando voces y esgrimiendo un corto sable:

- ¡Cuidado con mi compadre! ¡Respeten a mi compadre!
- ¡Matemos a ese carajo! —gritó un oficial con voz estentórea.
- ¡Respeten a mi compadre! ¡Nadie le toque!

El General Lazala bajó la cabeza y casi se arrepintió de sus pasadas acciones y de la abortada felonía. Estaba pálido a causa de la sangre que fluía de su brazo roto. Hacia él, sin darse prisa, seguía aproximándose Antonio Blas. Avanzaba con pisadas dominadoras, afirmando su autoridad sobre la región natal. A tres pasos se detuvo y, cuando el rendido extendía el brazo sano para saludarlo, se lo cercenó de un sablazo.

—¡Castiga Dios! ¡Es justicia de Dios —dijo, y subrayando la atrevida expresión, de un balazo a quemarropa fulminó al vencido. Tras un instante de silencio ordenó:

—El cadáver de ese hombre envenenará a los perros, si se lo comen: arrójenlo al río, para los caimanes.

Desde el ríspido lomo de Barrera hasta las cumbres del Bahoruco se dilata la tormenta. Lloro el cielo negro sobre el terreno de cambroneras y guazábaras. ¡Ay de Antonio Blas, que perdió el alma soñando con la justicia!

25 + 25 = 50

—Tía Flora, yo me voy a casar.

—¿Unjuuunh?

—No quería decírselo antes de estar a caballo.

—¿Unjuuunh? Te vas a casar y ya estás montado en el potro. Pero, ¿te has desayunado?

—Tía Flora no me conoce. ¡Venirme ahora a hablar de desayuno!

—A quien no conozco es a la novia. Hijo: con veinte y un años, como tienes, y con tanta experiencia como has leído en los versos de los poetas y en esa *Dama de las camelias* que no sueltas de las manos, ya lo creo que te puedes casar. Pero si la cosa está decidida, como parece, ¿se podría saber quién es la novia?

La anciana se acercaba al caballero. Así, temblona y de menudo y débil cuerpo, suelta en dos trenzas la cabellera de algodón, que antiguamente fue rubia, la tía Flora gobernaba en Enriquillo a gran parte de la población, con la sola fuerza de un carácter que se manifestaba en monosílabos y gruñidos. Aquella mañana parecía amable y locuaz y su amable locuacidad ponía más receloso al sobrino que los regaños habituales. Y aunque la curiosidad le dulcificaba la vieja voz, no conseguía disimular por completo el retintín de la ironía. Se fue acercando y sus manos, móviles y cariñosas, se extendieron acariciando tan pronto la crin del potro como una de las piernas del jinete.

—¿Quién es ella y desde cuándo se tienen esos amores?

—No es necesario tener amores si se tiene segura la elección. A uno le basta la certidumbre de ser querido, que es de antemano triunfo y dominio moral.

—¡Ay, hijo, y qué bien! Hablas como un libro. ¡Triunfo moral con mujeres! Esas novelas te van a echar a perder el juicio. *Certidumbre de ser querido...* Mira, ya que hoy manifiestas algo de descaro no olvides la copla del Pay Jacinto:

*Va cayendo en grave yerro
El que se inclina a creer
En la renquera del perro...
Y en lágrimas de mujer.*

Ya ves: certidumbre de ellas no se debe tener ni cuando lloran. Sigue.

—Ella ha estado más por mí que yo por ella. Es Mara.

—¿Unnnh? ¿Esa muchacha de piernas flacas y ojazos de cementerio? ¡Ay Dooos! ¡Qué migajitas de majarete!... ¡Qué güevitos pasados por agua!... Que poquiticos de leche... ¡Ay, dizque la maestraica dengosa de Trujín!... Hijo, ponte en cura tú también, que estás de muerte.

—Suelte las riendas, que me voy.

—Bueno, oye un consejo antes de irte.

—Dígalo pronto.

—Acerca el oído. Unjunh. Mira, *puesto que te vas a casar hazte amigo del boticario.*

Cuando el joven vio libres las riendas de su caballo, salió corriendo desde la población hasta la aldea de Trujín. La vieja quedaba con sus rezongos y caramillos. El trago malo se pasó pronto, pensó. Lo demás... camino real; y el camino era sólo ancha vereda de veinte y cinco kilómetros que marcaba la llanura sombreada por árboles corpulentos en cuyo extremo tenía una promesa de amor. Lo había recorrido tantas veces que, aun cerrando los ojos, podría determinar cada paraje, cada trecho, tan sólo con percibir los rumores y los diversos perfumes. Olores... Olores... Se expande la llanura mansa, columbian salvajes parasitarias ostentando sus flores de encantamiento y pájaros y aves cantores anuncian un mundo nuevo:

¡Trujín! ¡Trujín!

Deslumbra la blancura del sol. Se alarga ringlera de casitas blancas techadas de pencas de palma-cana, con patios-corrales que buscan la selva, con puertas y ventanas que miran al lago amarillento más salado que el mar. Navegan bongos repletos de guayacán, cantan los bongueros. Corto y pertinaz oleaje bate la ribera hasta formar alto y largo cinturón de espuma. Desde la orilla, orgullosas de su albura, pescan las blancas garcetas y, allá, "pueblo abajo", en la puerta de la escuela, vestida de blanco la maestra es una garza-real. Y todo para él. El lago con sus islotes poblados de aves marinas, y bongos y bongueros, pronto serían la decoración de una felicidad sin límite.

* *

*

—Mi deber es no engañarte.

—Pues no te comprendo, Mara.

Y verdad que no entendía. Desde que leyó el fracaso inesperado en los ojos grandes y tristes de la maestra, se alzaron ensombreciendo el espíritu la pena y el resentimiento. Y más que el resentimiento lo iba dominando el dolor de perderla. En vez de oír se esforzaba en mirar, como si procurara el embotamiento de los sentidos en un esfuerzo visual. Y no la miraba a ella. La astral, la celestial criatura, no sería ya para él. ¿Qué importaba lo demás? Sordo había permanecido al gran caudal de palabras y razones que en media línea se podían resumir: —*Ya no sería ella para él.*

Por la puerta, a medio abrir, entraba diagonal franja de luz; venía extendiéndose desde el confín del lago amargo y estéril, por cuyas orillas generaciones y generaciones primitivas pasaron sin dejar huellas perennes: como tampoco, sin Ella, sabría dejarlas él.

El agua, herida por la luz y rizada por el viento, ganaba repentino prestigio de gema. En el inmenso y movable topacio

temblaron fulgores de incendio, coruscaron granates y rubíes sangrientos, se animaron ágatas fugaces. Fugaces, como resultó la felicidad que había soñado él. Explicaciones... ¿para qué oír?

Violenta racha cerró con furia la puerta. Lleno del rencor punzante que le subía del pecho y no encontraba contra quien desahogar, paseó la mirada sobre el negro pizarrón de ejercicios escolares, sobre los anuncios y láminas en colores pegados a la pared; sobre los retratos colgantes entre los cuales descollaba el del difunto presidente Ulises Heureaux montado en el caballo sobre el que pintó Fortuny a Prim...

"Todavía, después de muerto, el gran cuatrero conserva el mejor caballo que se robó"... pensó. Y una ola de amargura sepultó el innoble pensamiento.

Ya no sería ella para él.

—Todo el encanto de vivir lo había concentrado en ti, Mara, y lo hacía depender de este minuto, —dijo el joven con voz de congoja, cual si quisiera despertarse de una pesadilla—. Tú eres la porción de dicha que me destinaba Dios. Y en el instante que me prometía obtener la felicidad con el ideal supremo de tu cariño, que he creído mío, asisto a un total derrumbamiento.

—Mi deber es no engañarte, —insistió ella— y llevaría el engaño al matrimonio casándome ahora contigo. Al entregarme en tus brazos me estaría entregando al otro. Tienes imaginación y debes darte cuenta; así, indigna, ni me querrías tú ni yo haría nada con que me quisieras.

—¿Cómo pudiste hacer eso, Mara?

—Pero ¿qué quieres decir? ¿Qué es lo que has creído? Entiende lo que ha pasado. Ana María vino a pedirme que le hiciera un borrador para escribirle a su novio, el teniente Peña, movilizado entre los que el gobierno mandó al Cibao a combatir la insurrección y a quien yo no conocí. No me salía bien la carta primera, porque yo no sé escribir cuando no pongo sentimiento; pero al escribir las sucesivas fingí que el novio era mío, cosa bien fácil porque yo necesitaba dar mi alma que se derramaba de cariño, y tú, ¡a quien tanto esperé!, entretenido por ahí

“picando flores” nunca acababas de venir. Cuando leíamos los borradores ella lloraba y yo misma me asombré de la ternura que se desbordaba de mi corazón. Él, que no había contestado carta alguna anteriormente, respondió desde Montecristi:

“Tú eras para mí como te me figuraste y en mi error te figuraba como a todas... Perdóname. Sin tus últimas cartas jamás hubiese sospechado la mujer que eres. Vivo solamente de tu recuerdo. Pienso en ti hasta en los combates y, al entrar en ellos, eres tú la Virgen a quien invoco y cuyo influjo divino me protege. Has hecho de mí otro hombre y cuando cese la campaña iré y me entregaré a ti, purificado, con el candor con que se refugia un niño en el regazo materno. Mi última falta será la de no haberte sabido comprender a tiempo”.

Desde entonces me di cuenta de que había encontrado y conquistado a un héroe y yo quedé subordinada a su destino.

—Pero Mara, ¿de qué héroe hablas? ¡Si el teniente Peña no era más que un rutático charlatán!

—Lo injuria tu despecho. Era para mí como yo quise que fuera. Principió con la dicha mi suplicio. Las cartas, que debían ser mías, las guardaba la “novia de pasatiempo”, a quien sólo de nombre estaban dirigidas. Anunció venir y comenzaron a mordirme celos que antes no había sentido y mancillaban mi corazón. Después, en lugar de él, llegó la noticia de su muerte. ¿Para qué sirvo yo ahora, ni qué vale para ti, ni para nadie, la virginidad corporal, si ya he perdido la otra que es la santa?

—Calla, Mara.

—¡Cómo no voy a llorar, y cómo callar, si hasta ahora no he tenido confidente!

Habla y llora la maestra sin consuelo. El joven, en tanto, se obstina en mirar hacia el negro pizarrón que tiene en frente. De pronto advierte, entre sumandos mal borrados que escribió titubeante mano infantil:

$$25 + 25 = 50$$

y piensa, corrido de vergüenza y pena, en los veinte y cinco kilómetros caminados y en los veinte y cinco del regreso que tendrá que caminar, en cuyo término esperan el irónico retintín

de la tía Flora y el ridículo propalado por la aldeana jauría que no perdona en las derrotas de amor.

¡25 + 25!... y en toda esa vía de amargura, el dolor, el compañero de ahora a quien no será posible engañar.

Desde la pared sigue sonriendo el hombre que lleva a cuestras el bacalao... San Jorge hiere al Dragón desde su corcel de armaño... Cabalga Ulises Heureaux en el caballo de Prim... Uno a uno van llegando los párvulos a recibir sus lecciones y es preciso salir. Es preciso salir, ¡y es preciso olvidar! Al incorporarse y dar los primeros pasos vacila con la torpeza de un convaleciente. Por el cerebro, entorpecido, se precipitan absurdas, irreflexivas ideas que lo tientan como apuntadas por otro: "Ya en lo sucesivo nada significará todo esto para ti; y tú, sin ella, ¿qué vas a significar? A un hombre, *si es hombre*, para ahogarse le basta a veces un poco de agua y tú, cobarde, que te desahogará dándole espuelas a tu caballo, dispones de la inmensidad de un mar".

Salió maquinalmente.

Afuera sopla la brisa rompiendo el cinturón de espuma, lo fragmenta en copos que se arrastran y otros que vuelan y tropiezan con las ramas de las bayahondas, semejantes a gavio-
tas y garzas moribundas, como ilusiones dispersas.

TRES RELATOS DEL SEÑOR MIGUEL¹

I

EMBRUJADO

En vano huí de la noche. El sol se hundió detrás de los peñascales y la hemorragia escarlata con que dejó teñido el poniente se cuajó en masas espesas y esas masas se cubrieron de ceniza y quedaron luego transformadas en monstruos grises y negros que oscurecían el camino.

En sucesivas carreras vencí varias etapas y cuando la extensa llanura, cansada de ser fértil y buena, se convirtió en agrio y accidentado mucaral, mi caballo perdió los bríos y yo, desanimado, sentí apretárseme el pecho. No sonría usted, no soy cobarde: admitir el peligro no implica cobardía.

Por aquel tiempo yo explotaba el negocio de guayacán y salí de Enriquillo a juntarme con once trabajadores en el paradero central de Juan de Lino, frente a la isla Beata, en la región feroz que esconde un peligro detrás de cada una de sus ofertas. Por allá se aventuraron muchos y no volvieron nunca. Aunque se fastidie usted voy a darle aproximada idea de aquel lugar primitivo. Fecundo en vacas montaraces y en cerdos y cabras cimarrones, en árboles de malagueta, en vastos y perfumados

1. En la primera edición estos relatos aparecían sin título común.

oreganales y en dispersos colmenares silvestres, impone respeto al hombre y así conserva su riqueza natural. En cambio de seis o diez cabras lisa los pies y desgarrar el vestido del cazador que va a explotarlo. Su cerdo cimarrón se rinde con la muerte; pero después de embestirle al montero, o de destruir parte de la jauría que le dio alcance; y es cierto que su rubia miel, la más sabrosa del mundo, resulta a veces más amarga que zábila y retama. Alfombra de grama tapiza trechos de la piedra brava disimulando huecos estrechos y profundos que sirven de cepo al bruto que se descuida al afirmar la pata. Cuando el agujero se dilata, se torna poza de agua adonde van de noche los animales salvajes a apagar la sed; si disminuye, se vuelve madriguera de venenosas arañas; pero cuando se expande se hace horrendo *pocimán*, abismo que mete miedo y da vértigo al que se acerca y lo mira por primera vez; en sus paredes agresivas la piedra de verrugas puntiagudas imposibilita descender al espantoso fondo y, como tentación irónica, las colmenas multiplican y enseñan ahí sus panales llenos de miel que escasos colmeneros pueden catar rara vez, colgándose amarrados de una cuerda que aseguran en tronco o raíz vecina.

A cada obstáculo mi caballo daba resoplidos y yo le aflojé las riendas a su antojo: porque sé que tanteando en la tiniebla el instinto de la bestia es más certero que la razón del hombre. Por fin el alerta de un perro me indicó que estaba cerca. Sentí llenárseme el pecho de seguridad, afecté aire importante de jefe y me preparé a llegar, porque el buen jinete y el caballo bueno deben salir y llegar con elegancia... No sonría usted, no es vanidad, es que *yo sé de estas cosas*.

Inculto, dulce y viril, cantó una voz hacia donde había ladrado el perro:

*Cuando yo venía de Haití
Pregunté por Madalena,
¡Y hasta las nube y el viento
Me decían qu'estaba buena!
¡Ay, cuándo será ese cuándo!
¡Ay, cuándo será ese día!,
Que yo pueda sentir su'alma*

Juntamente con la mía...
¡Ay, cuándo será ese cuándo!

El último acento de la segunda copla se apagó bajo las patas de mi caballo.

Todos los trabajadores estaban alegres, alrededor del fuego, preparando cena al aire libre. Arrieros y aserradores me rodearon y a poco daban cuenta de su labor; y Barón, el eficaz proveedor de carne cimarrona y buscador de guayacán:

—Señor Miguel, —dijo ponderativamente—. Hoy topé con una *mancha* de guayacane que no los corto si no me se paga doble. Si los animale no descansan no podrán con esa madera.

—¿En dónde?

—En un fondito, cerca de unos *pocimane*, —contestó, evasivo.

—¿Pero tienen salida?

—Salida... como salir, salen.

—Cerca vienen gente, —dijo uno—. Ya los perro las ventiaron. Oye tú, Manuel María, amarra al lebruno, qu'ese muerde.

A pasos lentos, alumbrando con un tizón que se confundía con los cocuyos vereda opuesta a la que yo caminé, detrás de un mulo y seguido de varios perros, apareció un hombre. Se aplomaban sobre el mulo grandes serones repletos de carne salada, de pieles, de orégano en ramas y de una cantimplora. Dos latas vacías colgaban del aparejo. Saludó y pidió ayuda para apeaar la carga, como si llegara a casa propia.

A la luz del fogón se destacaba la figura del hombre: traía el vestido desgarrado; era alto y seco de carnes, de mirada huraña y de color cobrizo; debajo del fieltro raído y sucio se le encrespaban los cabellos duros, rebeldes, indómitos. Lo llamaban *El Salinero*, porque era originario de La Salina de Neiba. Se retiró un momento, ató perros y mulo, se acercó luego al fogón y después de encender su cachimbo se sentó en silencio.

—¿Adónde? —le preguntó un recuero.

—Voy a casa, a Buena-Vita —contestó despaciosamente y sin mirar de frente.

—No; ¿que en dónde era la batía?

—¡Ah!, de El Cerro pasé a La Cueva, porque El Cerro etaba cojío. En La Playa playaban unos *pueblero* y me pasé a Odín. En Odín no me diba mal; pero.

—¿Cuántos? —le preguntó otro.

—Poco... —contestó—. Tre varraco, siete puerca, dos lechone y doce chivo... Pero pasó un maldito de Oviedo, envidioso, y me embrujó los perro. Dende antonce, ¡ni un meneo ma!

—Pues mire, amigo, si no le hechizan los perro acaba usted jasta con las'iguana, —dijo el maestro de sierra con jovial censura que halagó al hombre, porque era elogio de buen montero—. Pero usted regresa dando un rodeo: este camino es más largo.

—¡Junh! Es que quiero ante de dirme llená esa dos lata de dulce de 3 *piterra* que sé por aquí. Decatraré y en amaneciendo seguiré camino con la hora freca, porqu'el mulo viene espeao y quiero venderlo dende que decanse, que necesito dir a consultá mi mal.

—Y que ahora hay unos médico que lo ponen a uno nuevo, —aprobaron.

—Junh, mi mal no lo cura médico. En'el mundo no lo cura ma que un'hombre.

—Ah, ¡va a consultá allá abajo, con algún jungán haitiano! También a usted le han echao guangá... —bromeó Barón—. Pue Señor, la gente d'este paí s'está poniendo como la de los campo de Haití, aonde naide se muere de muerte natural. ¿Que atacan calentura terciana? Brujería... ¿Que trompieza el caballo y lo tumba a uno? Brujería...

—Joven, —gruñó ásperamente el hombre— usted tiene la leche en los labio. Usted no sabe de mundo.

—De que hay algo, hay, —asintieron varios—. Sólo que son poco los que saben de a verdá.

—¡Que si no! Oigan y deducan d'esto, que no e cuento, —dijo el hombre—: El Pay Domingo andando de sabaneo se topó con un varraco prieto que le fajó como un mesmo diablo. Y era el brujo Benerito, su enemigo por cuetione de falda de mujere. Los odio por mujere siempre han sío mortale. Los pobre perro, en ve de defensa eran estorbo: aullaban lo mesmo que cuando barruntan ánima en pena, y s'escondían atrá del amo. El Pay Domingo jaló el machete y se fue a fondo rezando Las Tre Divina Palabra y el puerco se le volvió un avipero. Rezando antonce La Manífica (que hay que decíla en latín) le pegó candela: las'avipa deparecién y el Pay Domingo trompezó con un tocón (qu'enante no'staba ahí) y no se mató por poquitico. S'enderezó y le fue arriba rezándole antonce la oración del Justo Jué, que e la ma fuerte, y del tocón juyó volando una fatal

lechuza. Hay que tené en cuenta que Benerito, hombre endiablao, era Galipote: se podía tranformá er lo que quisiera; pero el Pay Domingo había nació un Vierre Santo a mediodía, tenía la brujería mezclá con oracione de Iglesia y por tóo eso era ma fuerte que su enemigo.

* *

*

Se acercaba el momento de cenar. Aumentaban en estridencia los gritos de los carraos silvestres y decrecían los bramidos lejanos de las vacas que en pasto libre guiaban sus becerros hacia los claros de las sabanetas, buscando el alivio del viento contra la plaga de tábanos y mosquitos, para pasar la noche.

Con el dominio de la sombra el misterio y el silencio se imponían y las palabras de El Salinero iban prevaleciendo en los ánimos esclavizados por superstición hereditaria. La carne chirriaba en el bracero. El relator sujetó su cachimbo con la mano izquierda y sentenció casi sin abrir la boca:

—Allá arriba, Dió, aquí abajo, *Papá Bucán*.

El absorbente influjo se había generalizado y al sonar el poderoso y temido nombre del gran sacerdote negro, del más influyente *Papá Bocó*, los corazones palpitan acelerados y nadie agrega palabra.

Luego de cenar los trabajadores sepultan los tizones en la ceniza para conservar el fuego y, de pies a cabeza, se arropan con las frazadas. Pierden la configuración humana. Las tinieblas se vuelven impenetrables. Escudriña la mirada y no distingue en la sombra. Se torna también sombrío el pensamiento, y nuestra larga noche parece que no va a tener aurora.

* *

*

Al amanecer el día siguiente:

—¡Ey, amigo! ¡Amigo! Su mulo s'está muriendo... —voceó un trabajador.

Despertamos. Electrizado por la llamada El Salinero saltó de la hamaca y se calzó las soletas.

Libre de la presión del fieltro y erizados por el sobresalto, sus cabellos se encrespaban de una manera increíble. En la bruma cenicienta del alba se oían pujidos dolorosos. Todos nos acercamos a la bestia moribunda. El animal estaba echado en el suelo; el vientre, deforme, le creció durante la noche de imponderable modo; seguía aventándose y, a medida que se dilataba, el bruto daba acecidos y sus ojos iban cobrando un fulgor opalescente.

—¡Mardito sea! Ante de dormime anoche conté que había trece... ¡Trece!, en'este azarao paradero ¡y no me fui! ¿Qué hago yo ahora, Dios mío? —clamaba el hombre desesperado—. Yo, enguangatao; los perro, enguangatao; y er mulo, enguangatao y muerto. Gritaba dándose paseos cortos y apretándose las sienes con los puños.

—Pero amigo, los perro y usted pueden saná, y el mulo s'está muriendo, no se ha muerto. ¡Qué diablo!, mientras qu'el alma está en la carne hay esperanza, —dijo Barón tratando de consolarlo. Mire... anoche no se fijó usted y amarró el mulo junto a un *palo e barraco*, comió d'él y se ha envenenao. ¿Usted tiene sal de piedra? ¿Sí? Pues muele sal, que echándole sal por el gznate y aplicándole un grillo en el pijaso pa que orine, lo curo yo.

—¡Qué va usted a curá! Ya ese no lo cura má que Dio, lo que van e a deperdicame la sal. ¡Maldito sea, y no me jundo!

—Pues por arriba de usted lo curo yo; que yo ni abandono el paradero ni voy a aguantá bajo de animal muerto —replicó Barón.

Clamaba y maldecía el hombre y gemía el mulo con pujidos lastimeros; y mientras el vientre, creciendo, parecía que iba a reventar, el fulgor brillante de los ojos se iba apagando tras agónicos estertores.

Me retiré hacia el claro donde pastaban mis animales de recua, interesado en evitar la pérdida de un día de trabajo y huyendo del espectáculo de la bestia moribunda, y salí luego para la cabria en donde solía esperar a los cargadores de guayacán.

Al regreso encontramos a Barón acostado en su hamaca, disgustado porque perdió un día de trabajo y El Salinero, una hora después de resucitado el mulo, arreó hacia otro paradero

huyendo del número trece, sin pagar la milagrosa curación cuando menos con un pedazo de carne. Ni siquiera le dio las gracias.

* *

*

El tercer día Barón guiaba mis pasos hacia el hallazgo de la antevíspera. Nos doblábamos bajo las malezas, bordeábamos mucarales, saltábamos sobre pequeños obstáculos. Árboles achaparrados, matojos espinosos, bejucos espinosos, se enredaban en el fragoso terreno, dificultando el paso. Junto al Tivisí y al Mevoycontigo, que desgarran, se erguía el *Gua*o, cuyo simple roce hincha la piel del hombre, y se esconden la *Malayerba* y el *Taquito* que envenenan al animal. Breve hondonada color de almagre cortó la abrupta maleza y, como de hierro fundido, imponentes, se descubrieron los guayacanes de verdinegra fronda. Formaban un contraste: eran un conjunto de belleza exuberante en medio de la aridez. ¡Y la baja codicia de dinero me incitaba a destruir ese milagro vegetal!

—Sí, Barón, le pagaré a usted doble, —dije al trabajador—, pero antes de tumar estos guayacanes precisa hallarles salida.

—Señor Miguel, lo que dije, digo, como salir, salen. Espéreme que lo voy a justificá.

Se fue el trabajador y quedó mi codicia calculando el valor de cada tronco. Por encima de los breñales llegaba en olas cálidas el perfume del oreganillo. Yo me entregaba al deleite; pero antes de diez minutos volvió Barón jadeante, llamando con gritos entrecortados:

—¡Señor Miguel! ¡Señor Miguel!, el embrujao está ahí. ¡Le cayeron sus maldicione!

—¿Qué?

—¡Está guindando!

—¿Qué? Cálmese y hable, —le dije— ¿es que usted se ha vuelto loco? Diga: ¿qué es lo que sucede?

La emoción no le permitía hablar. Echó a andar, guiándome siempre, y al terminar la hondonada vi ante mí desfondada la tierra. Un gran trecho circular parecía haber desaparecido, formando un abismo y, en el vacío, próximo a una de las

paredes, en perpendicular caída que una cuerda no dejaba terminar, colgaba el hombre. En inútil forcejeo había quedado rígido, extendiendo hacia arriba una mano impotente para ayudarse a trepar y con la otra petrificada en la angustia de desprenderse de soga hostil que le apretaba de la cintura una gran lata rebosada de panales, tirando hacia abajo pesadamente. El cadáver tenía el espanto crispado en los brazos, cuajado en los ojos, erizado en el pelo rojizo, y en la boca el último grito que no profería.

Permanecí largo rato estupefacto al borde del *pocimán*. Cuando Barón volvió a hablar sus palabras botaron en las paredes y se fragmentaron en gangueos incomprensibles. No sé cuánto tiempo tuve fija la mirada en el macabro péndulo, ausente la voluntad, opresa, sugestionada el alma por el sepulcro inmenso que no dejaba escapar ni se tragaba el mísero lote de superstición humana. Por fin, cediendo a las instancias de mi peón, murmuré penosamente:

—Vamos, Barón.

—Vamonós... ¡Qué diablo, Señor Miguel, El Salinero no era de la familia!

II

COMO TERMINÓ EL JUBÍ

Sufríamos sequía terrible. Más de nueve meses discurrieron sin llover. En tan fértil región raro era que no lloviese en abril, como tampoco en el primer trimestre del año; pero asombró a todos que pasara mayo sin sus mansos aguaceros. Pasaron julio y agosto y con octubre tocaba a su fin el ciclo anual de los ciclones, ¡y aún no llovía en Enriquillo!

Los ancianos aseguraban que habían mentido, por primera vez, las cabañuelas. Riocito —que ahora parte en dos un poblado donde se empinan casas de alto ¡y hasta construcciones de concreto!— seco en su curso, se detenía en las fuentes de Yobondé. Perdiéronse las cosechas de frijoles y de maíz y en un mustio abatimiento parecía que iban a morir los platanares. Casos de rabia se repetían en los perros. Columnas de polvo se elevaban al paso de la gente pesarosa, y finalmente, como de burla, se formaban negros y espesos nubarrones que dejaban caer furtivas gotas y se alejaban con lentitud hacia occidente... ¡para caer en Haití!

La trichina apareció causando estrago en los cerdos y acentuando el hambre. Y, como si no fuera bastante, epidemia febril amenazaba propagarse en los humanos.

Ante la inclemencia de la naturaleza se fatigaban los ojos investigando, ya sin fin, en el cielo como si se quisiera ordeñar nubes que se sucedían y rodaban despacio destinadas a empar de beneficios los campos del país extraño.

En la desesperación se propagaban frases absurdas:

—El Presidente Lilís tiene la culpa... No llueve dende que afusilaron al brujo Minguilán...

—Es la fin del mundo. ¡Si ya se están cumpliendo las profecías!

Se hablaba mal del Gobierno y sin reverencia del Arzobispo que abandonaba sin Cura a un pueblo tan religioso.

En vano se habían rezado novenas y tercios, primero, y organizado después nochevelas durante las cuales se cantaron en coro las letanías. Y como el pueblo sabe que cuando el amo está de mal humor suele ablandarse si el rebaño se humilla, se

improvisó un calvario a donde iban en rogativa teorías de penitentes hambrientos, sudorosos bajo pedrejones, o curvados por pesadas cruces. Pero seguía sin llover.

Muchos años después, cuando el Cometa Halley amenazó acabar al mundo asfixiándolo con los gases de su cola, propicias rogativas y oraciones, de este mismo pueblo, obtuvieron de Dios que disipara en el éter el terrible veneno.

La brisa murió con el crepúsculo el día veinte. El sofocante calor que hace siglos decidió a los conquistadores a aceptar la sugestión de traer negros a las Antillas, para que ellos se encargaran de trabajar, se acentuó enrareciendo el aire, que se volvía irrespirable. Se empezaba a decir mal de Dios como antes del Gobierno y del Arzobispo. De pronto en la angustia general, atizada por palabra mágica, se estremeció la muchedumbre en una última y fervorosa esperanza.

—Van a bailar un Jubí.

¡Un Jubí, no hay más remedio!... Se repetía en la ansiedad pública.

Con la palabra se generalizó el propósito y con el propósito comenzó la acción. Por la noche encendieron luminarias y reagrupáronse hombres, mujeres y niños.

¡¡¡Jubí!!!

Aprontan el pandero y el corto y el largo tambulá y fístulas de caña-brava. Lo que no se había alcanzado mediante agobiadoras penitencias era seguro obtenerlo ahora con un baile ceremonioso de exótica religión.

Enorme cadena humana, cuyos extremos se buscan, forma ya el círculo. Rompen a sonar pitos y tambulás, y sobre la estridente algarabía, distintamente, domina el canto:

*Jubí —Va a yové.
Pedro Congo, ya tú lo vé.
Pedro Congo, ya tú lo vé.*

Manos y pies marcan sonoro compás. Lánzase al centro una mujer que es directora y reina. Avanza moviendo pasos rítmicos y nobles, y como si principiara clásico baile de figuras, índice y pulgar de cada mano toman la falda dándole toda su

amplitud. Salta un segundo eslabón de la cadena, que se cierra, rápida, y frente a la reina aparece barbado bailaror.

Cantan:

Jubí — Juuubí — Jujubí...

Reafirmando el gutural sonido sobre la segunda ú, lo prolonga el hondo rugir del pandero, cuyo eco semeja el mugido del toro cuando baja al abrevadero. Irrumpen otros y otros bailarores, y círculo y actores extreman el potente coro que envuelto en polvo y en exudación febril se eleva al cielo.

Cantan:

*Pedro Congo, ya tú lo vé.
Va a yové. Va a yové.
Agua del cielo-quiere caé.*

Soplo húmedo y remiso cruza la muchedumbre olvidada de su desgracia. Sube de tono la afrentosa algarabía: sube el acre olor humano, suben las faldas hasta las rodillas. Y el baile a que dio principio una reina con suaves languideces de quien se estrena en minueto, se anima en el crescendo escandaloso hasta adquirir los remeneos lúbricos de la rumba afro-cubana.

*Va a yové. Va a yové.
Pedro Congo, ya tú lo vé.*

Empieza a llover tímidamente, con ráfagas de viento que se precisan del lado del norte. Pero la ceguera moral que aún a y confunde en grotesca herejía el rito bárbaro con el cristiano, a punto de encender la carne en brama, hace que el macho busque el contacto de la hembra que se escurre en la estrafalaria contradanza. Olfatean todos hacia abajo. Nadie mira hacia

arriba: porque a medida que el hombre va descendiendo al bruto se va olvidando de mirar al cielo.

Bailan y cantan:

*Pedro Congo, ya tú lo vé.
Va a yové. Va a yové.*

A medianoche la lluvia era torrencial y los vientos soplaron furiosamente. Las fuentes de Yobondé, desbordadas, apagaron las luminarias. Riocito se precipitó hacia el mar arrastrando utensilios y bohíos. Me despertaron gritos de misericordia. Al día siguiente la aldea era un cuadro de desolación flotando en agua.

Desde entonces terminó el Jubí para Enriquillo. Más nunca lo han mencionado.

III

VOCES EN EL CAMINO

Al poeta Rafael Américo Henríquez.

El pelotón no regresaba todavía. Todavía no se podía averiguar si en la última jornada los jefes y sus leales habían castigado al enemigo en las fincas, en las reses, o en las familias.

De nuevo se alzaba el ruido del lado de Arroyodulce. Al principio sólo era un abejoneo, continuo eco del mar, voz del viento o de la selva, impreciso rumor o falaz repercusión de algo que venía o se retiraba. Se apagaba por instantes y por instantes latía casi distintamente, acercándose como si fuera a copar el largo y estrecho valle de *Fransuá*.

—Cosa buena no ha de ser, —me dije—. Miguel, la prudencia aconseja escoger sitio seguro.

El creciente rumor se perdió en alguna de las curvas del camino, y cuando ya estaba yo en guardia sospechando peligros, columbré a una mujer que se acercaba. Se acercaba sola, comentando injusticias en alta voz, clamando como una loca. Desde la orilla del camino real, protegido por la empalizada de mi conuco, la veía acercarse. Jubón azul oscuro le ceñía el busto hombruno, y arremangada se sujetaba la áspera y sucia falda de penitente. La crespa cabellera se le amansaba sobre los hombros. Los pies, descalzos. Caminaba llevando los zapatos en la cabeza y para que no se le cayeran sostenía recta y fija la mirada hacia delante, con aspecto de sonámbula.

Yo consideraba peligroso hablar de política mientras durara el desenfreno de las pasiones; pero un fugaz parpadeo de la conciencia me iluminó el alma ablandándose de compasión a la infeliz y estrafalaria mujer.

—Señora, yo no soy de ningún bando, dígame qué sucede y si en algo puedo serle útil, —pregunté trepando en la empalizada.

Como si la piedad de un hombre nada significara para ella, pasó sin volver la vista y cuando supuse que ya no haría caso, se detuvo a distancia sin parar los pies, que movía alternativamente, como si temiese perder el movimiento.

—Si no eres de ningún bando los demás no te interesan; entonces, ¿por qué preguntas? —voceó.

—Señora, yo no soy un político —le dije— yo me creo un hombre bueno.

—Si los buenos se opusieran a los malos no prevalecería en la tierra la injusticia, —gritó con más fuerza—. Del caserío de Trujín no quedaban más que cenizas. A Panchote lo fusilaron hace tres días en Naranjal; era un joven necesario y al matarlo destruyeron a la familia. Dejaron vivo al hermano, al inútil Evangelio que llora como mujer. A la madre se le cayeron *las alas del corazón* y los estúpidos que la traen la maltratan después de muerta... ¡Buenos! ¡Buenos!

—Señora, explíqueme.

Cortó mis palabras dándome las espaldas y siguió a pasos largos el camino. Lejos, todavía continuaba hablando a solas en alta voz y pisando recio, como si castigara la tierra llena de culpas.

Aquel encuentro me pareció muy extraño. Yo no conocía a todos los habitantes de Enriquillo y a esta mujer no la había visto. En el lugar no se me discutía, y ella al pasar vociferó palabras que me dejaron disgustado conmigo mismo. Sintiendo que algo muy íntimo amenazaba rompérseme, en examen introspectivo invertí las miradas hacia dentro: escenas y sucesos desfilaron por la memoria, y aunque me dije con jactancia, *los demás sí me interesan...* desde más adentro, como un eco de la voz de la mujer se levantaba el reproche. Quise justificarme dándome la razón. Yo me creía superior a los demás en el humilde medio y el egoísmo me autorizaba a poner mi seguridad por encima del amor al prójimo. Además recordé en descargo los consejos con que tantas veces durante aquella guerra civil, fecunda en crímenes, procuré favorecer a los del lugar; pero no conseguía acallar la reprobación de la mujer.

Brusco trepidar interrumpió el acomodaticio examen. El ruido se aproximaba ahora con ritmo militar y el ritmo se confundía con voces y las voces ululaban prolongadas en lúgubres lamentos. Aguaité, protegido por la empalizada. No se trataba de un pelotón de tropas, como estaba imaginando. A trote lento seis hombres traían en hombros tosco ataúd colocado sobre travesaños. Cimbreadose las andas y el ataúd se mecía agobiando bajo su peso a los cargadores. Hombres y

mujeres, varias de las cuales llevaban niños montados en los cuadriles, seguían a los cargadores formando cortejo fúnebre. Casi todas ellas alzaban las manos al cielo y rompían en gritos desgarradores que se multiplicaban en vastas repercusiones. Yo he censurado con repugnancia el vociferante clamor con que las mujeres dominicanas de las aldeas despiden a sus muertos; pero mis cavilaciones y los acontecimientos desgraciados de aquellos días sobrecargaban el ánimo sumiéndolo en una angustia opresora. Todo tenía natural justificación. Salí al camino y quise "darme a mis semejantes", incitado por deseo repentino de ayudar a los portadores del cadáver; pero antes de que llegaran a donde esperaba yo se detuvieron protestando de la pesada carga y la pusieron en el suelo. Me acerqué. Los gritos se amortiguaron transformándose en un rezongar de maldiciones colectivas.

—¡Cállense las mujeres, que nos comprometen! Gumersindo y Julián, pasen las vara, —ordenó uno—. Pégale tú ahora, —agregó volviéndose a un tercero.

El de aspecto más benigno de los cargadores empujó el varejón que le aprontaron y empezó a darle azotes al ataúd, acompañando cada golpe con palabra de reprimenda:

—¡María Juana, eres una mala madre!... ¡Camina! ¡Camina! ¡Camina! —y subrayaba cada palabra con un varejonazo—. ¡María Juana, eres una mala madre! Tu hijo Evangelio viene a tu vera llorando y te lo quiere llevá. Primero arreate a Panchote... ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! Ya no ere cosa d'este mundo y no quiere darte sola. ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

—Señores: ¿cómo se atreven ustedes a pegarle a una difunta? —reproché, al llegar.

—Señor Miguel, *se hace pesá*. Ante de morise echó alante a uno de los' hijo y quiere lleváse al otro. No nos deja caminá y eso va contra la ley de Jesucrito. Si dejamo que se plante a toito nos' afusilan, —contestaron.

—Reemplacen a los cargadores, que yo rezaré un ensalmo y así seguirá hasta el cementerio, —dije... Y como fuego fatuo se apagó el reciente impulso de darme a mis semejantes.

Cesaron los azotes y los hombres siguieron marcha con el cadáver, dejándome estupefacto. El clamor femenino se desencadenó de nuevo. A espaldas del cortejo fúnebre se levantaban masas de polvo que arremolinaba el viento. Los gritos se devol-

vían en el eco y, como cayendo del salvaje ulular o brotando del fondo de la conciencia, sarcástica, trataba aún de imponerse la voz de la primera mujer.

Todo el resto del día estuve pensativo. Sorprendido por la noche, igual que las plañideras alcé la mirada pidiéndole alivio a Dios; pero la tupida ramazón del arbolado no dejaba ver el cielo. Atosigado por impresiones dolorosísimas monté a caballo y salí huyendo al galope hacia la población: sin que la luz de una estrella alumbrara mi camino, sin un fulgor en el alma.

1926.

ROJOS Y AZULES

Cuando el Doctor Juan Francisco Minaya, Capitán Médico del Ejército, fue ascendido a Mayor, sus amigos decidimos festejarlo con un banquete; pero él nos pidió que lo pospusiéramos, porque le habían otorgado un mes de licencia y al día siguiente debía salir para Enriquillo a disfrutarla. Según mis observaciones, él estaba ceñido a cierta reserva. Acababa de efectuarse el proceso electoral y como en nuestro país el partido que pierde las elecciones apela a la insurrección y el vencedor tiene que ratificar su triunfo aplastando al que se subleva, pensé que Minaya disimulaba la causa del viaje.

¿A Enriquillo?... Le pregunté si lo alejaba de Santo Domingo alguna misión política y contestó con una carcajada. Iría a la frontera de Azua, a Barahona, a cualquiera otra parte; pero, ¿a qué ir a Enriquillo?...

Interesado como estaba yo por mantenerme al corriente de todo suceso, para ser de los primeros en obtener mi posición en el reparto de empleos públicos, me propuse hacerlo hablar.

Descartamos la idea del banquete y lo invité a almorzar con tres íntimos compañeros. Hacía un calor sofocante, genuinamente antillano, y escogimos el pequeño restaurante que da frente al malecón, porque allí, si no hacía fresco, cuando menos sería un alivio el panorama. El sol reverberaba en los cantiles y se escapaba del mar de bruñido plomo pesado olor de algas muertas. Al sureste, más allá de los límites imaginarios del horizonte, debían de estar en acecho los huracanes. Una balandra que se deslizaba empujada por la corriente del río quedó al

llegar al placer como sujeta por ancla, inmóvil, semejante a gaviota colosal que sepultase el cuerpo en el agua dejando un ala perpendicular a la superficie.

Desde los aperitivos rompieron a hablar todos, de todo y a un tiempo, como mujeres en visita, mientras el Mayor escuchaba y sonreía, indudablemente en guardia. Comíamos y bebíamos. Quise inclinar la conversación hacia el tema palpitante de la política, sin éxito, porque ya los demás se habían enredado en vulgares relatos de amores, reales e imaginarios.

—Compañeros —les dije en una final tentativa, invitando con el ademán a alzar las copas— nosotros hemos venido aquí, más que a almorzar, a beber, más a beber que a charlar; bebamos juntos y hablemos por turno.

—Ya te han dicho que no brillarás por la elocuencia. Bebe cuanto quieras, pero ¡por compasión! líbranos de tus discursos —objetó uno.

Mortificado, callé.

—Nada... Perdiste. Te apagaron los fuegos, —dijo el Mayor, siempre sonriendo.

Comíamos, se acercaban los postres y seguían con el inagotable tema:

—Entonces ella...

—Deja tú esa estúpida conversación de mujeres, que todas son iguales, —dijo dando un puñetazo en la mesa— y tú, fantasmón, no pretendas darte importancia y dinos claramente a dónde irás y a qué irás.

—Pero ¡infeliz!, si ya te dije primero que a nadie que saldré mañana para Enriquillo, y si quieres saber a qué iré haz que éstos se callen. ¿Qué importancia puede tener para ti ni para nadie saber a lo que iré? Voy detrás de una mujer. Y a nada más.

Callé porque no podía hacer otra cosa, como quien se dispone a soportar pesada broma. Terminamos de comer, seguimos bebiendo y por fin habló el Mayor:

—Al día siguiente de aquel escándalo que dieron ustedes hace meses en el *Country Club*, el Comando me dio orden de ir a practicar la geografía. *Practicar la geografía* significa en nuestra jerga militar ser desterrado a la región fronteriza, o a alguna municipalidad aislada, cuando se comete falta. Se me envió a *La Descubierta* con cargo de investigar por qué el agua de aquel rincón de la isla, que brota fría de una fuente, como

hielo derretido, pone jipatos y barrigones a los habitantes. Comprendí que me creían complicado en el escándalo y no tuve más remedio que echarme al hombro la cruz. Cuando después de minucioso análisis envié informe por correo, en vez de la ansiada autorización para el regreso, recibí nueva orden de seguir hasta el extremo sur de la frontera, a investigar por qué el agua del Pedernales, al acercarse a la desembocadura, causa a los que la beben fiebres infecciosas más graves que las palúdicas, y de aguardar órdenes allá.

Rendidos todos los informes y aburrido de tan larga espera, inventé la necesidad de comunicarme siquiera por teléfono con el Cuartel General, y hube de recorrer a lomo de mulo cien kilómetros para utilizar el de Enriquillo. Después de pasar meses en prolongada abstinencia mirando las figuras fronterizas, reinas y princesas me parecieron las mujeres de aquel lugar. Los que vestimos uniforme nos creemos en los poblados chicos hombres de presa, irresistibles para el amor, y en el amor quise distraer el ocio de la nueva espera. Subí el cerro donde erigieron la iglesia y, como dueño de aquello, de una ojeada medí el sitio: estrecho valle, perímetro y vecindario reducidos... Bajé. Rápida exploración. Pasé revista. Me fijé en varias muchachas y escogí una, a la cual, vista a relativa distancia y a la ligera, le faltaba carne para ser hermosa y le sobraba estatura para ser bonita; pero de porte naturalmente señorial, y con un frescor de fruta en rama que excitaba a comerla.

—Y ésta, ¿qué clase de gente es, cómo se llama y de qué vive?, —pregunté al Sargento —mozo listo— destacado en la aldea. Resumo su respuesta:

—Es gente buena y seria. Se llama María de los Santos y la llaman *La Santa*. Escuela particular, y gorras y zapatitos de lana que teje para recién nacidos, las sostiene a ella y a su madre, una *viejita*. De aseo exagerado y de exagerado orgullo: el día que no tienen de comer tienden blanco mantel en la mesa y rezan dándole gracias a Dios...

—¿Cuánto tardará la plaza en ser tomada?

—Según quien dirija los fuegos, mi Comandante. Un soldado se pasaría toda la vida atacando en vano. Un Mayor... depende del armamento de que disponga y de la fortuna con que la asedie.

—La respuesta halaga, aunque no alienta, —le dije sacudiéndolo por una oreja—; pero es digna de que te premien. En mi maleta tienes un par de camisas y de pantalones *kaki*.

Rondé; me acerqué. Sobre el seno, en el corpiño malva pálido, se le cuajaron tres botones de nardo. ¿Por qué ésta usará nardos? No me gusta que mis amantes tengan flores favoritas ni usen perfumes especiales, que, después de olvidarlas, un día cualquiera y en el aislamiento a que obligan los de lluvia, reaparecen, alborotan en los recuerdos, y muerden. ¡Le prohibiré que use nardos!

Abrí fuego. La fatuidad del que se cree por encima de los demás en un humilde medio no me dejó ver que estaba equivocando la puntería como un soldado bisoño. Vista de cerca, a la perfección del óvalo del rostro se agregaba algo infantil, sello de ingenuidad que se desvanecía cuando los ojos, habituados a consolar niños y a dominarlos con aplomo, se les iluminaban con expresión de experiencia y firmeza prematuras.

En cuerpo joven alma envejecida que evita el desliz... pensé. Elección mala para entretenimiento. Desde que empecé el combate comenzó a ganar prestigio. Tenía estilo, y, hasta en el modo de moverse, natural señorío. Cuando hablaba a sus párvulos y a los demás todo en ella parecía que iba a florecer; cuando me acercaba yo, transparentaba su aire de animal de raza, animal del cual queremos hacernos amos y al que un descuido cualquiera nos entrega y acabamos sometidos, porque somos sus inferiores.

—¿Cómo puede esta mujer ser aldeana, señor? —llegué a preguntarme; pero continué el asedio—. Compañero, todas las mujeres no son iguales, como dices. Existió Ruth, toda sumisa ternura y paz de hogar.

—Mozo, *Johnny Walker* y un tabaco ahora, que el maldito aguardiente me está haciendo hablar como un cadete. Compañeros, ¡salud!

—¡Salud!

—Pero también existió y existe Judith, la hembra araña, que absorbe el calor vital del guerrero y porque se considera de otra escala y para destino superior, lo mata implacablemente.

—Mira, si quieres que te sigan oyendo deja la Biblia, que te estás confundiendo con los pastores protestantes, —le interrumpieron.

—Pues... la deje y prosigo. El juego se me estaba complicando. Su aparente ingenuidad despertaba la compasión dormida en no sé qué sitio del alma, mientras el disperso olor a nardo atizaba el deseo. A los pocos días la vi tan criatura, tan suave, blanda y al alcance de la mano, que creí que me bastaría abrir y extender los brazos para poseerla; y cuando quise intentarlo, relámpago inesperado me hizo verla distante como una estrella. Cambié de táctica. Me vestí de una capa de inofensiva mansedumbre, y así logré amistad y confianza relativas. La víspera de recibir orden de inmediato regreso, mientras ella me refería penosos episodios familiares, comprendí la causa de su carácter y se iluminó la muralla de prejuicio que nos separaba.

* *

*

—Cuenta, La Santa, cuenta.

—Pues, eso era todo. A eso se debía la precocidad para comprender y el que desde temprano tuviera que dejar de jugar a las muñecas. ¡Mire si he de consentir que me cojan de juguete!

—Lo que usted toma por juego sería la felicidad.

—¿Pero de dónde saca usted que soy una desgraciada? Mire, ahora que estamos en paz, ¿quiere que le diga por qué no lo querré nunca?

—Cuenta, La Santa, cuenta.

—Yo tenía solamente nueve años cuando mi padre fue capturado combatiendo contra el Gobierno de Cáceres y, sobre el terreno, lo pasaron por las armas. Es decir, cuando no podía ya defenderse, lo asesinaron ustedes, los enemigos. En la embriaguez de la sangre vinieron a nuestra casa y se llevaron al hermano menor, que era aún adolescente: dos disparos nos avisaron su muerte, porque en la calle le aplicaron la ley de fuga. También lo asesinaron ustedes, los enemigos. Mi madre andaba como sonámbula. De día se secaban sus lágrimas, que no quería que las vieran los enemigos; pero muchas veces durante las noches los sollozos y gemidos me despertaron y yo veía que sus ojos no cesaban de derramarlas. Una de aquellas noches desperté en sus brazos bajo roja llamarada. La casa

comenzó a arder y salimos huyendo y dando alaridos como perras castigadas; porque ustedes, los enemigos, le prendieron fuego a la casa de mi madre.

Ya ve usted, Capitán, que no parece delicado ni prudente venir hablando de amores.

—¿Cuándo ocurrió todo eso, La Santa?

—Fue en 1906, cuando ustedes lanzaron sobre Barahona a Ovando, peor que una peste.

—Pero, ¿qué tengo yo que ver con todo eso?, y el ejército, ¿qué tiene que ver con el partido de Don Horacio?, y Don Horacio, ¿qué tiene que ver con Cáceres?

—¡Usted ve!: dice *Don Horacio*... Los de nosotros nunca le dicen *don*.

—Y aunque yo estuviera afiliado a un partido, nada tendría el amor que ver en ello. Piense, sobre todo, que aún la política nuestra evoluciona, que buenos y malos se encuentran en todo bando y que ni Don Horacio, ni Jimenes, ni los demás son responsables de aquella barbarie, y que usted y yo no debemos heredar odios.

—Perdóneme Capitán. Usted es médico, es decir, hombre de estudios, y mi educación de maestra rural muy deficiente. Así, aunque no explique con claridad lo que pienso, le será fácil entenderlo y completarlo. El político tal vez será allá como usted dice. Por acá llegaron muchos programas y siempre vino algún individuo donde mí para que le leñera y le explicara. No he visto que las pasiones evolucionen ni se modifiquen. Los hombres se enrolan en cada grupo guiándose del instinto. Se agrupan, más que de acuerdo con su moral, obedientes a su buena o mala índole. Garzas y gavilanes no vuelan juntos.

—Gracias, La Santa. Es usted una implacable fanática resistida a ser feliz. *Rojos y Azules*... Padece usted esta vieja enfermedad dominicana. Prefiero que siga el relato a ser maltratado. Ya había usted llegado a Naranjal, ¿no es eso?

—¡Ah, sí! ¡Le interesan los cerdos! —Continúo por complacerlo. La casucha estaba situada en el centro de amplia cerca con enramada delante y el Pay Gelasio reposaba en el suelo sobre rústica esterilla, acodado, fumando tranquilamente.

—Amarren los perros, que vengo con La Santa y ella se asusta, —avisó mi madre desde la cerca.

—Entren, la Doña, que ello andan con Ñato en el pastoreo.

Entramos. Del colmenar contiguo se elevaba y difundía por el aire un zumbar de invisibles abejas, cielo y árboles se llenaban de un vasto rumor semejante al de la resaca marina en día de calma, y a mis ojos infantiles el campo adquiría la imponente inmensidad del mar lejano.

—¡Qué bien habla usted, La Santa!; su voz tiene ritmo musical. Me gusta el acento de su voz.

—Gracias, Capitán; y mire que no continuaré si es para burlas...

—¡La Moñúa!, ve corriendo y calienta café. Muy buena se la dé Dios... —dijo con voz aflautada, incorporándose y respondiendo al saludo, un anciano de aspecto manso y bondadoso. A pesar de los años, su cutis se conservaba rosado, como de joven.

—Doña Amalia, no la había visto dende el luto... No fuimo al novenario por temore al Gobierno; pero sentimo con usté ¡qué crueldá, Señor! Marío y buen hijo, y buen hijo como el difunto es más que un marío bueno.

—Gracias, Gelasio, —interrumpió mi madre para quien hablar del reciente desastre era doloroso—. La confianza en la antigua amistad me dio ánimos para venir, que amistades me quedan pocas; y como es tarde y La Santa es tan pequeña y debemos regresar a pie, te diré de una vez a qué he venido.

—Hable, la Doña.

—Sufrimos tiempos difíciles, Gelasio. De los hijos, —tú lo sabes— el menor fue asesinado. El grande se escapó herido y dizque anda en revolución, que es casi igual a considerarlo muerto...

—Juhn, dice el adagio que el monte e más grande que la iglesia y que Dios ayuda al que poco pué. Tenga fe, la Doña, que a otro más grande se han tumbao, —interrumpió el anciano bajando la voz y mirando de reajo, como si la casa estuviera rodeada de invisibles espías.

—Mi casa fue reparada.

—¡Anjah!; ya supe que le dién candela.

—Pero debo pagar la reparación y ya me la cobran; por eso he venido a ver si me cedes tres cerdos que dizque tienes en venta.

—Dos, dos... A la venta lo tengo y bueno son. Verlo tan sólo da gusto, —dijo animándose.

—Dinero sonante no traigo y quiero proponerte un cambalache.

Al sonar la palabra cambalache, por el terso, rosado y apacible rostro del anciano se deslizó tenue sombra. Lo abandonaba la bondadosa expresión de mansedumbre y un aire de fría aridez le fue gradualmente haciendo perder el propio parecido. Los párpados se le iban entornando amenazados de invencible sueño y en el fondo de los ojos azules, detrás de dos puntos luminosos, asomaba en guardia la avaricia de los campesinos. Desde entonces, a cada frase de mi madre, con gesto afirmativo movía él la cabeza; un ¡Anjah! aprobatorio se le extinguía en la garganta; una interrogación asomaba en las pupilas vueltas ariscas; y un *No* rotundo subrayaba las comisuras de los labios prolongadas en dos líneas siniestras. Ante mis ojos asustados, un demonio suplantaba al anciano bondadoso y paternal que vi cuando llegamos. Preciso ahora observaciones y calificativos porque conservo mis impresiones inalteradas... puede creerme, Capitán.

—¡Ay, la Doña! —principió explicándose con una pena conmovedora—. La trichina me ha dejao en la inopia. Cuatro chorro de puerco me mató: ¡cuatro! ¿Vaca?, casi no quedan ya, que las que no se lleva el Gobierno las va cogiendo la revolución. ¿Chivo?... (Próximo corral se alcanzaba a ver lleno de cabras) ¿Quién va a hablá de chivo? ¡Chivo no sirve!

—Pues dijiste al principio que tienes cerdos en venta...

—Pue ya verá, la Doña. Uno, el cano, se le ha ofreció a la Virgen de la Altagracia, que nos libre del Gobierno y de ciclone, y en gargantilla de plata se le va a entregá al Cura; uno, el papacote grande, di al Jefe, que es ladrón público, porque me deje conservá el otro; y ese, que es el retante, es de "esa mujé", que antojo tiene de una morocota... Venga y lo vea en la posigla.

—¿Para qué he de ir a verlos? —dijo mi madre—. Efectivo no tengo dinero y sólo puedo disponer de una sortija y un collar de oro, que es lo único que salvé cuando el incendio y valen más que los tres cerdos.

—Oro es lo que oro vale... —dijo saliendo del aposento una señora de hermoso aspecto, alta, airosa, el color mate y bien formadas las facciones. Sus trenzas largas principiaban a encanecer. Tan bien conservada estaba que mejor que esposa parecía ser hija del anciano. Al salir precisamente cuando acababan de pronunciar la palabra *oro*, daba la impresión de que estaba oculta oyendo la conversación detrás de la puerta.

—Muy buena tarde, la Doña... ¡Ay, cuánto ha debió padeceer!... ¡Cuánto sufrimiento! ¡Si hoy la veo hasta envejecía! ¡Tan garbosa como era, que no se le aposaban mosca! ¡Ay, hija de tan buen taita! ¿Te acuerda dél, Elasio? Toítos éramo a servile. De peón te fue subiendo hasta capatá. Por aquí pasaba él en su mulo rucio. Bendición de los ojo era miralo. Rico, y muy gran Señor. ¡Es'era un hombre! ¡Ay, y la Niña de sus' ojo hoy se ve desampará!...

—Gracias, gracias, —decía mi madre dejándose abrazar de la señora, mientras que yo, compungida, comenzaba a hacer pucheros para llorar—. Tengo que regresar antes de que oscurezca, que es lejos y hemos venido a pie.

Cuando la señora vio las joyas casi las arrebató, y se probó la sortija.

—Pase, pase, la Doña... ¡Elasio menéate, hombre de Dios!; anda tú alante y puya los puerco, que se alevanten. ¡Ay, la Doña, tanto tenere perdió en tanta vicisitú!

—Entren en precio, —dijo el viejo acercándose a la pocilga.

De los rechonchos animales se desprendía acre y penetrante olor. Estaban adormilados; acostados les abultaban más los vientres enormes. Cuando sintieron ruido de pisadas alzó uno la cabeza y, sacudiendo las gordas orejas, con pereza la dejó caer de nuevo.

Toda mi atención se había concentrado en ellos. La señora era más interesante que el marido, pero no tanto como los cerdos. El que sentía que lo atormentaban a puyazos resollaba fuertemente, abría con torpeza los ojos de párpados pestañudos y soñolientos, y sin mover el pesado cuerpo volvía a su tranquilo sopor. Yo no me explicaba cómo, con vientres tan voluminosos, se podrían sostener sobre las piernas tan flacas y tan cortas.

—Entren en precio... ¡Jo! ¡Jo! ¡Chico!

Viendo que el más grande soportaba el tormento y no se movía siquiera, pregunté:

—¿No se habrá muerto, Pay Gelasio?

—No, no... ¡Chico! Son jaragane y pacífico porqu'están gordo. Entren en precio... ¡Jo! ¡Jo! ¡Chico el diablo!

—¡Ah! ¿El otro es el de la Virgen?

—No. No. Ese mesmo, ese mesmo.

El de la Virgen es el del Diablo... —pensé—. ¡Cómo puede a la vez ser de la Virgen y del Diablo? Y siendo ajeno, ¿cómo lo

van a cambiar por joyas? He ahí un asunto que se comprende difícilmente.

La señora acababa de ceñirse al cuello el collar y lo apretaba con una mano y lo acariciaba con la otra como si se tratara de cosa viva, de un pájaro que se pudiera escapar.

—El caso es que no podré hacer la compra, pues sólo poseo las joyas y no tengo plata para el de la gargantilla, —dijo mi madre.

—¡¡Plata!! —exclamó de pronto y asombrada la señora—. ¿Dijo plata? ¿Plata ofrecite a la Virgen, Elasio?

Preguntaba y miraba al marido como a un enemigo, y yo me asustaba como si lo fuera a castigar... Pero en brusca transición agregó:

—Pues si plata le ofrecián y oro le dán... más grande hará los milagro. Y cuando no, le pondremo a criar otro puerco, o una vaca... ¡Ligítimo!... ¡Ligítimo e feligrana!

—Bueno, bueno; ¿y cuánto más se va a poné arriba de las prenda? Son dos vida... Dos vida no se van a dar por tan chica cosa; —dijo el viejo.

—¡Elasio, no sea roñoso!... (La señora tornaba a encolerizarse y mi madre asistía a la escena como si estuviera ausente). Ere muy pijotero. La Doña: ¡son suyo!... Yo mando... El tiñoso: ¡dizque regatiándole a la hija del hombre que lo hizo gente!

—Mujer, que en el tratá y contratá no hay enojo.

—Cállate... ¡Miren... si hombre lampiño nunca ha servió! Anda, ve a decatrale un pan de dulce a La Santica. ¡Y qué presumía que va a seer! —exclamó fijándose en mí— mesmamente como su madre. ¡Si es gracia e familia!

Me aparté a ver otra vez los cerdos para que la señora no derramara su ternura sobre mí. El viejo cogió un tizón y murmuraba caminando hacia el colmenar:

—¡Señor! ¡Señor! Cásese. Uno con jembra joven... No hay quien la adome después.

* *

*

Nuestra casita se llenaba de compradores. Se apretaban y empujaban temerosos de no alcanzar su parte de carne. El

Oficial de Sanidad, un señor que era dentista, médico y veterinario, tras de breve examen autorizó la venta.

—Más sano nadie lo ha visto. La Doña puede “picar” y vender. Se acabará como pan caliente. Acuérdense de apartarme dos chicharrones de *cudillo* cuando estén friendo la capa. ¿Oyes, La Santa, acuérdaselo? Dos chicharrones de *cudillo* para *El Sanidad* .

—Sanidá, ¿qué se había hecho? Hace rato que lo ando buscando, hay que desaminá esta carne, —dijo entrando el jefe, un negro de cutis fino, bigotes tiesos y cráneo ralo con cabellos de munición: el ladrón público de que hablara Pay Gelasio...

Llegó seguido de un joven que llevaba al hombro fusil de bayoneta calada, corneta a la cintura y un trapo amarillo en una mano.

—La tengo ya examinada, —respondió el de la sanidad—. El puerco era nuevo y bien sano. El Jefe puede comer la carne con confianza.

—¡Ah!, ¿matán uno solamente? ¿Y el otro?, —interrogó el jefe.

—Está en el patio, —respondió mi madre.

—Ya veo, ya veo, —dijo mirándola a ella de reojo en vez de mirar el sitio donde estaba el cerdo vivo; —¡aquel sí qu’stá bien sano!

—Como sano, también éste está sano, —reafirmó el curandero— basta verle el hígado para convencerse.

—¿Qué sabe tú? —gritó el jefe escandalizado. ¡Hígado! ¡Hígado! ¿Aónde aprendite? Malo’stá. Trichina tiene. Cabo, toque llamá; que los soldao se lleven la carne y la echen a la mar pa los tiburone.

—Jefe, mire que...

—Cállese o hago que lo detituyan. ¡Va en arreto! ¡Un día e cárcel!

—¡Es una injusticia, desacreditarme así!, —vociferaba el médico defendiendo la autonomía de sus funciones. Yo... La Ley...

—¿Qué ley ni ley? Dos día de arreto, pedazo e bruto. Y si no cierra el pico, un par de grillo. ¡Sano!... ¡Sano!... ¿Qué van a sé sano unos puerco enemigo del Gobierno?... ¿Unos puerco jimenita? —decía el jefe mientras se retiraba llevando prisionero al de la sanidad.

Quedó el Cabo con la orden de impedir que se aglomerara gente y de enviar la carne. A poco apareció el maestro de la escuela y acercándose a mi madre le dijo bajando la voz:

—Doña, puesto que el Jefe declara que está sano el otro cerdo haga que lo beneficien para la venta; o acomódmeme tres libras de éste, con disimulo.

—Salga usted, —ordenó el Cabo, amenazando al maestro con la bayoneta—. Desaloje. ¡De orden superior!

—Yo soy del Gobierno.

—Eso lo sabrá usted. ¡Desaloje! —ordenó dándole empujones.

Bajó la bandera roja y fijó en su sitio la amarilla, inmediatamente después de irse el maestro. Luego cambió de expresión y, volviéndose a mi madre, dijo:

—Señora, ese maestro es espía, es un canalla. Intentan quitarle los cerdos declarándolos apestados; pero luego se los llevarán a la casa de la concubina del jefe, en donde ya organizan el holgorio. Por una libra de carne que venda usted le impondrán decomiso y multa. ¡Miserables! Y todo dizque porque el marido de usted era enemigo del gobierno.

—Y usted, ¿quién es y por qué no sigue la corriente de los demás? —interrogó mi madre.

—Pero, señora ¿es que usted me ve cara de criminal? Yo soy gente de familia y me obligan al servicio. Nena, toma, —agregó dándome una peseta—: corre y compra un litro de petróleo.

Fui y regresé corriendo.

—Señora, rocíele petróleo a la carne, que yo vigilo si vienen. Diga que lo hizo por evitar que alguno la coma y se envenen. No tenga miedo, señora, que si intentan ultrajarla siquiera de palabra se va a ver un ejemplar... Le meto una bala al ladrón en la indecente cabeza.

Mi madre cogió la botella y al caminar hacia el sitio donde estaba la carne se desplomó en una silla, murmurando: —No puedo.. No puedo..

Entonces, obedeciendo a una indicación suya, derramé el petróleo sobre la carne del cerdo.

Luego vinieron varios soldados y se la llevaron. Al salir iban diciendo:

—¡Uf! Más mala no pué'stá, ¡apesta!

* *

*

...Y ahora que lo sabe todo debe comprender por qué no podría casarme con uno de ustedes, Capitán,—terminó diciendo La Santa.

De pronto no pude hacer objeción. La última villanía me había indignado y conmovido más que los asesinatos y el incendio. Comprendí cuánta vileza puede haber en el corazón humano y guardé silencio, como si hubiese presenciado la escena y estuviese avergonzado de ser hombre. La voz, el acento cantarino de la gente del Sur, al salir de aquella joven había resucitado no sólo su infancia de sufrimiento, sino también los horrores de una época.

Piedad infinita llenaba mi corazón. Compañeros, la piedad que se mezcla con la pasión por la mujer es la enemiga del hombre; pero ha sido para mí la salvadora. De la frente de la joven, de todo su continente, parecía que iba emergiendo un nimbo de luz como el que rodea la cabeza de los santos. ¡Oh, aquel mantel blanco de los días penosos cubriendo la mesa, y ella y el ambiente que embriagaban de nardos! ¡Cómo querría protegerla, protegerla de todos y de mí mismo!

—Santa, la comprendo a usted; comprendo que la devoción de mi amor no bastaría a compensarla del dolor vivido, ni podría alcanzar a hacerme digno de su cariño,—le dije con una emoción que la hizo fijar los ojos en mí, tal si acabara de conocerme, mirándome como nadie me ha mirado. Tras de un rato de silencio la interrogué:

—Y si yo, que no soy culpable y que condeno el crimen, le ofreciera renunciar y consagrarme a usted, ¿qué pensaría?

Una sonrisa, dulce como una promesa, jugó en sus labios casi imperceptiblemente.

—Esa pregunta no parece oportuna,—respondió—. Yo no la contesto; pero le diré lo que de seguro pensaría otra mujer si le fuera dirigida.

—¿Qué?

—Otra y no yo pensaría que la pregunta no se debe formular sino después de la renuncia.

—Y usted, usted, ¿qué responde? —volví a interrogar con la esperanza de quien se lanza en último asalto a la trinchera próxima a ceder.

Fijó nuevamente la mirada sobre mí, sus ojos se ensombrecieron, sentimientos contradictorios batallaron un instante y por último, sobrepuestos al amor naciente, contestó más que ella el prejuicio de los fanáticos.

—¿Yo? Yo... le diría que ni la índole mala ni la buena se renuncian, Capitán.

.....
—Mozo, sirva ahora *el trago del estribo*... Compañeros, ¡Salud!

—¡Salud!

¡DON SEBASTIÁN SE ENTUSIASMA!¹

Ayer tarde trataba yo de mitigar el calor tomando bebidas refrescantes en el "Ventorrillo de Siña Eulogia", cuando me enteré de un suceso sorprendente aunque de veracidad tan sospechosa como su relator. ¿Intencional exageración para mantener despierta la curiosidad del auditorio? ¿Falacia involuntaria de una mente excitada por el alcohol?

¡Qué calor tan sofocante! Menguaba la visión de la aldea familiar, partida en dos por el arroyo, en su hondonada estrecha y bella. A mis espaldas dormitaba el mar, aplanado por el bochorno. Ni un soplo que trajera alivio. En vano extendía la mirada ansiosa hacia los cocoteros extáticos y la fronda imponente y oscura del caobal vecino, que parecía de plomo. ¡Por fortuna!, inesperadamente apareció Don Sebastián, mi viejo amigo. A simple vista se pensaría que en él, como en la aldea, nada ha cambiado durante los años de mi ausencia. Su rostro se ha marchitado poco, su jovial manera sigue borrando la diferencia de nuestra edad, y sus modales suaves continúan en contradicción con sus opiniones extravagantes y duras.

—¡Oh, mi querido muchacho! —saludó dándome afectuosas palmadas en los hombros.

—Bienvenido, Don Sebastián; llega usted como mandado a buscar.

1. En la primera edición este cuento se titulaba "Un desquite".

—Pues... si tanto te agrada mi compañía, obséquiamme con un trago. No olvides que yo estoy dispuesto a complacerte, siempre, —dijo al sentarse.

Siempre... Igual que antes, siempre que nos encontrábamos. Siempre el que obsequia soy yo, como si tuviera el deber de pagarle tributo a su mayor edad. ¿Será sincero el afecto de este viejo ladino? Pero, ¿a qué hurgar en sus repliegues morales? Por causa del agobiante calor la tarde me iba pareciendo interminable, cuando la providencia me depara en Don Sebastián el antídoto eficaz contra el hastío.

Locuaz, en seguida comenzó a preguntarme por mis estudios, por la política... curioso de saber qué piensan en el país del nuevo Presidente de la República. ¿Por qué diablos se interesará este anciano, pobre y de remota aldea, en averiguar intrincadas cuestiones de la política? —me pregunto y me respondo: *auténtico dominicano es...*

Bastó que el aguardiente atizara su facundia y principió a contar:

—En Enriquillo nadie menciona ya el caso de Nino Franco, aquí, donde se hizo popular como una leyenda. Deberías escribir sobre nuestras cosas, muchacho. Los hombres y los hechos, en los papeles duran.

Sin interrumpirle, pienso: Don Sebastián Pérez, acercándose al término de la vida, quiere perpetuar su nombre... ¡Quiere sobrevivir!

—Todo se borra, —continuó—. Hasta en las aldeas, donde los acontecimientos que en las ciudades se olvidan a las veinticuatro horas se comentan durante meses y años, ejerce su imperio el tiempo. Sin embargo, sobre Nino podrías interrogar aquí a cualquiera persona que no sea moza: te contaría lo mismo. Yo, su amigo, sé tanto de su desaparición y de su vida como el que menos, y el que menos sabe de él tanto como yo durante los años que vivió con nosotros en este poblacho de pícaros y chismosos.

Era un individuo extraño, Nino Franco. Más que raro: un aparecido. Vino de no sé qué lugar de la República, o de Cuba, o de Puerto Rico, como surgido del misterio, y misteriosamente se desvaneció.

Don Sebastián alza por segunda vez el vaso a medio llenar de ron, me brinda con gesto mudo parte del licor que he de pagar

y como me abstengo de secundarle, se burla sonriente y bebe de un trago hasta escurrir el vaso; intenta alisarse el mostacho canoso con el muñón de la mano que perdió hace tiempo en una de nuestras guerras civiles, y prosigue:

—Porque sólo de mí se despidió, para no reaparecer, creían que yo estaba enterado de su paradero y pretendían que revelara el secreto. Yo guardaba silencio, ¡como que no sabía nada! La única que no se equivocó fue su esposa, que pronto se enredó en fáciles amoríos, sin concepto de la lealtad conyugal ni respeto de sí misma. Yo no hacía comentario sobre esto, porque abrigaba la convicción de que volvería. Volverá y entonces... ¡guay de ella y ay del jactancioso querido!, los reventará como a un par de piojos.

Y me sentía autorizado a pensar de ese modo. Figúrate un individuo silencioso, rencoroso, vengativo aunque aparentemente manso, y me darás la razón. Sobre todo me inclinaba a sospechar así la original manera con que se vengó de la bofetada que un alevoso le dio a traición, cuando nada faltaba para que se le tuviera por ruin. Renunció a rasurarse el rostro, hasta el desquite, que es el nudo de mi relato. Su cara semejava la de un macho cabrío y, dicho sea entre nosotros, iba resultándome ridículo, como todo hombre que en cierto detalle llega a confundirse con ese animal.

Pero el día de San Andrés, al año exacto de la ofensa, procuró desquitarse y se desquitó de una manera perfecta. Se encaminó a la valla de gallos, adonde lo vi llegar. Ir a la gallera... Mira tú qué cosa tan corriente entre nosotros, que no consideramos el juego de gallos como un vicio. Yo lo veía ir y venir, dar vueltas al redondel, como buscando a alguno a quien no encontraba. Se acercó a un grupo de jugadores, que apostaban: no estaba. Volvió a la puerta de la verja, donde se había formado otro grupo: tampoco estaba. Yo lo seguía con la vista y mientras tanto permanecía aparte, acodado en una mesita, frente a media botella de ron viejo, ¡bueno como éste! Debo advertirte, muchacho, que para el buen bebedor no hay aguardiente malo. Al tomar un trago, instantáneamente entró en mi cerebro la luz: lo busca y lo matará, —me dije.

Y como en ese instante me pareció tan excelente el propósito, tan justa la represalia, apenas pude contenerme en el asiento para no echar a perder la cosa. Mis alegrías y mis cóleras son

explosivas; pero esto no impide que la calma sombría de ciertos hombres me haga gozar, a veces, emociones que en mí duermen insospechadas. Por eso todavía no sé explicarme cómo no me paré entonces para correr a felicitar al amigo: por su feliz intención y por la satisfacción que me iba a proporcionar. Porque yo estaba seguro de que lo mataría, y ver matar a un alevoso debe siempre regocijar a un hombre honrado. Son mis ideas.

Don Sebastián llena hasta rebosar su vaso y correctamente repite el brindis mudo. Al toque de oración, cansados de la faena del día, regresan los campesinos a sus hogares. En el cielo, hacia el poniente, se encienden rojas nubes, como llamas vivas.

—De pronto —continúa Don Sebastián— lo encontró detrás del cercado hablando con una “ventorrillera”. Quedaba de espaldas. Excelente oportunidad para el desquite. Para pagarle a traición lo que traidoramente había ganado. Yo no les quitaba la vista de encima y temí que un obstáculo repentino me impidiera seguir gozando. Con su machete en la mano y como examinando el filo sin interés aparente, Nino se dirigió a aquel sitio. El vengativo hace de zorro y desempeña a maravilla su papel, pensé. Me parecía que se prolongaba el corto espacio que los separaba y me entraron ganas de ir a empujar a Nino y de sujetar al otro, cosa de que no escapara.

Avanzaba. Quince pasos y el servicio estaría hecho. Catorce, trece, doce pasos... ¡Ah, el tunante va a pagar con rédito la deuda! Once, diez, nueve, ocho... ¡Virgen de la Altagracia!, aquello era interminable: faltaban siete pasos y ya no podía contenerme. Seis. Se detuvo. En mi interior se libraba un combate. ¿Por qué se detendrá ese tonto?, —me pregunté. ¿Tendrá escrúpulo de matar una sabandija, o se preocupa de la forma? Intentó volver atrás. En mi concepto esa vacilación, volver atrás, era sólo concebible en un cobarde. Pero de nuevo avanzó, resueltamente. ¡Acaba!, proferí con autoritaria voz, y mi impaciencia hubiera echado a perder la cosa si la voz no se hubiese confundido con el vocerío que armaban los galleros.

Avanzaba. Cinco pasos, cuatro, tres. El machete se alzó, bajó con ímpetu, sonó un grito, un alarido de mujer, y presenciaron mis ojos lo que nunca había visto, yo, un guerrero. El maldito tenía el cuero duro. La cabeza quedó colgando, mientras el

cuerpo de cuya nuca comenzó a brotar perpendicular chorro de sangre, se empinó, se tambaleó, dio un paso y se desplomó arrastrando la cabeza. ¡Buen machetazo! El asombro no dio lugar a intervención de nadie y Nino salió libremente. Sólo yo seguí tras él hasta su casa. Allí montó en su caballo ensillado de antemano y partió rumbo al Oeste, a la frontera de Haití.

—¿Por qué se va —me pregunté— si huir de los tribunales es dar lugar a que se confunda una acción justa con las acciones vulgares? Pero hay hombres fuertes, capaces de arrostrar graves peligros y que ante los jueces son débiles como niños.

Se iba... Yo vi al principio los pelos de su barba moverse sacudidos por el teral. Al trote de su caballo fue alejándose, alejándose, hasta desvanecerse en un recodo del camino.

1916.

DE CUELLO LARGO

Uno, dos... Uno, dos... Uno, dos, tres, cuatro...

Yo seguía contando distraídamente, formando los puntos de mi tejido y me cuidaba poco de la presencia de Justo.

Justo Feliz era entonces mi vecino y acostumbraba venir a mi casa. Prescindo de la descripción de su persona física y otros detalles, que nada agregan al caso. Era tan bueno y tan dócil y consecuente con su esposa, que yo había acabado por ver en él algo menos que un hombre. Además, me trataba con tan respetuosa timidez... Y esto, aunque una sea viuda. Él era, decididamente, un pobre diablo, digno de lástima; y lástima no es el sentimiento que debe inspirar un hombre.

Yo seguía tejiendo, tejiendo. Callaba él; pero tan inusitado era su silencio, que extrañada me pregunté: —¿qué traerá éste hoy?, y lo miré de soslayo.

—¡Jesús, qué cara! ¡Qué cambio! Justo no me parecía... no era el individuo capaz de morirse de insignificancia.

Bajé la vista y seguí mi contabilidad, tejiendo más animadamente. De súbito:

—¡Oh, sí —principió diciendo con voz diferente de la sumisa voz suya— por motivos menos graves se han dado en Santo Domingo espectáculos sangrientos! Ayer, sin ir más lejos, se ha visto a ese carpintero, cuyo crimen censuran los periódicos, abandonar su trabajo y entrar en su casa, formón en mano, para exterminar a los asesinos de su dicha. En la declaración ante el juez no ha omitido detalle. Ella parecía obediente, lo hacía feliz y eso le bastaba. En cuanto a él, ¿no era su mejor amigo? Nunca

le hubieran sido sospechosos. ¡Oh, no se debe abrir el alma inopinadamente a la amistad, que la gente mientras más querida más nos hiere! Los sorprendió y entonces no encontraba suficientes las heridas ni los estertores de la agonía.

—Economicé la narración de lo que no ignoro —le interrumpí— y dígame qué le ocurre.

—Dispéñeme, vecina, —contestó— déjeme continuar. Quiero referir la escena. Ese hombre no sólo vengó su honor sino también el de muchos maridos ultrajados. Para mí su acción es un fuerte estimulante. No me interrumpa usted, vecina, no me interrumpa. Óigame. Necesito decirlo, confesárselo a usted, que es una mujer honrada, porque de lo contrario la rabia que tengo me quitaría la serenidad que necesito. Mi esposa, Nunú, me engaña.

—¿Qué dice usted, Justo? Mida sus palabras; mire que en asuntos íntimos no se deben hacer acusaciones definitivas.

—Cuando no se tiene la certidumbre reiterada por la evidencia —replicó—. Además, usted solamente sabrá ahora lo que los demás en breve. Ya tengo listo el revólver: esta noche los acribillaré a balazos y después, que sea lo que Dios quiera.

—Pero vamos, hombre, quizás en lo que usted supone no haya más que un mal entendido.

—No, vecina, déjeme contarle. Mi mujer es mujer de otro. Yo estoy en mi casa de más. Allí apenas soy *un agregado*. ¡Y pensar que nunca lo hubiera comprendido! Fue preciso que un anónimo me dijera:

“Tu mujer te engaña con Camilo”

—¡Con el Gobernador! —exclamé con fingido asombro, porque antes de que se apagara el eco de sus palabras ya había comprendido yo toda la verdad. Recordé la seriedad equívoca de Nunú y como quien busca en un libro de consultas miré ávidamente la señal en Justo.

—Sí, desgraciado, —pensé— te engaña. Y si no te engaña te engañará.

Y seguí contemplando la señal. Mi vecino tenía el cuello largo, y el hombre que tiene el cuello largo está fatalmente condenado a esa clase de engaños. Esta observación mía es verdad experimental, incuestionable. Y como Justo esperaba que yo hablara, dije tratando de disimular mi impresión de certidumbre:

—Pero... hombre, un anónimo...

—Sí, un anónimo que me hizo saber toda mi deshonra; es decir, toda mi vida de marido. Comprendí que he sido desde hace tiempo vil juguete. Y después de ver mancillado el mundo moral, que era mi dicha, se alzó en mí hasta la duda de si mis hijos son hijos míos. Ayer le dije a ella: Nunú, oye, le pones término a eso, o no responderé de mí... Y anoche, cuando llegué de la oficina cansado de trabajar, encontré en mi casa a Don Camilo. ¡Dígame si yo puedo tolerar esto! Él ordenó, como si fuera dueño de todo: “Justo, desde esta noche su dormitorio está en ese cuarto... y señaló el aposento de los niños. Para nada tendrá usted que entrar al aposento de la señora”...

—Pero eso no puede ser cierto. ¿Y usted qué hizo, hombre de Dios? —pregunté asombrada.

Por toda respuesta Justo Feliz tomó el sombrero y, automáticamente, como dominado por una idea imperiosa, salió a la calle.

* *
*

Luego de tal confianza vacilaba yo, en los modestos límites de mi conciencia, si debía o no permitir que se perpetrara el homicidio que en puridad sería un acto de justicia, y que ese pobre hombre que pasaba su vida de la casa a la oficina, siempre trabajando para atender las necesidades de su hogar, cuando menos fuera a cadena perpetua; todo por una mujer liviana. Pero mi concepto de la moral me decía que yo no debía oponerme al castigo y una curiosidad malsana me impelía a ser testigo de la sangrienta venganza. Porque yo tenía la convicción de que nada, ninguna consideración ni fuerza humanas, pueden aplacar los celos de un hombre tímido, así como no se refrena la cólera del esclavo que se rebela.

Como nuestras casas se comunicaban por los patios, salí de la mía y, sigilosamente, pasé a la de mi vecino. Así yo, Juana Méndez, fui testigo de ese asombroso suceso.

Tanto fue mi cuidado al pasar que tuve la impresión de que mis pisadas afirmaban el silencio. Entré. De la habitación,

contigua al comedor, donde me detuve, trascendía un sosegado respirar de niños dormidos.

Del aposento principal llamó una voz —que no era la del esposo— y hacia allí se dirigió Nunú serenamente. ¡Qué cosas tiene la vida! Fijaba yo la vista en la mesa del centro, adornada con un hermoso ramillete de flores artificiales, en las sillas, en el sofá, buscando entretenerla en cualquier detalle que la distrajera del espectáculo tremendo que iba a presenciar y al que por nada renunciaría a ver. Del mismo aposento brotó luego una tos nerviosa, incontenible, pertinaz, que duró más de un largo y penoso minuto. Yo no debo estar aquí, me dije. “Quién escucha, su mal oye”. Este no es el puesto de una mujer honrada.

Quise irme, pero no pude moverme. La curiosidad, con más fuerza que el concepto del deber, me sujetaba. Sentí que en la sala ya no estaba sola y me parecía que la tos seguía sonando, ásperamente, como avance de desgracia. Entonces deseé que en mí se ahogaran la tos y el sentimiento de que ya en la sala estaba el marido. Cerré los ojos para no ver; pero en mi interior irradiaba una luz que me hacía distinguirlo todo al mismo tiempo, y mi memoria, con precisión dañina, me recordó el revólver de Justo. Lo matará... Lo matará... Comprendía entonces mi imprudencia. Comprendía mejor que antes las miradas de odio y el acento de la voz de Justo. Voz dolorosa, eco sordo de un mundo que se derrumba. Y simultáneamente recordé también el sangriento crimen de la víspera y otros de los mal llamados dramas de amor. En pocos instantes tuve la impresión de vivir largas y penosas horas. ¡Ay, lo que puede un hombre enfurecido!

Cuando más se obstinaban mis oídos en permanecer abiertos, en la intuitiva espera del primer disparo, vi que Justo Feliz avanzaba lentamente, que, con su cuello más distendido y largo aún que antes, se dirigía al cuarto-dormitorio de los niños, y oí que al pasar frente al aposento principal dijo con voz sumisa, insonora casi:

—Buenas noches, don Camilo...

DON ZOILO¹

A Don Pedro R. Contín Aybar.

—Mamá, ¿para qué sirve esta gata? Hasta en el lienzo es estéril.

Después de los torrenciales aguaceros, ¡qué tarde brumosa y triste! La llovizna, batida por el viento, se cernía flotando como fino polvo. Hasta al gran salón penetraba la humedad y las palabras sonaban exentas de interés y simpatía. La joven disimulaba una nostalgia recóndita, y la anciana viuda, más que otras veces sentía en el hogar la ausencia de algo que habían enterrado con el marido muerto.

—No es la gata, es la luz que no se presta.

—Se la daré al primero que se la quiera llevar.

—No veo la necesidad. En todo caso sería preferible cambiársela por carbón al carbonero, o al pollero por dos pollos. Siempre se fijan en ella.

Se entendían mejor cuando callaban. La madre nunca vio con buenos ojos que la hija perdiera el tiempo pintando sus monigotes: embarrando pedazos de tela. A su vez a la joven le chocaba que hasta para las cosas más sencillas se le ocurrieran a la madre soluciones prosaicas. Como si tuviera empeño en demostrar a cada paso que los de su familia, por las dos ramas, habían sido comerciantes.

El soñador fue su padre, originalísimo temperamento de quien heredó el espíritu de artista. Fue de curiosidad siempre despierta y un derrochador de palabras, de ideas y de concep-

¹En la primera edición este cuento se titulaba "Para qué sirven los gatos".

tos, que murió sin escribir el libro originalísimo que esperaban de él y que no empezó siquiera.

Tampoco ella creaba la obra definitiva que, en potencia, sentía latente en el espíritu. A los 18 años había soñado (¡quién no sueña a los 18 años!) ser Raquel y Lía, madre fecunda de las doce tribus. Y no apareció Jacob. Las artistas, las maestras y en general las mujeres cuya inteligencia pasa del nivel común, se casan difícilmente en Santo Domingo.

A la casa visitaron hombres jóvenes (no le desagradaban algunos de estatura prócer) cualquiera de los cuales hubiese merecido ser aceptado por esposo; pero la encontraban habitualmente con el pincel en la mano, y cada cual había continuado su camino. Pasaron aquellos años. Ahora, a los 30, trabajaba en la casa silenciosa tratando de callar el temor de que la antorcha simbólica se apagara en ella, ¡criatura tan femenina!, sin la sucesión a que se creía acreedora: como se apaga en la noche una lámpara vulgar. Lo temía, sobre todo, porque se estaba aficionando a los gatos, a los perros y a los pájaros, igual que una de tantas solteronas.

Sentóse otra vez frente al caballete. La blanca pelambre se destacaba sobre el cojín rojo. Seguía posando en indolente quietud, con un desdén profundo hacia las pretensiones del ama, hacia todo lo circunstante. En las pupilas magnéticas se dilataban, translúcidos, dos lagos de verdor amarillento enmarcados en fúlgidos arenales. Sobre el tranquilo oleaje, errabundos soles se fragmentaban en ágatas incandescentes, en fugaces partículas de ámbar, en malignas estrías de sangre.

Pasos prontos, de pies calzados de sandalias, se sintieron en los escalones. La gata volvió la vista y otra vez las visiones se apagaron.

—Don Julio que éste es Don Zoilo. Que él vendrá y explicará las costumbres —dijo al llegar un mandadero soltando un gato en el piso después de descubrirle la cabeza—. Parece bobo porque es algo sordo y *me* se mojó en la calle. Pero es el mejor padrote... Tiene...

—Basta, basta, que no te están preguntando. Mamá, ¿qué trato de gatos hizo usted con el hombre ese de los mosaicos?

—¡Guay, dizque Don Julio *el hombre ese!*...

—No veo qué tiene de particular, —comenzó a decir la madre.

—¿Que no?

—Chiquillo, que no es contigo... Cuando estuvo aquí ayer tarde para cerrar el negocio acarició la gata y advirtió que el canario no canta porque es canaria. Ama a los animales y ofreció prestar un gato fino que, según aseguró, siempre le da magnífico resultado. Parece un señor cumplido y es de la mejor familia de Puerto Plata. No veo qué le encuentras a eso de particular. Muchacho, le dirás que está muy bien. Y trata de cambiarte de ropa no te vaya a dar una pulmonía. ¡Jesús, qué moda se han encontrado de andar sin sombrero como el Nazareno y los vagamundos!

Era atigrado, casi barcino. La cabeza poderosa y la pomposa cola acreditaban su estirpe superior. Por no se sabe qué asociación de ideas hacía pensar en Angora, en las bestias egipcias convertidas en deidades, en gigantescos tigres de Bengala transportados a la antigua Candía y a la vieja Gades en épocas primitivas, degenerados a la baja condición gatuna en el curso de milenios y embarcados como *mascotas* de los marineros en las galeras del descubrimiento del Nuevo Mundo. Miró con firmeza, como tomando posesión de un nuevo dominio, se desperezó y enarcó el espinazo recorrido por eléctricos temblores.

La opaca luz era menos propicia al trabajo que al aburrimiento. Desde el aposento principal la joven miraba cómo la lluvia, cayendo con pertinacia, mantenía desierta la plazoleta de Colón. Perdía su amplitud el infinito cargado de nubes pardas, tapado a trechos por los laureles y la vieja catedral. Un vaho tibio y grato llegaba de una casa contigua: olor de alcoba con niños, ¡olor de verdadero hogar!

“El hombre ese”, *Don Julio*, el pequeño fabricante de losetas que él calificaba espléndidamente de azulejos, se presentó de visita como se propuso. Al entrar, un Jesús ajeno a los humanos sufrimientos, de barbas y rostro pulcros y corazón iluminado saliéndosele del pecho, lo bendijo con una mano mientras con la otra sujetaba la bola del mundo. La anciana estaba en el comedor y la pintora lo observó desde el aposento. No era su tipo. No le gustaban los rubios y menos de ese tamaño. En Santo Domingo casarse con un rubio es casi una traición a la República. Lo miraba pasearse en la amplia sala convertida en salón de estudio. Ponía la mirada amorosa, viendo objetos,

esbozos y cuadros, con el ávido gozo de un familiar en día de pacífico y anhelado regreso. Fijó la atención en una "Puerta de San Diego" recargada de grises que agobiaban a las escasas y míticas figuras, ya semidestrozadas por los siglos, esculpidas en el frontispicio. Destacados a la izquierda y a la derecha del umbral, pedían o amenazaban dos mendigos de músculos fuertes y miradas de asesino. Él parecía aprovecharse con premura, en la espera. Un momento se detuvo, con respeto que aparentaba no ser fingido, ante el retrato del difunto padre de la pintora, y luego, bajo la cabeza redonda de individuo de buen juicio, el cuerpo activo siguió moviéndose, guiado por los ojos brotones y potentes como reflectores. Sus contornos redondeados tenían resbaladiza distinción, atractiva y adversa a la vez, dándole un curioso parecido a las focas, y a los dibujos modernistas de los discípulos de Picasso. Sobre todo tenía evidente parecido con las focas. Vino ella. No bien respondió al saludo, moviéndose siempre, manifestó su apreciación de cada cuadro con palabras de profano que no creía perder gran cosa con equivocarse. Su riqueza imaginativa encontraba ideas adecuadas con la exactitud con que sabía hallar los recibos y pagarés que guardaba en las gavetas de su escritorio en la fabriquita de mosaicos. Las exponía con arriesgados calificativos agregando caprichosas y animadoras ocurrencias. Luego de sentarse habló de cosas diversas a las cuales infundía vida con solamente enunciarlas, como un experto prestidigitador. A manera de disculpa dijo que las pupilas de la gente sana, al revés de las de los débiles y enfermos, tienen la capacidad de apreciar los objetos y hasta a los individuos sin fijarse mucho en ellos. Habló de la incesante lluvia, favorable a los vendedores de capotes y paraguas y ella se sintió asistiendo a un desfile de paraguas y capotes bajo un aguacero torrencial. Clara revelación —notaba ella— de salud y sano humor. Sin embargo, también le parecía notar que en el rostro de carrillos redondos le apuntaba un cansancio de cuarenta años, (Señor mío, ven y reposa), mientras las miradas frescas, acariciadoras y joviales, invitaban a compartir juveniles intimidades de familia. Curioso tipo. Cuando se refirió a las virtudes prolíficas del barcino, posó en la anciana la mirada amorosa y dio a entender, esbozándolo apenas, que en pocos meses la gata pariría no menos de cuatro animalitos. ¡Los más traviesos del mundo! Y antes de año y medio... (Por el patio, por

la galería, por el comedor, por los aposentos, pasarían desfilando en procesión innumerables gatos: ¡barcinos y blancos!). Para Don Zoilo todos los meses eran enero. Y, "si no lo tuviera a mal"... agregó volviendo hacia la joven las miradas acariciadoras e insinuando tñida súplica, le mandaría un canario tan fecundo como el gato. Y sin ella darse cuenta ofreció él y aceptó ella "el animal más extravagante y aristocrático del mundo, el búcaro de las canillas más largas". Como ése no habrá ni ha habido otro: da las horas con una regularidad verdaderamente cronométrica.

La anciana estaba encantada; comenzó a tratarlo como a viejo amigo de la casa. La joven veía que los contornos redondeados del visitante se extendían abarcando el caballete de trabajo, los ángulos del salón, los cuadros colgantes de las paredes; y los cuadros y la sala se iban llenando de focas.

Cuando se despidió y desapareció escalones abajo, le dejó a una la convicción inequívoca de que era *hombre de bien...* "como la gente de antes", y a la ctra la sospecha de que volvería pronto a instalarse como dueño de la casa.

Era la hora de la visita habitual. Acostumbraba llegar y, mientras hablaba, animador, casi llenaba el hueco sensible de aquella soledad. Su conversación pintoresca y muy personal, lo hacía inmediatamente grato; pero salía y el efecto se iba detrás de él y durante la ausencia en el recuerdo se volvía desagradable. La pintora no había observado que hay individuos así.

Con detenimiento había decidido ponerle punto final a *ese asunto* que acabaría colocándola ante la opinión pública en posición enojosa. Le habló a la madre. A ella le correspondía encargarse de despedirlo.

La anciana abrió los ojos, asombrada, y se obstinó en absoluto desacuerdo, como siempre. Tratándose de Don Julio, un caballero tan cumplido, se resistía a comprender el nuevo despropósito. Aunque pensándolo bien no era dueña de la casa desde que no podía recibir a las buenas amistades, nadie la podría obligar a que les cerrara las puertas. Sin mirar a la hija, regañando, como siempre, a terceras personas abstractas, se retiró hacia el comedor lanzando una pregunta de mujer materialista que no dejaba de ser ingeniosa:

—Después de todo, ¿me quieren decir quién es, o qué es, la Señora Opinión Pública?

No dio tiempo a que le respondieran, ni le hubiesen sabido responder satisfactoriamente. Lo cierto es que la opinión pública se reducía ahora a un circunstancial estado de conciencia. Pero la conciencia desde el principio venía reiterando idéntico fallo: —Un hombre bajito y redondeado es una equivocación, no el ideal; un ideal reducido es un absurdo, y un absurdo podría ser aceptable para otra; pero no podía ser la base de su matrimonio. Y así, descartando el absurdo de ser su esposa, es decir, de comprometerse a dormir con él en una misma cama, cada día había ido pintando menos y vistiéndose con más cuidado, hasta con refinamiento. Ansias y gracia dormidas se despertaban en ella, y no lo quería admitir. Un momento antes había sorprendido en un pliegue del vestido negro que realzaba su elegancia, que no sentiría desagrado siendo viuda de la foca... y que el matrimonio no sería enojoso en el caso de enviudar pronto. En la vida hay casos así, que no tienen fácil explicación y lo mejor es renunciar a explicarlos.

Crecía su disgusto al tener que asumir el papel que rechazaba la madre. Porque en realidad se necesita tener dureza de alma para poner en la puerta de la calle a quien nos quiere. ¿Pero con qué autorización la estaba él asociando en la elección de los países por donde se proponía viajar? Nada los vinculaba, expresamente. Concedía que había sido ligereza recibir el préstamo del barcino, la dádiva del búcaro y tantos ramilletes de flores. Fruslerías. Fruslerías y puerilidades que a nadie deben afectar a la hora de tomar una decisión de trascendencia.

Oyó que se acercaban los pasos conocidos —por última vez— y cada uno la afirmaba en el propósito de hacerlos encaminar hacia otro derrotero.

El hombre de “las pupilas sanas” llegó y apreció el ambiente de frialdad hostil que le esperaba: ¡cuando venía tan confiado! La mano de la pintora, que otras veces tenía tacto y abandono de caricia en el saludo, se escurrió de entre la suya y con ella sintió escapársele todo, perdido todo. La veía imponderablemente bella, pero extraña. ¡Y qué superioridad! Ante el continente de estirpe superior y frente al detalle de las cejas arqueadas y finas y a las pestañas finas y largas, deslumbrado, perdió el don de la palabra, él, tan locuaz; y los ojos brotones y potentes como reflectores menguaron hasta reducirse a diminutos candiles. ¿Cómo pudo equivocarse? ¡Es tan fácil com-

prender a qué distancia está un hombre de una estrella! Venía contento, con frases de amor que tenía escogidas, y cuando la oyó decirle: *lo esperaba para hablarle...* convencido del vacío que inesperadamente se dilataba entre ambos, aceptaba el fallo adverso, mudo, con dolor reprimido. Pero ella no comprendía que esa actitud varonil pretendía acallar un sufrimiento recóndito y creyó que ese silencio tendía a lastimarla en su aristocrática arrogancia. Un latido de orgullo herido le iba atizando el deseo de humillarlo, de verlo abatido y humillado antes de que se alejara para siempre.

El barcino se frotaba con sibarítica fruición en la fimbria del vestido negro, transmitiéndole a la joven eléctrica caricia; mientras el amo (¡oh Dios, si se apagaran las luces!) pretendía pensar en cosas distantes... En las hortensias florecidas en su pequeño jardín, en una combinación de colores que le dieran a las losetas, que tenía que entregar, la pureza de azulejos y mosaicos; y, disimulando aún más las flaquezas de su espíritu, avanzó y se inclinó buscando el contacto del animal: ¡que hasta una alimaña tan maligna como un gato resulta en ocasiones menos ingrata que una mujer! A su vez, como escape de su orgullo herido, tuvo ella la refinada ocurrencia de añadirle al cuadro una pincelada de artística perfección: ponerle el gato en las manos para verlo salir con él... y, sin vacilar, se inclinó también para entregárselo. Las seis pupilas se encontraron, y un punto, durante menos de un instante, volvió ella a percibir aquella incipiente fatiga del rostro y las miradas acariciadoras, ahora ahumadas por insondable tristeza: como si todos los familiares y amigos se les estuvieran muriendo. Solo. ¡Solos!... Brotes de íntima ternura se agitaron en ella y le subían del pecho apretándole la garganta. Entonces, del corazón del Nazareno que sujeta con mano pulcra la bola del mundo, descendió un rayo de luz, y una fuerza superior a todo otro sentimiento, dictó la divina orden:

—Julio, ya es preciso que hables formalmente con mi madre.



Fotografía de Sócrates Nolasco (San Juan, Puerto Rico, 20 de marzo de 1916).

CUENTOS CIMARRONES¹

*"Cantar bien, o cantar mal,
en el campo es diferente;
pero alante de la gente
¡cantar bien, o no cantar!"*

1. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1958.

¿Cuentos Cimarrones, fugados y vueltos montaraces? ¿Cuentos Leventes, cuya aparición primera se borró de la memoria? ¿Cuentos Mostrencos, de antaño extraviados y de autor sin nombre?

Los calificativos se podrían multiplicar. Cuentos de Camino siguen llamando en el sur de Santo Domingo a los breves y animados cuando entrañan enseñanza útil o finalizan en moraleja. Cuentos Colorados, los que excitan el apetito carnal refiriendo escena lúbrica. Cuentos locos... define el analfabeto Néstor Castillo, juicioso y de ojos despiertos.

Claro de cutis, de crespo y rojizo pelo, expresivo, grato, por la finura de sus modales Castillo parece discípulo de uno de aquellos Curas que adoctrinaban en nuestros pueblos distantes, maestros de virtudes y tradiciones recias.

—¿Cómo voy a contarle a usted d'esos cuentos loco? Son simpleza, cosa de espantá el sueño y entretené a los muchacho en la prima noche.

Se niega, vacila, accede, se anima, cuenta... (Nº 7 y 17). Más que un relator es actor fecundo en recursos. Representa, interpreta, encarna el tipo, adquiere su índole, la pronunciación y las maneras de cada ser imaginado. A su antojo es joven rey, arrogante y generoso, que anda extraviado en la cacería; médico minucioso, cortesano adulator, anciana que curvó el tiempo, bien hallada al fin en su mísera y rústica vivienda, satisfecha de volver a vivir libérrima y dueña de su destino. Con la manjuila canta; canta, con la cascada voz de la anciana, la copla

que rezuma esencial experiencia, y él y sus cuentos se prenden en el recuerdo. ¡Qué actor ha perdido la República por ser este hombre analfabeto!

Cada buen relator tiene estilo propio, esparce en el relato algo suyo, un dejo personal que lo particulariza como si le pusiera rúbrica y firma.

Enriquito Ramón, alto, descarnado, pardo, es otro relator ejemplar. Sabe leer. Sus personajes se encogen o se dilatan en la palabra, gesticulan, caminan, y él, anguloso, no se levanta del taburete. Se le nublan o se le encienden los ojos y la voz grave se aflauta, asciende y baja y torna a ser más gutural aun en el remedo de sonidos y situaciones diversas. Sus brujas, vueltas lechuzas, graznan, abren y mueven las alas bailando en ronda, vuelan en las volutas de su cachimbo... y él, de piernas cruzadas, sigue sin levantarse del taburete. El índice flaco y largo señala una aparición, la prolonga y la subraya. La enorme "serpiente de siete cabezas" (¿reencarnación de la Hidra de Lerna que Heracles estranguló?) se enrosca en la cabezada de un gran río obstruyendo el flujo natural para causar sequía y numerosos daños. Apunta el dedo... ¡Es el Maligno! La alimaña se desenrosca y se le ve huir a meterse en más secreto escondrijo. (Nº 9 y 14).

Otro modo de contar tiene Damián Homero Sánchez. Aceitunado, bruno y de cabello lacio. Bruñe el espadón de caoba afanado en su minúsculo taller. Contribuye al sustento familiar. Lude la madera, mientras por sus labios salen cascadas de piedras preciosas y montones de lingotes de oro. En la mente de este Homero habita un mundo complicadísimo, discurren barbados y melenudos adivinos de lo porvenir, Estigias de aguas amargas y barqueros mudos, abundantes reyes y princesas lindas y casaderas, genios benevolentes y graves, diablos burlados y verdugos engraidos en su artística eficiencia de cortar cabezas. Fue lector de lo que le vino a mano y criado al calor de padre y abuelo cultos, y hoy prefiere a lo que dicen los libros el cuento maravilloso que aprendió de tradición oral. Distingue entre su realidad presente y dura y la ficción antigua, que va narrando, y las pupilas republicanas y la sonrisa tenue critican y se burlan de tantos reyes y reinas, de las riquezas, de los fantasmas y del auditorio que supone entusiasmado y crédulo. (Nº 4, 6, 8, 11 y 19).

Mayor sorpresa causa oír al agricultor Rafael Matos, blanco, alto y erecto, de dicción correcta y discreción innata. Igual que Damián Homero Sánchez, sabe leer. Sereno, va hilvanando intrigas en el relato sin aparente interés. Ni un matiz, ni una inflexión en la voz. Rememora la visión "viéndose adentro" y se abstiene, comedido y frío, de gestos bruscos.

—Ningún Matos ha sido inglés... —me digo—. Este no me va a servir: lo que dice ni tiene sabor ni olor.

Oigo con resignación, y anoto. Al extremo tiene el escorpión lo que infunde miedo; al final de la pelea disparaba el parto su flecha memorable; al fin del cuento de este relator el interés despierta, el asunto agarra y nunca se podrá olvidar. Pasado el momento, ¡qué lección le debo y cuánto agradezco haber oído a este cuentista distinto, insuperable en su manera! ¡Cuánto lo recordaré por haberme dado a conocer la novia del Innominado, semblanza de candor tan puro y que tanto dice de personal buen gusto y de la tenaz tradición hispana! (Nº 3 y 13)

Eleuterio Sánchez...

—Mire: a mí no me venga usted con cuentos. Me fastidian las cosas tontas. Me gusta la historia "con ejemplo"... (¡Don Juan Manuel!) Nº12.

Muchos cuentos aprendidos de tradición oral se repiten en versiones varias y a veces los argumentos se entremezclan, se eslabonan y se vacila al discernir qué motivo es el principal. Pero el que quiera aprovecharlos no se debe arredrar por eso. En Peralta en la diestra de Dios Padre, "considerado una de las obras maestras de la literatura en habla española", acopló el ilustre colombiano Tomás Carrasquilla más de un cuento popular. La trama es sutil y no se le nota soldadura. El oyó a la señá Ruperta y cuando en 1897 publicaron en Medellín su obra maestra, un crítico insinuó en Bogotá que la creación extraordinaria "había sido traducida del francés"... Plagio.

El mérito no está en el cuento mismo, "sino en la manera de relatarlo", —atajó Mariano Ospina al de la crítica improvisada, a quien quizás no atizó mala intención sino una de tantas falacias de la memoria. Creería haber leído eso, o algo de eso... ¿adónde? ¿cuándo?... y se precipitó a señalar procedencia y a exigir originalidades.

¿Por qué se le ha de exigir originalidad, vieja y desacreditada entelequia, al que adopte un cuento mostrenco y lo revista de

forma nueva? Sería igual que pretender llamar ladrón al que cazó en campo libre un animal silvestre.

El motivo aprovechado por el gran Carrasquilla adquiere para los dominicanos más valor aún y constituye una enseñanza. Aparece trunco en el sur de Santo Domingo y, si se cotejan el de él y el que anda por aquí levante, se nota entre ambos la misma diferencia que existe entre un vidrio y un diamante granado. Su trabajo sería bastante para inmortalizar su nombre, si no fuera autor de obras maestras.

La señorita Anacaria Sánchez, de Enriquillo, cuenta que San Patricio le ofreció a una infeliz viejecita, por haberlo hospedado en su choza, premiarla con lo que apeteciera. Ella escogió el poder castigar sin vara y sin foete a tres ladronzuelos que le hurtaban las peras de su único peral:

—Que cualquiera que se trepe en el árbol no pueda bajar sin mi permiso, hasta que se arrepienta, —pidió la desvalida.

El santo le otorgó el don; pero el caso tuvo complicaciones insospechables. Antes de que los pilluelos aparecieran la vino a buscar la muerte y aquella desdichada, a pesar de su vivir miserabilísimo, no quería morir aún. Le pidió a la inexorable que la esperara trepada en el peral en lo que se vestía de limpio para seguirla al otro mundo. Recostando la guadaña al tronco se subió la muerte al árbol y sobre la ramazón se estuvo inofensiva, quieta, hasta que sobrevino un conflicto colectivo. Desde entonces los humanos no enfermaban ni morían. Bostezaba el médico sin formular recetas, innecesarias; el boticario andaba preocupadísimo y acabó aburriéndose sin despachar menjurjes; no se vendía madera para ataúdes; al de la tienda se le mohoseaban las telas usuales para sudario y las de luto se apolillaron; el Cura no ganaba con requiescat in paces y responsorios; y al zacatecas el hambre le pegaba ya la barriga del espinazo. Quedaba todo en suspenso. El Diablo, enfurecido, figurándose víctima de intolerable engaño fue a reclamarle a San Pedro... mientras San Pedro creía, no viendo asomar a su portón ni un alma, que todas se estaban yendo al infierno. El conflicto acabó cuando a la vieja le dio la gana.

En el cuento del inmortal Carrasquilla se eslabonan motivos expuestos con señorío. ¡Qué maravilla de estilo, qué léxico enriquecido, qué ambiente y qué maestría para mantener la atención encendida! En la República Dominicana el asunto es

uno, escueto, directo a un fin y se le ve clara la procedencia exótica: Santo Domingo no produce peras y San Patricio no es ni ha sido santo de nuestra devoción.

Cuentos populares: sin tiempo determinado y de todos los tiempos; carentes de geografía y acomodados a todas las climas; pasajeros por su fisonomía cambiante, perennes por las humanas ansiedades y pasiones, que son eternas. ¿Cuáles son los recursos, los ingredientes preferidos, los más usuales en el cuento popular? ¡La Muerte! Abundantes aventuras, enredos sorprendentes; las complicaciones afluyen y se revuelven como arroyuelos en el caudal del río. Se acredita lo fantástico; lo absurdo tiene carta de ciudadanía. El Diablo en apariencias distintas; San Pedro intercesor protege al inocente y premia al bueno; el Cura, buen consejero y defensor de la porción de Dios comprendida en cada ejemplar humano; el milagro oportuno que salva al niño arrojado al mar porque anunció un Augur que había nacido destinado a un lisonjero porvenir; el Rey malo y el buen Rey; el pobre que sale a coger tierra por cambiar de situación económica; el Culebrón, el Judío, la Bruja, el Nigromante adivinador; el número 3 y, en menor proporción, el 7: ambos cabalísticos; y todo regido por el Destino y casi todos los problemas resueltos al fin a gusto del auditorio, igual que en la comedia clásica. Abunda el tesoro que en las Grandes Antillas y en Tierra Firme, sobresaltadas de piratas, escondían enterrado en panzudas botijuelas en que envasaron el aceite que mandaban de Andalucía. El tesoro está enterrado ahí, a tantas varas de tierra, en el caserón derruido o al tronco de un árbol gordo. Lo cuida, vigila sin pestañar, el espectro de uno a quien mataron para ese oficio. El alma velará hasta que el azar haga venir al afortunado y valeroso que venza riesgos y desentierre las onzas de oro y piedras preciosas.

El argumento suele ser un pretexto y a veces un detalle vale más que el cuento mismo. Una doncella pobrísima, enriquecida de repente por capricho de la fortuna, pasa calzando sandalias de plata, y luciendo collar y sortija de filigrana. Va emperifollada, crecida de arrogancia y satisfacción tan grandes que para andar se empina de cuadriles, tanto que acaba convertida en ganso. ¿Castigo a la vanidad? ¿Moraleja? No: uno de tantos detalles sabrosos.

El Ogro, el Troll de Escandinavia, es por acá Brujo, cuando no Genio omnipotente, guardián de tesoros y de la joven de belleza y virtudes mansas, enamorada fiel que suele convertirse en flor o paloma blanca, como en los albores de la antigua Grecia se transubstanciaron aquellas dos en ruiseñor y golondrina. El anillo de Polícrates aparece aquí igualmente en el buche de un pez. El bestial e insaciable comilón, ahora orgulloso de ser poeta, y Pedro Artimañas (¿el Urdemalás de Cervantes?) son supervivencia de Polifemo y Ulises. El Cuervo que habla en Cálila y Dimna, en América ha ganado buen humor, y la Culebra, ya casi cristianizada, maestra agradecida que enseña a comprender el lenguaje de los animales, evidentemente es hijuela de aquella del Paraíso Terrenal. El Pájaro calla lo tuyo y cuenta lo ajeno,² es reaparición del Pajarito verde que todo lo sabe, familiar en la Francia medieval. La Jaiba que, en el Innominado por salvar la vida revela un fantástico nombre, puede ser disfraz del Pescadito dinamarqués, que advierte el peligro.

Blancaflor no siempre es romance en versos o prosificado. Ahora, referida por Anacaria Sánchez (Nº 10) hace recordar un nombre opacado en el discurrir del tiempo. Más tiene de aquella dama provenzal "que se distinguió por sus aficiones a la poesía y la protección a trovadores y demás cultivadores de la gaya ciencia, que presidió cortes y puis de amor y ella misma escribió tenzones y canciones de gesta"..., que del romance español y el mito heleno, llega transmitiéndose oralmente durante centurias sucesivas, con inextricables interpolaciones y mixtificaciones, trastrocadas sus virtudes verdaderas; pero intacto el perfumado nombre: ¡Blancaflor! y como atributo inmarcesible su afición a la poesía. Lo que hubo de un posible romance anónimo, o de rimas propias, se en revesó y redujo a coplas intercaladas en ficción de enredos, ecos líricos de un amor sometido a pruebas inverosímiles, impuestas por maldad

2. Para un segundo volumen: *El pájaro calla lo tuyo y cuenta lo ajeno*; *La guitarra que resucita los muertos*; *Sabia, astuta y entendida*; *De una cabra con tres patas*, relatados por Fabio S. Arache, y *El caballito de los siete colores*, recogido por Federico S. Blandino.

El Dr. Luis Ernesto Florentino recogió en Las Matas de Farfán el *Cuento de Camino*, modelo del género: *Jesucristo, el hombre y la curiosidad del toro*.

y arte de magia de las que se triunfa en un final placentero "para ejemplo de novios leales".

El tesoro adquirido por milagro en el cuento y la leyenda, acaso entraña evasión espiritual, momentáneo escape de la penuria en que viven criaturas pobres de nacimiento que sueñan con fantástica riqueza. Pero, ¿por qué se mantiene en América, pertinaz republicana, el apego a un rey inverosímil que se aviene a casar la hija con el heroico advenedizo de buena estrella? Sigue la evasión, el escape a duras penalidades. Si se escudriña, en cada aventurero triunfante se encuentran disimulados el propio relator y su auditorio, secretos soñadores con mando, título de nobleza y caudales inagotables. Quizás el mayor número de esos cuentos proviene de la fecunda etapa en que humildes antepasados nuestros obraron maravillas: pasando de la miseria orgullosa a ser conquistadores del imperio, de humildes sacerdotes a santos de calendario, enaltecidos hijos de Dios y de la incomparable Isabel de Castilla, súbditos de Carlos V y del gran Felipe II, rezador, estoico y tímido, y el rey más poderoso del mundo. De ellos fuimos. De un Fernando VII y de la Isabel II nos separamos y ni en cuentos hemos querido ser.

El que un cuento popular adquiriera o readquiera alguna vez indumento artístico, al ser explotado por un escritor, no lo agota ni le resta: por eso no deja de ser utilizable en cualquiera de sus características. La paloma montaraz, propicia al buen cazador, aunque la tengan por domesticada vuelve a ser cimarrona desde que la dejan libre. De *La enseñanza de la culebra y la lección del gallo* he oído cinco versiones en la municipalidad de Enriquillo y no debe extrañar si algún cuentista lo ha publicado en una de tantas formas. *Gamelo* es popularísimo y se publica ahora la versión menos complicada, la referida por el joven Fermín Vidal (Nº 16).

Es curioso que un motivo mixtificado, relleno de coplas en desafío cantadas con aire de punto guajiro y que para revestirlo de misterio en una de sus formas le agregaron dos versos en patois haitiano, mantenga en todas las versiones el nombre del vencedor: Gamelo.

Gamelo... ¿Corrupción de Gamella? Camello no, pues no se trata de riña de este paciente animal. Arco en los extremos del yugo destinado al buey o al toro de arrastre, quiere decir.

“Reducir por fuerza o industria a ejecutar una cosa”. En el económico léxico aldeano y en la intención del cuento: el que enyuga, el domador, el vencedor. Gamella en nuestro Sur es palabra obsoleta.

Pero al reunir o recopilar cuentos cimarrones no se ha tenido en mente rastrear pretendiendo esclarecer el origen de palabras dudosas, ni transcribir con exactitud sílabas mal pronunciadas, ni establecer parentesco con creaciones de extranjeros: de escandinavos, árabes, grecorromanos, hindúes, ni egipcios. Bastante es dar a entender que el caudal en gran parte tiene fisonomía española: nuestra. Los aspectos científicos queden por cuenta de los especializados, detrás de quienes ya vendrán otros que les rectifiquen. El propósito primordial es sugerir que nuestros buenos cultores del arte desinteresado en una de sus difíciles manifestaciones, fijen su atención en la mina del cuento andariego y aprovechen el legado en los detalles que parezcan interesantes, o en la substancia, más duradera, para acrecer el acervo nacional. ¿Por qué seguir desdeñando un venero de tan variados argumentos?

Se ha repetido que ir a lo popular no resta grandeza ni originalidad, y no cesan de señalar que fue virtud del más reputado escritor de nuestra lengua la alianza entre lo popular y lo platónico.

Si Schiller, trágico y filósofo, enalteció un motivo legendario en un poema de amor que, aun traducido, arroba; si Goethe bebió en la copa del Rey de Thule y trasegó la Noche de Walpurgis en su Fausto metafísico y humano, ¿por qué no ir a la misma fuente? Desde los días del Renacimiento hasta hoy nadie se adueñó de motivos mostrencos con más diestra avidez que Cervantes y Shakespeare, genios universales.

En Santo Domingo, con honrosas excepciones, buscando la original nos apartamos del pueblo o lo encerramos reduciéndolo al criollismo. ¿Pero es que en el argumento que parece más original, por su rareza, no se percibe más pronto el rasgo que denuncia un precedente?

Los escritores que no han convivido con los campesinos los imaginan simples y cuanto producen, tosco. Acaso parte de ahí el que en América se haya impuesto un patrón para todos los casos. No olvidemos que el campesino es numeroso y complejo, como el urbano. ¿Bastará suponer torpeza mental y vocabula-

rio estropeado para dar su exactitud? Se inclina a aprender el cuento de fondo limpio y la décima y copla finas el que tiene espiritual delicadeza. Por lo demás, no es más auténtico el motivo rústico porque se le presente con palabras estropeadas.

La anciana María Cleofás de Cuesta es señora de compostura. Pulcras ella y su casita encalada. Elude el vocablo que se le antoja ordinario y repugna la alusión de doble sentido. La copla y la décima en sus labios se vuelven nobles, ¡y cómo ponía el mirar turbado y qué trabajo le daba al fin del cuento (Nº 2) explicar el susto del valeroso aventurero “cuando se vio los fondillos”, por no pronunciar esta palabra!

—Cámbiele esa palabra, usted que sabe... —suplicó.

—Amiga Cleo, su cuento es un gran cuento y si le cambiamos esa palabra pierde frescura y sabor. Bien está la gallina con su pepita.

Baste ese ejemplo.

A uno de mente práctica le oí que las hazañas del que andaba buscando lo que no se había perdido terminaron con el regreso a su casa, sosegado con el tesoro que le dio el muerto. Según otro, ya enriquecido, capitula maridado con la Marimanta. Y aquella inolvidable maestra que limitaba la enseñanza de la aritmética a las cuatro reglas, de irreverencias gramaticales y de sumisa fidelidad al “irreprochable” catecismo del Venerable Jerónimo Martínez de Ripalda, le veía interés al héroe desde el día de su bautismo hasta que el tiempo, obligándole a mirar atrás, le hizo comprender lo vanas de sus andanzas.

Numa Pompilio Sánchez ha sido colaborador principal en la selección de los relatores para reunir el material de este libro. A él se deben los cuentos números 1, 5, 15 y 20, y observaciones comprendidas en la nota preliminar, la supresión de repeticiones y muletillas... “Entonces fue cuando”... “Como le voy diciendo”... “Fíjese, fíjese”... “Mas sin embargo”...

Nacido, criado y residente en su aldea, rindo un tributo diciendo quién es este colaborador que aún se interesa por servirle al prójimo. Abrumadoras penalidades se ensañan contra él y le enseñan a meditar con resignación cristiana. Anciano, enfermo, ciego de mente lúcida, Job le superó en riquezas, no en mansedumbre, prudencia y padecimientos. Fue dirigente hábil de sus compueblanos; en más de una ocasión, Jefe departamental, y Juez de Paz durante lustros. Se habituó a escuchar

conciencias y acababa siempre inclinándose a la piedad. Lector de claro discernimiento, hubo en él un escritor natural que el medio estrecho en que se movía le impidió manifestarse. Amó la frase bella, la sentencia atinada y el período solemne. Su benévola ironía, ¿no estará implícita en el final de *Los tres consejos*? ¿Será injerto suyo “el diamante que se enciende en la bóveda celeste cuando el sol acaba de morir?” Nadie puede asegurar si en *De cómo el hijo del Destino corrigió la suerte* confundió él sus ansiedades con las del personaje enloquecido que en una anciana andrajosa intenta estrangular su propia suerte. Raras escenas en un cuento popular, y más raro aún ese tremendo “anúlate, si quieres vivir en paz”.

En cada lector habrá un crítico a quien le corresponda pensar si aprovecha, en la intriga que viene sobre los siglos de voz en voz, la añadidura ingeniosa que intencional y sabiamente intercala el relator.

DE CÓMO EL HIJO DEL DESTINO CORRIGIO SU SUERTE ¹

Hace ya mucho tiempo que en un país lejano vivió un señor influyente en la sociedad, porque poseía una gran riqueza. En monedas de plata y oro tenía un millón de pesos que guardaba enterrado en botijuelas, y cerca de un millón más en caballos, mulos, vacas, rebaños de cabras, ovejas, burros y otros animales útiles. Y a aquel hombre opulento le nacieron dos hijos. Al primero lo bautizó el Cura con el nombre de Teodoro y parece que el agua bendita estaría muy vieja, porque el muchacho salió flojo; y decir que Dios le otorgó siquiera una mediana inteligencia sería levantarles a Dios y a él un falso testimonio. El segundo, nacido el día de San Agustín, salió avisado. En la adolescencia los hermanos quedaron huérfanos y los picapleitos intrigaron tratando de enemistarlos para sacar ventaja; pero Agustín, que estudiaba y aprendía lecciones de buenos maestros, evadió las intrigas y por su esfuerzo se duplicó la herencia. Teodoro salió de su flojera para darse a la buena vida, pensando que las cosas del porvenir se encarga Dios de resolverlas gratuitamente. Un día su hermano lo llamó a capítulo:

—Hermano: —le dijo— hace siete años que murió nuestro padre, que en gloria esté; hace siete años que yo hago acrecentar la riqueza que heredamos de él; hace siete años que en nada serio te ocupas y finalmente has contraído el hábito de despilfarrar dedicándote al placer fácil. Te he suplicado que reflexio-

1. En la primera edición este cuento se titulaba "De cómo el hijo del destino consiguió mejorar su suerte".

nes y no me haces caso. Hoy te invito a partir lo heredado y las ganancias; y cuando hayas malgastado la mitad que en justicia te pertenece, llámame, que siempre tendré para ti con que puedas seguir viviendo cómodamente y, cuando te cases, continuaré siendo tu protector y el de tus hijos.

Teodoro aceptó la proposición sin vacilar. Repartieron la riqueza a satisfacción de ambos, y como ya los pastizales de la región resultaban insuficientes para tantos animales, Agustín trasladó los suyos a nuevos hatos que a juicio de hábiles pastores eran copia de los que hubo en el Paraíso Terrenal, y él se mudó a vivir en ciudad más importante.

Mientras sus ganados se multiplicaban invirtió el dinero, todo su dinero, en negocios de seguro rendimiento. De repente sucedió lo inesperado: las negociaciones, por causa de la guerra en que se vio envuelta la nación, contra lo previsto ciñéndose a cálculos y números infalibles, se trastornaron y no hubo rico que no quedara amenazado de ruina. Para evitar pérdidas mayores Agustín decidió vender parte de sus reses; pero al llegar a sus hatos supo que el mayor número de los animales los consumió el ejército y los pastores, previsoramente, se asociaron a unos bandoleros y arrearon los restantes, pasaron la frontera y los vendieron en el país enemigo. Le dejaron un papel escrito haciendo constar que la peste "ni tan siquiera" dejó una cabra viva. Contrariado regresaba a la ciudad, cuando un terremoto destruyó las casas que le pertenecían y los ladrones, aprovechando la natural confusión, removieron ruinas, se robaron joyas, vajillas y cuanto pudiera ser cotizable.

Arruinada la ciudad y más arruinado él, se fue a correr tierra armado de lo único que aún poseía: su inteligencia cultivada con las lecciones de competentes maestros. Lo extraño fue que en los lugares ajenos los entendidos no lo necesitaban, los ignorantes no lo entendían y los demás desconfiaron sin comprender que un joven culto y de conducta honesta fuera tan pobre y todo le saliera mal. Dedujeron que su mala suerte podía ser contagiosa. Rehuyeron su trato y se avisaban: ahí viene el azaroso. Así bajó tanto en la escala de las necesidades que en plena juventud parecía un anciano, macilento, desarropado y despreciable. Veinte años después regresó al lugar de su nacimiento, presumiendo que su hermano estaría en tan lamentable penuria como él.

Al llegar a la ciudad la encontró engrandecida, desconocida. Alcanzó a ver un templo majestuoso y se dirigió a él para rezar un Padrenuestro y al fijarse en el frontispicio, buscando un punto de orientación, vio escrito en grandes caracteres:

—IGLESIA DE LOS MILAGROS. FUE ERIGIDA A SAN TEODORO POR EL GRAN FILÁNTROPO Y CRISTIANÍSIMO SEÑOR DON...

Pestañeó, se frotó los ojos, volvió a mirar y tuvo al fin que rendirse a la evidencia: el templo que tenía a la vista fue erigido exclusivamente con un donativo de su hermano, el malbaratador.

—¿Estará vivo? —se preguntó.

Anduvo observando la ciudad, engrandecida de tal modo que parecía otra. Al doblar una de tantas esquinas de un barrio nuevo oyó repetir el nombre de Teodoro. Lo encontró escrito en la entrada de una amplia plazoleta en donde jugaban niños. Más allá lo alcanzó a ver sobre el portón de un hospicio para ancianos desvalidos y otra vez al pasar frente a un mercado modelo en donde homigueaban prestamistas, buhoneros, cocineros y dos cocheros se insultaban con groseras injurias.

—Eres un lengua sucia, —vociferó el menos escandaloso— que no mereces poner tus indecentes patas en este mercado. Si te oye don Teodoro hasta se arrepiente de habérselo regalado al pueblo.

Así, sin preguntar, se informó de que su hermano estaba vivo, de que era el varón más estimado en la provincia, el más querido en la ciudad y de que por sus merecimientos le acababan de otorgar el título de *benemérito de la patria*. Se acercó al palacio en donde residía el afortunado y en un descuido del portero llegó por el traspatio, tocó una puerta y se anunció pidiendo que lo recibiera. Los sirvientes se agruparon intercambiando guiños de burla y anunciaron su visita para explotar la ocurrencia y divertirse ante la cara que iba a poner su amo cuando viera a aquel andrajoso pretendiendo ser hermano suyo. Salió Teodoro y... no lo reconoció.

—Hermano: fíjate en mí, soy Agustín, —suplicó el aparecido.

Tan lastimera persuasión puso en la voz que el millonario se enterneció, abrió los brazos y estrechó en ellos a aquel simulacro humano. Le parecía increíble que su hermano, tan diligente y sabio, hubiese descendido al estado más lastimoso.

Pasaron días y vinieron días. Por fin, con recursos que le dio Teodoro, Agustín decidió por segunda vez ir por esos mundos

de Dios a averiguar cómo podría mejorar su suerte. Consultó a sus viejos maestros; y como los hombres de ciencia nada que le orientara supieron decirle, se fue adonde un famoso nigromante que sabía todo lo pasado y en un gran libro de cábalas leía el presente y descifraba lo porvenir. Pero ni ése supo darle explicación satisfactoria. Perdía los restos de su obstinada esperanza cuando el inferior de los adivinos, un simple brujo, le aconsejó que se dejara de consultas y se dirigiera a la cabaña de Siña Ambrosia.

—¿En dónde queda eso? —preguntó.

—En la travesía que pasa por aquel monte que desde aquí se alcanza a ver. El lugar no es fácilmente asequible ni agradable, —respondió el brujo, y le cobró cuatro reales por su trabajo.

La paciencia se le acabó al averiguador cuando después de mucho caminar llegó a una cabaña en donde, arrimada a un horcón, estaba la Siña Ambrosia: vieja, sucia y encorvada por los años y la miseria. La vieja estuvo un rato mirándolo, como si antes lo hubiese visto y tratara de reconocerlo.

—Buenos días, anciana, y que Dios haga favorables los años que te faltan por vivir. Vengo a preguntarte quién eres y qué razón que me guíe puedes decirme, yo...

La vieja no le dejó terminar.

—¿Pero eres tú? ¿Tú? ¡Hijo! ¡Hijito! ¡Cuánto tiempo he esperado tu compañía! Quieres saber quién soy... Fui Ambrosia y ahora soy Ambrosia: tu fortuna. Abrázame, hermano mío.

—Para una suerte como la tuya —exclamó Agustín desesperado— más valdrá no tener ninguna.

Fuera de sí le dio a la anciana un empujón y le iba encima tratando de estrangularla, cuando ella imploró:

—Hermanito, no me mates, que te suicidas. Considera que estás en mí y que ni tú ni yo somos culpables, sino el Destino.

—¿Y adónde, en qué escondrijo está el malvado Destino? Habla o te machaco a palos, vieja de Lucifer.

Siña Ambrosia estaba temblando. ¡A pesar de su total miseria no quería morir! Respondió:

—Sigue por esa vereda y no te detengas hasta encontrar un castillo. No lo describo porque cada día cambia de apariencia. En él encontrarás la explicación que indagas. Te advierto que por mucho que permanezcas en él nada preguntes. Haz en

silencio lo que veas que hace el guardián, que es un gigante muy forzudo; y para hablar espera su mandato.

El viajero reanudó la marcha. Al tercer día de seguir por un sendero que a cada trecho se volvía más fragoso, a la hora del crepúsculo vespertino alcanzó a ver un edificio brillando en el occidente. Lo acariciaba el terral luego de borrar la bruma. Sobre la cúpula ardía un rubí que explotó, incendió el poniente y en la bóveda celeste se incrustó el diamante que brilla cuando el sol acaba de morir. Temerario, avanzó deprisa, llegó y penetró en el edificio. Todo en él era de oro puro. El mismo guardián brillaba como si fuera de oro. Paredes y ajuar eran de oro. Se sentó en silencio y sombras mudas se le acercaron y le sirvieron de almorzar en una vajilla de oro. El licor parecía también de oro líquido. El gigante se sentó y comenzó a comer y él lo imitó, callado. Comía con buen apetito. Parecía desquitarse de las hambres antiguas y de las que pudieran esperarlo asechando en las andanzas futuras. Por la noche, cuando se acostó el gigante, se tendió él también a dormir en cama de oro bruñido.

Al filo de la medianoche despertó. Muchedumbre de seres lanzaban alaridos que repercutían en el firmamento.

—¡Ay, Destino, Destino! Atiende el ansioso clamor de tantos que vienen a pedirte: ¡dales de lo que tienes!

El gigante se incorporó, soñoliento extendió los brazos, abrió los puños y derramando catarata de oro, dijo:

—Allá va esto, para los que nazcan en este día.

Y se volvió a acostar. Por la mañana del día siguiente Agustín notó que todo en el castillo era de plata. A medianoche se repitió escena idéntica a la anterior. Otro día el castillo era de hierro, y al otro de plomo y al siguiente de hojalata, y hubo un día, el séptimo, que amaneció ruinoso, remendado con desperdicios y el gigante y él comieron insuficientemente en cacharros viejos. En cada una de las siete noches se oyeron muchedumbres de seres que nacían dando alaridos y el gigante se incorporaba derramando a manos abiertas lo correspondiente, repitiendo:

—Allá va esto, para los que nazcan en este día.

Después de siete noches sucesivas y el averiguador presenciar los diferentes cambios y dones, el gigante interrogó:

—Y tú, ¿qué pretendes?

—Señor: te doy las gracias, aunque tu pregunta sea fórmula de rutina. Si desde el principio de mi vida la riges tú y ni un instante le has dejado libre albedrío, tú sabes a lo que vengo. Pero ordenas y hablo. Vengo a saber y si lo consientes a palpar la causa de mi desdicha. Sabes que he querido *ser, ser* para contribuir a realizar en gran escala el bien de mis semejantes; y creyendo que el ignorante no establece obra de valor apreciable escogí sabios maestros, que me ilustraron. Números exactos, estadísticas severas y cálculos comprobados y ceñidos a la experiencia, puse en acción discretamente, y tú sabes que me llevaron al desastre.

—No te encampanes, muchacho: háblame llanamente.

—Pues... con otras palabras te diré lo mismo. Aré en terreno fértil, escogí y sembré semillas sanas, y he visto nacer de ellas espinas que punzan y bejucos que destilan veneno. En sabanas del mejor clima y yerbazales extensos, la guerra, los malhechores y la peste arruinaron mis ganados; sobre cimiento firme levanté edificios, puse el pie en ellos y los vi convertirse en ruinas; recorrí ciudades y casi siempre he visto a la sabiduría subordinándose a la ignorancia, a la diligencia juiciosa arrodillada ante la pereza astuta, a las leyes de la economía fracasar mientras prosperaba el dispendio loco.

—Encógete y abrevia, muchacho y... no alteres la voz —ordenó el gigante tapándose la boca para disimular un bostezo.

—Bajo injurias y desprecio vengo buscándote y hace diez días que, a punto de enloquecer, en una anciana lastimosa se corporizó mi suerte, la interrogué, en ella me respondí y quise en ella estrangularme. Al fin...

—Nada de fin, tontear: no hay fin, sino retorno. No creas tampoco que la vieja menesterosa es símbolo o fantasma de tu imaginación. Ella también venía averiguando y cuando alcanzó a ver el castillo sacó un espejito para arreglarse el moño y ensayar coqueterías, inútiles aquí. Se contempló y al ver el cambio que el tiempo y la miseria habían efectuado en su rostro el espanto la dejó decrepita. Ahí está desde entonces suponiendo cosas que asustan. Continúa.

—Tras de mucho investigar logro encontrarte; pero al verte derramar abundancias y penurias sin discernimiento, según parece, quedo sin entender el por qué y la finalidad de tus acciones.

—Otra vez yerras: tampoco yo las comprendo, ni sé quién me impulsa, ni por qué ni para qué actúo fatal y maquinalmente. La máquina que enmohece y tiene que seguir girando sin poder siquiera aburrirse ni gastarse, ni esperar que la sustituyan, ¿cómo podría darte respuesta satisfactoria?

—¿Te burlas, o acaso te han irritado mis desplantes?

—¿Irritarme? Suponiéndome inteligencia tocaste el resorte que conmueve por igual al cobarde y al valiente, al necio y al sabio y que hasta a las máquinas les da mayor impulso: en lugar de disgustarme estás halagando mi vanidad y te me haces agradable a pesar de que pareces algo lunático.

—Mira: vine obstinado en cambiar mi suerte para contribuir al bien de los demás: ayúdame.

—No puedo.

—A tu lado cumplo hoy mis cuarenta años y la esperanza que me ha hecho sobrevivir, soportando vicisitudes, acaba de convertirse en ceniza: si estoy enloqueciendo cúrame.

—No puedo.

—He sufrido y no he vivido. Ahora, entre la ceniza de esos cuarenta años se están reanimando brasas y siento que en mi sangre se origina un cambio, menos noble, pero más exigente. Ardo en deseos de gozar; resucítame y dame el modo de satisfacerlos.

—No puedo.

—Pues saldré de aquí a decir lo que nadie ha dicho, en un libro que escandalizará y asombrará al mundo.

—No lo intentes. Si el libro te sale sustancioso los críticos eminentes dirán que eres plagario de uno de tus maestros; los envidiosos, que eres demente, y los prudentes convendrán en que el libro es indudablemente bueno, porque lo escribió tu hermano; y si procuras poner la verdad en claro sabrás lo que ni remotamente sospechas: la vanidad de autor, que es implacable, inflará a tu hermano y él hará que te encierren en un manicomio.

—Entonces, por piedad, dame la muerte o la resignación.

—No puedo. Suplicas inútilmente, que al recinto de este castillo no se acerca la piedad. Naciste con tu estrella el día de la miseria absoluta y de ella nadie puede librarte.

—¡Ay, alíviame siquiera embotándome el don de pensar!

—Hace rato que me pregunto de qué modo podría valerte. No por conmiseración, ni porque trataste de halagarme tocando el

resorte mágico de la vanidad, sino para que siga rodando la bola del mundo, te daré un consejo si prometes seguirlo.

—Dámelo.

—Anúlate, si quieres vivir en paz. Tu hermano tiene una hija bastante insulsa y nada bonita, que nació la noche en que yo derramaba oro. Es casadera y ya el Alcalde la mira con ojos interesados especulando casarse con ella, por la riqueza. Anticípate a él y persuade a Teodoro a dártela en matrimonio y cástate sin perder minuto. Después... nunca, ni de broma digas, *esto, eso, o aquello* es mío. Siempre habrás de decir que hasta el menor objeto que utilices es de tu mujer. Ahora, vete.

Se fue de espaldas al sol ascendente, por vereda opuesta al sendero que había seguido hasta llegar al Palacio de las Decepciones. Restos de su fatua soberbia lo mantenían al principio erguido y pisando con firmeza. Anduvo así durante horas, hasta dolerle los pies y sentir que desde los carcañales le iba subiendo el agobio, un agobio total, de animal recién domado a latigazos. Al llegar a un claro se dio cuenta de que la vereda recorrida por él había desembocado en el camino real, ¡por donde pasaron tantos! El sol, ya en el cenit, le borró la propia sombra. Buscó un árbol frondoso, se recostó del tronco y entrecerró los ojos.

—La esperanza y el afán de ser, de *ser* por mí mismo, se me desvanecen igual que la sombra... ¿Estaré volviéndome loco? ¡No y no! —preguntó y negó en voz alta.

Y detrás de él, distintamente replicó la voz definitiva del Destino:

—¿Y por qué, si no estás loco, te obstinas en no admitir que una mujer tonta y rica sea la solución menos ingrata de tus padecimientos? *Anúlate si quieres vivir en paz.*

Ya en la tarde, reanimado por viento apacible, reanudó el andar.

* *

*

Antes de transcurrir un mes el opulento Don Teodoro decidió casar y casó a su hija con el sumiso Agustín.

Así fue como el hijo del Destino corrigió la suerte.

DE LO QUE VIÑO A ENCONTRAR EL QUE BUSCABA
LO QUE NO SE LE HABÍA PERDIDO¹

La sobrina del Cura, en traje dominical, pronunció las palabras impuestas por la costumbre:

—Compadres: ustedes nos entregaron el niño moro... nosotros se lo devolvemos cristiano.

Tras él:

—Gracias, mis benditos compadres, dicho a un tiempo por los progenitores del animalito, cuando apenas la madrina acababa de colgarle del cuello una cuenta de azabache para preservarlo del mal de ojo, ya el reverendo padrino se había sentado a la mesa colmada de un desayuno abundante, variado y sustancioso.

La joven madrina, que era muy lista, comprendió a poco que ella y su tío habían contraído un vínculo con un par de locos.

—Va a ser inteligentísimo, comadre, —profetizó zalamera y entusiasta, por ser la primera vez que desempeñaba un papel importante—. Inteligentísimo y muy valeroso: ni el chorro de agua bendita ni el efetá lo asustaron.

—¿Qué va a ser?... ¡Si lo es ya y se le está viendo que la inteligencia le relampaguea en los' ojo —confirmó la madre—. Por eso yo le sostengo a Marcelo que a Marcialito hay que metelo a Cura. Será un buen Cura, como su padrino. Y cuando mi compadre se meta a Obispo lo dejará heredero d' esta parroquia.

1. En la primera edición este cuento se titulaba "El cuento del que buscaba lo que no se le había perdido".

—¿Cura? —atajó el marido—. Ya te he dicho, y no cejo, que tendrá que sé abogao, pa que abogue contra los'abuso y meta en cintura a los pícaro qu'están echando a perdé estos lugare.

La porfía se estaba fortaleciendo con huevos fritos y otros manjares sabrosos, cuando a la madre se le ocurrió apoyar su propósito en el parecer del padrino.

—A mi ver y por la experiencia ganada en cabeza ajena —respondió el buen sacerdote engullendo casabe suavizado con chocolate— es evidente que los padres hacen al hijo, pero al fin de cuentas vienen a hacer lo que el hijo quiere, y sólo cuando uno sale hipócrita o apocado, y éste no es el caso, oye y sigue consejos paternos.

—¿Y la escuela? ¿Y el buen ejemplo? —preguntó respetuosamente el padre.

—Valen. Influyen y valen mucho.

—¿Y eso de tal palo, tal estilla?... —interrogó la madre.

—Sí, sí, sí... ¿y la ley de herencia? —inquirió a su vez la madrina, que la víspera había leído opiniones sobre el asunto en un libro del tío.

—Existe. Existe, sobrina, y yo nada niego. Como: pero nada niego. Come tú también. Comadre: sírvale a su compadre más chocolate, que esta longaniza con casabe atora y hay que mojarlos para que se deslicen bien gazzate abajo. Ninguna ley se debe negar, ya que algunas veces en los menos inteligentes se cumplen. Por eso mi compadre debe tener muy en cuenta esa ley de herencia en la crianza de sus animales, que en los brutos casi siempre se manifiesta. Por eso hay que corregir el resabio en los muchachos, para que se diferencien lo más posible del animal. Por eso la escuela, institución sagrada, establece el buen ejemplo, que mi compadre recuerda. Por eso hay que rezar constantemente y buscar el consejo de la Iglesia, para distinguir a tiempo lo que se hereda y a quién se hereda. ¿Al padre? ¿Al abuelo materno? ¿Al bisabuelo paterno? ¿Al tatarabuelo que engendró después de curarse en apariencia la contusión que le enconó la cabeza mientras peleaba en una guerra justa? Entre tantas corrientes que se vienen entrecruzando desde Caín y Abel, no parece fácil, sobrina, percibir cuántas gotas de sangre o rasgos del espíritu habrá recibido nuestro ahijado por tan numerosos ramos y ramitas.

—Bueno... Bueno, sea así, mi bendito compadre, —consintió el padre—. Entonce, viniendo a lo nuestro, ¿qué carrera nos aconseja usted pa Marcialito? Abogado, ¿verdá?

—Cura, interrumpió la esposa.

—Esperemos. Esperemos —dijo el párroco sin dejar de comer—. Cuando cumpla sus siete años yo escudriñaré mientras le enseñe el catecismo a látigo y palmeta; y cuando sepa nadar y guardar la ropa le escogeré la carrera que sus facultades le faciliten. Aseguro que le ayudaré a abrirse camino. Mientras tanto, que coma con los dedos o con cucharita de estaño, no importa. Lo necesario es que coma, brinque, se bañe en el río o en el mar; que sea sano y fuerte es lo que conviene.

Ser sano y fuerte es lo que conviene... El consejo del padrino se siguió al pie de la letra; pero antes de transcurrir los diez años el excelente sacerdote pasó a mejor vida sorprendido por apoplejía fulminante y Marcialito se negó a aceptar otro maestro. Al nuevo Cura no le hizo caso. Al maestro de la escuela pública, públicamente lo tumbó de un empujón el día que pretendió hacerle entender gerundios y participios sacudiéndolo por una oreja. Heredó la fuerza del toro, la destreza de no se sabe quién, y la valentía de algún antecesor del que no se ha descubierto memoria. A fuerza de puños se hizo temer del jefe de policía y sus agentes y respetar del Alcalde, que era juicioso. Las reflexiones de vecinos circunspectos le entraban por un oído y le salían por el otro. Los consejos de los padres y de la madrina, a quien quería entrañablemente, los recibía con mansedumbre aplazando la ejecución para más tarde. A los diez y ocho años lo reclutaron y mandaron a la guerra. Durante diez y seis meses su fuerza, su generosidad y su valor temerario causaron asombro. Le dieron medallas y grados y enseguida perdió grados y medallas por su carencia de disciplina.

—Padre... Madre... —dijo una madrugada estirándose en una ebullición de fuerza— échenme la bendición y pídanle a mi madrina que no me olvide en sus oraciones. Ustedes y ella estarán siempre en mi recuerdo vigilando mis acciones. Una voz interna me ordena que vaya por esos mundos a ver si encuentro algún ser poderoso y temible que aplaque la ansiedad que hierve en mi sangre y me haga entrar en sosiego. Quiero comprobar si existe alguno, o algo, que me cause miedo. Cuelgo de esta alcayata el trabuco y el sable: no creo que los necesite.

Mis puños y una cachiporra de guayacán me bastan para imponer respeto.

En el traspatio preparó el arma vegetal, que lo haría célebre, y se irguió, aspiró aire puro abriendo los brazos en cruz. Luego desapareció.

Pasaron días y vinieron días. Los meses y los años se sucedieron y el vigor y la valentía no se le aminoraban. En los tumultos de la ciudad los guardaespaldas de los políticos se escondieron para dejarlo pasar. En los holgorios domó a los bravucones que simulan estar borrachos para entrar de aguafiesta a la hora de comenzar la danza. En los hatos tumbó a los toros bravos dominándolos por los cachos. En las encrucijadas espantó al ladrón de camino que pretendía forzar a una viuda desamparada, y en plena noche, atrechando por una vereda se burló del Diablo que se le apareció tres veces tras el graznido agorero de la lechuza. Cuando el terremoto grande, lo alcanzaron a ver trepando en las ruinas de la ciudad oteando por averiguar qué provocaba las sacudidas tremendas, mientras de miedo a él seguía temblando la tierra. Frente al azote de los vendavales, cruzando el mar permaneció impertérrito y días después se sobrepuso a los halagos de la Sirena que había jurado domesticarlo. Sin mirar atrás seguía andando, andando, andando... hasta que un día, bajo la amenaza de un aguacero llegaba al hospedaje famoso, regenteado, según pareceres distintos, por un Serafín, por un Hada, una Marimanta, o un Marimacho. El sol poniente doraba la casa desde cuyo balcón una mujer miraba acercarse el nublado y al hombre.

Ángel o Serafín a la distancia: de cerca Bruja, o mujer acogedora, aparentemente asequible y peligrosa como las malas pasiones. Para saludarla, al llegar, no encontraba la palabra adecuada y por primera vez sentía turbársele el ánimo.

—Señora mía: salud y dicha. No sé si es favor de Dios llegar para deslumbrarse.

A pesar de las lecciones de su viejo maestro, las palabras de cortesanía siempre le salían titubeantes y torpes. Entrecerró los ojos y en el fondo de la conciencia vio que su madrina lo estaba mirando y recordó su profético reproche: nunca dejarás de ser niño.

—Bienvenido, Señor: entra y reposa, —respondió ella.
Se repuso él y habló francamente:

—Señora: yo soy Marcial, Marcial el de la cachiporra, el bien mentado en todas partes.

—Bienvenido, Señor, te esperaba; entra y reposa.

—Señora, vengo entumecido. Por primera vez tengo sueño y ... sólo apetezco dormir. Nada más necesito; como, cada veinticuatro horas y hoy almorcé al mediodía. Toma esta moneda y ordena que me den cama por esta noche.

Las pupilas de la señora brillaron con el fulgor auténtico de una marimanta; la marimanta es una bruja, la bruja es una mujer, y una mujer como aquella: arrogante, galana, perfumada, bullente de apetitos y engréida de su persona, podría perdonar una injuria, pero nunca que la desdeñe el hombre esperado y menos de un modo tan ostensible. Del tú que iguala cambió a un usted deprimente.

—Señor advenedizo: en esta hacienda sólo hay disponible la cama de la vieja sirvienta que enterramos ayer. Tenga esta llave y vaya a ocuparla en aquel ranchón, anexo a la caballeriza, y encontrará el descanso que apetece, y guárdese su dinero.

—A la señora le ha dado pique. Excúseme, que nunca hablo con intención de ofender, —se disculpaba Marcial mientras la señora le volvía la espalda.

Ya en el ranchón vecino, el caminante sacó del chifle un eslabón que frotó contra el pedernal y encendió una vela de cera. Luz... Un catre... Sábana limpia... ¡Qué olor! Una alcarraza llena de agua, contigua a la cabecera... y, al levantar la sábana, una calavera sonriendo.

—¿Calaveritas a mí? —murmuró, la tiró a un rincón y se tendió boca arriba a dormir.

¿A dormir? Del techo, cabeza abajo, pendían docenas de murciélagos. ¡Qué olor! ¡Qué hedor! ¿A dormir? Cosa rara en él: a pensar, a meditar si no era malgastar el tiempo andar buscando el imposible que le causara miedo.

—Mis padres deben de estar ya ancianos... Las dos niñas de mi madrina tienen que estar casaderas... Casaderas... Haré feliz a la mayor. Sí, la de los hoyuelos en los carrillos cuando se ríe. El sueño esta noche es raro; tiene caprichosos contrastes: embota el cuerpo como un brebaje y anima la fantasía. Casaderas... Casa...

—¿Caigo, o no caigo?

—Si no pretendes caerme encima, cae cuando te dé la gana.

Dos canillas cayeron al borde del catre. Se sentó, las colocó en el piso y se acostó del lado derecho.

—¿Caigo, o no caigo?

—Cae de una vez y déjame tranquilo.

Dos brazos y un tórax descarnados cayeron en el mismo sitio. Se sentó, cuidadosamente los puso junto a las canillas y se acostó del lado izquierdo.

—¿Caigo, o no caigo?

—¿Me dejarás dormir? Cae cuantas veces te dé la gana sin pedirme permiso, que yo no soy jefe de nadie.

Una lengua fétida cayó junto a la cabecera. Con asco la tiró al suelo.

De súbito, canillas, brazos, tórax y cráneo se unieron formando esqueleto que se le plantó delante invitándolo a conversar, con palabras fañosas que parecían salirle de las cuencas de la ausente nariz.

—Oye un consejo: levántate y vuélvete a tu lugar. No sigas ese camino ni permanezcas en esta hacienda dándole oídos a mi mujer. Mañana, martes 13, regresará el socio después de purgar su pena: no lo esperes.

—¿El socio? ¿Qué socio?

—El socio. ¿Pero no has oído hablar del socio? No hay plazo que no se cumpla y hoy cumplió él trece años de estar remando en galera.

—¿En galera?

—Sí. Fue condenado a galera en castigo de 13 robos y otros tantos asesinatos. Yo era su compañero, y el día que enterramos aquí el tesoro que habíamos acumulado se combinó con mi mujer y en un descuido pestañé y me mató dejándome para guardián del entierro que está ahí, a flor de tierra, en ese esquinero. Sácalo y llévatelo.

—No quiero dinero de robos.

—Es lástima. Mi mujer no lo merece. Lo ha buscado; pero no dejaré que lo encuentre: no lo merece. La traidora es peor que el socio; se entendió con él para esclavizarme aquí, y anoche echó veneno en el agua de la alcarraza: no la bebas. Vete. Te digo que es peor que su amante y mañana, cuando se junten, no podrás escapar.

—Bueno. Tranquilízate; no te preocupes por mí, déjame dormir y no profetices lo que ha de ocurrir mañana.

—Está bien. Por lo menos desentierra el dinero: sácame de pena. Es terrible esto de estar haciendo morir de terror a los viajeros y todo para provecho de mis asesinos.

—Muy bien; te prometo desenterrar el tesoro si me dejas dormir en reposo.

Así, mediante una transacción, Marcial pudo dormir el resto de esa noche. Al amanecer le entregó el dinero a la enojada señora. Deslumbrada ante el caudal y seducida por la arrogancia de un varón como jamás había visto, se le desvaneció el ojo y volvió a tutearlo:

—Ven, entra a tomar el café conmigo, —dijo con voz de susurro.

—¿Echaste todo el veneno en el agua de la alcarraza, o alcanzó para el café? —preguntó Marcial.

—No hablemos de lo pasado. Mírame y óyeme: quédate conmigo, o devuélvete, si no quieres encontrar lo increíble.

—¿Lo increíble? ¿Qué es lo increíble?

—Al afrontarlo podrías hasta morir de estupor.

—¿De estupor?...

—No lo echas a risa. Si tratas de cruzar el río por el puente quedarás petrificado del susto.

Marcial continuaba sonriendo y, con su habitual humor de hombre sano, le dijo adiós. La marimanta, sugestionada, o enamorada de tanta bizarría, cayó de rodillas implorando:

—Vuelve atrás. Detente, unámonos en un solo destino y seré como tú quieras, hasta la muerte.

El viajero lanzó al aire el pedazo de guayacán, lo apartó con una mano, jugó con él tarareando un aire burlón, y obediente a la ansiedad que no le permitía reposo, siguió su camino. Todavía al perderse de vista en una curva se le oía cantar:

—*Dicen que muere d'espanto
aquél que visiones vé.
Yo vide a la muerte encuera...
¡No sé si me moriré!*

A hora y media de andar llegó a un río de aguas revueltas. Estrecha y cimbreante viga tendida de un borde al otro apenas permitía el paso.

—Paga el óbolo, o devuélvete, o si te atreves tírate al río e intenta pasarlo a nado, —amenazó un tipo alto y canijo, que parecía encargado de cobrar el peaje.

—No veo al que pretende injuriarme; llama a tu amo para que él me obedezca.

—Yo soy mi amo. Aquí aconsejo a los prudentes, que se devuelven, a los temerarios los obligo a tirarse al río, a los bravos los amanso y al que viene de fanfarrón le retuerzo el pescuezo, como a un pollo, hasta hacerle ver sus fondillos.

—Toma la paga y quítate de ahí, o te quito, espantajo.

—Pagas y porfías sin comprender que sólo el que carece de juicio anda buscando lo que no se le ha perdido.

—Marcial no acepta consejos absurdos ni castiga a esperpentos: toma la limosna y apártate del camino.

—Te regodeas fanfarroneando y eres tan torpe que no te das cuenta de que soy el encargado de obligarte a entrar en razón.

La cachiporra se movió para apartar al flacucho sin causarle daño y el viajero recibió un coscorrón que le hizo tambalear antes de pisar el puente. Se alzó amenazante la cachiporra y, antes de caer sobre el desconocido, la cabeza de Marcial giró sobre el tronco y él y su cachiporrā cayeron al río.

—Castigo tu falta de respeto; pero no te debo matar, que no eres malo. Sin embargo, es indispensable que aprendas que la vida se ha de emplear en algo superior a las andanzas inútiles, —dijo el enclenque; y recogiendo al vagabundo y la cachiporra, que iban corriente abajo, los puso en la orilla.

Marcial, aturdido, sintió que no tenía la cabeza en su sitio.

—Olvida la cachiporra y regresa, —ordenó el vencedor.

—¿Qué me ha pasado, Dios mío?

En vez de mirar de frente, la cabeza, ¡su cabeza!, trastornada, lo obligaba a verse las propias espaldas. Abrió aún más los ojos y en un instante alcanzó a vislumbrar su pasado. ¡Su pasado inútil, su inútil juventud desperdiciada en andanzas tontas! Se vio en el río de aguas turbias y, finalmente, notó que el puente, en vez de unir el camino, separaba dos etapas de la vida. El prestigio de sus hazañas, sombra de supersticiones, se había disipado. Allá sus padres ancianos, desvalidos acaso, y él sin arraigo y ahora convertido en fenómeno de feria. En lo futuro no podría ver hacia delante. Un pavor indescriptible le erizaba la cabellera y se adueñaba de su cuerpo convulso.

—¡Mátame! —exclamó.

—No, me limito a castigar tu locura.

—¡Mátame, o ponme la cabeza en su forma natural!

—No mereces vivir si has de continuar desperdiciando tus excelentes cualidades. Tu cabeza volverá a su lugar si te amansas y juras enmienda.

—Me arrepiento: lo juro por mi madrina y la vida de mis padres.

Con maravillosa destreza el enclenque le enderezó a Marcial la cabeza; pero cuando éste intentaba recuperar la cachiporra para regresar:

—No lo intentes, —objetó el vencedor—. La cachiporra es un arma y las armas son parte de tantas supersticiones que entorpecen vivir buenamente. Se la donaré en tu nombre a un museo.

—Gracias. Adiós.

—Adiós... Regresa y resígnate a vivir en paz, hermano mío.

DE CUÁNTO COSTÓ SABER
QUIÉN ERA EL INNOMINADO¹

A Doña Conina M. de Cuello.

Aquel ganadero joven y de riqueza extraordinaria seguía siendo a los treinta y tres años muy resbaloso para el matrimonio. Le llamaban don Remi. Rondaba y cortejaba a las lindas muchachas casaderas, las atraía, las embaucaba, las encendía en pasión por él; pero siempre evadía formalizar compromiso que le obligara a llevar a ninguna a la Iglesia, dizque por vergüenza de arrodillarse a los pies del Cura. Desde que una joven se le sometía, y se le sometieron muchas fiándose en la lealtad de su palabra, las abandonaba para ir a dedicarse al cuidado de sus ganados y al mejoramiento de sus hatos. De algunas jóvenes dijo que las dejaba por estériles; pero el buen Cura de la parroquia murmuraba que el estéril era él y, además de estéril, esterilizador. La verdad es que pronto se agotaban sus amantes sin dar fruto que hiciera recordar el paso de ellas y de él por este mundo.

No se averiguó entonces, ni pudo saberse nunca, la causa de su repentina y ardiente pasión por Ana María, huérfana de padre y madre, y de que él se viera a punto de capitular. Tal vez se debió a que supuso que era una presa fácil, o al candor casi infantil de la adolescente, o a que al fin de cuentas vino a resultar la única difícil.

El rico y triunfador don Remi se acercó a la nueva presa urdiendo tretas y acosándola con estudiadas tentaciones, y cuando ya creía que le bastaba extender el brazo y abrir la mano

1. En la primera edición este cuento se titulaba "Innominado".

para empuñarla, el escollo de Siña Clara, que no era más que madre adoptiva, *de pega* según dijo él, impidió la caída de Ana María. En vez de la conquista tras el dando y dando, la vieja le habló sin el miramiento debido al hombre más rico de la comarca. Era tan rico que hasta los colmillos los tenía de oro.

—Don Remi: —sermoneó con retintín la anciana— usted es forastero en el lugar y no me conoce bien; mi nombre es Clara, y me figuro que no se lo han dicho o se le está olvidando; mi muchacha es buena probada, y usted parece que no tiene la virtud en cuenta, y, aunque me esté feo el decirlo, ni en donde usted nació, ni en este país entero, hay quien la aventaje y quizás ninguna la iguale; y por esto y lo que me callo, entiendo que usted se está equivocando. Don Remi: sólo penuria tenemos Ana María y yo, y usted tiene de todo y es mucho lo que me ofrece. Pero de esta choza no saldrá mi hija si no es casada por el padre Cura; casada con toditas las de ley; lo juro por éstas, que son cruces... (La vieja se besó el índice y el mayor atravesados y el hatero dio un brinco sobre la silla). Don Remi y... como que a usted eso de la Iglesia parece que no le acomoda mucho, creo que el honor que nos dispensa con su visita podría economizarse en lo sucesivo... y usted perdone, que mi nombre es Clara.

Hay pobres sorprendentes. Siña Clara le cerró la puerta a la fortuna que se le estaba ofreciendo y le echó a perder el negocio a don Remi con un manido y largo sermón. Ella y su niña vivían de limpiar el mondongo que compraban y revendían condimentado, siempre que beneficiaban reses en el matadero. Y con decir que don Remi era el único abastecedor de carne que la población tenía, es suficiente para comprender que a él le bastaría echarle a los perros el mondongo crudo para que el orgullo, la vieja y Ana María se heticaran de hambre.

Aquella mañana Siña Clara tuvo un rebotamiento de bilis con sólo comprender que un rico pretendía sobornarla y explotar la pobreza de su muchacha. Pasó la tarde mal y la noche peor. Ana María, luego de darle a beber una tisana de cadillo de tres pies y hojas de malva y un purgante de hojas de sen mezcladas con cañafistola, por primera vez se fue al río a cumplir su menester sin que May Clara la pudiera acompañar. Allá, cobijado por la ramazón de un flamboyán, la atajó don Remi, cuyos ojos le brillaban como brasas.

—Aniuca: —le dijo con la voz azucarada de que sabía sacar recursos para persuadir— tienes ya diez y seis años y me tienes a mí, porque me gustas más que la piña madura. Te quiero y quiero que dejes a esa vieja temeraria y te mudes a mi casa a vivir conmigo. Te espero. Vestirás finos y lujosos trajes, lucirás collares de filigrana, estamparé durante un año para ti muchas terneras, y las mujeres te mirarán con envidia. Y oye: el día que descubras mi nombre podrás exigirme nuestro matrimonio. Te lo juro por mi honor.

—Don Remi: ¿por qué no jura por Jesucristo? Cuando yo sea mayor de edad le obedeceré a May Clara igual que ahora, y cuando ella muera le seguiré obedeciendo como si desde el cielo me estuviera mirando. y quédense en la tienda los collares y trajes lujosos y mi corazón sufriendo, porque es verdad, don Remi, que usted es el que me agrada; y si ya me quisiera tanto, como pondera quererme, no tendría inconveniente en decirme ahora mismo su nombre, y esta noche a mi madre, y muy pronto el Padre Cura lo repetiría en el altar.

El Cura y él deben ser enemigos: se incomoda porque se lo miento, —pensó la adolescente viendo que el rico ganadero frunció el ceño y se alejaba afirmando su pierna defectuosa.

Durante la conversación nadie se dio cuenta de que una jaiba se iba llevando el mondongo tripita tras tripita. Ana María se sobresaltó temiendo a la reprimenda verbal con que May Clara la castigaría en regresando y entró al río que había aumentado su caudal con las lágrimas que derramaban sus ojos. Zambulló y cogió las tripas y a la jaiba enredada en ellas la echó a la orilla del río.

—Ahora te machacaré por ladrona y dura de corazón, —amenazó—. ¿No sabes el daño que me estabas ocasionando?

—No me mates, —imploró el animalucho—. Robé porque tenía hambre. Tú no sabes lo flojo que resulta el mandamiento ese, el que prohíbe coger lo ajeno, con las hambres que se pasan en este mundo.

—Te mato porque te mato, malvada, que ibas a ocasionar que me dijeran otra vez desidiosa.

En el instante en que Ana María levantaba una piedra para reventarle el carapacho al dañino crustáceo, la jaiba propuso:

—Si me perdonas y prometes darme tripitas, siempre que tengas, te diré lo que más deseas saber.

Cayó la piedra al suelo y Ana y el cangrejito entraron en pacífico trato.

—Se llama Aldabot... Juan Aldabot, —secreteó la prisionera— y tiene muy mal genio. Esconde el nombre y si logra saber quin te lo ha dicho se enfurecerá y matará todas las jaibas aunque tenga que desviar el curso del río. Por lo testarudo me figuro que es catalán.

Al día siguiente don Remi apareció montado a caballo, resuelto a raptar a la doncella. La atajó exponiendo argumentos nuevos con vehemencia; pero ella se abstuvo a lo que había dicho, aunque añadió:

—¿Usted promete casarse conmigo, si averiguo su nombre, y agregé ayer que estamparía con mis iniciales las novillas de vacas que nazcan durante este año, o me equivoco?

—Te lo dije, lindura; te lo dije y vengo a buscarte. Bésame... —apuró don Remi.

—Besaré pronto a mi marido, de quien descubrí el dulce nombre. ¡Oh, cómo lo besaré!

—¿Mi nombre?

—Tu dulce nombre, Juan Aldabot... ¡oh cuánto lo voy a mezclar en mis oraciones!

El asombro se pintó en el rostro del rico ganadero, que trató de coger a Ana María por un brazo para zarandearla y obligarla a que le dijera por qué medios supo ese nombre y lo acababa de pronunciar sin morir súbitamente.

—Me lo dijo un Hada... No te irrites: me lo dijo el Hada que me protege, —insistió ella mientras por costumbre marcaba la Cruz protectora con un pie, en el suelo.

Juan Aldabot gruñó una maldición y se alejó levantando chispas con las herraduras de su caballo. Ana María quedó asombrada de la diferencia tan grande que había entre su naciente cariño y la pasión de aquel hombre.

—Quizás amen así todos los hombres, cuando son ricos, —se dijo tratando de consolarse.

En el flamboyán enrojecido de flores, una tórtola derramaba su canto, ronco de penas. ¿Presagio funesto? No lo merecía, ella, que había pensado pasar los momentos más felices de sus dieciséis años.

* *

*

Veinte y cuatro horas después el mejor caballo de paso fino de Juan Aldabot fue azotado y decapitado por su dueño y la cabeza quedó clavada en una estaca frente a la caballeriza: porque había oído el misterioso nombre. Y por si el relincho que lanzó antes de agonizar fuera una divulgación, mató a todo el ganado caballar, y en seguida a las vacas, bueyes, mulos, burros, cabras y ovejas... y cuando ya no le quedaba ni un animal vivo con que aplacar su furia creciente, estornudó, de la nariz brotaron llamas, empujó un tizón y a medianoche lo sopló y le prendió candela al pueblo. Tan sólo la Iglesia con su campanario, y la casa de Siña Clara y las dos que tenía a un lado y al otro, quedaron intactas.

Doblaron las campanas durante la madrugada y todavía tres semanas después el hedor a azufre y carne quemada era tan fuerte que el aire seguía siendo irrespirable. El Cura cantó responsos, ofreció penitencia colectiva, y hubo rogativas para evitar la peste. De la ciudad cercana tuvieron que mandar a los practicantes más competentes a fumigar los que fueron calles, patios, traspatios y a remover escombros. Las alas membranosas de un murciélago descomunal aparecieron en la ceniza y ningún humano ha sabido hasta el presente adónde, a qué paila del infierno, fue a tener Juan Aldabot.

EN DONDE SE PRUEBA QUE SIÑA EUFRASIA
VENCIO AL DIABLO EN DOS OCASIONES

*A Rodolfo Henríquez hijo, para cuando
cumpla nueve años.*

La anciana Eufrasia contrajo el hábito de comportarse bien. Se acostumbró a ser así y así seguiría siendo durante toda su vida. Era mujer "a la antigua", y desde que enviudó se volvió aún más circunspecta, y muy rezadora. Fue adquiriendo tanto prestigio que los hombres más frescos y propasados la saludaban inclinándose y con el sombrero en la mano y hasta las mujeres de venenosa lengua acabaron llamándola respetuosamente Siña Eufrasia. El esposo, aburrido de tanta circunspección, se fue del mundo dejando una sola hija a quien la abuela y el Padre Cura apadrinaron imponiéndole el nombre de Serafina. A la niña, desde temprano, la habituaron a andar derecho.

Los jóvenes del lugar miraban a Serafina con interés y las muchachas casaderas con tirria, porque era muy bonita, graciosa, y sobre todo porque le llovían los enamorados. Tenía *ángel*. Pero la vieja, dizque por no quedarse sola, no quería casar a la hija... Por fin, obligada por un enamorado tenaz, que era autoridad en el pueblo, se decidió a hablar claro:

—Jefecito: yo sólo consentiré que Serafinita se case con un hombre que haga maravillas como el mejor maromero.

El jefe y los demás enamorados se retiraron creyendo que la circunspección de Siña Eufrasia era una de tantas formas de locura, o que ya estaba caduca. Y es que a nadie puede gustarle tener en su casa una suegra decrepita, ni aunque su hija mire derramando gracia como la Serafina.

Pero las cosas tienen un término y un día se apareció, viniendo no se supo de dónde, dando saltos y haciendo cabrio-

las, un extranjero: bien plantado, rico, raro, y ladino como el mismo Lucifer. Saltó, brincó, pirueteó y exigió que le entregaran la linda muchacha para casarse con ella sin perder minuto. Serafina lo miraba encantada de asombro.

—Bueno, bueno... en cosas de matrimonio, al paso y que dure, —dijo la vieja con calma y sospechando si un galán tan ducho no sería el mismísimo Satanás disfrazado de caballero—. Cumpliré mi palabra si logras entrar y permanecer dos o tres minutos cómodamente en esta botella.

Siña Eufrasia presentó un frasco y el extranjero con facilidad pasmosa dio un brinquito y sin más ni más cayó dentro del envase. La anciana se puso las antiparras, miró bien y de pronto cerró su botella con un tapón de cera que había bendecido el Cura. El galán raro bufó, se encrespó y se sacudió tratando de salir de aquella prisión de vidrio; pero sus esfuerzos fueron inútiles: porque ni el tapón se desprendía ni se rompía la botella.

Entonces fue cuando vieron a Siña Eufrasia salir corriendo en dirección del mar y creyeron que ya se había declarado loca de remate. Los más reflexivos, los que más la apreciaban por sus virtudes, no acababan de comprender por qué truhanería del destino venía "a parar en eso" una persona de tanto comedimiento. Se quedaron haciendo cruces.

La vieja se acercó al mar, y empinándose en la orilla lanzó la botella al agua con diablo y todo. Las olas, furiosas, arrojaban aquel regalo a la orilla; pero la resaca se lo llevaba otra vez bailando entre los marullos. El tipo ese, maromero y todo, no se sentía muy cómodo y maldecía la hora en que se le ocurrió poner los ojos en Serafina, que ni remotamente le estaba pareciendo ahora bonita como la ponderaban. Pasaron horas y horas. Llevaba en el atormentador envase tres días cuando se acercó Simón, el pescador, a quien le propuso:

—Oye: sácame de aquí, que en pago yo te haré rico.

—Oigo una voz... —se dijo el hombre—; pero, ¿de dónde sale esa voz?

—Mírame aquí: soy yo. No te acobardes si quieres enriquecer.

—¿Tú? Pero... ¿quién eres tú y de dónde hablas, que no te veo?

—Mírame aquí muchacho: estoy en esta botella.

—¡Ofrézcome! ¿En una botella? Entonces, para un individuo caber en una botella, o estoy perdido del juicio o eres el mismo demonio.

—¿Y qué te importa quien sea, si estoy dispuesto a hacerte rico, y en vez de pescador infeliz serás poderoso y te adulará la gente? Mira, eso de ser rico y de que a uno le estén a cada paso adulando, te aseguro que no es desagradable.

—Bueno... bueno, —dijo Simón rascándose la cabeza, reflexionando y dejándose convencer por lo que vale el dinero, aunque para conseguirlo se tenga que hipotecar el alma—. Te sacaré si me explicas cómo te metiste ahí, cosa que me parece difícil.

—Muy fácil, muchacho. Me enamoré de la hija de una mala vieja, quien me aseguró que me entregaría la muchacha si yo me metía en esta botella. Al momento di un salto, entré y la malvada me encerró con un tapón de cera que bendijo el Cura, mi enemigo. Ya ves que te digo la verdad. Yo siempre trato de decir la verdad, aunque a veces se me descompone. Sácame y te haré poderoso. Nunca dejo de cumplir lo que prometo.

—¿Y de qué modo me harás tú rico? Háblame claro, que las cuentas claras conservan las amistades.

—Mira, oye, y entiende: yo entraré en forma de comida en el vientre de muchos ricos, que enfermarán. Y hasta en la barriga de una hija del rey entraré. Y cuando estén graves, de muerte, te acercas tú vestido de médico, le tocas con tres dedos la boca del estómago al paciente y me dices en secreto: diablo, sal... Saldré al oírte y al momento quedarán curados. El pago por la curación desde ahora es tuyo, que yo no necesito dinero. El dinero me echaría a perder. A ti, no, que lo necesitas. Así sucesivamente me meteré en vientres de ricos y con sólo esas dos palabras de consigna los curarás y seguirás enriqueciendo hasta más no querer.

A Simón no le pareció malo el negocio. Se firmó el pacto; y después de irse juntos a un reino extraño y el Diablo entrar en muchos cuerpos de ricos, enriqueció el pescador. Y un día Pezuña le propuso que comprara un chivo, que lo mandara a cocinar, y que para sí sólo apetecía el corazón, pudiendo el médico comerse o regalar todo lo demás del animal. Pero es cierto que el pescador, por antojo, por el engreimiento que da el dinero, o por tentación del mismo demonio, o por lo que fuera, lo primero que hizo cocinar fue el corazón del chivo y se lo comió antes que de que el socio se diera cuenta.

Y Satanás, que sabe bastante por ser ya viejo, aunque se enojó quedó callado y se preparó para vengarse de que otra vez

lo engañaran, a él, que es un cumplidor de su palabra. Al día siguiente fue y se metió en la barriga de la más bella de las tres hijas del rey, y allí se acomodó esperando que se acercara Simón, que ya era un médico famoso. La princesa chillaba mordida de cólicos.

—Oiga, doctorcito, —ordenó Su Majestad—. Cúrame a mi hija Panchita en el término de la distancia; esto es, en lo que acabo de hablar con el Verdugo. Yo sé que tú curas a cualquiera, cuando quieres, y mi hija vale más de un millón de mis vasallos, aunque es probable que mis vasallos valgan mucho más que los del reino vecino.

—La curaré, Majestad. Dentro de pocas horas estará curada. Pido, no más, que me dejen solo con la paciente.

Los dejaron solos. Entró Simón y se acercó a la dolorida con andar seguro. Ella se contorcía en la cama de marfil, que estaba frente al espejo de cuerpo entero en que le gustaba contemplarse. Quiso sonreír, pero no pudo. El médico, con suave tacto, le puso tres dedos en la boca del estómago y murmuró las palabras convenidas:

—Diablo: sal.

Pero la princesa se ponía peor y el Maligno no le salía del vientre.

—Óyeme, diablo amigo, sal...

—¿Salir yo?... ¡El corazón del chivo!

—Sal, por tu madre... —suplicó el pescador, sudando la gota gorda—. Compadécete de mí, que si no sales el rey me hará pasar a cuchillo y el Verdugo, que es un mal hombre, me venderá hecho longaniza. Sal...

—¿Sal? ¡El corazón del chivo! Me vas a pagar ahora tu culpa y el engaño de la maldita vieja.

El pescador comprendió que las súplicas eran inútiles y se creyó en peor trance que naufragando en un bote en alta mar y que su salvación dependía de los recursos que sacara de su propia mollera. Salió del aposento fingiendo aplomo y le suplicó al rey que alargara el plazo por 3 más 3 más 3 horas. Accedió el monarca, por no perder la esperanza, que el caso era sin duda desesperado.

El doctor dejó la mansión real, se orientó y se encaminó a los muelles de la ciudad, que era grandísima, a preparar el remedio. A poco numerosos fotutos, trompetas, tambores y

casabeles tronaron y venían del mar; creció el estruendo con la algazara que se acercaba de otros suburbios en dirección del palacio metiendo un ruido espantoso. Se llenaron de curiosos las puertas y las ventanas en la calle real, y la algarabía estruendosa se acercaba aún más y seguía creciendo. El rey, contrariado, preguntó qué motivaba el escándalo, sin respetar que su hija estaba en trance de muerte. Haría destituir a los guardianes del orden público que lo permitían. Haría azotar al pueblo. Haría un ejemplo: haría degollar al ministro.

El estruendo seguía creciendo. Hasta la enferma intentó incorporarse en el lecho para oír mejor; pero no pudo porque el diablo le clavó un colmillo en el estómago. Entonces entró precipitadamente el médico y se inclinó para tocar suavemente la barriga de la princesa, y dijo:

—¿Vas o no vas a salir? ¿Sí, o no?

Satanás extrañó el cambio de tono y preguntó a su vez:

—Simón: dime, ¿qué ruido es ese?

—No te preocupes: espérate un momento, —le respondió el doctor.

—Amigo Simón... Simoncito amigo, responde a lo que te pregunto, que ese ruido no me está gustando y ese cantar irreverente, menos.

Hasta el dormitorio de la princesa llegaban voces coreando un cantar plebeyo:

*El Malino, el muy indino,
saldrá hoy de la princesita:
tendrá hoy Ufrasia al Malino
lacriao con cera bendita.*

*Siña Ufrasia tuvo gracia.
¡Naide la tuvo como ella!...
Tuvo gracia Siña Ufrasia...
¡Y al diablo entre una botella!*

*¡Ahí viene ella!
¡Uyuyui!
¡Ahí viene ella!*

—*Simón, te vengo a decí
que no vuelva con querella,
ni vuelva tú a sacá así
al Diablo, de mi botella...
¡Tan tararí!
—¡Ya vino ella!*

—¡A él! ¡A él! ¡Atrápenlo! ¡Cójánmelo!

—Simón: por última vez te exijo que me digas qué ruido, qué cantar y qué voces tan insolentes son esas, —insistió Pezuña.

—Bueno... —respondió el pescador con la calma desesperante que adquirió en su anterior oficio— te voy a confesar que ahí viene la Siña Eufrasia, la vieja de la botella y el tapón de cera bendita: ya está llegando al palacio. La mandó a buscar el rey y viene a curarle la hija.

Empavorecido, temblando de pies a cabeza, instantáneamente salió el demonio del cuerpo de la princesa y voló huyendo sobre los tejados, derramando su auténtico olor de azufre.

—¡Atájenlo! No... No... ¡Ay, perdónelo, Siña Eufrasia!

La enferma se enderezó, y en paños menores se fue corriendo a ver la fiesta desde el balcón y a oír de cerca aquel cantar, que le parecía bonito. El monarca, lleno de júbilo, corrió detrás perdiendo la real compostura y ordenó a gritos:

—¡Que siga la fiesta!

Luego entró besando y abrazando a su hija, y delante de adulones y cortesanos regañó al médico:

—¡Anímate, idiota, que dentro de tres días te casaré con mi hija! ¡Es tuya!

—Majestad: —respondió Simón todavía sudando a chorro— me levanto a tan alto como inmerecido honor con la condición de que se me permita abandonar para siempre el oficio de curandero.

Los agentes de la policía aparecieron al fin y a los que iban en la comparsa los dispensaron a latigazos, y a mí entre ellos. Amén.

DE CÓMO EZEQUIEL SE LE DISFRAZÓ
A LA MUERTE¹

Al Dr. Juan Jerez Villarreal.

En el centro de una gran ciudad vivía el judío Ezequiel, varón prudente. Mediante el práctico negocio de prestar dinero al trescientos por ciento, vigilándose con severidad para no caer en sentimientos caritativos que a nada beneficioso conducen, aprovechando oportunidades y apretándose el cinturón con juiciosa economía, reunió un caudal que nadie más que él sabía a cuánto sumaba. La esposa que había escogido pisaba las habitaciones de la casa sin hacer ruido: discreta como un espía, callada, seca, amarillenta y estéril. No pudo encontrar otra que fuera menos dispendiosa. A fuerza de conocer el marido a su mujer y su mujer al marido, se produjo un trueque: en lugar de ella querer al esposo, la necesidad de amar que la llevó al matrimonio, su cariño, se lo puso a un gato.

Y sucedió que un día, por distracción no excusable, según una envidiosa de mala lengua secreteó para que se divulgara más pronto, a ella se le fue la mano al echar pimienta en polvo en el condumio, y al marido horas después se le alborotaron las almorranas.

Otra mujer del vecindario daba por cierto que mientras Ezequiel miraba y remiraba la fecha de cumplirse un pagaré le cayeron las maldiciones de aquel deudor y empezó desde ese instante a sentir retortijones de tripa. Tragó remedios, y de nada le valieron pócimas caseras ni menjurjes del boticario: los

1. En la primera edición este cuento se titulaba "Ezequiel consigue aplazar su muerte".

retortijones le cundían en vez de permitirle tregua de alivio. En la noche tuvo sueños tormentosos. Bandadas de murciélagos disputaban a cuál más y a cuál menos le tocaría la mayor o menor porción del alma del prestamista. Porque según se ha comprobado, los usureros también tienen alma: que sea blanca igual que pluma de garza, o negra como el cao, no es lo que importa. Ezequiel tenía alma y los murciélagos convinieron en repartírsela. Murciélagos, murciélagos y más murciélagos; y en un abrir y cerrar de ojos el judío vio a la muerte acechando detrás de la puerta. Sudó, tembló, y los cólicos arreciaron con punzadas irresistibles. Tan pronto amaneció, Ezequiel mandó a llamar al gran Rabino, al que nunca le tuvo ni pizca de afecto porque en tres ocasiones había pretendido que le diera dinero para reparar la sinagoga.

—Ezequiel, ¿para qué me necesitas? —preguntó aquel varón sereno y sabio al entrar detrás de sus respetables barbas.

—Estoy enfermo, —le respondió con voz afligida— y anoche, bajo un enjambre de murciélagos, se me acercaba la muerte.

—Junh... ¿no sería alucinación, o delirio de calentura?

—No; la vi con estos ojos que se ha de comer la tierra. Me llamaba haciéndome señas.

En ese instante y como si le hubiesen pedido su testimonio, un muchacho vendedor de frutas a domicilio cantó en la calle:

—*Estaba, porque la vide;*
y porque la vide, estaba;
y si no la hubiera visto...
¡No hubiera dicho qu'estaba!
A los buenos mangos, ¡oh!

—¿No oyes? ¿Tú crees que el marrano ese canta ahora por casualidad?

—Estás nervioso, Ezequiel, y autorizas a pensar que tienes miedo. Me está pareciendo que te quieres mucho. Piensa que estamos aquí de tránsito y...

—Mira: déjate de tránsitos, —protestó el enfermo— regálale tus sermones a los perros cristianos y vamos a lo práctico. Presumes desde hace tiempo que tengo mucho dinero... y es verdad. A fuerza

de transacciones honestas y apretándome el cinturón para refrenar el vientre he reunido hasta veinte mil pesos. Los volví a contar ayer, cuando Ella se acercó buscándome. Te pido que intervengas mediante razonable comisión que te daré para atender al templo, siempre y cuando consigas que Ella me deje tranquilo por treinta años más que necesito para poner en claro mis asuntos.

—¿Y cuánto me autorizas a ofrecerle en pago?

—La mitad de mi fortuna.

Se fue el gran Rabino meditando en lo vanas y transitorias que son las riquezas de este mundo, y regresó a prima noche.

—Ezequiel, —princió diciendo con la calma del que está en plena salud y no tiene que satisfacer necesidades urgentes— Ella asegura que en vez de veinte mil pesos tu fortuna asciende ahora a veinte millones, y se niega a aumentar tus días a más de diez años; y esto, calculando a millón por año. No me interrumpas... Quiere decir que Ella estaba a tu lado ayer cuando examinabas y reexaminabas y acariciabas sumas y más sumas; y pues me diste el encargo de ofrecerle la mitad de tu capital, ha calculado que esa es su parte: diez millones de pesos. ¡Ah!... Dice que Ella se ocupará de contar bien cuando le entregues. Desconfía. Parece que tiene miedo de que la engañes.

Ezequiel sudó; se rascó y se estiró la barba prolongada y aguda, semejante a la de un cabro, y un nuevo retortijón, más doloroso, le obligó a sobarse el bajo vientre.

—¿A millón de pesos por año?...

—Sí, a millón por año: ni un centavo menos. Es el precio que ahora exige por su descanso relativo a ti.

—¿Pero quién ganó nunca en un año tanto dinero?

—Tú. Y date prisa, que tengo otros deberes que cumplir. ¿Aceptas? ¿Sí, o no?

—Acepto... —respondió el enfermo con voz delgada y floja como una hilacha.

Por donde salió el gran Rabino entró al instante la muerte, ¡y ya a Ezequiel, aunque atribulado y tembloroso, se le había ocurrido nueva combinación!

—Mira: —le propuso a la Pelona— tú eres libre de cambiar un cuerpo por otro. Te daré el equivalente de once millones de pesos en monedas de oro si te llevas a Raquel, que abusa de la pimienta y atiende mejor al gato que a mí, y déjame en paz siquiera por veinte años.

—No, —respondió inflexible la muerte— diez millones de pesos... y deja tranquilo al esperpento de tu mujer, amarilla y flaca, que el convenio es intransferible. Ya vendré por tu heredera cuando me dé la gana. Acaba de firmar el pacto y déjate de triquiñuelas, que no quiero perder mi tiempo.

Firmaron, doblaron, cerraron, sellaron y lacraron el contrato, y se retiró la muerte dejando caer sobre la cama del moribundo un pomo lleno de unguento para calmar y sanar las hemorroides. La eficacia de ese medicamento no ha fallado nunca.

Sanó Ezequiel. Con más rapidez que antes principió a correr el tiempo desde que el prudente economista firmó aquel convenio. Los años se iban corriendo como si fueran meses, y los meses eran para él tan cortos que parecían semanas. Semanas, meses, años... antes de llegar la fecha inaplazable discurrió el hombre cambiar y cambió de costumbre. Se raspó la barba de cabro, se rasuró la cabeza y, elegantísimo, andaba por ahí dentro de un traje de casimir de buena marca que un botarate antillano le había empeñado el mismo día de confeccionarlo el sastre. Así, elegante, así, disfrazado así, no la muerte: ni el mismo diablo, que tiene ojos de guaraguao, sería capaz de reconocerlo.

Pasaron días y vinieron días. Al cumplirse el término improrrogable, la Pelona, que es muy exacta en sus compromisos, se presentó una noche ante la puerta del usurero. Tocó con los nudillos de sus dedos secos y lo llamó por su nombre:

—Ezequiel... ¡Ezequiel!... ¡Ezequieeel!...

Nadie respondía. Empujó la puerta y entró... Ni el gato se encontraba en la vivienda.

—¿En dónde se habrá escondido? Porque a mí no me vengan con que se mudó a otra residencia. Ése es incapaz de gastar dinero en cosas tan simples. El pícaro pretenderá engañarme, —gruñó crujiendo los dientes— pero le va a salir caro. Ya sabrá cuántas son cinco. Se lo voy a entregar a Satanás luego de matarlo de un dolor de muelas.

Para no aburrirse mientras encontraba al pícaro, la muerte se fue al teatro para observar a los asistentes al estreno de un drama de un poeta a quien la vanidad y los elogios estaban volviendo loco. Entró y se deleitaba contemplando... ¡Cuántas razones para ella! ¡Cuántas mujeres bonitas y bien vestidas!...

Y busca que busca. Entre tantos concurrentes, escudriña que escudriña tratando de distinguir a su hombre por la nariz de caballete y la puntiaguda barba. Ni su cara ni su sombra. Terminó la función y empezaron a salir los engalanados concurrentes. En el reloj público sonaba la hora de cumplirse el plazo y Ella se dio cuenta de que ni podía perder minuto ni regresar vacía. Entonces decidió echarle la guadaña a cualquiera y aprovechó que pasaba cerca un afortunado, perfumado, presumido y hasta elegante, al que le brillaban la cara untada de afeites y el cráneo sin un pelo. Reflexiva y práctica siempre, se dijo:

—Pues señor... ya que no encuentro al barbado, ¡que venga el casco pelado!

Ezequiel la oyó, la vio, sintió que se le aflojaban las coyunturas y se desplomó con los ojos desorbitados por el espanto.

¡EL PRÍNCIPE BOTARATE ASENTÓ CABEZA!

Este era un rey que tenía un solo hijo, al que quiso educar bien en cuanto se necesitara para gobernar el reino. Pero el príncipe, aunque ni remotamente se podría pensar que era de mal fondo, salió de cascos a la jineta: mujeriego, parrandero, bailador, buen bebedor y malbaratador. Un botarate.

El anciano rey comprendió que su heredero no era hombre para gobernar, como es debido, a ningún pueblo. Suspiró, suspiró, suspiró tres veces y quedó pensativo y triste. Al fin se le ocurrió una idea; pero su tristeza era tan grande y pesaban tanto sobre él sus numerosos años que murió sin acabar de ponerla en práctica, rogándole a Dios que mirara con ojos de misericordia a su hijo para que asentara cabeza.

Al día siguiente de cumplirse los rezos del novenario, el nuevo rey echó la puerta por la ventana. La casa real se llenó de gente de vida alegre que se pasaba los días y las noches bebiendo, bailando y cantando coplas de amor, igual que en una taberna. Para no ver, ni oír, ni permitir que le hablaran de actos vituperables, la reina viuda se retiró a un monasterio desde donde le rogaba a María Santísima y a todos los santos de la corte celestial por la enmienda de su hijo y el porvenir del reino, hasta hacía poco tan bien regido. La mensualidad que el heredero de la corona le asignó a la madre de sus días fue mermando a la carrera. Bajó hasta sesenta pesos mensuales, de ahí se redujo a treinta, a veinte, a quince, y por fin a doce reales y medio, aunque estas cantidades no llegaron nunca a sus manos.

En el palacio real seguía el holgorio sostenido al costo de ventas de objetos de arte, de hipotecas de lo que tenía valor material, y hasta de visitas disimuladas al banco de empeño. Aquello fue el acabóse. Se acabó todo lo que aquel príncipe recibió en herencia, menos el palacio, del que le estaba prohibido disponer, por un estatuto. Todo en el reino andaba manga por hombro y ni condes, ni duques, ni marqueses se acercaban ya al joven, desesperanzados de librarle del descrédito y el aprieto en que lo tenían los acreedores. En su necesidad extrema, rebuscando, en un rincón de la caballeriza encontró una sogá que no carecía de mérito. La cogió y calculó para qué le podría servir. Por una punta la amarró de la aldaba de una ventana y preparó su horca.

—Me ahorcaré mañana, —se dijo—. ¿Al amanecer? ¿Por la tarde? ¿Al anochece? Para ahorcarse no hay que precipitarse, que quizás por un milagro cambie la suerte.

Desde que cerró la noche el joven rey cayó en un sueño profundo y en el sueño oyó una voz semejante a la del viejo profesor que le enseñaba aritmética, historia y cuentos de brujas, cuando era niño:

—¡Levántate y vete a Guayacanal!

Despertó con las lumbres del amanecer y recordó claramente lo soñado. Raro sueño, —pensó—. Aplazó el suicidio para el día siguiente. Por segunda vez, aquella otra noche, el sueño fue tan extraño como en la primera; pero las palabras sonaron dulcemente, persuasivamente, semejantes a la madre cuando en la infancia le cantaba alguna canción de cuna:

—Levántate y vete a Guayacanal.

Al amanecer volvió a aplazar la muerte.

Durante la tercera noche el sueño fue tan completo como en las anteriores y la orden sonó grave y autoritaria, idéntica a la de su padre el rey en rato de contrariedad:

—Levántate y vete a Guayacanal.

Se levantó temprano y se encaminó al monasterio para saludar y consultar a la reina, única persona verdaderamente amiga, a la que no había visto desde que ella se apartó de la casa real.

—Madre: —interrogó después de pedirle la bendición— ¿en dónde queda Guayacanal y qué lugar es ese? Una voz, sucesivamente parecida a la de mi ayo, a la tuya y a la de mi padre, por tres noches seguidas me ha ordenado:

—Levántate y vete a Guayacanal.

—Hijo, no sé. Ninguna vez le oí a tu padre ni a ninguno de los buenos servidores que nombraran ese lugar. Pero ve adonde el Negro fiel, a quien tienes igual que a mí en olvido. Quizás él sepa, y como sigues siendo de buena índole, a pesar de todo, acaso quiera decirte.

—Madre: no tengo dinero para preparar la alforja, el camino es largo y tendré que ir a pie.

—Tampoco tengo yo, desde que renuncié al mundo, —respondió la madre—. Toma este relicario, empéñalo en mi nombre, y que Dios te alumbre caminos y veredas librándote de amigos falsos y tropiezos malos.

Se fue el hijo, y... andar... andar... andar... hasta que llegó al retiro del Negro fiel. Tan pronto empezó a hablarle, aquel viejo y leal servidor del difunto monarca le interrumpió:

—Calla, ¡oh príncipe mío!, sé a lo que vienes...

Y con asombro del necesitado visitante le contó el sueño y le habló con pormenores de su pobreza actual, como si hubiera presenciado su atolondrada vida minuto tras minuto.

—Ya estoy preparado para guiarte a Guayacanal: sígueme, —le dijo—. Con economías de lo que me regalaba tu padre, yo haré los gastos indispensables. Pero tenemos que viajar a pie por designio superior. Tú, obedece y calla, que ahora se han trocado los papeles: soy yo quien debe mandar.

A pie y de alforja al hombro, se fueron. Y andar... andar... andar... hasta que el confín del cielo se tiñó de púrpura. Llegaron al gran lago que en la orilla occidental tiene la caverna de *Irás y no volverás*, muy renombrada, en donde se esconde el sol cuando se acerca la noche. El Negro fiel reunió ramas y troncos secos y les prendió fuego, sobre el fuego derramó un polvo especial y se alzó una llama azulosa que se fue poniendo colorada. Entonces fue cuando el viejo y leal servidor del rey extinto le dio el extraño alerta:

—Prueba el agua por donde se va a la nueva vida. Es más que salada, amarga; borra recuerdos y adormece los sentimientos; y... mira el Castillo... ¡Mira el Castillo Duende! —repitió con respeto supersticioso—. Míralo ahora, que en regresando será en vano mirar atrás, pues ni vestigio quedará de él: se habrá desvanecido igual que un celaje.

Cerró la noche. Sobre encrespado islote de árido peñascal, estrecho y alto como una torre, se empinaba el misterioso castillo. Ventana ardiendo, faro o pupila feroz, parpadeaba un punto rojo en el horizonte negro. Ninguna otra luz, y el viento y el lago ensoberbecidos batiéndolo sin cesar.

—Vendrá a buscarnos un barquero fantasma en su barca gris, —continuó alertando el anciano servidor—. Cuando te salude y te hable, saludalo tú también; pero ni siquiera intentes mirarle el rostro.

Poco después la barca se acercó a la orilla y del barquero no se veían sino los brazos y los remos que se acercaban remando. La nave tocó la arena. Los brazos, del cuerpo y el rostro que no se debían mirar, se extendieron, cargaron a los viajeros y los acomodaron a bordo. La barca cambió de súbito su color gris por otro, como el lago amarillento.

Remó el barquero impetuosamente atravesando el borrasco oleaje, y al llegar al islote quedaron solos y la lengua del Negro fiel recobró el don de articular palabras y le hizo al joven nueva advertencia:

—Mira el Castillo... Vamos a él y cuando entremos no intentes verle el rostro al guardián que nos salude, que morirías de instantánea muerte.

Al llegar al portón los saludaron y ellos respondieron y entraron sin mirar la cabeza de cuya garganta salía la voz. En un salón, del cual no se veían paredes, les brindaron asiento y se sentaron sin mirarse y sin mirar a la gigantesca figura que tenían presente. Entonces ese guardián, que era un Genio superior, el más poderoso, expresó que ya él sabía el motivo de la visita. Y agregó:

—Guardo un tesoro que el rey, tu padre, me entregó en depósito. Te lo daré siguiendo sus instrucciones. La condición primera es que me traigas una mujer sin tacha física ni moral, la que me entregarás y someteré a examen para comprobar si tiene juicio. Después serás sometido a prueba complementaria y si la afrontas con fortuna tú pasarás a ser del reino y el reino y el tesoro tuyos, que hasta ahora no has sido más que un tarambana.

—¡Pero Dios mío! —exclamó el joven sin poderse dominar— ¿en dónde podré encontrar una mujer así, si no es mi madre?

La dificultad le parecía mayor por la costumbre a que se dio de tratar con mujeres desordenadas.

En un salón contiguo, o sobre la techumbre quizás, sonaron violines y flautas de encantamiento, y distintamente dominó el ámbito un cantar burlesco, que él se sabía de memoria porque en el palacio real lo cantaban sus compañeros de fiesta:

*—Un hombre puede encontrar
de plata un millón o dos;
pero a una mujer con juicio
la encuentra... ¡si está de Dios!*

—Espera, —le dijo el Genio, y se retiró para regresar trayéndole un espejo de bolsillo y haciéndole esta advertencia—: guárdalo, y cuando encuentres una joven que te guste y te parezca digna de ser la reina de un gran pueblo, mira el espejo con disimulo. Si se refleja la imagen empañada, ésa es igual a las que hasta ahora has tratado: apártate de ella y sigue buscando hasta encontrar la que se refleje sin un lunar de sombra. Cuando consigas la que se refleja limpia, tráemela y entonces el tesoro que guardo y el reino serán tuyos.

Se alejó el joven rey en compañía del único súbdito capacitado y dispuesto a seguirlo hasta el último rincón del mundo. Y andar... andar... andar... Anduvieron por varios reinos, pasaron por ciudades diversas y visitaron a diferentes reyes en sus palacios; pero ante cada una de las herederas de sangre azul el espejo quedaba siempre empañado al reflejar la imagen. Y andar... andar... andar... hasta que llegaron, al término de tres años, a la capital de un reino que estaba casi en el extremo de la tierra, y allá fueron acogidos y alojados en la residencia del monarca de la nación.

Los hombres de aquel país eran modestos, aunque arrogantes y varoniles. Un antifaz le cubría a cada mujer parte del rostro. Sólo la reina prescindía del antifaz, acaso porque era de ejemplar hermosura y comedimiento.

Una tarde en momentos de ser agasajado en un banquete, a una joven de belleza deslumbrante involuntariamente se le desprendió el antifaz y las mejillas se le tiñeron de rubor. Era la hija del rey. Asombrado, extasiado, registró en la memoria y quedó convencido de que jamás, ni de cerca ni de lejos, ni

despierto ni entre sueños, había vista a una criatura así. Ya iba a declarar su enamoramiento; pero se contuvo y con disimulo miró el espejito. Clara, linda, limpia y radiante se reflejó la imagen. Sin perder tiempo le pidió su mano al monarca. Como había llegado al reino con buen pie y caído en gracia, aceptaron su petición y pronto se efectuó la boda. A los siete días, cuando fueron a despedirlos a la frontera, le entregaban cuarenta acémilas cargadas de barras de oro y piedras preciosas; pero él no aceptó sino a la que había escogido por compañera. Se despidieron y, andar... andar... andar... Primero en carrozas por carreteras anchas; después a caballo siguiendo por caminos de travesía; por último a lomo de mulas por vereda que se ponía fragosa a medida que avanzaban. La joven se atemorizó y pensaba:

—¿Adónde me llevará, Virgen Santísima de mi devoción? —Y se apretaba a él. Y él a su vez, besándola, se preguntaba:

—¿Cómo podré vivir después que le entregue al Genio la mujer que existe capaz de volverme a una vida útil y hacerme feliz?

Y andar... andar... andar... hasta que llegaron al gran lago, lo atravesaron y penetraron en el Castillo Duende. El Genio imponente, a quien no se le podía mirar el rostro sin morir de instantánea muerte, se presentó y entregándole una llave le dijo a él:

—Ya ves que en el mundo hay mujeres puras. Acostúmbrate a saber que dudan y niegan que existe lo extraordinario, en primer término los incapaces de tener fe, y que la duda es madre de vacilaciones, y que las vacilaciones no son las consejeras preferibles para gobernar. Toma esta llave, abre esa puerta y pasa por ella. Vete, y no podrás volver. Y cuando llegues al palacio de tu padre, abre la puerta de bronce: por ella bajarás al sótano y, allí, reza por tu pasado. Todo lo que en el sótano encuentres será tuyo. Mientras tanto yo veré lo que deba hacer con esta joven después de someterla a un severo examen.

La joven lanzó un gemido de angustia, porque estaba enamorada y comprendió que había sido una moneda de cambio en las manos de un ingrato, de un político. Prorrumpió en sollozos capaces de enternecer al corazón más empedernido.

—No quisiste aceptar las barras de oro que te daba mi padre al entregarme a ti, ¡y ahora me vendes! —reprochó ella cayendo en alarmante desmayo.

Salió el joven del Castillo Duende, en compañía del Negro fiel. Pisó la barca que impulsó el remero siniestro, y desde el centro del lago miraba atrás: nada. Nada se veía. El castillo y el islote se envolvieron en una masa de sombra. Ya en la orilla volvió a mirar: sombra, sombra, y perforando la sombra un cantar dolorido que venía con el terral:

—*En lo más alto del cielo
la luna me se borró.
¡Ay, ya se rompió el espejo
en que me miraba yo!*

Y ahora, —pensaba— después de perderla a ella, ¿de qué me podrá servir lo que encuentre en el sótano del palacio, ni el reino mismo! ¿Cómo podría gobernar? He sido un necio al darle más valor al deber de gobernante, que obliga al rey verdadero, que a la ternura del corazón, que hace feliz al hombre. He matado lo mejor que quedaba en mi conciencia, he perdido la felicidad: la he perdido a ella. ¡Ella!, que sin duda se murió de pena. He sido el peor de los traidores.

—Príncipe: leo tu pensamiento, —se atrevió a decirle el Negro fiel—. El rey mi amo, que era el mejor y más grande de los reyes, ponía sobre su particular sentir el amor y el dolor del pueblo. Yo le oí decir un día que la corona bien llevada se asienta en tres pilares principales llamados bondad, serenidad y fortaleza. Príncipe: quien hereda mandar hereda el penar. Príncipe: ya no te volveré a hablar así, que en mi retiro me quedo. Y ahora, si he sido útil, no más ambiciono que me digas adiós.

Se irguió para despedirse y continuar solo, y cuando fue a abrazar al servidor, buen consejero y compañero de viaje, se le desvaneció entre el abrazo como una de tantas sombras.

Sombrío y solo regresó a la capital del reino. Se abrieron las puertas del palacio, y entró y se cerraron cuando acudían enjambres de exigentes acreedores y los compañeros de disipación, que lo miraban con insolencia. Los vio, cerró los ojos y se miró por dentro. Una gran piedad sintió por ellos y asco inmenso por sí mismo y por su pasado.

—¡Qué he sido, quién he sido yo, Dios mío! Y ahora, ¿qué estropajo soy cuando ni el derecho tengo de despreciar a esos, de moral tan baja?

Pasaron horas. Pensó en su madre, sintiéndose heredero de la corona, pero también del deber; y el cansancio de todos sus antecesores muertos, ponderó sobre su ánimo. Después, haciendo esfuerzos de los que se creía incapaz, se sobrepuso. Abrió el portón de bronce y levantando una loza de mármol bajó al sótano. En el antro sólo palpaba tinieblas.

—Debí suponer que necesitaría luz, —pensó.

De repente, debajo de él, o en la techumbre, o no sabía dónde, exigió una voz:

—¡Hágase luz!

Y el sótano quedó iluminado. Tres candelabros, cada uno de siete luces, deslumbraban de la claridad que se hizo inmediatamente. No le daba crédito a sus propios ojos. Allí frente a él estaba el genio de invisible rostro.

—Todo lo que aquí se encuentra es tuyo; y aquí te entrego la compañera que supiste encontrar, —le dijo—. Mírala; abre los ojos del alma. Vivirán sin distanciarse y así mantendrás el reino en paz y serán felices.

En vez de entrar en conversación avanzó hacia el poder sobrenatural decidido a descubrirle el rostro. El fantasma había desaparecido. En su lugar estaba la esposa en quien no había dejado de pensar. Dio un salto y cayó ante ella, de rodillas. Sus rodillas se lastimaron al dar sobre un reguero de rubíes, diamantes, zafiros, esmeraldas y amatistas que cubrían el pavimento. La joven reina se arrojó en sus brazos y apretados se besaban. Todavía no se habían dado cuenta de que las paredes eran de oro, de que la techumbre era de oro y de que en las cuatro esquinas había cuatro montones de barras de oro.

Yo me acerqué y trataba de mirar y ver mejor por una rendija. El Genio, un guardián, o no sé quien, me dio un puntapié tan fuerte que me hizo venir a caer aquí, en donde estoy sin un centavo contándoles a ustedes tan verdadera como interesante historia. Amén.

Hace tiempo que en cierta nación mandaba un rey, que no era malo. Era joven, y como no tenía mal genio la gente de la ciudad se mantenía contenta y en el campo dejaba que cada uno viviera como pudiera. Trataba bien a tóo el mundo; pero apreciaba en particular al que cobraba las contribuciones, que por ese era que aumentaba el tesoro y se podía gozar de lujo. No era mal jinete, el rey, y tenía una infinidad de perro —¡cuánto perro!— adiestrado para la cacería. El domingo y otros días de fiesta había que decirle la misa temprano; y en no siendo el de Corpus, o en Semana Santa, se iba él con sus perros y su gente a la cacería. Él montaba en su caballo mejor, que era un zaino que llamaban *Comecamino* y que dejaba atrás los vientos; cogía la delantera y... *el que venga atrás, que arré.* Lo más principal era que cuando los compañeros llegaran ya él tuviera matao o cogió el animal cimarrón.

Y sucedió que un domingo los perros menían un varraco papacote, bravo, ligero, colmillúo y ducho en pelea como un demonio. Peliando y juyendo alante y parándose y volviendo a peliar el varraco, los perros se adentrán en un monte espeso y el joven rey perdió el rumbo y justo el sombrero se le cayó y se perdió no se supo aonde.

Cansao y sudando a chorro atravesó un vericúeto y en su zaino, más sudado que él, llegó a la vivienda de una viejita encorvada, parparúa y tan acomodada que tenía justo tre gallinas ponedoras, un gallo cresotón, una chiva lechera y unas mazorca de maíz que en amaneciendo el día le mandaba un nieto que

vivía en fundo aparte, porque la jembra d'él no tragaba a la vieja, diciendo y alegando que, como no era con esa desjcrépita y mandona que se había casao, no esjtaba obligá a viví junto con ella.

Cuando el rey llegó a aquel bojío la garganta se le pegaba de sé y le pareció que un olorcito sabrosón salía de la cocina. Y era que la anciana tosjtaba en un burén una buena arepa de mají recién guallao. Lo primero en que pensó el rey fue en un gran jarro de agua.

—Buen día madrecita, —saludó.

—Bueno te lo dé Diosj, muchacho, —respondió ella.

—¿No oyó usjté?... perdóneme: ¿cómo se llama usjté, madre-cita?

—Me llamaba Josefa Reye; y ya agora sólo me dicen May Josefa, y uno que otro desjlenguao *la vieja Chepa*.

—¿No oyó usjté cerca de aquí, May Josefa, losj ladrío de unosj perro?

Y sin esperá contesjta:

—Buena anciana: ¿me vende un jarro de agua?

—¿Vendé agua? ¡Jesucristo! ¿Pero qué criatura pue vendé agua sin condenase?

Una jigüera limpia se llenó del agua fría de un calabazo. El rey tragó, tragó, tragó, se refresjcó el gazjnate y se le abrió el apetito. Pero no un apetito cualquiera, sino jambre esigente, inmediatosa, d'esa que sólo da en la juventú.

A la vieja, que no era zonza, le brillán los'oyo y en la mesjma jigüera vació leche de un calán que tenía colgando de la solera del bojío, y en otra vasija puso la mitá de la arepa caliente que apartó del burén y le dio a comé al recién llegao.

La leche y la arepa rodán por el guar güero de aquel joven bien vesjtío y desaparecién en un decí Jesús... cuando un tropel de mucha gente a caballo llegó adulando y quejándose esjtrepitosamente de que Su Majestá se arriesjgara así sólo, poniendo en peligro su preciosa persona.

Antonce fue cuando a May Josefa le dentró aquel temblor de mano y quijá, y una lágrima gorda le brotó de un ojo parparúo y se le esjcondió en una arruga. ¡Santo Diosj! Había esjttao hablándole sin pizjca de resjpeto al mesjmísimo rey. El caso no la dejaba tranquila, aunque el esjperimento y la malicia l'encendían lasj niña de los'oyo y le secretiaban:

—Josefa de misj culpa, mira bien como son losj reye... mazzsjcan y tragan como un cualquierita hijo de Diosj.

Un montero apareció cargando el varraco alcanzaio y matao por losj perro.

Pero la cosa no paró ahí y el temblor se le volvió esjpanto a la vieja cuando Su Majestá dispuso que May Josefa fuera a viví en el palacio real, y se retiró dejando la orden. Se negó ella: ¡que no y que nóoo!

—Madre vieja, —le dijién dosj'edecane— el que manda, manda; y últimamente, ya a usjté no le valen ni lágrima ni jipío. El no y el sí ca uno tiene dosj letra qu'en na se alteran disjpué que lasj dijo un rey.

Y como trataban de arrasjtrala llevándosela a la brava y diciendo que *el preso esj preso*, se aflojó, se tapó lasj greña con un trapo que había sío pañuelo y se dejó llevá.

Así, en brinco y medio, la pusién en el palacio del rey. Cortesía por acá, reverencia por allí. Saya de seda, corpiño de raso, cofia d'encaje, zapatilla crujidora, guante que no másj se lo quitaban a la hora de comé junto al monarca. Y en cuarto lujoso, cama y colchón de pluma. Ni en sueño se vido naide tan requetebién atendía. Y de rato en rato se presentaba algún preguntón:

—¿Cómo se siente usjté, madrecita?

Y el bendito médico del rey, d'esjpavientoso, cogiéndole el brazo por la muñeca pa atentale el pulso, y día por día haciendo que le enseñara la lengua. Se dio cuenta de que en el mundo ca grupo loquea a su manera.

A lasj tre semana justa May Josefa se apesadumbró y... susjpira que te susjpira. El bendito médico, de soplón le fue avisando al rey, que vino y s'encerró con ella haciéndole mucha pregunta con mucho cariño; jasjta qu'ella se atrevió a pedile que la pusiera en su choza tan siquiera por una semana. Se disjpuso lo qu'ella quiso y en la mañana del día siguiente la cargán, la metién en un carruaje, se la lleván y allá la deján.

El monarca se fue alante en su zaino *Comecamino* y, esjcondío, se propuso averiguá, aguaitando de cerca.

May Josefa, dende que se vido sola, pisó el quicio de la puerta de su vivienda, d'espalda volvió atrásj; dentro y salió de nuevo. Al fin de lasj tresj vece, pa esjpantá un posible hechizo su pie derecho marcó en el suelo tresj cruce. Antonce, abriendo losj brazo en crú esjclamó tresj vece:

—¡Jesú! ¡Jesú! ¡Jesú!

Se santiguó, se puso su saya remendá, barrió la salita de su bojío d'ella, ordeñó su chiva y bebió leche de su chiva d'ella, en la jigüera d'ella. En un rincón de su casa d'ella esjculcutió jasjta que encontró un cachimbito de barro que tenía un calimete largo, lo rellenó de tabaco que guardaba en una vejiga reseca, le dio fuego y fumó... fumó... a bocaná en su cachimbo d'ella, y se regusjtaba mirando como pasaban lasj nube sin que naide esjtorbara su libertá. Disjpué tendió en el suelo una esjtera de enea, se arremangó saya y pollera dejando lasj canilla y el vientre al aire, se revolcó y se dio unosj toquecito en la barriga... ¿Silbó un jilguero?... Cantó una manjuilita:

—*Pa el rey esj buena la ley,
¡pa el que manda y no obedece!
Pero asigún me parece...
¡ca uno en su casa esj rey!*

—¡Aay! —esjclamó, sasjtifechona. Y volviéndose a revolcá a sus'ancha, agregó:

—¡Mi casa, y mi hogaza!... ¡Y allá el rey en lo suyo!

May Josefa, felí, se durmió apaciblemente y el monarca comprendió y se aprendió la lerción. Montó en el zaino, picó esjpuela y se alejó pensando que desjperdicia su tiempo el que favorece a una persona que no sea joven. Antonce le vino a la memoria aquel refrán que dice:

Moro viejo, mal cristiano.

DE CÓMO MERCED AL VERDUGO
SE CUMPLIÓ EL DESTINO¹

Desde el balcón del palacio, la reina, que no tenía oficio, se entretenía una tarde viendo cómo hombres, mujeres y muchachos, entraban al sótano de una casa destartada y salían gesticulando alegres. Curiosa, quiso saber qué motivaba aquel entrar y salir. Mandó: fueron, averiguaron, regresaron y le informaron:

—Majestad perfectísima: ocurre que al zapatero remendón la remendona le parió un hijo. Los padrinos andan diciendo que es sobrada razón que se llame Clemente, pues nació el día de ese santo. No sabemos si el Cura estará de acuerdo. Los clientes entran y salen contentísimos, porque el zapatero es cristiano como Dios manda: le trabaja a la clientela barato y hasta *de fiado*. Esto del fiado le gusta mucho a la gente ordinaria. El zapatero y la zapatera están lo que se dice dichosos, igual que si en vez de un zapaterito hubiese nacido un príncipe. Parece que son medio locos. Esto es lo que hemos podido observar y averiguar.

Tres años más tarde el matrimonio real encargó un infante y la cigüeña se equivocó, o no oyó bien y le trajo una niña. Sin pérdida de tiempo la reina quiso que los más reputados nigromantes le leyeran el porvenir de la princesita. Pronto llegaron tres personajes; y cuando se quitaron las capuchas para saludar se vio con respeto y satisfacción que eran los adivinos más

1. En la primera edición este cuento se titulaba "Sí, el destino se pudo una vez cumplir".

sabios del universo: porque eran los más peludos. Tenían largos pelos hasta en los dedos. Los sabios quemaron pelos e incienso en un anafe, miraron a las estrellas, hicieron señas, cruces, rayas cabalísticas, y como cada uno sabía tanto como los otros, el primero y el segundo y el tercero llegaron a la misma conclusión:

—Majestades: —le dijeron a la pareja real, encorvándose con tan profunda reverencia que rozaron el piso con las barbas y las melenas— la princesita vivirá, crecerá sana y feliz, y con razón podrá llamarse Rosamunda: porque en ella ha florecido el mundo y más nunca volverá a nacer rosa tan linda. Para colmo de dicha, andando el tiempo se desposará con el hijo del zapatero remendón que vive en el sótano de aquella casa que desde aquí se alcanza a ver.

—¡Dios Santo! —exclamó la reina y cayó de rodillas sollozando.

Tan pronto los adivinos se fueron ella le pidió al rey:

—Tú, que eres dueño de vidas y haciendas, evita que mis ojos lleguen a ver tan baja afrenta.

El monarca se rascó la barba.

—Calla, —respondió— no llores que tus lágrimas me derriten el corazón. Yo soy un político: yo daré con una idea. Si mato al zapatero, a su mujer y al hijo, que es lo que merecen, caeré en mala fama, ahora que el rey vecino, un quisquilloso que me tiene envidia, anda buscando un pretexto para hacerme la guerra. No llores, alma mía: ten calma... calma, calma y mala intención. Yo soy un político.

Pronto el rey principió a acoger al muchachito del zapatero. Lo mandaba a buscar y le daba regalos. Y una vez hasta lo acarició paternalmente pasándole la mano por la cabeza, cosa que fue muy del gusto de todos los zapateros y de los pobres todos, aunque los nobles se escandalizaron.

Una noche, sin que nadie se diera cuenta, la criatura desapareció. ¿Cómo? Bueno... desapareció. Lo mejor fue que lo buscaron por todas partes y no lo encontraron ni en la mesa del espiritista.

Ocurrió que el rey llamó al Verdugo y sencillamente le entregó el niño, que tenía entre un saco, con la orden verbal de que lo estrangulara y lo tirara al mar, llevándole, en prueba de que había cumplido el mandato, el dedo gordo del pie derecho.

El Verdugo se fue con su saco al hombro. Llegó al mar que rugía encolerizado. Y cuando aquel cortador de cabezas desfundó al niño y lo veía despierto, se dio cuenta de que se trataba del hijito del zapatero que le remendaba las botas y que era bueno hasta con él, que era *el Verdugo*, a quien los demás miraban con prevención. Casi se ablandó al oír que el muchachito decía:

—Papacito, arrópame, que tengo frío.

Y esto lo decía abrazándole a él, ¡que era *el Verdugo*!

—A éste sí que no lo mato yo... —se dijo.

Pensó regresar con él metido en el mismo saco; pero un súbdito precavido, *que jugaba con las cuarenta*, no se debía descuidar. Dedujo que el nuevo Herodes lo estaría haciendo espíar desde lejos hasta que ejecutara la orden. Reflexionó. Sacó del bolsillo su unguento maravilloso, aquel unguento perdido ya por desgracia, que adormecía el cuerpo, evitaba el dolor, estancaba la sangre y curaba en tres días las heridas aunque fueran graves. Se lo untó en los sobacos a la criatura y en seguida le cortó el dedo grande del pie derecho y tiró una gran piedra al mar para que cualquier espía se figurara, al ver de lejos, que era el cuerpo del difuntico.

—Pero... ¿y el dedo? Señor... ¿y en dónde se ha escondido el dedo? —se preguntó.

El dedo se había escapado. Lo alcanzó a ver bailando sobre la arena. Tuvo que correr para atraparlo.

—Aquíetate, dedito lindo. Y tú, rorro, quédate aquí quietecito, que te volveré a buscar, —murmuró el hombre.

Envuelto en el pañuelo rojo con que se enjugaba el sudor y se limpiaba la sangre, cuando sintiéndose favorecido por el monarca cortaba cabezas en el patíbulo, levantó en alto el dedo inquieto y bailador. Marcó con él el compás y acompañándose con pisadas que repercutían en la vereda rompió a cantar dando voces que entusiasmaron a los duendes, asustaron a las lechuzas y ruborizaron a las estrellas:

—*Miren como subo y subo...*

Miren como voy subiendo:

de borrachín a Verdugo...

de Verdugo a Caballero.

¡De Verdugo a Caballero!...

Es verdad, y el que aprenda historia no lo debe pasar por alto, que el barbero Damián no se cansaba de repetir que en el severo ejecutor de la justicia solía efectuarse un vaivén de sentimientos extremos, y que en aquella noche de luna nueva no andaba muy bien del juicio y por eso no tenía al diablo en el cuerpo. Pero el cronista de la Casa Real, varón prudente que nunca veía de cerca a aquel cumplidor de su deber sin temblor disimulado, escribió más tarde con letra clara que si el muy pícaro anduvo cantando esa vez fue porque había burlado a su rey, acción indigna que en lugar de merecer aprobación ningún argumento podría justificar ante la historia.

Pero las cosas no siempre siguen un curso ordinario. El rey del país vecino, que desconfiaba del otro porque lo creía capaz de todo lo malo, rondaba las costas en un bergantín y uno de los súbditos suyos bajó a la playa desempeñando el provechoso oficio de espiar, y al oír y ver al niño despierto y llorando cargó con él, y se lo regaló a su señor, quien lo aceptó creyendo el hallazgo de buen agüero. Y como todavía la reina no le había parido ni hembra ni varón, lo acomodó en su palacio para que a ambos les sirviera de entretenimiento. Con el trato diario acabaron cogiéndole cariño. Casi tanto cariño como el que las solteras le tienen a los gatos y a los perritos. Lo mimaron. Creció el muchacho y lo educaron como si se tratara de un heredero de la corona. Pero sucedió que a la reina, hasta entonces machorra, se le ocurrió tomar un bebedizo que le aconsejó una vieja y principió a parir y volver a parir mellizos. Lo más curioso fue que desde que tuvo hijos propios la buena señora miraba como a advenedizo a Clemente, el del dedo mocho. A medida que los hijos crecían le crecían los celos y una mañana les dijo:

—Sepan desde hoy que ese no es su hermano, ni “ariente ni pariente”, sino un recogido en la playa del país enemigo; y si el rey mi señor me obliga a tratarlo igual que si fuera hermano de ustedes y me ordena guardar el caso en silencio, algún designio que menoscabe nuestro patrimonio debe tener.

En la primera coyuntura los principitos le echaron en cara al que hasta entonces creían hermano mayor, que él no era de sangre azul, que no era más que un advenedizo, que no tenía el derecho de vivir en el palacio y menos el de figurarse de la familia y, lo que es peor: que tenía un dedo mocho, segura señal de afrenta.

Aquel día y el siguiente el joven no se acercó a la mesa ni quería probar bocado. Permanecía amargo, solo, encerrado en una habitación, hasta que el monarca, que era bondadoso, cayó en cuenta y le mandó orden de que viniera a su presencia. Al verlo le preguntó qué le pasaba y por qué estaba tan compungido. Todo se lo contó el joven, y en seguida suplicó:

—Padre... digo, ¡oh noble rey y señor!, permitidme alejarme de aquí y volver a la tierra de mis padres.

—Irás, pero no te irás, —respondió el buen rey— que en mi casa y en mi reino soy yo quien manda. Irás como embajador de mi sangre a visitar al rey vecino que, aunque yo sé que es un tunante, se la está dando de amigo desde que el demonio, que era hermano de su mujer, en el segundo parto la reventó por mala.

Eso de que la reina fuera hermana de Lucifer no se tiene por averiguado, aunque sobre el caso se ha gastado mucha tinta. Historiadores muy circunspectos aseguraron que en un descuido del esposo ella y Pezuña estuvieron juntos. Sustentaron sus opiniones convencidos de que, de otro modo, señora tan principal no hubiese abortado aquel horrendo fenómeno. Basaron sus conclusiones, además, en el testimonio de la partera que vio a la extraña criatura brotar del claustro materno con dos protuberancias en la estrechísima frente, con unas cejas de ángulo agudo como alas de gaviotas o de golondrina, y con pezuñas del Cabro.

Otros historiadores, muy reflexivos, contradijeron a los anteriores apoyándose en el relato de un comadrón competentísimo que explicó las cosas en esta forma:

—Pasó frente al palacio la negra que vende mondongo y la reina, recién embarazada, la alcanzó a ver y tuvo un antojo. Se antojó de comer mondongo de chivo tierno con pata y todo; pero el cocinero, un chino orgulloso, desobediente y de malas pulgas, se negó a cocinar un manjar de gente plebeya... y como el antojo no se satisfizo, en la matriz de Su Alteza se cuajó aquella Pezuña.

Sobre cuestión tan importante los cronistas de la Casa Real nunca han estado de acuerdo con los extraños, ni entre ellos mismos, y se escribieron volúmenes y más volúmenes que ni siquiera los enemigos leen; pero aunque es cierto que nadie los ha leído, los sustentadores de tan opuestos pareceres tuvieron

partidarios pasionales que llegaron hasta a cambiar entre sí trompadas por bofetones.

Lo que ocurre muchas veces en los palacios ni María Santísima puede averiguarlo. Lo indiscutible es que sobre aquel caso otros murmuran, todavía hoy, que a Satanasito lo suicidaron; aunque no falta quien asegure que se asfixió y a los tres días justos se llevó a la madre.

* *

*

Ordenó el monarca que el Gran Chambelán "preparara de un todo" el viaje de Clemente. Calafatearon el bergantín mejor, que no era nuevo, y lo abarrotaron con grandes riquezas y regalos. En seguida se embarcó el joven llevando cartas y credenciales y una comitiva compuesta de gente escogida entre la nobleza. Además, dispuso el rey que un sabio lo acompañara para que en caso de confusión le alumbrara el juicio.

Pero todo no es pintar como querer. Cuando el bergantín navegaba viento en popa, ya en aguas del otro reino le dio alcance una galera tripulada por piratas y lo tomaron al abordaje. Amarraron al consejero, a los de la comitiva y a los tripulantes, para ahorcarlos en racimo y regalarles los cadáveres a los tiburones y trasbordar inmediatamente a la galera la riqueza, que en buena ley, ya era de los asaltantes. Al embajador lo apartaron porque el capitán de los piratas no declinaba el privilegio de suprimirlo personalmente. Cuando lo estaba desvalijando, Clemente exclamó sin poderse contener:

—¡Qué desgraciado soy!

—¿De qué te quejas? Me insultas si te figuras que no sé mi oficio, —le dijo el jefe de los piratas—. Te cortaré la cabeza de un solo tajo, para que no te duela. Verás que es una delicia ser despachado por mí d'este mundo al otro.

—Me quejo de mi suerte: no por miedo de morir. En la infancia, en mi país me cortaron un dedo de un pie, como a hijo de criminal. Me abandonaron en una playa, y para que al fin resulte lo peor me recogieron, me educaron en reino extraño igual que a un príncipe y ahora moriré sin confesión,

¡como un infiel! ¡Mira si no soy el más desdichado del mundo!

—¡Cómo! —exclamó el pirata, sin darle inmediato crédito a lo que oía—. ¿Será posible? ¿Tú? ¿Eres tú? ¿Tú?

Le hizo quitar los zapatos y comprobó la marca. Entonces cambió de modales, se apartó con él para hablar sin que los oyeran, comprendiendo que no debía oponerse a lo dispuesto por el Destino.

—Mírame y oye: —dijo el capitán— yo era el Verdugo de la capital de este reino, cuando mi rey me ordenó degollarte y arrojarte al mar, llevándole en prueba de que había cumplido su orden el dedo gordo de tu pie derecho. Te exterminaba para que no se cumpliera el vaticinio de que casarías con Rosamunda, su hija. Porque tú no eres el hijo de un criminal, sino de un zapatero que es el más bondadoso de los hombres. Eres grande ahora y, siquiera otra vez, sucederá lo que el Destino dispuso. Otra vez depende de mí tu vida, y aunque no me prometas conseguir el indulto, para mí que vuelvo a salvarte, quedarás libre y te devolveré cuanto traes a bordo, y libertaré a todos los tuyos, y quedarás en condición de seguir viaje custodiado por mi galera, terror de los mares.

—Serás indultado, —afirmó Clemente.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Convenido?

—Convenido.

—¿Cumplirás?

—Cumpliré.

El Verdugo se pinchó con la punta de un puñal, mojó un dedo en la propia sangre y en vez de firma estampó una cruz sobre el papel: porque él no sabía de letras. No permitió que el joven Clemente se rasguñara ni firmara, diciendo que la palabra de un señor tan principal tenía tanto peso y valor como la de un gran rey.

—Bueno; irás al palacio de mi rey, —continuó el Verdugo diciendo— y fíjate: verás que allá exhiben una cuna de marfil que tiene grabadas en oro estas palabras resplandecientes de orgullo:

—YO DESHICE LO QUE PRETENDÍA EL DESTINO.

Ya sabes que el destino establece que tú, hijo de un zapatero, te casarás con la hija única del monarca. Te dejo ir libre en

compañía de los tuyos; pero acuérdate de tus vicisitudes y cumplirás tu promesa. Aunque el rey me destituyó cuando me tenía encariñado con la profesión de cortar cabezas, en la que... no lo digo por alabarme, he llegado a ser un artista, ya lo he castigado bastante. Él, como buen malo, contrajo la costumbre de alimentarse de reputaciones; pero con la mía no se juega nadie. Lo tengo entre un puño... y ahora quiero retirarme a vivir y morir tranquilo dentro de la ley, aunque sea en la más humilde choza, sin seguir haciendo daño ni esperar continuamente que me lo hagan. Y entiéndelo bien: sólo por nombramiento real y por servirte a ti sería yo el jefe de la flota...

—Serás el jefe de la flota, —aseguró Clemente.

El Verdugo se arrodilló en prueba de sumisión.

Así fue como el hijo del zapatero fue salvado la segunda vez por el Verdugo.

Momentos después Clemente navegaba pensando que a juzgar por aquel hombre extraordinario los Verdugos y los Piratas no son malos como los pintan, sino juguetes de una voluntad superior. A su vez los acompañantes y el mismo consejero viajaban convencidos de que el príncipe y embajador era el más persuasivo y hábil de los diplomáticos. Verse salvos y libres, por sólo el talento de él, les parecía un verdadero milagro de la diplomacia.

* *

*

Cuando Clemente se presentó ante el monarca del país de su nacimiento, como representante de un reino, según acreditaban regalos y credenciales, lo colmaron de atenciones y fue hospedado en la mansión real. Y ocurrió que la princesa Rosamunda se enamoró de tal manera de él que parecía que la habían embriado. No pudiendo disimular y temiendo que tan gallardo príncipe se fuera a casar con otra, se confesó con su padre.

—Príncipe: —le dijo el rey al diplomático— mi hija es bella como una rosa de mayo y pura como un ángel del cielo, y yo creo que ya es tiempo de escogerle marido. No le disgustas ni te disgusta. Tómala en matrimonio. Es mi real deseo. Y un día de ella y tuyo será este reino.

El joven quedó muy complacido y la princesa no podía disimular su alegría. Y quedando solos dijo ella:

—He sabido, ¡oh amor mío y mi futuro señor!, que desde hace días favoreces con donativos al hogar de los ancianos zapateros, que viven cerca. Tu caridad será la mía; pero explícame por qué esa singular preferencia.

—¿Eres valiente y capaz de sobreponerte a los prejuicios y a la verdad? —le preguntó él en son de respuesta.

—Contigo soy y seré capaz de todo. Sin ti, de nada, —contestó ella.

—Esos ancianos zapateros son mis padres, —confesó él— y tú y yo nos casaremos cuando tu padre disimule su orgullo y admita que ellos asistan a nuestra boda.

La novia se fue a ver al rey, que estaba dormitando en una mecedora, y le dijo mientras lo besaba y le acariciaba la barba:

—Padre: no tardes mi casamiento por nada del mundo, que sería mi muerte. Lo único que se opone a mi felicidad ahora es que aquellos ancianos zapateros, que desde hace días llevan vida de ricos, no asistan al matrimonio.

El rey quedó un instante como quien principia a despertar de un largo sueño. Abrió los ojos, en silencio y sin pestañear quedó contemplando una nube que volaba en el horizonte, y visiones y acontecimientos que él creía desvanecidos reaparecieron en la memoria. Luego fue uniendo detalles hasta comprenderlo todo. Se enderezó, quedó otra vez pensativo, y luego ordenó con firmeza:

—Rompan aquella cuna y el arrogante letrado. He sido jactancioso y vano. Me someto a la voluntad de Dios, y que se cumpla lo que dispuso el Destino.

Las bodas fueron rumbosas. Vinieron el rey y la reina de la otra nación y fueron padrinos. Los dos reyes se abrazaron, firmaron alianza y desde aquel acontecimiento quedaron siendo amigos, hasta donde un rey puede serlo de otro. Los zapateros distribuyeron regalos en nombre del rey entre la gente humilde. Hubo carreras de sortijas, *palo ensebao*, *gallo enterrao*, baile de cintas, mascaradas y maromas en la plaza pública, y todos se divertieron a sus anchas. Lo que nadie supo hasta hoy explicar fue por qué el Verdugo, que había hecho temblar el reino, pasó a ser Primer Almirante de la Flota Real y azote de la piratería.

MARCOS EL RICO Y BASILIO EL AFORTUNADO

Por un pueblo de un lejano país pasaban tres romeros muy ancianos, que dizque iban a cumplir promesa. Ya al oscurecer se detuvieron frente a la verja de bronce que protegía una vivienda de gente rica. Desde afuera preguntaron:

—¿De qué cristiano es esta hermosísima residencia?

Y un señor gordo, alto, de bigotes tiesos y orgullosas y acariciadas patillas, les respondió:

—¿De quién pretenden ustedes que sea? ¿Quién fue el que la hizo edificar con su dinero? Se tiene que ser zoquetes para preguntar lo evidente. Es mía; y para que lo sepan de una vez, yo soy el mentado Marcos *el rico*; —habló así y resolló satisfecho.

—Te pedimos, gran señor, —suplicaron los peregrinos— que nos permitas pasar esta noche aquí, que en el camino abundan los salteadores y vamos lejos.

—¿Y qué ladrones los van a atajar a ustedes, que son unos pelagatos?... Estarían locos. Sigán su camino; váyanse pronto, que esta no es posada pública ni asilo de vagamundos; —les gritó, irritándose sin causa, Marcos *el rico*.

Oyó la esposa, que no era dura de corazón, y asomándose a una ventana le rogó al marido:

—Te pido que permitas que esos infelices cristianos descansen y duerman siquiera en aquel rincón del patio, aunque sólo sea por esta noche.

Pujó, gruñó el amo, y a pesar de su áspero carácter consintió lo que la mujer quiso; pero con la condición de que siguieran viaje antes de amanecer, cosa de que a los marqueses de

Torreblanca no les fueran a contar los hablanchines que en la mansión se alojaron tres transeúntes tan estrafalarios.

Cuando en la torre de la casa municipal marcó el reloj público la medianoche, se soltó el diablo y huyó dando clamores que desparramaba el terral, y uno de los romeros le preguntó a otro:

—¿Oyes tú? ¿Qué está pasando? Yo no he percibido bien; ya sabes que me estoy quedando sordo.

—Sucede, —contestó el interrogado— que el Maligno se le soltó a Miguel para ir a hacer de las suyas, como acostumbra; pero lo bueno es que en el lugar vecino acaba de nacerle el noveno hijo a Juan Francisco *el infeliz* y se llamará Basilio *el afortunado*, el que a pesar de los pesares se casará con la hija única y heredera de Marcos *el rico*.

—Rosalía, ¿qué están rebuznando en el patio esos burros decrepitos y garrapatosos? —le preguntó Marcos a su mujer—. Dime, que no le quiero dar crédito a mis orejas.

—Dicen, —respondió ella— que al sonar las doce campanadas en el reloj público le ha nacido a Juan Francisco *el infeliz* el noveno hijo, que se llamará Basilio *el afortunado* y anuncian que será el marido de Aurorita y vendrá a ser nuestro heredero.

—¡El marido de mi hija! Se equivocan de medio a medio. A Aurorita la tengo que casar yo con el primogénito de los marqueses de Torreblanca.

Rebosante de indignación bajó el rico orgullo y se fue al rincón del patio, decidido a darle a cada anciano tantas bofetadas como años tuviera; pero cuando llegó habían desaparecido. Enseguida planeó lo que a su juicio debía hacer. Temprano ensilló y montó en su mejor caballo, que era el alazano, y con un plan entre ceja y ceja se dirigió a la aldea vecina. Allá indagó y averiguó hasta dar con el bohío de Juan Francisco *el infeliz* y ver al recién nacido.

—Dame este mucnachito, —le propuso el padre— que tú tienes muchos hijos y yo no más tengo una hembra. Yo lo criaré, le haré aprender un oficio y sacaré de él un hombre de provecho que te servirá de ayuda y me acompañará en mi casa.

A la proposición hecha con palabras dulzonas añadió un regalo. Juan Francisco, oyendo lo que un hombre poderoso le prometía, consintió que se llevara al niño, mientras la madre, desconfiada, lloraba a lágrima viva diciendo que ella no era una

perra para consentir que le quitaran el hijo que acababa de parir con fuertes dolores.

Ya de regreso, pasando frente a un matorral, Marcos agarró al recién nacido por un talón, lo meció en el aire, lo lanzó a las breñas y siguió su camino *como si tal cosa*. En su alazán andón regresaba satisfecho, agradecido de Dios, y sin venir a cuento cantó en falsete la copla que le oía cantar a Rosalía antes del matrimonio:

*—Por la mañana soy rosa,
al medio día soy clavel,
en la tarde mejorana...
¡y lirio al anochecer!*

—Estas son las cositas que no llegarán a saber nunca los marqueses de Torreblanca, —murmuró regocijado; y volviendo la vista atrás refrenó parando en seco en el instante en que cruzaba graznando una lechuza.

Momentos más tarde pasaban unos monteros y al oír débiles vagidos se acercaron y vieron a la criaturita sobre una bejuquera de cundiamor, que le servía de colchón y hamaca. Lo recogieron y se lo llevaron. Horas después de llegar a sus viviendas cundía la noticia y con todos sus pelos y señales fue propagándose hasta que el barbero, que era un *llevaitrae* tan charlatán como adulón, se la refirió a “don Marcos”.

—Pero esto no puede ser, si el diablo no lo protege! —exclamó el rico cuando se fue el rapabarba, sin querer admitir lo referido.

Quiso comprobar la noticia, aunque le pareciera una de tantas invenciones de esas que animan los cuentos y leyendas de viejas, y, fingiendo simple y desinteresada curiosidad se encaminó al barrio de los monteros. Llegó, vio... y quedó en duda de si era o no el niño que había tenido en sus manos, porque es cierto que en siendo del mismo color casi todos los recién nacidos le parecían unos animalitos que se confunden. Él tenía esa impresión desde que nació Aurorita. Mientras la partera decía que se parecía a la madre otros aseguraban que era pimpún el retrato del padre. Se preguntó qué sería lo más prudente. Lo más prudente será readquirirlo, se respondió.

Mediante súplicas y un regalo en dinero contante y sonante se hizo simpático y consiguió nuevamente el rorro. Cargó con él, y cuando llegó a su casa sin que la esposa se diera cuenta lo apretó por el gaznate hasta verle la carita morada y la lengüita afuera.

—Ahora no te salvarán los estúpidos monteros, ¡renacuajo!—gruñó Marcos entre dientes.

En seguida lo metió en una cajita de madera y personalmente fue a tirarlo al mar.

—Navega en tu bergantín, ¡sapito lindo!... —voceó viendo flotar la caja en la cresta de una ola.

Pero la verdad fue que tan pronto volvió el hombre las espaldas la mar arrojó *eso* a la playa. Parece que no le gustó el regalo, o no se satisfacía con tan poquita cosa, o la cajita sería muy ordinaria, o no estaba de buen humor para aceptar ser cómplice de un don Marcos. Allí, vivo y gorjeando, lo encontró el pescador Manuel y se lo llevó a su casa. Manuel, que era individuo práctico, lo criaba con tanto esmero como se cría a un marrano, y cuando lo creyó de provecho, con la facilidad que vendía sábalos y carites, se lo vendió a un vecino, dueño de la pulpería del barrio. El pulpero, más práctico que Manuel, echó a la calle al dependiente viejo, que le costaba caro, y desde el primer día explotó sin misericordia al nuevo, como es justo que se explote a los dependientes.

Basilio resultó simpático y hasta bien parecido. Tenía “ángel” y su dueño se convenció de que le había traído suerte. ¡Hay que saber lo que es una pulpería con suerte! La clientela aumentó a ojos vistos. Pero como todo en el mundo no puede ser vida y dulzura y esperanza nuestra, Basilio creció, y desde que Satanás lo vio adolescente comenzó a hacer de las suyas. En más de una ocasión el amo observó con disgusto y recelo que la pulpera (su esposa) ponía ojos interesados en Basilio, que no era más que un hermoso animal de diez y siete años. Siete veces cada día se planteaba el dueño del negocio qué sería preferible: matar al muchachón a patadas o seguir explotándolo aunque tuviera que reventarle los ojos a la mujer, que estaba perdiendo el juicio por ese burro. Pero sucedió que un día vino Dios a ver al pulpero y a Basilio. Frente a la tienda se detuvo un señorón a comprar fósforos y cigarrillos y quedó embelesado viendo a dos chicos que porfiaban:

—Basilio: despáchame a mí primero, que voy a jugar el trúcamelo.

—No, Basilio: despáchame antes a mí, que tengo que jugar mi trompo; y dame la ñapa.

—Dime, amable joven, —le preguntó al dependiente el señorón con modo afable: te llaman Basilio, igual que a uno a quien busco hace tiempo porque me interesa mucho; y tu apellido, ¿cuál es?

—Buen señor, —respondió el joven— casi no tengo apellido; pero todos me llaman Basilio *el afortunado*, dizque porque le doy suerte a la pulpería.

—Hace tiempo que estoy escogiendo a un buen auxiliar para que me ayude en mis negocios, —dijo el caballero—. Si quieres vivirás en mi casa, que está en el pueblo vecino. Te haré propietario y feliz si te vas conmigo. Yo soy Marcos *el rico*.

Por cien pesos fuertes, poniendo oídos sordos a los refunfuños de su mujer, permitió el amo de la pulpería que el dependiente se fuera, después de regatear alegando que esa suma la había gastado en él, incluyendo el precio de compra. La cantidad era una exageración: un robo escandaloso. ¿Cuándo ha valido tantos pesos un dependiente? Pero Marcos pagó los cien duros con gesto de esplendidez y le entregó al joven una carta que escribió afirmando el papel en el arzón de la silla de su alazán.

—Cuando llegues al pueblo preguntarás por la casa de don Marcos *el rico* y le entregarás esta carta a doña Rosalía, mi esposa. Vete y espérame allá.

“Don Marcos” quiso celebrar la compra. Pidió Málaga... apareció una caneca de ginebra: la pagó, la descorchó y obsequiándose a sí mismo la dejó vacía en tres sorbos, y sin despedirse ni mirar atrás prosiguió viaje. Iba sin más propósito que el de halagar a los marqueses de Torreblanca, aumentando la dote que su hija llevaba al matrimonio, que debería celebrarse a fines del mismo mes, con el primogénito de esa ilustre casa. Andaba crecido de orgullo, sintiéndose ya emparentado con la nobleza. Eso de entrar en la nobleza no es cosa chiquita. La sangre azul, que ennoblecería a sus nietos desde antes de nacer, la estaba sintiendo él circular, caliente, por sus propias venas. Estaba al reventar de gusto. Arreaba acariciándole la crin y el cuello a su alazano y empezó a tararear con su voz desapacible los versos que diez y nueve años antes le cantaba a Rosalía en víspera de casarse:

—*Mi caballo contentón...*
¡Mi caballo Malucón!
¡Muchacha si tú me quieres
te regalo un camisón...
¡del calor de mi caballo
Contentón!

Siempre que tenía en mente o acababa de realizar una acción vituperable sentía rebosar el gozo y rompía a cantar sin ton ni son. Pero ahora, ante la doble perspectiva del marquesado seguro y de un dependiente a quien al regreso degollaría como a un becerro, el simple tarareo de un rondel enano no le resultaba bastante y al pasar frente a una baría frondosa se detuvo, echó pie a tierra, se dio palmaditas cariñosas en los muslos y sujetándose las posaderas con las manos comenzó a cantar y a bailar:

—*No importa que la calandria,*
el ruiseñor y el jilguero,
canten para divertirme:
¡yo canto mejor que ellos!

Por opuesta dirección, a pie, de prisa y contento de pasarse de un pulpero tacaño y malhumorado a un afable y generoso señor que prometía hacerlo rico, caminaba Basilio el... verdaderamente *afortunado*. Caminaba ansioso por conocer cosas nuevas. A mitad del camino alcanzó a un anciano... ¡Santo Dios, qué parecido a San Pedro! Ni pintado. ¡Era el mismísimo San Pedro! Cuando menos sería su hermano. Como él se iba apoyando en un rugoso cayado, como él tenía la calva, sus barbas remeneadas por el terral, su mismo aire... y como él tenía los huesos duros y eso de andar metiéndose en lo que no le tiene cuenta. ¡Y sin uno atreverse a llevarle la contraria!

—Buenos días, padre viejo... —lo saludó con sumisión y respeto.

—Así te los dé el Señor... —respondió el anciano de las barbas meneadas por el terral—. Dime, ¿qué llevas escrito en ese papel que tienen en la faldriquera? —preguntó siempre curioso.

—Mi porvenir, seguramente —contestó Basilio mientras se preguntaba: ¿y cómo habrá adivinado que llevo una carta en el bolsillo? ¡San Pedro tiene que ser!

—¿Tu porvenir?

—Sí señor: mi porvenir.

—¿Y sabes tú cuál es ese porvenir?

—Lo tengo en la orden de que me coloquen en un empleo importantísimo.

—Dame a leer esa carta, muchacho, —ordenó el viejo.

Cogió el papel y en lugar de leerlo se lo acercó a la nariz, a los labios, y con nariz y boca sopló sobre él. ¡Qué tipo raro!

—Toma tu papel y sigue tu camino —le dijo— que yo voy por otro rumbo; y óyeme: al acostarte a dormir y al levantarte siempre rezarás el:

*Con tres me acuesto,
con tres me alevanto:
con la gracia del Padre...
del Hijo... y del Espíritu Santo. Amén.*

Vete. Y que una vez más en ti se cumpla la voluntad del Señor.

El anciano desapareció como por arte de magia. Era verdaderamente extraño. A Basilio no le parecía gente de este mundo. Por eso ni él ni su consejo se le borraron de la memoria.

Y andar... andar... andar... hasta que llegó al pueblo. Preguntando y doblando esquinas y volviendo a preguntar y a doblar, se vio ante la mujer de Marcos *el rico*. Le entregó la carta y no se atrevía a mirarla, por lo gran señora que era. Doña Rosalía leyó, se santiguó; miró a Basilio y se santiguó otra vez. Besó la cruz que formaron sus dedos y mandó inmediatamente a buscar al Cura que vino sin pérdida de tiempo.

—Padre, —balbuceó la buena mujer— tenga, lea esta carta; medite y piense qué le estará pasando a mi marido que tan radicalmente ha cambiado de parecer. ¿Qué habrá ocurrido entre él y los de Torreblanca?

El Cura leyó, releyó y volvió a releer la carta; prudentemente miró y remiró a Basilio y le devolvió el papel a la señora sin

decir esta boca es mía. Pero el escrito era una orden, que no se prestaba a duda, y las órdenes de Marcos se tenían que cumplir sin vacilación ni aplazamiento. Rosalía le pidió al sacerdote que corriera las amonestaciones. Inmediatamente llamaron al sastre; al día siguiente vistieron a Basilio con traje muy aparente y a fecha fija lo casaron con la hija única de Marcos: una muchacha tan linda y resplandeciente que hasta se llamaba Aurora, aunque le restaban algo diciéndole Aurorita... Lo curioso del caso fue que Aurorita, criada entre el puño porque estaba destinada a un noble de pura raza, tan pronto como vio a Basilio de cerca se encendió en fuego de amor a él. Andaba como hechizada y cuando lo comparaba mentalmente con el marquesito... ¡vamos hombre! ¿Quién iba a cambiar a Basilio por un engatusado y saludador?

Tres días después de la boda regresaba Marcos y, estupefacto, desde la verja alcanzó a ver a su hija que en el balcón se besaba con aquel dependiente que él había comprado en cien pesos para degollarlo. Vestido de caballero, ¡cualquiera lo conocía! A medida que salía de la perplejidad se le iba subiendo la sangre a la cabeza y de la cabeza bajándosele a los pies. Le volvió a subir, hirviéndole, y se encrespó él de ira. Le bajó un poco y recobró el aplomo.

—¿Qué hace ese hombre ahí? —le preguntó al criado Fidel.

—Es el marido de doña Aurora... —respondió el interpelado.

—El marido de... ¡Rosalía! ¿Qué ha pasado aquí? —voceó desde el patio—. ¿Cómo te has atrevido a hacer lo contrario de lo que te ordené en mi carta?

—No; —respondió a punto de rebelión la obediente esposa. Hoy no me vengas gritando. Cumplí tu voluntad al pie de la letra. Relee tu carta y comprenderás si te queda juicio que yo no he hecho más que obedecerte, aunque tu orden me pareció la mayor de tus extravagancias. Y así y todo no quise cumplirla sin consultar al Padre Cura.

Abrió el marido la carta y leyó... Leyó y releyó lo increíble; y lo increíble, lo que estaba mirando era lo que él no escribió y estaba escrito y firmado por él, con su mismo nombre, con su misma letra, y rubricado por él con la rúbrica que ponía al pie de todos sus documentos. Lo increíble decía así:

—“Mi querida Doña Rosalía de mi alma: tan pronto recibas esta carta llamarás al Padre Cura y dispondrás el matrimonio de nuestra querida hija Aurora con el portador de la presente, que lo es Basilio el afortunado. Para efectuar la boda no esperes a mi regreso. En cuanto a los de Torreblanca... si te he visto no me acuerdo. Cúmplase mi orden sin vacilar ni perder minuto. Tuyo con todo mi corazón que no te olvida, Marcos”.

A continuación de la firma, debajo de una P. y una S. mayúsculas, escrita en la misma letra se leía la siguiente copla:

—*Ninguno cante victoria,
aunque en el estribo esté,
que muchos en el estribo
se han visto quedar a pie.*

Quedó en silencio el rico orgulloso. Un sudor frío seguido por un baño de paz, le fue refrescando el genio. Desde aquel día, resignado, comprendió que sería inútil seguir porfiando contra lo dispuesto por el destino y aceptó cargar su cruz, cruz que desde que empezaron a llegar nietos resultó muy llevadera.

De esta importante historia me enteré yo porque a la abuela de la abuela de mi abuela se la contaron gentes antiguas, y como la cuento es.

Blancaflor... Blanca Flor...

¿Qué mente privilegiada podría volver a explicar ahora por qué causa y con qué designio, de un hombre y de una mujer así pudo venir al mundo aquella criatura semejante a un ángel? Pasó, la sombra corporal se desvanece, y todavía perfuma con sólo pronunciar su nombre. El contraste inclina a meditar en el Gran Poder que castigó a Satán haciendo brotar luz del carbón negro, del fangal flores y que en cada primavera prende alas en muchedumbre de gusanos y los echa a volar convertidos en galanas mariposas.

Padre. Madre. Nicanor era maestro en artes diabólicas y desde temprano se ocupó en que la hija aprendiera parte de lo mucho que él sabía. Nicolasa, la esposa, dejaba atrás al marido en cosas de magia y le enseñó a su vez a la hija más de lo que él pudiera sospechar. En cuanto a Blancaflor, aunque sus padres fueran hechiceros tan principales y le enseñaran todo el saber de su tiempo, aprendía y no se le ensuciaba el alma: porque no tenía intención de practicar lo aprendido, porque practicó lo aprendido sólo para defenderse, porque estaba enamorada cuando lo practicó ciñéndose a la prudencia, y porque de acuerdo con la partera, Antonia, el Hada de las Maravillas la besó al nacer.

No estaría de más tener en cuenta que el sacristán Tomás se puso a decir que ningún lector sano de juicio puede llevarse de los cuentos de aquella buena señora, quien, según él, era tan entusiasta de lengua que murió de garrotillo. Pero vecinos

veraces, que conocieron al sacristán, dejaron escrito que ese individuo era bizco de un ojo, turno del otro y de conciencia empañada en extremo tal que un Domingo de Ramos, trepándose al campanario en el desempeño de su obligación de echar las campanas a vuelo llamando a misa, pisó en falso y descendió descalabrándose tan adecuadamente que a las veinte y cuatro horas lo mudaron de su bohío al Campo Santo. Para cumplir ese deber de misericordia, sin duda saludable e ineludible, se vieron en necesidad de fabricar dos ataúdes: uno para su cuerpo y el otro para meter y cargar la lengua. Dizque el del cuerpo pesaba menos.

Un día de primavera, allá por las fiestas de la Cruz de Mayo, a Blancaflor le despertó el amor un joven que respondía al nombre de Juanillo. Mozo de agradable presencia, sangre liviana, muy cariñoso, que la miraba de manera diferente a los demás, y que sabía coplas tan dulces como las que cantó entre suspiro y suspiro aquella noche cerca de su ventana:

*—Eres luna que me alumbras,
y eres el sol que venero,
y eres cadena de amor...
que me tiene prisionero.*

*—No hay corazón como el mío,
que sufre y calla su pena:
¡corazón que sufre y calla
no se encuentra dondequiera!*

Al brujo no le gustaba el galán y a la nigromante menos que menos. Alegaron desde el principio que el Juanillo ese era un Juan Lanás, ¡un copletero casi tan inferior como un poeta! Según ellos no más sabía poner ojos de enfermo y berrear semejante a un ternero hijo de vaca difunta. Ese insípido no era el hombre para su hija. Acabaron oponiéndole obstáculos infranqueables a sus pretensiones.

Pero Blancaflor se complacía en su enamorado y su enamorado andaba sin tino por ella; y *en queriendo la dama y el pretendiente, aunque se oponga la demás gente.*

Nicanor y Nicolasa pusieron en juego todas las artimañas de la nigromancia y la brujería para deshacer el enamoramiento. Tuvieron ocurrencias extravagantes. En primer lugar el hombre le planteó a Juanillo el problema de que antes de darle el consentimiento para el matrimonio tendría que hacerle un conuco que a las veinte y cuatro horas produjera plátanos maduros. De lo contrario, nunca, *en jamás de los jamases* se acostaría con su hija.

El joven anduvo preocupado y entristecido por exigencia tan difícil de satisfacer; pero la novia le dijo que no se amilanara por tan poquita cosa, que eso se podía realizar en un abrir y cerrar de ojos: que se acostara a dormir tranquilo. Así lo hizo él. Cuando despertó, antes de salir el sol, su asombro fue inconcebible al verse bajo un platanar de grandes racimos maduros. En seguida fue y le dijo al hechicero:

—Señor: la condición que usted me impuso está resuelta.

Dudó aquel hombre endemoniado y se encaminó al sitio a comprobar la hazaña. Llegó, observó y comprobó que verdaderamente el conuco y el platanar estaban ahí, visibles y palpables, tales como los había exigido él. Caviló y luego hizo una segunda proposición:

—Antes de casarte tienes que traerme mi sortija de matrimonio. Al que hizo tan pronto el conuco y el platanar no le será difícil zambullir, bucear y traerme esa joya que ahora se esconde en el vientre del peje que vela de día y de noche en lo más hondo de uno de los dos grandes océanos.

¡Y todo lo decía aquel individuo, de mala fe, para evitar que las bodas se efectuaran!

El mismo día de prueba tan dura le preguntó Blancaflor a Juanillo, viéndolo andar preocupado y triste:

—¿Qué te pasa ahora, amor mío?

Sus palabras sonaron como flauta celestial, y él le explicó el problema sin solución que se le había planteado.

—El obstáculo no me parece insuperable, —le aseguró la novia—. Coge tu sable de guerra y párteme en menudos pedazos que en seguida arrojarás al mar, sin que en tierra quede nada de mi cuerpo, pues si faltare por tirar el agua aunque sea la menor partícula quedará manca. Y yo necesito quererte con toda mi alma y todo mi cuerpo, completo, perfecto y sano; y ojalá tener más partes para quererte aún más por todas ellas.

Juanillo se negaba a realizar la bárbara acción. Dijo francamente que prefería que lo mataran mil veces y verla casada con un hereje antes de someterse a prueba tan terrible. Pero Blancaflor, segura de sí misma, lo persuadió dándole un beso. Ante la elocuencia de un argumento tan persuasivo el enamorado no pudo seguir negándose.

Horas después el afortunado novio se le presentó al exigente brujo llevándole la sortija, brillante, igual que si acabara de salir de las manos del orfebre.

Meditó aquel hombre enredoso hasta llegar a la conclusión de que un tonto, ¡un poeta!, por sí solo era incapaz de realizar hazañas que para cualquiera de inteligencia superior eran imposibles. Llamó a la hija y la maltrató con palabras ásperas y amenazantes:

—Blancaflor: principio a creer que me estás traicionando... ¡Ay de ti si algo descubro, y ayayai de él!

Pero... *Perro que ladra no muerde*. Sin perder tiempo los novios decidieron fugarse, irse a la ciudad lejana en donde vivían los padres de Juanillo. Nicolasa, que era una avispa, alertó al marido:

—Abre los ojos, que éstos tienen algo entre mano.

—Hay que apresurarse y poner en práctica la resolución decisiva, —dijo a su vez la joven—. Los viajeros dicen que la luna es amiga de los enamorados: aprovechemos esta noche de luna llena. Ve al potrero de mi padre y de los dos caballos que veas al llegar, amarra al que está acostado, y tráelo.

Dócil, se encaminó él al potrero, y al ver a los animales, desdeñó al adormilado y decidió coger al que piafaba despierto. Fue un lamentable error: el que piafaba y dio un estridente relincho corría parejas con el viento, mientras el otro volaba con el pensamiento. Prepararon el viaje. Ella entró en su dormitorio y cogió un peine de concha de carey, un carretel de hilo azul, un grano de sal y otras cosas menudas que a Juanillo le parecieron naderías con que se encariñan las señoritas.

En cambio de esas chucherías la vio arrancarse una hebra de su cabellera, brillante como el oro, y ponerla cuidadosamente sobre la almohada.

El brujo y la nigromante, extrañados al no ver durante la mañana a la hija, que era madrugadora, la llamaron:

—Blancaflor. ¡Blancaflor!...

Y la hebra del cabello respondía remedando su dulcísima voz. Rato después, por segunda y tercera vez llamaba la madre, y dándose cuenta del engaño *puso el grito en el cielo* y los ecos regresaban repercutiendo de los remotos confines. Montó el padre en cólera y la cólera y él en el caballo que tenía el don de volar con el pensamiento. Comenzó la persecución. ¡Qué persecución! Corrieron pasando valles, cuestras, sabanas y otras llanuras inmensas; ellos galopando delante y el brujo detrás, vuela que vuela. Cuando se encontraba casi tocándole a los fugitivos la cola de su caballo, Blancaflor le dijo a su futuro esposo:

—Juanillo: papá nos está alcanzando.

Y en la curva de una vereda los novios se convirtieron en una mata de guineos con un racimo maduro y en el centro del racimo dos frutos verdes y tiernos.

Al pasar el hechicero y ver aquellos guineos tan apetecibles, refrenó y se detuvo a comer. Se comió el racimo, menos los dos granos verdes. Tan pronto quedó repleto se le embotaron las ideas hasta olvidar en qué andaba. Retornó a su casa, mientras Blancaflor y Juanillo renovaban la huida volando a la par del viento.

Cuando la nigromante alcanzó a ver al marido de regreso, ella que sabía más que él, le preguntó si se le habían escapado los fugitivos. Respondióle que no los había visto. Frunció Nicolasa el entrecejo y murmuró reflexivamente:

—Caíste en una trampa: los frutos verdes del racimo de guineos que no te comiste eran Blancaflor y Juanillo. Reanuda la persecución antes de que rebasen la raya fronteriza de nuestro poder.

Por segunda vez el brujo ensilló, montó a caballo y voló a alcanzarlos. De las patas de su corcel, volando, iban saltando chispas que se prendían junto a las estrellas en el firmamento. Sonó una voz trémula de pavor, y esa voz decía:

—Papá está otra vez a punto de alcanzarnos.

De pronto el perseguidor, que oía repercutir aquella voz en los cuatro puntos cardinales, vio a un viejo encorvado que trataba de atrapar a una gallina. Refrenó y preguntóle:

—Anciano, ¿has visto pasar por aquí a un joven estúpido y a una linda rubia tan inteligente como bonita? Si eres padre y hombre de honor, respóndele a un padre a quien están ultrajando.

—¡Aquí queriendo amarrar esta gallina!... —contestó a gritos aquel anciano que además de sordo parecía bobo, pues del mismo modo seguía contestando a cada pregunta.

—No pueden ir en cuatro direcciones: he perdido la pista, —se dijo el hechicero desconcertado, y se devolvió por segunda vez.

Cuando llegaba a su casa no acababa de contarle a su mujer la peripecia, y ya ella, hecha una furia, le interrumpía diciendo:

—El anciano y la gallina eran ellos dos: ¿cómo no lo comprendiste? Vuelve a montar, vuela y alcánzalos.

Voló él, voló, y ya estaba al alcanzar por tercera vez a los fugitivos cuando sonaron distintamente las palabras de Blancaflor diciéndole al prometido esposo:

—Papá se acerca. Siento el resoplido de su caballo.

Las palabras se difundían por rumbos diversos, y al decir las volviendo la mirada atrás, la novia tiró por encima del hombro izquierdo el peine que se transformó en una cordillera con cresta de peñascales y árboles gigantescos. Tendía el caballo el cuello y el hocico al cielo, volaba hacia arriba, y cuando descendió del lado allá de los encrespados montes mediaba una distancia enorme entre él y los fugitivos. Espoleaba y sacudía riendas, y la velocidad del caballo era tan grande que el jinete perdió una oreja con el azote del viento. Otra vez oyeron los novios que algo así como un torbellino les daba alcance y Blancaflor, sin volver la vista, tiró el carretel de hilo azul que se convirtió en espesa bejuquera. Con el dolor de una oreja menos y no pudiendo pasar por aquel laberinto, el brujo se devolvió afrentado, decepcionado y fatigado de tanto volar en vano. Antes de soltar estribos le dijo la luchadora mujer:

—Ya sé lo que te ha pasado. La cordillera y el bejucal eran ellos: debiste prenderles fuego. No dejes que un estúpido se lleve a nuestra hija: vuelve, alcánzalo y exterminalo.

No hay quien no sepa que las nigromantes son más testarudas que los hechiceros; pero todavía nadie ha podido medir todo el daño que puede aconsejar una mujer instigadora, aunque no sepa de magia.

El brujo mugió lo mismo que un toro bravo y furibundo se despidió con ímpetu de ciclón.

—No lo mataré solamente a él... —iba pensando— en donde los agarre quedará memoria eterna del escarmiento. Los re-

ventaré y trituraré y quemaré y las cenizas se disolverán en el viento.

Volaban y volaban; y cuando ya al teñirse el cielo con la sangre del sol agonizante caballo y caballero estaban a punto de alcanzar a los enamorados, Blancaflor miró hacia atrás, cerró los ojos, y por encima del hombro derecho tiró el terroncito de sal. Aquel diminuto terrón se derritió formando un charco y el charco crecía, se dilataba, y de pronto se volvió un mar tormentoso que no se podía cruzar sino rezando la oración que se aprendió Moisés para pasar el Mar Rojo. El brujo no la sabía. Desde la orilla, perdido el sol, nublado el pensamiento y perplejo ante la borrasca, aunque rabiando desistió de continuar la persecución. Maldijo el padre a la hija con palabras violentas, llamándola perra, malagradecida y traicionera.

—Blancaflor, Blancaflor: espero en el Genio de la magia y en el de mi gran Maestro... que seas pronto olvidada por Juanillo, el necio.

Y el huracán, más furibundo que él, se tragó la voz. En llegando a su casa le contó a su mujer cómo la cordillera, el bejucal y un mar borrascoso le habían cerrado el paso.

—Convécete, —le dijo la pertinaz Nicolasa— Blancaflor, esa mosquita muerta, está favorecida por el hada que la vio nacer y sin duda desde entonces recibió un poder casi tan grande como el del Genio del mal, que nos alumbrá.

El largo caminar, los peligros pasados y los sobresaltos en que se vieron durante los alcances sucesivos, le causaron al novio un cansancio tan pesado que ni podía tenerse en pie. Los párpados se le cerraban. Blancaflor, viéndolo así, le alertó para que en llegando no se dejara abrazar de amigos ni de familiares antes del matrimonio efectuarse; porque si se dejaba abrazar les sobrevendrían penalidades. Pero el sueño es hermano menor de la muerte y casi invencible como ella.

Juanillo, a pesar de su voluntad y acaso por la maldición del brujo, al llegar se reclinó y pronto quedó vencido del sueño. Dormido estaba cuando se presentó su abuela y lo abrazaba y lo besuqueaba. De repente los familiares vieron que Blancaflor se desvanecía igual que el humo y que del sitio donde ella estaba salió volando una paloma blanca.

Despertó Juanillo y, viéndose sin su compañera, cayó en tristísimo abatimiento. Ni comía ni bebía, sino alimentándose

de sus propias lágrimas: porque era un novio leal. Estaba hecho una pura lástima. Todo el tiempo se le iba en pensar en su amada, y en suspirar y suspirar. En cuanto a palabras, nada más sabía decir y repetir aquellos cantares con estribillo que por primera vez ahora le salían del alma:

—*¡Ay, mi palomita!*
¡La que yo adoré!...
Le nacieron alas
y voló, y se fue.

—*Abroncaron mi paloma...*
¡Tan mansa que la tenía!
Paloma, vuelve a tu dueño:
¡no seas malagradecía!
¡Ay, mi palomita!
¡La que yo adoré!

—*Paloma, dime si vuelves,*
mírame qu'estoy llorando...
Por el Gran Poder de Dios,
Paloma, ¡dime hasta cuándo!
¡Ay, mi palomita!
¡La que yo adoré!

Llamaron a la curandera del lugar, que se sabía el Credo completo y unas oraciones y ensalmos que alivian males de amor. Como era señora de gran experiencia, convenció a Juanillo de que alimentarse para sufrir es un deber superior y, en secreto, de labio a oído, le hizo la revelación de que él sentiría más la ausencia de Blancaflor y suspiraría más hondo por ella *contimás* se alimentara y fuera más fuerte. Comió y bebió; pero entorpecida la conciencia por la tristeza, pasaron siete años sin cambiar ni aminorar sus penas. Después fue aquello quedando atrás, en brumas de lejanía, y al fin los sufrimientos se disiparon, que todo lo borra el tiempo. Y un domingo Juanillo conoció a una señorita que no era fea, y le dio palabra de casamiento. No hubo oposición y se anunció la boda. El día convenido,

la novia, seria y emperifollada, estaba lo más currutaca. Hasta parecía bonita. El Cura y los testigos ya estaban ahí, cuando los concurrentes vieron entrar por la ventana del frente una paloma blanca, volando en círculo, y que se fue a posar frente a Juanillo y de una vez rompía en gorjeos:

—Currucutú-tú: ¿ya no te acuerdas de los siete trabajos que pasamos juntos?

Ninguno de los presentes entendía el lenguaje de las palomas; pero Juanillo, igual que un iluminado, respondía a cada pregunta:

—No recuerdo. No recuerdo.

—Currucutú-tú: ¿ya no te acuerdas del conuco y de la sortija que te exigió mi padre para consentir en nuestro matrimonio?

—No recuerdo. No recuerdo... —y las palabras parecían irle saliendo sin su voluntad, como si las sílabas brotaran maquinalmente.

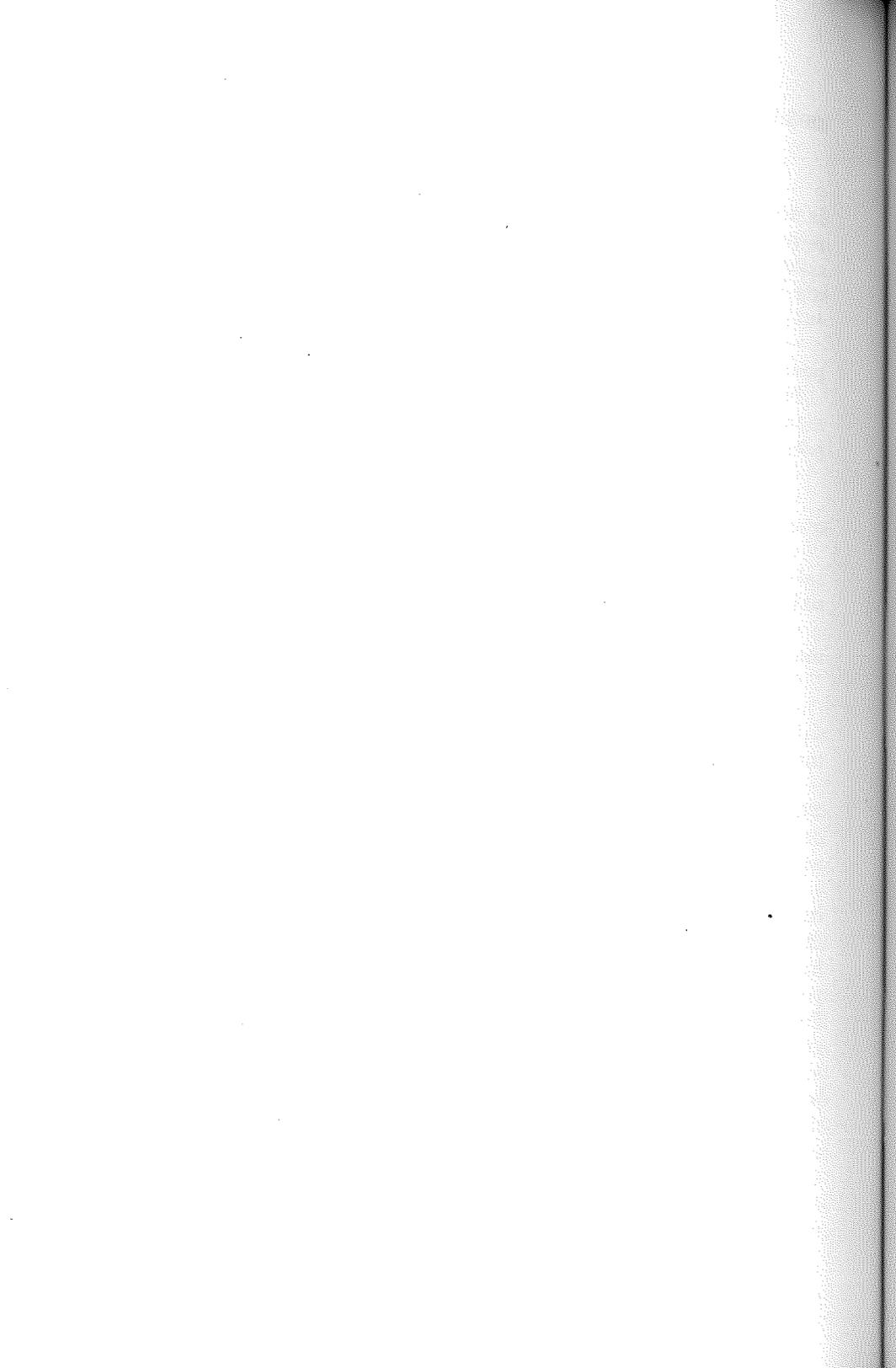
—Currucutú-tú: ¿ya no te acuerdas de aquel racimo de guineos maduros ni del viejo y de la gallina?

—No recuerdo. No recuerdo...

—Currucutú-tú: ¿ya no te acuerdas de cuando un grano de sal, tirado atrás por mi amor, se convirtió en un brazo de mar tormentoso?

—Como que voy recordando... Sí, sí, sí, ¡ya recuerdo! ¡Oh Blancaflor, dueña mía, paloma mía!: despierto estoy después de siete años de un sueño profundo como la muerte. Tuyo fui, tuyo soy, tuyo seré.

Ante el asombro de los concurrentes la boda que principió con una prometida se efectuaba con otra. Blancaflor reapareció en su verdadero ser: rubia como un hada, linda como un hada, y vestida de un traje tenue y suave como la espuma, lista para casarse inmediatamente. Sin perder minuto bendijo el Padre Cura la boda y desde entonces Blancaflor y Juanillo vivieron juntos sin envejecer. Y tuvieron muchos hijos, y fueron muy felices; y a mí me autorizaron a contar su historia para que los novios sigan su ejemplo y aprendan a ser leales.



LA COPLA QUE ESCRIBIÓ UN REY VERDADERO

En tiempo de Maricastaña vivía un gran rey. Era pacífico y afectuoso, aunque precavido. Lo querían mucho, porque hacía justicia. Un año después de su matrimonio esperaba tener un heredero de la corona; pero la reina soñó con un par de chancletas y parió una infanta; y se vio tan mal en el trance que la partera aseguró que no volvería a quedar en cinta. Por fortuna el rey era de buen carácter y se consoló adoptando a un pariente, hombretón calvo, al que llegó a querer igual que si fuera su hijo.

Un día el monarca resolvió recorrer sus dominios, sin dejarlo saber de los cortesanos y darse a conocer por donde pasara. Le entraron ganas de averiguar cómo se estaban comportando las autoridades de su pueblo. Por único compañero se llevó al calvo.

Después de andar por acá y por allá, escudriñando y tomando nota de lo bien hecho y en libreta aparte del mal que se debería corregir, llegaron a una aldea remota y no encontrando posada se alojaron en la vivienda de una viuda entrada en años que tenía una hija soltera, garbosa, rebosante de salud, decidora y tan despierta que no parecía aldeana. El rey la miraba con curiosidad, luego la veía con interés y poco después acabó apeteciéndola como a una fruta madura, hasta que llegaron a lo más íntimo del amor.

El buen monarca no se quería ir; pero los negocios de la política exigieron su presencia en la capital. Antes del retorno le secreteó al calvo lo ocurrido y el propósito de dejarle a la

muchacha su dirección, bastante dinero y precisas instrucciones por si le nacía un varón. El protegido se creía heredero, y autorizado por la confianza se atrevió a opinar en caso tan delicado.

—Señor, —le dijo— lo prudente y mejor es irse sin más ni más, sin que estas aldeanas ni siquiera sospechen quiénes somos, y que más nunca tengan nuestras noticias; y... *aquí paz y en el cielo gloria.*

Se soltó de lengua y agregó:

—¿Dinero? ¿Dejarle dinero? ¿Qué dinero se necesita en una aldea? ¿Y qué más para ella que la suerte de que en su misma cama se acostara un rey?

Al pariente se le olvidó que a los mandatarios no se les da opinión ni consejo sino cuando ellos autorizan. ¡Y eso!... Desde aquel momento el monarca abrió los ojos y comprendió que *más vale andar solo que mal acompañado* y que le convenía apartarse del calvo. Según lo pensó lo hizo y dándole una regalía *lo mandó con su música a otra parte.* Ni en este mundo ni en el otro se volvieron a ver.

Con palabras muy meditadas el rey escribió, puso dentro de un sobre lo escrito, lo cerró, lo lacró, y poniéndole en manos de la humilde joven habló así:

—Desde ahora es mi voluntad que si la criatura sale varón, a su tiempo entre en la escuela, y cuando aprenda *las cuatro reglas* le entregarás esta disposición y con ella el dinero que envuelve y este anillo que tiene un arabesco que sólo para mí y el joyero que lo hizo es comprensible. El contenido más importante del escrito es mi dirección: no la extravíen. Esta otra suma es para que tú y tu buena madre vivan cómodamente sin tener que hospedar en esta casa a ningún hombre.

Acentuó las últimas palabras mirándola de manera que se le clavaran en la memoria y no se le olvidaran nunca.

Al cumplirse los nueve meses, el día de San Leonardo, la joven alumbró un varón y le puso el nombre del santo. Al principio no parecía más que un muñeco; pero a medida que iba creciendo se convertía en un vivo retrato del padre. ¡Virgen Santa, y cómo se le parecía! Ella... loquísima de contenta.

Cuando el niño cumplió siete años entró en la escuela. Con las primeras lecciones despertó y su inteligencia lo hacía brillar entre los demás como un diamante en un cascajal. Un año

después sabía más que todos los condiscípulos y era el orgullo del maestro. El día de los últimos exámenes se lució y los compañeros se amargaron de tirria. Desde que salieron a la calle le vocearon que él no era más que un sin padre. Antes de verlo ganar todos los premios ninguno había dicho eso. Creció y con los años aumentaban las murmuraciones; y un día no pudo soportar más y le exigió a su madre:

—Dime ahora mismo quién es mi padre y en dónde está, si no ha muerto. Quiero saberlo antes de romperle los dientes y tres costillas a cada uno de esos sin servir.

La madre y la abuelita se alarmaron, porque hasta entonces no lo habían visto colérico, y lo abrazaban para calmarlo; pero él *se mantuvo en sus trece*, exigiendo.

—Ahora vas a comprender que no es como los demás hombres, —le prometieron.

Se fueron al aposento y registraron hasta sacar del fondo de una carterita, que él no había visto, un sobre lacrado que protegía un papel, y en el papel se leía en letras mayúsculas el nombre de la ciudad, el de una calle y el número de una casa. Además, dentro del sobre había una suma de dinero y la sortija que tenía marca especial, que él miraba y no podía entender. Cubría todo el contenido un pergamino y en el pergamino se leía una copla muy elocuente que se aprendió de memoria. Tan contento se puso que ni se acordó de ir a romperles los dientes y las costillas a los sin servir. Lo que hizo al día siguiente fue preparar su viaje y tan pronto quería salir que casi no daba tiempo a que le prepararan alforja. Triste fue la despedida, porque la abuela creía que él era todavía un niño sin pizca de la experiencia necesaria para viajar solo y la madre pensaba que acaso no volvería a verlo.

Después de tres días de caminar alcanzó a un hombre que era tuerto del ojo derecho y turno del otro: hizo la señal de la cruz con la mano izquierda, señal que la abuelita decía que era muy eficaz cuando se va sin armas por los caminos. Lo desechó dando un rodeo. A los seis días, ya anocheciendo, le dio alcance a uno que iba renqueando con un saco auestas. Sin saludarlo siquiera le pasó sin mirar atrás. A los nueve días, ya a la vista de la gran ciudad, se creía a punto de morir de sed. Lo alcanzó un caminante que iba en la misma dirección, al que le suplicó que le diera o le vendiera un poco de agua. El individuo, muy

zalamero, al responder con palabras melosas alzó respetuosamente la mano rozando el sombrero que le arrebató el viento descubriendo una cabeza de superficie lucia.

—¡Es calvo, Dios mío! ¡Es calvo!... —se dijo; pero ya el percance era inevitable y su agobio era tanto que no le permitía salir huyendo.

—Mi distinguido señor, —le respondió el ladino—. Agua no necesito llevar porque en el trayecto hay mucha. Venga y beberá ahora mismo.

Se acercaron a un pozo a la vera del camino. Ni en su brocal, ni cerca de allí, encontraron cantimplora. Para que pudiera beber el desconocido lo cargó suspendiéndolo por los pies, cabeza abajo. Luego entraron en conversación y siguieron juntos, y el ladino habla que habla... cuando cerquita de la ciudad le vio brillar la sortija.

—Compañero, —le dijo— en balde nos apuramos por llegar, pues el reloj público está dando las seis y desde ahora hasta que salga el sol se cierra el portón de la ciudad. Por suerte aquel bohío no es mal hospedaje y pasaremos en él la noche.

Se detuvieron. Leonardo pagó y el calvo no quiso que durmiera solo en un aposento. Se tendió en cama contigua y a poco fingió dormir. Roncaba; y cuando Leonardo se rindió al sueño, se levantó "pisando en dos uñitas", le hurtó la sortija con suavidad increíble y por llevarse lo que de pronto creyó dinero cogió el sobre que contenía la dirección y las instrucciones. Temprano entró el ladrón en la ciudad y sin pérdida de tiempo se fue al palacio, se anunció y lo condujeron a la presencia del monarca, que lo recibió a solas, rodeándose de misterio.

Habituado a escrutar en los íntimos repliegues de la conciencia de cortesanos astutos, el rey examinaba por fuera y por dentro al aparecido. Ni un gesto, ni un rasgo se percibía en este hijo de común con aquella joven sana de alma, exuberante de cuerpo y de carácter jovial. Se escrutó, buscando algo de él en sí mismo y, ¡ni una corazonada! Eso que llaman "la voz de la sangre" permanecía mudo. ¿Para qué iba a hablar? Bastaban la evidencia de las pruebas y la convicción de una calaverada que ahora pesaba con elocuencia decisiva. Pero...

—El *pero*, ¡siempre el bendito pero en mis dudas! —se decía el rey—. ¡Calvo!... ¿Cómo puede ser calvo antes de los diez y nueve años? ¡Y ese envejecimiento prematuro, y la malicia en el

ojo que le hace parecer de más de veinte!... ¿Cómo fue posible que de ella y de mí saliera éste? ¿Raquitismo contraído en la infancia? ¿Miseria habitual? ¿Restos de enfermedad heredada de algún ascendiente materno? Mintió el que dijo que no da saltos la naturaleza. En todo este proceso sólo veo clara mi culpa.

—La madre, —explicó con precisión el hijo— murió de viruelas a raíz de darlo a luz. De la abuela no sabía más que referencias vagas transmitidas por el tío que se lo llevó a un campo en donde lo crió sometándolo a penalidades, deseoso de que cumpliera diez y ocho años para casarlo con su hija escrofulosa, bizca y deforme. Esto le hizo escapar llevándose los papeles y la sortija.

El monarca entrecerró los ojos. Para el que lleva encima la carga de un pueblo, —pensó— poco viene a ser echarse al hombro otra cruz.

En el palacio hubo fiestas y la noticia de la aparición de un hijo del buen rey se propagó pasando al centro de la ciudad y de allí a los barrios más apartados.

Llegó Leonardo a la capital del reino, injuriado, engañado, robado y obligado a callar, pues teniendo de enemigo a un traidor tan mañoso una ligereza cualquiera podría costarle muy caro. El malo ese, —pensaba— no dejará de valerse del favor oficial para impedirme levantar cabeza. Calló prudentemente, pero sin renunciar a la esperanza.

Pronto se orientó y pudo andar solo. Encontró la calle; pero no el número de la casa indicado en el escrito. Cierta día, pasando frente al palacio real se detuvo; en vez del número que buscaba, al levantar la vista quedó lelo viendo a una joven que no parecía criatura humana, sino aparición divina. Sin darse cuenta se detuvo a contemplarla y sombrero en mano se inclinó en adoración. A ella parece que no le disgustó causar ese arrobamiento y lo premió con una sonrisa. Volvió el día siguiente a la misma hora, y el otro y el otro, y se acostumbró a pasar mirando; y el ángel del balcón siempre en espera de no se sabe a quién. Una vez al pasar vio que por un cordón descendía un papelito. Lo atrapó y corrió a su alojamiento en donde a puerta cerrada lo leía y releía sin quedar ciego ni darle crédito a los propios ojos. Leía:

—Si no subes esta noche a las once no serás hombre...

Para responder a la cita salió, compró una escalera plegadiza y antes de la hora indicada ya estaba en el sitio. Minutos después se acercaron dos badulaques, de esos que viven *a la buena de Dios*. Y uno era... ¿quién se lo podría figurar? El rey andaba recorriendo la ciudad, disfrazado, para enterarse de cómo andaban las cosas en su gobierno. Le acompañaba el hijo postizo.

—Bien llegados, señores: llegan ustedes oportunamente.

—Muy buena noche le dé Dios, —saludaron.

—Buen hombre, —propuso dirigiéndose al mayor— le daré un peso fuerte si me colocan allí esta escalera.

—¿Y adónde pretende subir? —le preguntó el aludido.

—Al segundo piso de esa casa.

(¡Pretendía subir al palacio real!)

Cargó el rey la escalera ayudado por el otro y la colocó en el sitio indicado. Fingieron irse y quedaron espionando desde la esquina. Trepa Leonardo, el monarca observa y espera que baje para interrogarlo. El calvo, conociendo a aquel compañero de viaje, le propuso al rey que lo mataran en castigo del atrevimiento.

—No será así, —le respondió.

—Pues... cuando esté bajando me encargaré de tumbarle la escalera, y la muerte correrá de cuenta suya.

—Hijo: —reprobó el rey— en acciones así nunca se debe pensar y jamás se deben hacer, y menos contra un adolescente que no parece un cualquiera. Mañana, después de meditarlo, se impondrá el castigo correspondiente a la intención.

—Padre: —insistía el falso hijo— esto no debe quedar sin escarmiento inmediato.

—Hijo: me parece que sobre el caso he hablado bastante, —cortó el monarca.

Descendió Leonardo.

—Caballero: las cuentas claras: me parece que usted se está olvidando de pagarnos el duro, —volvió y reclamó el mayor de los trabajadores.

Se excusó el joven mientras pagaba.

—Gracias por su esplendidez, —musitó el fingido badulaque simulando ser torpe mientras recibía el dinero—. Da gusto trabajarle a un caballero como usted, —agregó—. En lo dádivo-so parece que es forastero... ¿tendría la bondad de decirme en dónde se hospeda? Me agradecería volverle a servir.

El joven dijo su dirección mientras ellos se retiraban. Al instante el calvo le pidió permiso al padre para ausentarse.

—¿Y adónde irás a esta hora?

—Se trata de una diligencia personal, —respondió.

—Aplázala, —ordenó el monarca.

El calvo se ponía más intranquilo a medida que pasaba el tiempo. Al regresar al palacio el rey dispuso que se pusieran centinelas dobles, con orden de que durante el resto de la noche ni siquiera a él mismo le permitieran salir, si lo intentaba.

Temprano, el día siguiente, ordenó que el capitán de la guardia del palacio fuera al hospedaje... tal, prendieran al Leonardo mentado y lo condujeran a su real presencia, en seguro arresto. Antes de una hora regresaron con el delincuente. La reina y la princesa, extrañadas de una audiencia en hora tan inusitada, se acercaron a curiosear, y cuando la primera vio a aquel joven se preguntaba:

—¿En dónde he visto a este señor, o a quién se me parece? ¿En dónde?... ¿en dónde?

Y la hija, que había pasado una noche de intranquilo sueño:

—¡Ay Dios!... el mirón está preso, seguramente por causa mía.

—Joven: —preguntó el rey— ¿con qué permiso y con cuál propósito entraste anoche en mi palacio? Responde y economiza palabras, que el caso es grave.

—Majestad: —respondió el joven sin amilanarse— parece que mi persona no le es antipática a una doncella que desde lejos he visto asomada al balcón, y que... ¡lo juro por mi honor!, es linda como en el mundo no hay otra igual; y si alguno se atreve fuera de aquí a contradecirme, lo castigo. Anoche vine y la vide apenas, porque un no sé qué me impedía alzar la vista en su presencia, y el respeto a su divina persona y al sitio no me dejaron pronunciar palabra.

—Y tú, —insistió el rey— ¿quién eres, de dónde eres y en qué andas?

—Majestad: soy de la aldea Consolación, que es de las remotas y más leales a este gran reino. Me criaron mi madre y mi abuela en la ley de Jesucristo y para servirle al rey, sin decirme nunca quién es mi padre, hasta que varios condiscípulos al verme sobresalir en los exámenes y ganarme todos los premios, sin poderme echar en cara otra falta murmuraron que soy un sin padre. Con los años crecieron las murmuraciones; y antes

de imponerles a los charlatanes un correctivo, como era mi deber, respetuosamente les pedí a mi madre y a mi abuela que me hicieran saber la verdad, y entonces me entregaron un pergamino en el cual se indica cómo y en dónde puedo encontrar a mi padre, residente en esta ciudad. Junto al papel encontré una suma de dinero que conservaron completa, y escrita por él esta copla que me aprendí de memoria, porque siendo obra de mi padre tiene que ser verdadera:

—*Si vieres un tuerto bueno
asúntalo con cuidado...
Dale las cruces a un cojo,
¡y Dios te libre de un calvo!*

Además me entregaron una sortija que tiene un arabesco indescifrable.

Mientras el joven hablaba al salón iban entrando condes, marqueses, duques y otros señorones y vasallos nobles. Y el traicionero al lado del rey, sudaba la gota gorda pensando que se le acercaba el castigo por su felonía. Y siguió el joven contando:

—Me despedí tan contento, porque iba a conocer al autor de mis días, que se me olvidaron las injurias de los lenguaraces y se salvaron de la paliza que merecían. Mi abuela y mi madre quedaron allá rezando por mí. Durante el viaje encontré a un tuerto y a un cojo: los deseché, ateniéndome a la copla; pero a los nueve días creí morir de sed cuando me tropecé con ese calvo... sí, ese que está al lado de su Majestad, y no pude escapar de él. Por él bebí y seguimos juntos. Ya teníamos a la vista esta grande y bella ciudad, cuando él me explicó que después del toque de oración está prohibido entrar en ella. Con palabras dulzonas me convenció de que decía verdad y consiguió que pasáramos la noche en un hospedaje. Durante mi sueño, o quizás por arte de magia, me sacó la sortija, que era el más valioso testimonio de mi padre, y se llevó además la dirección y los papeles que me acreditarían en llegando a su presencia. Sólo me dejó el dinero, ignoro por qué milagro.

—¡Mi hijo! ¡Este es mi hijo! —exclamó el rey levantándose para abrazar a Leonardo.

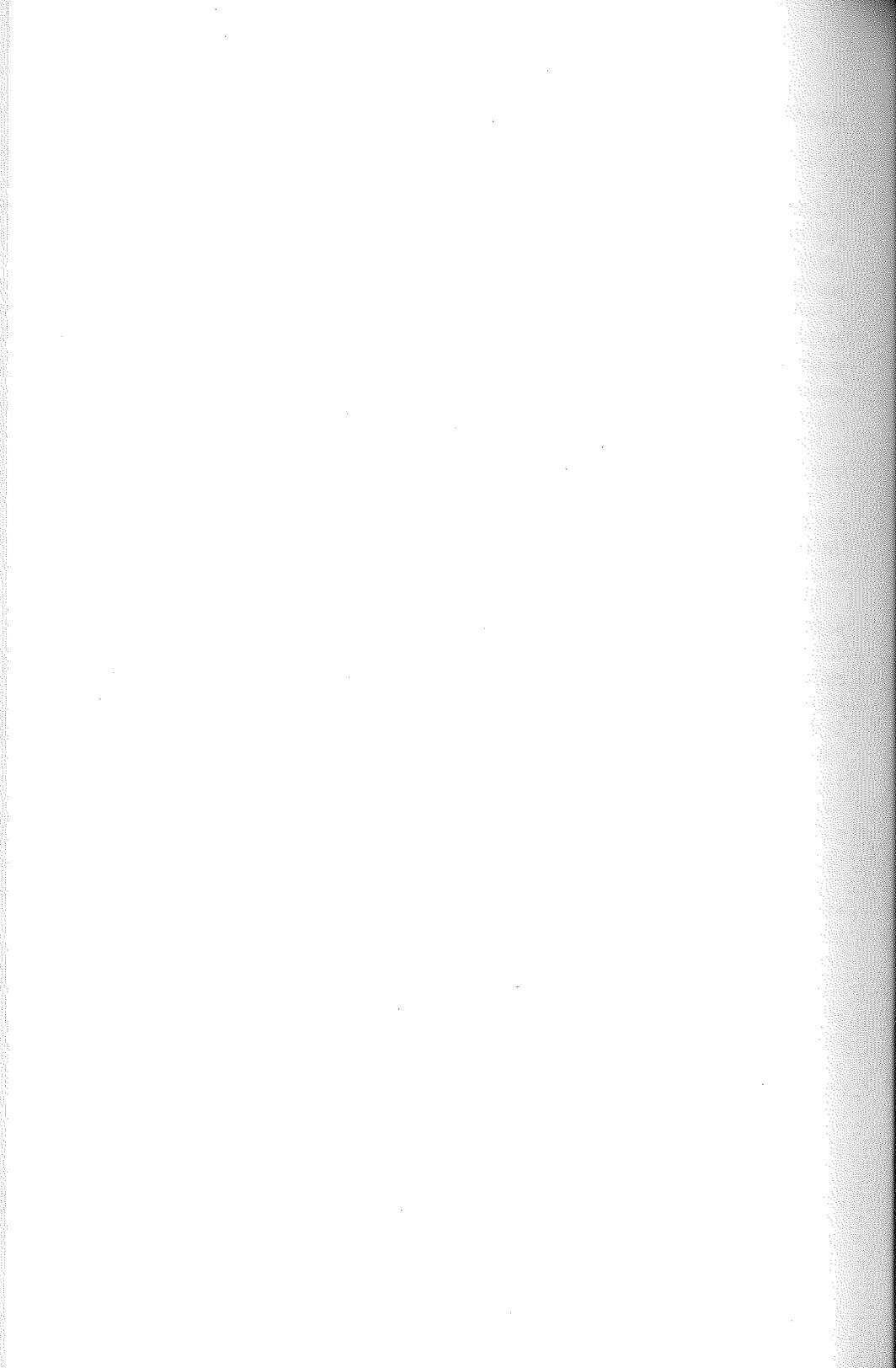
La reina y la princesa también lo abrazaron; y los duques, marqueses, condes y vizcondes y los demás nobles que estaban detrás de ellos, se empinaban para ver mejor. Se sentó el rey y recobrando su habitual aplomo ordenó:

—Venga el capitán de guardias; y que el verdugo venga. Mando, ¡y ay del que no obedezca! Prendan a ese calvo impostor y afrentoso, de corazón empedernido; y que lo amarren de manos y pies a cuatro mulos cerreros que azotarán y harán correr hacia opuestos rumbos, para que lo descuarticen.

Entonces fue cuando Leonardo dio un paso adelante, hincó una rodilla, y le oyeron suplicar:

—Padre mío y señor: imploro que su alta clemencia cambie ese terrible castigo por otro. Puesto que en día de sed el calvo me dio de beber, acaso no sea tan malo como parece y pueda enmendarse.

Al rey, a la reina, a la princesa y a los cortesanos presentes les parecieron juiciosas las razones del nuevo príncipe. Por eso el calvo se salvó y sólo fue desterrado. Anduvo rodando de reino en reino, de pueblo en pueblo. Por desgracia universal el mañoso tuvo descendencia y él y su descendencia no han dejado de hacer de las suyas. Lo peor es que se están multiplicando tanto que acabarán por llenar el mundo.



DE CÓMO UN LEGADO SE CONVIRTIÓ
EN CASTIGO¹

Cuentan que en tiempo atrás existió un hombre experimentado que tenía tres hijos y la cabeza llena de sentenciosos proverbios. Nació rico y vivió alerta. Enriqueció aún más de dinero y experiencia y ya entrado en años el concepto de su propio saber se le convirtió en orgullo, y en su orgullo se jactaba de no haberse equivocado en el trato de la gente. Estaba seguro de que nunca, ni en un detalle, lo pudo engañar ni el más astuto de los negociantes y con frecuencia se le oyó repetir que jamás se equivocaría al reconocer a nadie, pues a los que pasaban de lejos los juzgaba por la parentela y su mirada escrutadora penetraba en los repliegues más íntimos del que tenía delante.

Afirmaban sus admiradores que produjo él, y otros decían que aprendió de algún antiguo, sus coplas cargadas de refranes

*Yo conozco al cojo echado
y al tuerto, aunque esté durmiendo,
y al malicioso tremendo
aunque venga disfrazado.*

A causa de un dolor de cabeza que le hacía ver los números bailando, llamó al médico de más reputación y el médico en vez de receta le mandó un vendedor de espejuelos, quien valiéndose

1. En la primera edición este cuento se titulaba "Así se castiga a los ingratos".

de espejitos y letras de diferentes tamaños pegadas en un cartón, trataba de convencerlo de que se le estaba acortando la vista y le aconsejó que se pusiera ante los ojos vidrios.

¿Vidrios? Con su indefectible lógica dedujo que si los años no se atajan con oro y plata menos se han de detener con vidrios. Antes que dejarse persuadir aceptó con valor que con la vejez se le acercaba la muerte y decidió retirarse de los negocios a descansar durante el tiempo que le faltaba vivir. Reunió a los hijos y les habló concienzudamente:

—Hijos: —princió diciendo— yo he cumplido mi tarea en este valle de lágrimas, que no es tan lacrimoso como los rutinarios repiten. Y porque he vivido con el ojo abierto, para evitar picapleitos, notarios, alguaciles y jueces que los desvalijen a ustedes cuando yo muera, llevándose la mayor parte de la riqueza que nos ha costado tanto sudor a mis padres y a mí, decido repartir el caudal, que he aumentado, dándole a cada hijo la parte que le corresponde. Me despojo de mis bienes convencido de que la mejor riqueza a última hora es el amor de padre a hijos y de hijos a padre, a pesar del necio aquel que escribió:

*—No te fíes de la confianza,
que en la confianza hay engaño;
¡alerta mejor tu vida
hasta los últimos años!*

Me descargo del peso de mi riqueza material, repito, que reparto entre ustedes bajo esta única condición: sin que tengan que menoscabar la suma que a cada cual le corresponda, con parte de los réditos me mantendrán decentemente por el resto de mis días, que no serán muchos. Después, venderán esta casa para el pago de mis funerales, teniendo en cuenta que *el Abad de lo que canta yanta*. Levantarán una cruz sobre mi tumba y harán escribir con letra clara bajo el E.P.D., esta inscripción verdadera:

FUE BUEN HIJO, BUEN ESPOSO, BUEN PADRE Y CRISTIANO VIEJO.

Sólo me falta aconsejarles y ahora les aconsejo, que se casen por la Iglesia, como es debido, escogiendo bien a la compañera, pues *a la mujer y a la perra se busca por la raza.*

Cada hijo cogió su parte de la riqueza, sin dejar de decir entre dientes que la casa debería entrar también en el reparto; que del mismo modo que se comprometían a mantener al padre cumplirían haciéndole un suntuoso entierro y plantándole la Cruz de Cristo en su sepulcro. Pero en este punto el viejo *se mantuvo en sus trece* alegando que deseaba morir como había vivido: en casa propia.

Los tres hijos se alejaron, se casaron y de tal manera ellos y las esposas escogidas olvidaron que tenían un padre a quien sostener, que pasó el tiempo y ya los primeros nietos habían cumplido doce años de edad y ni el día de la confirmación recordaron que tenían abuelo vivo; porque los padres y las madres jamás hablaban de eso, pensando acaso que podría traerles mala suerte.

Vendió el anciano cuanto le quedó en la casa y hasta las sayas de su difunta mujer. Con la penuria le creció su orgullo imprudente: no quería dar que hablar a los extraños ni aparecer como un mendigo de lo suyo ante los propios hijos. Pero a la fuerza ahorcan. Un día se le ocurrió pensar que tenía el derecho de vivir del dinero que había legado después de aumentarlo a costa de afanes; pues si dio todo lo suyo fue bajo la condición de que lo alimentaran a él durante el resto de sus días, estipulación que no se había cumplido. Pero aunque *en donde hay engaño no hay trato*, quiso seguir evitando el escándalo. Pensó y pensó buscando mejorar su condición de vida hasta que se le encendió una idea.

Se fue adonde un amigo rico, que en el buen tiempo había sido socio de él y ni el día de separarse y dividir el negocio dejó de darle pruebas de amistad verdadera. Después de saludarlo se apartaron a hablar en privado. Le explicó su situación presente y le pidió tres millones de pesos fuertes por sólo un día: se los prestaría el viernes en la noche y les serían devueltos el sábado siguiente. Dejaron constancia escrita.

Invitó el viejo a los hijos, nueras y nietos para que fueran el sábado a la casa de él a disfrutar de un banquete, por ser día de su cumpleaños. Les hizo saber que haría revelaciones de parte de la fortuna que guardaba cuidadosamente. Invitó además al Notario, al Cura y al Juez Alcalde. Acudieron todos, y ya sentados frente a los manjares calientes, en vez de palabras de brindis el viejo les habló de este modo:

—Guardo todavía en un cofre, dentro de la caja de caudales, la mayor parte de la fortuna que supe acumular. Yo...

Cuando iba a continuar su peroración se presentó muy presuroso el amigo y antiguo socio rogándole que le prestara tres millones de pesos fuertes.

—Señores, —suplicó el anciano mirando al Cura, al Notario y al Juez Alcalde— les ruego que esperen un momento, que tengo el deber de complacer a mi antiguo socio.

Entró en un aposento y abrió el gran cofre del dinero. En presencia de los asistentes al banquete fueron sacando y contando talegos de onzas de oro hasta completar la suma necesitada. Luego se enfrentó a los hijos, asegurando:

—Conservo ese dinero y uno o dos millones más, para mis herederos.

Y mirando al Notario, le suplicó:

—Guarde esta llave hasta el último rezo del novenario de mi muerte. Entonces, en presencia del señor Juez Alcalde y del Padre Cura, abrirá usted el cofre de doble llave, que se cierra sólo, y repartirá entre mis hijos cuanto poseo.

Cuando acabó de hablar envolvió ceremoniosamente en un papel encerado un objeto que parecía de gran valor: algún collar de filigrana cuajado de piedras preciosas, pensaron las nueras. Lacró la envoltura y con mano temblorosa por los años y la emoción, escribió siete palabras.

—Esto, —dijo— es lo que he conservado de valor positivo.

Terminó el banquete, escurrieron las copas y todos se retiraron alegres. Desde aquella fecha feliz, día tras día, los hijos, las nueras y los nietos acudían cada mañana a verlo y a preguntarle, solícitos, cómo estaba de su preciosa salud, mientras lo examinaban en silencio y calculaban cuánto tardaría en reventar ese viejo. Le llevaban regalos; la suma que cada cual debía entregarle a fecha cumplida se la llevaban por anticipado y llegó a tener en su retiro más de lo necesario. Aquello se convirtió, más que en el cumplimiento de un deber, en porfía de *a cual diere más y se comportara mejor*. Nadie había visto en el lugar familiares tan obsequiosos. Hasta que un día el anciano se acostó boca arriba en su colchón de plumas, se estiró a todo lo largo, rezó el Padrenuestro, y con un ojo cerrado y el otro abierto por la desconfianza quedó en absoluto reposo. Tres horas después lo encontraron tieso. Nadie podría en conciencia

asegurar si las nueras y los nietos lo mataron a fuerza de cariño, o si él, cansado de tanto arrumaco, decidió mudarse al otro mundo.

El velorio y el entierro fueron suntuosos. Y el ansiado día, después del último rezo, llamaron al Notario, al Cura y al Juez Alcalde para que distribuyeran el dinero y las joyas sin pérdida de tiempo. Cada una de las esposas de los tres hijos no sabía cómo componérselas para que le tocara la joya envuelta con tanto esmero en el papel encerado y lacrado el día del banquete. Y vean lo que son las cosas; cuando destaparon el cofre que se abría con doble llave y cerraba sólo, lo mejor que encontraron fue un rebenque envuelto en un papel que decía en letras mayúsculas:

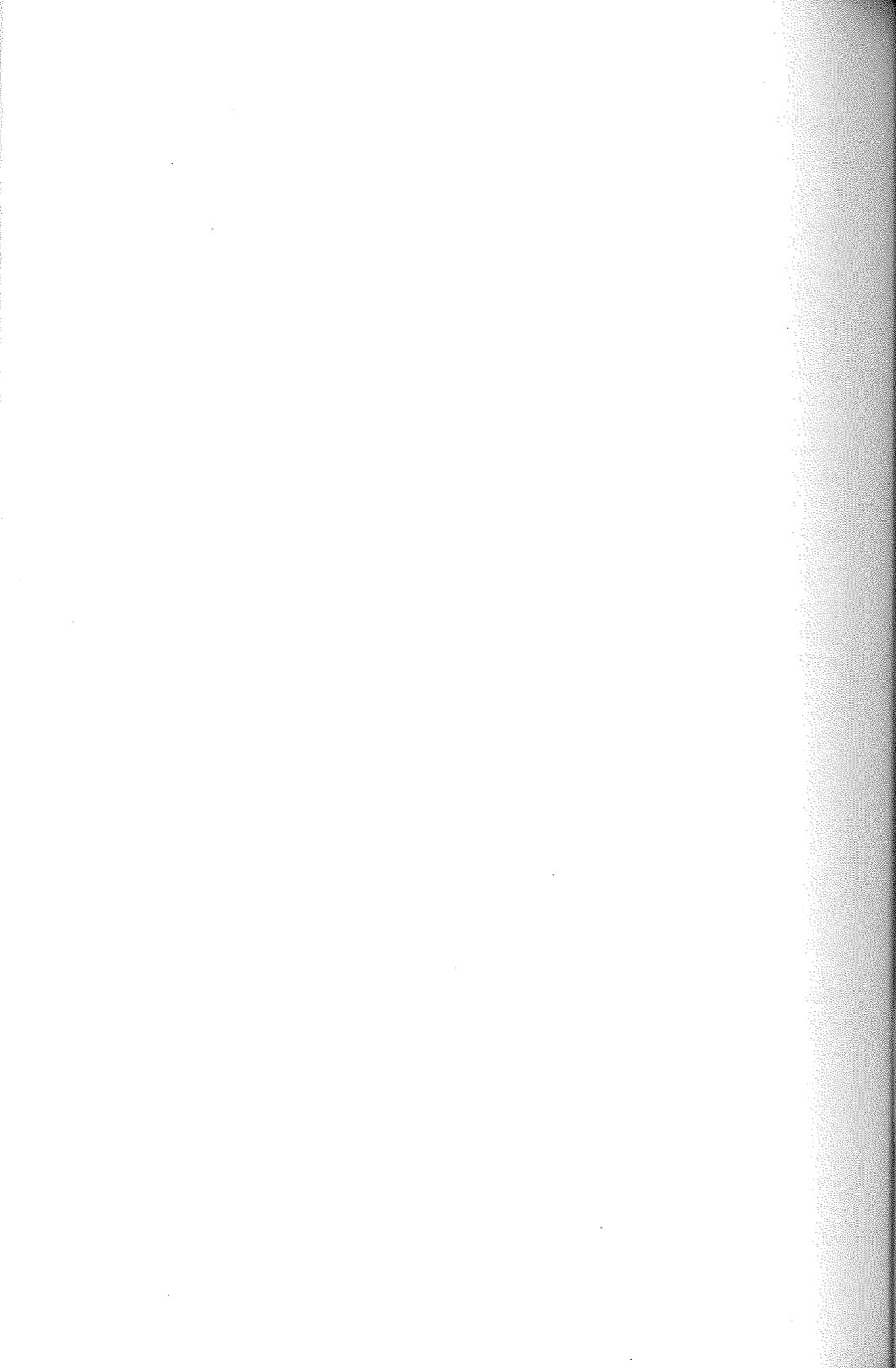
—CON ESTO SE CASTIGA A LOS INGRATOS.

En seguida rasgaron un sobre y leyeron el documento en que constaba la venta de la casa y al respaldo unos versos tan pedestres que parecían escritos para que las lavanderas los cantaran en el cascajal del río en hora de decepción:

—*Ninguno diga: yo tengo,
porque le haigan ofreció,
que eso de yo te daré...
¡en ningún tiempo ha valió!*

Aquel fue un momento de verdad ingrato. Antes de que los herederos pasaran el bíblico *crujir de dientes*, el Padre Cura sentenció mirando al techo y como si estuviera rezando:

—Hermanos míos en Jesucristo: *A mal tiempo buena cara*. Pues, como dice el más consolador de los proverbios y solía repetir el difunto: *Dios que da la llaga, da la medicina*.



LA ENSEÑANZA DE LA CULEBRA
Y LA LECCIÓN DEL GALLO

Hace ya mucho tiempo que en una aldea lejana residían una muchachona y un joven. Se amaban tanto que decidieron casarse para ser verdaderamente felices. A ella los padrinos le pusieron el nombre de Micaela, porque nació el día aniversario en que San Miguel tumbó a Satanás amenazándolo con una espada tremenda. A él lo llamaban Julián.

Julián era cariñoso, precavido, trabajador y muy ambicioso; pero Micaela era todavía más ambiciosa que él y además tenía una curiosidad que sobrepasaba a las ambiciones. Desde el principio del matrimonio fue aspiración del marido que a su mujer le dijeran doña: *Doña Micaela*, y treinta días después de la boda comprendió que en la aldea natal no podría llegarse a tanto, y ni siquiera conseguiría rodearla de comodidad y darle educación y porvenir seguro a sus futuros hijos.

—Tres meses me bastarán —le dijo a la enamorada esposa— para preparar nuestra mudanza al pueblo. Allí sí se prospera y sólo entre los inferiores se usa el estúpido *tú* que sin diferencia le enjaretan a uno cada rato en esta aldea. Tengo noticia de que un jornalero, menos hábil que yo, en un dos por tres allá se volvió rico. Me voy seguro del éxito y de nuestra buena estrella. Confío a tu buen juicio lo que poseemos. Bésame, espérame y miéntame en tus oraciones. En cuanto a mí, te zumbarán los oídos pues viviré nombrándote.

Desde que Julián llegó al pueblo encontró quehacer y pronto se ganó la estimación de un negociante en trigo, que lo aconsejaba y prometía favorecerlo. Economizó la ganancia y con

ganancia y crédito adquirió un solar contiguo a unos matorrales. Lo limpió y comenzó a erigir su casa definitiva. A continuación, en el patio haría un horno.

—No creo —se dijo— que amasando harina y horneando y vendiendo pan se deje de ganar dinero mientras las gentes coman, y mientras vivan no podrán dejar de comer.

Construyó su casa y cuando empezaba a quemar matojos para levantar el horno vio una culebra, inofensiva y delgada como un bejuquito.

—¡Hola! ¿Estás escondida ahí? —habló frente a la endeble alimaña—. Otro te machacarí la cabeza, que a los que se arrastran los que no les tienen odio les temen o los desprecian. Yo pienso, contra el común parecer y sin dizque ni que me lo dijeron, que el que se empina, el que vuela y el que se arrastra obedecen por igual a una ley de Jesucristo. Ven.

Cogió en una rama a la culebrita, la apartó adonde no le molestara el fuego y continuó en su faena afanado por completar con el horno la vivienda que le gustara a su mujer, cuya separación no le permitía reposo corporal ni ánimo tranquilo. La bestia huyó hacia una cañada.

—Madre: —le dijo a silbos la culebrita a una culebra grande— el hombre que está quemando al mundo no es muy malo. En el momento de prenderle fuego al matorral, me vio, se detuvo, me protegió y me puso en sitio aparte para que no me achicharrara. Madre: ¿qué pueden tú y mi padre el culebrón hacer para premiar la buena acción del hombre? Ahora reposa a la sombra del ramaje del copey. Madre: piensa cómo podríamos favorecer al hombre.

La culebra se enderezó sobre la cola readquiriendo por un instante la actitud vertical que ha perdido desde aquel día que espantó a la mula en que iba María Santísima cuando estaba en cinta del Salvador. Silbó. Silbó. Silbó tres veces...

Oyó, se acercó y cantó igual que un gallo ronco el culebrón, y él y su hembra y la hija cambiaron razones sin que nadie los pudiera oír. Luego se arrastraron los tres cañada arriba.

Todos saben que un culebrón que se respete sólo canta, al dejar la tierra para vivir en el mar; pero en aquel momento su canto fue indispensable, porque era una profecía.

—Mira... —oyó en sueños el hombre que le susurraban— fuiste bondadoso con mi hija y ahora, en pago, quiero enseñarte

el lenguaje de los animales. Te imaginas que dormitas y luego pensarás que lo que te estoy diciendo es la rabiza de un sueño; pero pálpate, pellízcate y comprenderás que estás despierto. ¿Quieres saber lo que hablan entre sí los animales?

—Sí, me gustaría saber lo que hablan entre sí los animales, aunque sea no más por distraerme cuando estoy lejos de Micaela, —murmuró Julián entre dormido y despierto.

—¿Sí?, Pues abre la boca, —ordenó la culebra grande. El hombre bostezó tratando de despertar del todo.

—Ábrela más; quiero soplarle en la campanilla y sembrarte en ella un don —insistió la tentadora.

Julián bostezó otra vez abriendo la boca lo más que pudo y la culebra se estiró y sopló tres veces en la garganta de él y a continuación segregó un poco de baba y le mojó la punta de la lengua.

—Óyeme y ponme atención, —agregó el animal— a nadie le dirás que te he enseñado a entender el lenguaje de aves, pejes y cuadrúpedos, que morirías sin tiempo de confesión, y los políticos me cazarían y exterminarían mi raza si a ellos no se lo enseño. A ellos no se lo diré, que son tan mal agradecidos como perversos: aprovecharían mi enseñanza para hacer daño levantando falsos testimonios. Yo los conozco. Júrame que a nadie le dirás el secreto y a ellos menos, y a las mujeres... menos que menos.

El hombre, despertando, hizo la señal de la Cruz y juró poniéndose profundamente serio.

Sin descansar más continuó Julián trabajando hasta levantar el horno y ponerle la última aldaba a las puertas de su casa; casa humilde, pero bonita y, sobre todo *suya*. No viviría con Micaela en casa alquilada. Tan pronto acabó salió de regreso a buscar a su compañera, a quien quería más que a las niñas de sus ojos. Iba alegre, tarareando una canción muy linda con que su madre y la abuela lo hacían dormir cuando era chiquito. La canción se componía no más de un verso muy expresivo y del aire más melodioso:

—*Calabazón, que tú estás pintón...*
Calabazón, que tú estás pintón.

Se lo cantaban y lo repetían hasta que se quedaba dormido. ¡Qué canción tan dulce!

Micaela había sido curiosa como ella sola y a los tres meses de preñada se había puesto más curiosa todavía. Marido y mujer salieron contentos a vivir en pueblo grande y a estrenar casa nueva pintada de azul. Al pasar frente a un fundo les ladró un perro guardián y el caballo en que Julián montaba protestó con un relincho:

—Este alcahuete, —dijo— vive sin cargar a nadie y sin que le claven espuelas. No sé por qué Jesucristo favorece a los adulones. Disimulo a ver si se me acerca para reventarlo de una buena patada.

Sonrió el hombre y su mujer y él continuaron marcha, cuando el cao graznó desde la penca de una palma real:

—¡Cruao!... ¡Cruao! Corran a ver. ¡Corra el que más corra!

Acudieron en bandada que oscureció el cielo los caos y los caídos, y el primero, que era el centinela y muy observador, les dijo a los compañeros:

—El caballo es más grande y lleva solamente a uno, mientras el burro puja cargando a dos.

—Estás cegato. No vemos más que a una aldeana que va montada en él. Si puja es de malas mañas —respondieron los demás caos con voz estridente y agria.

—Es que ella lleva a otro adentro... —aclaró socarronamente el centinela.

La bandada de caos se echó a graznar, que es un modo de reír, y el hombre también río: que el maestro de los caos le pareció chistoso y ducho. Refrenó para contemplar mejor al pajarraco.

—¿Por qué te ríes? —preguntó la curiosa mujer.

—Por... —Al responderle recordó la advertencia amenazadora de la culebra, y apenas balbuceó:

—Por algo que no te debo decir.

—Si no es de mí que te ríes, tú me dirás.

—No es de ti y... no te diré. Es un secreto.

—Me tendrás que decir o no me llamo Micaela. De lo contrario me dejaré morir de hambre.

—No seas curiosa, que nada habrías de ganar si te dijera.

—Dime, o eres un mal hombre que quieres verme morir y a la criatura que llevo en las entrañas.

A lo largo del camino continuaron porfiando: ella que sí, él que no... y ella que sí y que sí... hasta que llegaron al pueblo y entraron en la nueva casa, casa linda y pintada de azul; y mientras a Julián se le había olvidado el capricho de su mujer, ella se negó a probar bocado hasta que él le dijera el secreto.

—Ya comerá cuando le apriete el hambre, —se dijo el marido.

Pero pasaron uno, dos y tres días y Micaela se negaba a comer y ya el marido vacilaba en hacerle la revelación que le costaría la vida. Pero es que si no le decía su mujer se iba a dejar morir llevándose a la tumba la criatura que tenía en el vientre.

—Mujer, ¿qué prefieres: verme morir o que te diga el secreto terrible que debo callar?

—Saber es preferible a vivir. Se vive para saber. Piensa cuántos no arriesgaron su vida por una enseñanza cualquiera.

—¿Quieres decir que deseas mi muerte?

—Deseo saber el secreto.

—Entonces espera a que nazca mi hijo, para siquiera llevarme el consuelo de conocerlo.

—Antes me dejaré morir y no lo verás nacer, si no me dices.

—Está bien. Voy a comprar el ataúd y a disponer lo necesario para mis funerales.

Salió Julián y volvió cargando un ataúd, café, aguardiente y cuanto fuera menester para el velorio. Colocó el respetable artefacto en el centro de la sala y encendió cuatro cirios, que eso de morir sin luz que alumbre el tránsito al otro mundo es cosa muy seria. En el fondo de su pecho seguía alentando la esperanza de que su mujer se ablandaría ante el aparato que anunciaba el trance espantoso. Pero la curiosa y encalabrada Micaela no cedía.

—Ahora que veo bien este ataúd me parece que me viene algo corto, —dijo el sentenciado a morir.

Se quitó los zapatos y se extendió metido en la caja. Le venía cómodamente.

—Mira, Micaela de mi vida cómo estaré de aquí a un rato, que así me has querido ver.

—Saber vale más que vivir. Quiero saber.

Cuando el perro vio a su amo dentro del ataúd prorrumpió en lúgubre aullido:

—¡Aúuuu! Por la curiosidad de una mujer van enterrar a mi amo...

El gallo voló, se trepó en el quicio de la ventana, aleteó y cacareó:

—¡Por tonto! ¡Por tonto! ¡Por tonto! Tengo siete gallinas, ¡siete mujeres!, y cuando una se figura que la quiero mucho pico un grano, las atraigo, las reúno, amoroso les hago la rueda y desde que se engríen les caigo a patadas y a picotazos. Así las tengo sumisas y... me adoran. ¡Cocorocó!, —volvió a cantar el gallo.

El hombre oyó, comprendió, salió del ataúd, se enderezó, echó mano a un rebenque y le dijo a la esposa:

—Ven a oír el secreto, cuya divulgación cuesta la muerte.

Micaela se acercó contenta, porque iba a saber. El marido cerró puertas y ventanas y... llovieron rebencazos sobre las posaderas y los cuadriles de su mujer.

—¡Toma! ¡Toma! ¡Toma el secreto!

Micaela gritó, berreó, jipó. Pidió socorro... no lo tuvo, y cayendo al fin de rodillas clamó perdón, gimiendo:

—Ya no quiero saber. Ya no quiero saber.

Y desde el día de aquella tunda la excelente esposa aprendió que *muchas veces vale más ignorar que tratar de averiguar*. Así, por la lección del gallo, ella y Julián vivieron en armonía perfecta, y vendieron mucho pan, y tuvieron muchos hijos, y fueron muy felices. Amén.

Cuentan que en tiempo muy atrás dizque en cierto lugar vivía el Extraño, de quien se ha olvidado el nombre de pila. Un judío, que era muy ducho, supo por el horóscopo de un nigromante que aquel *sábana al hombro* llegaría a ser más rico que él y desde entonces se acostumbró a invitarlo a almorzar en su casa una o dos veces cada semana. En una ocasión, quizás por sondear hasta dónde llegaba la esplendidez de su favorecedor, el invitado intentaba llevarse un pedazo de pan, para su hijito. Al rico se le alteraron las ventanas de la nariz, los ojos se le encandilaron y la atrevida mano, humillada, soltó el pedazo de pan.

—¿Con qué designio, —se preguntaba el menesteroso regresando a su bohío— este ricacho disimula su avaricia con gestos y palabras suaves y me sienta a comer con él sabiendo que soy un pobre? Se la viene dando de generoso, mientras impide que una migaja de pan vaya al vientre de un niño.

Como a ningún apocado le incumbe averiguar si el diablo o Dios anima el corazón del rico, y el Extraño aunque era algo *filorio*, carecía de imaginación para zambullir en los laberintos de la conciencia, resolvió no volver a almorzar con el avaro.

—Marina: —le dijo un sábado a su mujer— me voy a correr tierra y a buscar fortuna. Quizás nuestro Señor Jesucristo cambie de parecer y quiera ayudarnos. Cuida que nuestro hijito no pase hambre; pero aunque de hambre lo veas muriendo no consientas que se acerque a la casa del judío ni aceptes de ese individuo ningún favor, que en cada avaricioso hay un malvado.

Y como la emoción le entorpecía las palabras de despedida, abrazó y besó a la esposa y cogiendo una torta de cazabe y un calabacín lleno de agua se echó la sábana al hombro y desapareció entrando por un sendero extraviado. Caminó a la ventura. Caminó, caminó, caminó. Cansado de caminar, al anochecer se detuvo a la sombra de un cedro fantástico cuya altísima ramazón se enorgullecía jugando con las nubes y acariciada por el viento. La sombra se volvía tiniebla y el vagabundo se recostó del tronco, rendido por el cansancio. A poco lo despertaron los aletazos de una lechuza gigantesca que se posó haciendo estremecer el árbol desde las ramas hasta sus raíces.

—¿Cómo, —le preguntó a la noche el siniestro animal— todavía no ha llegado *la tuerta*? Extraño. ¡Extraño!

Tembló el Extraño y se acuclilló escondiéndose en sí mismo, pegado al tronco, creyendo que lo llamaban, cuando otra lechuza de envergadura tan grande como la primera preguntó al llegar:

—Orejana: ¿todavía no ha llegado *la tuerta*? Extraño. ¡Extraño!

—Óyela, —respondió la compañera—. *En mentando al rey de Roma, asoma*. Oye como silban sus alas rasgando el aire. Ten cuidado, que no te oiga; ya sabes que no le gusta que la nombren por su defecto, como no te gusta a ti que recuerden el dedo que tu tercer marido te cortó aquella noche que se puso el vestido al revés.

Venía avanzando un ruido semejante al trueno sordo que precede a los terremotos. Una lechuza jabada, de alas más potentes que las de las otras, se posó frente a ellas y por la tremenda sacudida parecía que iba a partirse el cedro.

—Madrina: —adularon a un tiempo las dos primeras endulzando la voz— ¿cómo es posible que esta noche llegues la última? Nos está pareciendo extraño.

—¿Extraño?

—Sí: *extraño*, —subrayaron.

—¿No habrá quien nos oiga?

—No.

—¿Estamos solas?

—Sí.

—¿Sí? Repitan tres veces: *sí*.

—Sí, sí y sí.

—Júuuuhm... Pues a carne fresca me huele aquí. Veremos luego... El caso es que me entretuvieron las lamentaciones del pueblo porque el gobernador perdió la vista y...

—¿Qué le pasa al Juan Lanás ese? —interrumpieron.

—Se ha puesto lelo. La hembra se le murió y es tanto lo que ha llorado que sus ojos quedaron ciegos. Y por los lados de ustedes, ¿qué se cuenta?

—Pues... —respondió *la orejana*— que en una de las provincias del gobernante una nube ha tapado el sol y al pueblo no le ha valido hacer penitencia ni al Cura rezar las oraciones de *San Lorenzo barba de oro*: ningún viento, por fuerte que sea, barre esa nube.

—Desgracia grande; pero...

—¿Pero qué? Los mancos siempre le andan poniendo el pero a lo ajeno para quitarle importancia.

—Que me parece peor lo que pasa en la otra provincia y más valdría que el gobernador no recobre la vista si ha de ver un caso tan lastimoso.

—Pero, ¿y qué pasa?

—Ahora eres tú la que *peleas*, *Águeda la orejana*.

—¿Y por qué repites la orejana con tu carrasposo retintín?

—Paz. Haya paz entre tan buenas cristianas, —terció *la lechuza vieja*-. Continúa. Cuéntanos.

—Pues... sucede que en el Sur se secaron los arroyos, el Gran Río va a dejar de correr, y dentro de pocos días los de aquella región, que son los industriosos, no podrán seguir pagando alcabala. Y esto sí es grave. Así, los ministros y los diputados pronto andarán con los fondillos rotos y parecerán maestros de escuela.

—Y tan fácil de remediar, esas naderías, —dijo *la tuerta* ahuecando la voz.

—¿Fácil? ¿Fácil? —preguntaron a un tiempo *la orejana* y *la manca*.

—Fácil. Con una ramita así, de este cedro que está lleno de nuestras virtudes, marcando la señal de la Cruz frente a esos males se disiparán como por encanto.

La tuerta desgajó una ramita del frondoso árbol y, distraídamente, la dejó caer al suelo.

—Baja más la voz, madrina, no sea cosa que algún extraño esté oyendo y aprenda el remedio.

—¿Ustedes creen que pueda haber alguno escondido?

Pues si alguno hay ahora mismo lo voy a convertir en mono. Bajemos y registremos.

—Bajemos y registremos.

—Bajemos y registremos.

Cantó el gallo en la lejanía y las siniestras lechuzas, asustadas, sin pérdida de tiempo volaron huyendo por opuestos rumbos.

Antes del amanecer el aventurero cogió la ramita y se alejó a medio trote, temiendo que las brujas retrocedieran para convertirlo en mono. Después de dos jornadas llegó a una ciudad importante y muy alumbrada, en donde los moradores andaban vestidos de penitentes y sobrecogidos de tribulación. A la luz de tantos faroles perdió el miedo. Estaba libre, se sentía libre de la amenaza de las lechuzas y el poseedor de un don prodigioso. Adquiría aplomo, seguridad y confianza en sí mismo. Pisaba con firmeza y miraba de frente. Era el mismo y ya era otro. Ante la puerta de un caserón se detuvo a pedir posada y sin sorpresa vio que la dueña, una anciana caritativa, lo acogía cristianamente. Luego de cenar fue aún más dueño de sí mismo, y experimentando un sentimiento inconfundible de superior clemencia, por su palabra se operó la inicial maravilla.

—Gentil y hermosa señora —habló— por tu esplendor, belleza y finos modales se comprende que eres persona de cuna y muy principal: ¿podría saberse el motivo de la pesadumbre que se nota en este pueblo?

—¡Oh, señor peregrino! —respondió la anciana sintiendo que le habían quitado veinte años de encima con el elogio— ¿cómo no hemos de estar abatidos, si nuestro gobernador, para nosotros más grande y mejor que un rey, ha quedado ciego de tanto llorar a la gobernadora, que murió del primer parto? La pena mía no tiene igual ni tendrá consuelo, pues fui nodriza de él.

—Gentil y hermosa señora, y si alguien se ofreciera con promesa de curarlo, ¿cómo podría llegar a su presencia sin que los físicos que se desvelan por su salud se lo estorbaran?

—Yo lo haría llegar en seguida y sería imponderable el júbilo de los médicos y de todos los habitantes, si por milagro la luz volviera a esos queridos ojos.

—Entonces llévame adonde él, pues por milagro nacemos y de milagros vivimos. Quizás con la ayuda de Dios y mi experiencia pueda él sanar.

Horas después el advenedizo y el gobernador estaban solos en un aposento. A puerta cerrada y rodeados de misterio, el mandatario sintió que algo le pasaba en cruz tres veces sobre las cejas y... de súbito sus ojos quedaron sin rastro de sombra.

Del palacio salieron voces de alegría y las campanas de las iglesias comenzaron a repicar igual que en Sábado de Gloria. El gobernador quería enriquecer a su bienhechor y preveía el propósito de que el pago se efectuara por suscripción popular, cuando llegaron noticias perturbadoras.

—Señor: —dijeron tres correos que se arrodillaron jadeantes— hace varias semanas que en tu provincia del Este el sol dejó de alumbrar. Lo tapa una nube negra, espesa y triste como un sudario. Estamos viviendo a ciegas. Estamos a punto de perecer. Estamos...

Cuando le daban nueva tan pavorosa, vino el cobrador de las alcabalas acompañado de industriales, ganaderos, agricultores y negociantes, e inclinándose ante él sin atreverse a levantar la voz dijeron a un tiempo:

—Señor: ya en tu provincia del Sur nadie puede seguir pagando ningún impuesto. En nuestros lugares se han secado los arroyos, las fuentes del Gran Río se están agotando y nosotros, nuestros cultivos y los ganados moriremos bajo un sol de fuego.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el buen mandatario—. ¡Recuperar la vista en vez de seguir ciego y perder además oídos y voz para ni ver, ni oír, ni comentar males tan graves! Mándanos un salvador, haz otro de tus milagros y dispón de mí como ofrenda humilde por el bien de mis pueblos. ¡Muérame yo y que ellos vuelvan a ser felices!

—Hijo mío, —se acercó diciendo la nodriza— el varón enviado por Jesucristo a traernos la luz de tus ojos, te ofrece sus servicios para ayudar a despejar el sol, restablecer el curso de los arroyos y abrir y purificar las fuentes del Gran Río.

A pesar de que aquel hombre le había devuelto la vista, el gobernador dudó que pudiera realizar hazaña tan prodigiosa; pero uno de tantos *quién sabe* de la esperanza le dictó el asentimiento.

Siete días después el sol alumbraba igual que antes en los lugares del Este; corrieron en el Sur los arroyuelos, y una serpiente enorme, de siete cabezas, que se había enroscado y dormía obstruyendo los manantiales, bajo el azote en cruz de la

ramita despertó y huyó a esconderse detrás de un monte, y las aguas del Gran Río fluyeron caudalosas y cristalinas.

Pasearon al Extraño por las calles de la ciudad cargado en hombros, y, como él insistiera en regresar a su pueblo, después de muchos agasajos le dieron a cuenta de su trabajo tres tinajones llenos de monedas de oro y en el mejor velero transportaron para él una casa de cedro, espinillo, sabina y otras maderas preciosas y perfumadas. Carpinteros competentes fueron en el mismo barco y en dos días rearmaron y convirtieron las tablas y los horcones en residencia deslumbradora.

Cuando aquel judío, que por entonces andaba de tribunales arruinando a deudores suyos, al regresar vio el edificio y supo lo que había sucedido, dedujo lógicamente que el horóscopo del nigromante se estaba cumpliendo, y no salía del asombro. Pasaron días. Poco a poco la envidia le iba llenando el pecho y poniéndolo amarillo. Rico era él; pero ahora quería lo suyo y apetecía lo ajeno con ansias de hidrópico. Se hizo visitante asiduo del nuevo rico fingiendo amistosa alegría y llamándole compañero. Compañero por aquí, compañero por allá... hasta que averiguó en donde queda el cedro fantástico en que se posan las brujas y dan entierros el sábado a medianoche.

El sábado salió el avariento decidido a acrecentar su caudalosa riqueza. Llevaba siete acémilas para cargarlas de oro y los utensilios necesarios para desenterrar botijuelas.. Llegó al sitio y esperó la noche agazapado al pie del árbol. La primera lechuza en posarse fue la tuerta, que cantó jovial y animadamente:

—*Tú qu'estás del tronco arrimado,
¡coje la palanca!... ¡Anda con cuidado!
Busca en la ladera.
¡Mira que t'espera!
Coj'el azadón
y zumba el peñón.
Zúmbalo, ¡qué zumba!
Zumba la Gallumba.
¡Qué zumba!*

El lenguaraje de las brujas nunca ha sido claro y todavía menos cuando se expresan cantando con los graznidos de las lechuzas; pero el judío era inteligentísimo. Oyó, entendió, empuñó azadón, pico y palanca y se fue a una peña que se alcanzaba a ver sobresaliente en la cercana ladera. Afirmó la palanca en un agujero al pie de la roca, y la sacudió. Un esfuerzo más. Curvándose cobró impulso, empujó con redoblado brío, se desprendió el peñasco y dos higuanas espantadas salieron del agujero haciendo caer al hombre y el peñón lo reventó rodándole por encima. Allí, tratando de incorporarse, quedó con la cabeza recostada en la piedra y la mirada atenta. Por las fosas de la corva nariz manaban dos hilos de oro. Un disco de oro, lanzado por el peñón al rodar, al cielo, se deslizaba, bajaba, descendía hacia él suavemente, suavemente. Millares y millares de pedazos de oro, y tachuelas de oro, también bajaban hacia él desde el firmamento. Eran de él. La piedra, empapada de un líquido rubí, ¡su piedra!, era de oro. Oro suyo. Ahora arruinaría a los demás. Compraría jueces. Vendría a ser universal y único prestamista.

Cuando las demás lechuzas llegaron no comprendían por qué *la tuerta* cantaba con tanto alborozo. Nunca la habían visto tan contenta después que el sacristán le reventó el ojo la última vez que la encontró escondida en la sacristía. Ni siquiera contestó el saludo de respetuoso cariño con que la adulaban.

—Madrina: ¿qué mala noticia tienes, que estás contenta? —preguntó *la orejana*.

—¿Que qué? Zumba la *Gallumba*, ¡qué zumba!... Despanzurré al Extraño, muchachas. El niño, ¡el angelito!, volvía a oír secretos para explotarnos. Bajemos a cantarle su baquiní.

Descendieron las lechuzas a tierra y formando corro con las alas abiertas bailaron en derredor del agonizante, cantando y haciéndole reverencias:

—*Baquiní se va... ¡cruoáa!*

Baquiní se fue... ¡cruoáa!

Cantaban y bailaban. De repente *la manca*, que siempre estaba buscando el *pero*, exclamó asombrada:

—¡Pero bueno, madrina!... Pero... pero... éste no es el Extraño. ¡Es el judío! ¡Miren qué serio nos mira, Dios santo! ¿Con qué ojo se puede confundir a un dundo con judío tan malicioso?

—¿Con qué ojo? Sería con el tuerto, agua-fiesta. Canta y baila y déjate de tonterías, que casi siempre ocurre lo que conviene, —ordenó la lechuza vieja marcando el compás:

—*¡Baquiní se va...! ¡cruoáa!*
Baquiní se fue... ¡cruoáa!
Zumba la Gallumba.
Zúmbala ¡qué zumba!

Un capitán del rey, que había venido a menos después de perder una pierna y arruinarse en guerra santa contra los herejes, desilusionado se retiró a un pueblo remoto a vivir con su familia. Tres hijos le quedaron de su difunta esposa. El último se llamaba Prudencio: Prudencio Pérez de Sandoval. De los otros dos se extraviaron las actas de nacimiento y se olvidaron los nombres. El día que el mayor cumplió 18 años el padre lo llamó aparte y le habló de esta manera:

—Hijo: esta población es pequeña, la nación grande, los años que he vivido muchos y pocos los que por vivir me faltan; lo cual me empaña la vista sin permitirme columbrar el porvenir de ustedes. Tan pobre he venido a ser que el día que muera no dejaré más que mi espada mohosa, un caballo de guerra que al envejecer se ha puesto barrigón, esta casa y... un nombre que el rey no recuerda. Has debido comprender que aunque la casa es pequeña en ella todos mis hijos caben y ninguno sobra. Medita esta noche, que a veces la almohada resulta buena consejera.

Al día siguiente el joven se despidió, luego de aconsejarles a sus hermanos que velaran por el padre, y se fue por esos mundos de Dios a correr tierra. Después de quince días de caminar buscando trabajo en lugares diferentes llegó a la hacienda de un señor que tenía fama de rico, en donde encontró qué hacer por el tiempo que quisiera. Con mucho ánimo se dio a trabajar durante un año, al término del cual calculó que había ganado bastante dinero y pidió el arreglo de cuenta. Se la

arreglaron. Lo curioso fue que el hacendado, al pagarle, como quien no dice nada le preguntó:

—Joven: ¿desea usted su dinero en oro, o en plata, o prefiere en cambio que le pague con tres consejos?

—Señor: —respondió el trabajador sin vacilar— sus consejos serán valiosos; pero seguramente no compensarán lo que gané para remediar las necesidades de mi familia: entrégueme inmediatamente mi dinero.

Se fue el trabajador contento y todavía tres días después iba pensando en la infeliz extravagancia de aquel hombre. ¡Miren que venirle a uno con monsergas en cambio de trescientos sesenticinco días de trabajar de seis a seis! Eso no se le propone ni al pobre de juicio que pretendió asar la manteca. Iba pensando así cuando al pasar frente a un caserío oyó voces, mientras venía a su alcance un caballero a quien le preguntó:

—Buen señor: ¿qué estará ocurriendo allí?

—¿Allí?... ¿Pero es que usted no sabe que hoy son las mejores jugadas del año? Allí están jugando gallos, dados y barajas, —respondió—. Para allí voy y si usted quiere entraremos juntos y jugaremos en vaca. Yo... no lo digo por alabarme: no pierdo nunca.

Entraron, y el trabajador se asombró al ver la facilidad con que pasaban tantas monedas de mano a mano. Aunque él no sabía de gallos ni de albures, siguiendo los consejos del improvisado amigo, creyó fácil aumentar la suma que llevaba. Jugó, y en un dos por tres perdió cuanto había ganado durante un año. Intentaba volver atrás; pero pensando que no sería aceptado por el patrono a quien le había contestado con destemplanza, siguió su camino y llegó a la casa paterna sin un centavo y contando historias.

Cuando el segundo de los hijos, que acababa de cumplir 18 años, supo el fracaso del hermano mayor decidió a su vez ir a probar fortuna. Le pidió la bendición al padre, abrazó a los hermanos y salió sin rumbo fijo. Anduvo trece días de fundo en fundo, en vano. Al término de tres semanas llegó a la hacienda del rico. Llamó desde la verja y perros bravos vinieron a su encuentro. Ladraron tanto que tuvo el dueño que salir a ver si se trataba de un vagabundo o de un bandolero. De pronto confundió el propietario al nuevo trabajador con el que había tenido durante un año a su servicio. Lo aceptó. Era

pundonoroso como el primero. Trabajó a destajo, sin perder día, durante tres años.

—Ya he ganado bastante para establecer un negocio y cambiar la condición de mi familia... —pensó, y le pidió al rico que arreglaran cuentas.

El señor no opuso reparo. Contó moneda sobre la ganancia del trabajador; pero cuando éste iba a tomar la suma extendió el brazo derecho y posando la mano sobre el dinero retardó la entrega y sin venir a cuento propuso:

—Joven: ha sido usted un buen servidor y quisiera favorecerlo. Me he preguntado y le pregunto si en lugar de esta suma, que no es gran cosa, no será mejor pagarle con tres consejos, que en momento oportuno puedan serle más útiles, y que me quede yo con el dinero.

—Señor: —respondió el trabajador abriendo los ojos— ignoro y no negaré la virtud de sus consejos; pero ni creo ni he oído decir que las necesidades se remedian con razones. Entrégue-me lo mío y quédese con lo suyo.

Habló con firmeza varonil mirando de igual a igual al hombre que lo había exprimido sin miramiento durante mil noventaicinco días, no comprendiendo por qué a la hora del pago pretendía confundirlo con uno de tantos estúpidos.

El hacendado, sin pestañar ni darse por ofendido, retiró la mano y afablemente despidió a su trabajador, obsequiándolo con una hogaza y una botella de vino.

El joven, asegurando el oro en su alforja, respiró como quien se salva de un peligro y emprendió el regreso. Después de tres jornadas de caminar lo alcanzó un jinete que iba en un alazán fogoso y entraron en conversación. Era de buen talante y de palabra desenvuelta, el caballero. A poco de ir juntos parecía un camarada.

—¿Adónde se dirige usted, amigo mío? —preguntó el desconocido.

Respondióle que regresaba al pueblo... tal, después de tres años de estar trabajando.

—En la misma dirección voy yo. Seguiremos juntos, que por ningún camino largo es conveniente andar solo y por ese menos. Y puesto que conozco estos lugares, siempre aprovecho la vereda de travesía en cuya entrada estamos, porque acorta el trayecto en no menos de dos jornadas y porque de trecho en

trecho habitan personas muy honorables. Tengo, precisamente, que pasar por la residencia de un compadre mío, rico ganadero. En su establo dejé un caballo de paso fino. En él podrá ir usted montado, que un joven de buena familia como se comprende que es usted, con solo mirarlo, no debe aparecer andando a pie por los caminos, dando ocasión a que lo confundan con uno de tantos peones. Hay que ponerse en el lugar que a uno le corresponde, compañero.

Entraron por la vereda. A poco de andar oyeron música de guitarra, güira, pandero y cantos bien concertados. El caballero refrenó, miró el sol, calculó la hora, y dijo:

—Tenemos tiempo. Dentro de un par de horas llegaremos a la casa de mi compadre.

Animándose y animándole, agregó:

—Compañero, me huele a fiesta... Entremos, gocemos, que a la ocasión la pintan calva, la vida es corta y hay que saberla disfrutar oportunamente.

Desviándose de la vereda llegaron a un fundo. A la sombra de espaciosa enramada varias parejas bailaban y cantaban. En sitio aparte dos hombres jugaban al naipe. El dueño del negocio les brindó a los recién llegados “un buen trago de anisete” que sabía a gloria, confortaba los nervios y calentaba la sangre. El caballero, que daba para todo, tomó a una bailadora por la cintura después de decirle a él en alta voz:

—Compañero: coja usted *la suya* y demos una vueltecita, que ya mis pies están sintiendo cosquillas.

Al decir “*la suya*” aludió a una jovencita de melena al viento, cintura de avispa prieta, saya de verdes ramazones y corpiño rojo, que se acercaba ofreciéndose al trabajador. Los cuatro formaron círculo uniéndose por las manos; cumpliendo *la regla* cada hombre debía decir y dijo una copla que alternando contestaron las bailadoras. El caballero tarareó y cantó melifluamente:

—*Yo soy como el gallo padre,
que sabe de traba fina:
adonde quiera que llego
canto... ¡y recojo gallina!*

Taconeando, le respondió la moza que con él formó pareja:

—*Mire que me pisa un pie.
Mire que m'está pisando.
¡Mire que nos ve mi madre!
¡Mire que m'está mirando!*

Quando al trabajador le tocó su turno no sabía qué cantar. Por fortuna le vino a la memoria la copla que repetía hasta aburrir un alocado de su pueblo, siempre que empinaba el codo, y así pudo salir del paso:

—*Me güele a piña madura.
Me güele a flor de copá.
Me güele a mujé bonita...
¡Acabada de empolvá!*

La del corpiño rojo y la melena al viento contestó:

—*Dende que lo vi venir
le dije a mi corazón:
¡qué piedrecita tan buena...
pa yo darme un trompezón!*

—Música, música muchachos, ¡qu'esto se va arreglando!
—ordenó el dueño del negocio dando palmadas.

Sonaron guitarra, güira, pandero y gargantas, y marcando el compás con repiques de taconeos respondieron las bailadoras. Su compañera lo incitó con miradas y arqueos de brazos. Ciñéndose a él empezó a danzar con cimbres de culebrón, mientras cantaba eslabonando una tonadilla:

—*¡Ay qué jovencito
tan buen bailadó!
Lo pusién los Reye...
¡Me lo manda Dió!*

—¡Ay loileló!
Si me pide un beso...
¡le regalo do!
 —¡Ay loileló!
Si me muerde un labio...
¡le muerdo los do!
 —¡Ay loileló!
Si nos ve mi taita...
¡se lo manda a Dio!
 —¡Ay!...

Un trabucazo que le dispararon en los oídos, o un garrotazo que le dieron en la cabeza, le quedó zumbando durante horas. Volvió en sí confuso, queriendo desprenderse numerosos clavos que le perforaban las sienas. Se lastimó y el dolor le hizo comprender que le faltaba una mano, cortada a cercén. ¡Su mano! Una anciana caritativa y chacharera que lo recogió y lo cuidaba en su bohío, “porque era madre”, le dijo que ya la mano estaba enterrado... Agregó un *pero*.

—Pero... lo de la mano sería lo de menos. Manco se vive. Lo que a mí no me gusta —explicaba entrecerrando los ojos— es el chichón que se está regando en la cabeza entera. Con menos se han ido otros al otro mundo, cuando no se han vuelto locos. ¿Su compañero de viaje?... dende que lo vido caer con la mano mocha cargó con la alforja y se fue dizque a guardársela a usted por lo que tiene adentro. Dijo que volverá con el curandero después de darle aviso al Capitán de Partido. Pero ni ha vuelto, ni se sabe quién es, ni de dónde es, ni qué gallina puso ese *güevo*, ni si él mismo preparó la trifulca en combinación con el amo, *ese sospechoso*... Y como tarda en venir ya me se está figurando que es caballero de industria: casi un hereje. ¡Y que me perdone el Señor el día del juicio si hago un mal pensamiento!... —remató la bondadosa señora.

Mocho, apaleado y desvalijado... Cuando pudo y como pudo retornó al camino real, se orientó y prosiguió viaje. Así lo vieron llegar a la casa paterna, en donde durante meses en vez de ayuda sirvió de carga.

Entonces el menor de los hermanos resolvió salir también a correr mundo y probar fortuna.

Pero como dicen que en la ausencia hasta el amor se olvida y ya él tenía una novia de quince años, que era un primor, y no quería que fuera de otro, decidió casarse y dejarla en la casa paterna. Quince días después del matrimonio abrazó por última vez a su mujer, que lloraba a lágrima viva, y arrodillado ante el padre habló con reposo de persona madura:

—Padre: écheme la bendición.

Ante usted y ella juro que no regresaré en la triste condición de mi segundo hermano ni contando historias, como el primero. Jefe, o gusano. Cuanto necesario fuere trabajaré para restablecer el buen nombre de la familia.

Anduvo durante meses pasando apuros, desempeñando trabajos circunstanciales. De tumbo en tumbo fue a caer en un tramposo que, después de exprimirlo en trabajo rudo, a la hora de arreglar cuentas las enredó de manera que no valieron peritos y hubo de recurrir a un garrote persuasivo. Pagó así; pero la mayor parte de lo ganado quedó en las uñas del juez... que la justicia cuesta caro.

Se encaminó por otro rumbo, llegó a otros lugares y trabajó sin provecho. Pasaron años antes de entrar al servicio de aquel hacendado, famoso por su riqueza. Trabajó durante siete años y cuando intentaba pedir el arreglo de su cuenta el propietario tuvo que ir al extranjero a reclamar cuantiosa herencia. Tanta paciencia tuvo el señor, que regresó después de otros siete años largos, aunque riquísimo, encanecido, meditabundo y más calado que antes.

—Pues señor, —pensaba Prudencio—, a éste la riqueza no le luce, o parece que el tanto gozar por allá no lo ha dejado triste.

El sábado le pidió que arreglaran cuentas. El propietario lo miró extrañado de que se quisiera ir. Luego sacó un papel de la gaveta de su escritorio y se lo entregó sin decir palabra. Era su cuenta. Callado siempre fue amontonando onzas sobre onzas de oro hasta la ganancia total.

—Esto, no más, es cuanto usted ha ganado, —musitó abstraído. Dígame si estamos de acuerdo.

Contó y respondió:

—De acuerdo, señor.

De repente se animó el rico, extendió el brazo izquierdo y poniendo la mano sobre el montón de dinero, propuso:

—Prudencio: usted ha comenzado a encanecer en esta casa; aquí ha sido un guardián de mis intereses, un defensor y un amigo, y yo quisiera asegurar su porvenir. Se me ha ocurrido pensar que le podrían ser más útiles que esta modesta suma tres consejos. En cambio yo me quedaría con el dinero.

Al trabajador, asombrado de semejante proposición, se le pusieron las pupilas ariscas y por primera vez le escudriñó los ojos al que había creído hombre de bien. Lo miró y volvió a mirarlo en silencio. Ni en el rostro ni en la vista advertía más que aquella inalterable rectitud que sólo había visto trascender del semblante de su anciano padre. ¿Quién le dictó entonces la respuesta increíble? Casi no salía de él.

—Señor: tengo fe en usted; y aunque el que se somete a recibir órdenes de otro necesidad tiene, el corazón me dice que usted quiere favorecerme: deme los tres consejos y... pase lo que pase.

Para que los conceptos se fijaran en la memoria de su trabajador, midiendo y pensando cada palabra, el hacendado dijo sentenciosamente:

—Primero: NUNCA PREGUNTES LO QUE NO TE IMPORTE, NI TRATES DE AVERIGUARLO.

—Segundo: NUNCA DEJES CAMINO REAL POR VEREDA.

—Tercero: NUNCA TE LLEVES DE PRIMERAS NUEVAS.

Medita y entiende estos tres principios, y fíjate sobre todo en el segundo, que las palabras suelen tener más de un significado. Además, para ti tengo esta hogaza, que no pesará al fin en tu alforja. Cuando sientas hambre la partirás sólo delante del que te ayudó a trabajar. Entiéndeme: la Caridad, virtud cristiana, principia por uno mismo. Ahora me dirás si te vas quejoso.

—Señor: me voy conforme, y desearía saber si en caso de necesidad podré volver a trabajar a las órdenes de usted.

—No lo necesitarás, si sigues los tres consejos.

Se despidieron como si en lugar de patrono y trabajador fueran de condición igual. Prudencio caminó toda la mañana y, ya al mediodía, al cruzar un arroyo sintió hambre y sed. Se detuvo. Ahí lo alcanzó un jinete de pistolas en el arzón y sable al cinto, que cabalgaba en una mula negra.

—Caminante, —le preguntó sin saludar— ¿podrías proporcionarme un pedazo de pan y un trago de vino? Noto que tu alforja pesa...

De primera intención se inclinó a obsequiar al desconocido; pero repentinamente la advertencia final del hacendado se le encendió en la memoria:

—Lo siento mucho, buen señor. Voy a pie, bebo agua del río y... ando de alforja al hombro— respondió.

—Sin embargo, —insistió el de la mula— noto que tu alforja pesa... Aunque si yo, que ando bien montado, necesito de otro es natural que un vagabundo no vaya mejor provisto... Dijo despectivamente, clavó espuelas y su mula reanudó el trote.

Pedigüeño y camorrista... mal compañero de mesa, —pensó Pérez de Sandoval. cuando vio al malhablado perderse en la lejanía, a la sombra de un almacigo se sentó y partió su gran hogaza y... ¡Virgen Santísima!, estaba llena de monedas de oro, todas en vueltas en un papel que tenía escritos los tres consejos, detallada su cuenta hasta la suma total y, en otro escrito, leyó la orden de pasar a la capital del reino a recibir cantidad triple a la ganada, por los servicios rendidos durante los años que el señor estuvo ausente. Tembló. Miró hacia todas partes. Envolvió con cuidado su dinero y la orden de pago y los colocó en un secreto de la alforja. Luego comió, bebió y meditando reanudó su marcha. Cerrada la noche se detuvo frente a la única vivienda que había visto en el trayecto recorrido. Desde la empalizada pidió a voces que le dieran posada hasta el día siguiente. Se la dieron observándolo de reojo. A una señal de uno que parecía mudo le prepararon cena y se la sirvieron en una mesa al pie de la cual estaba una mujer encadenada. Cuando terminó de comer le echaron las sobras a la infeliz. Aquel maltrato lo apenaba y ya iba a preguntar la causa de la oprobiosa prisión; pero recordó el primer consejo. Calló. A la hora de acostarse lo apartaron en una habitación que más parecía calabozo que dormitorio. Afuera rondaban con pisadas sordas. ¡Uf, qué tufo de muladar!, —se dijo—. Luego pudo distinguir esqueletos amontonados. ¡Huesos humanos! Además... cráneos, canillas, y más huesos dispersos. ¡Pero qué hedor, Dios Santo!

Dos cadáveres, en principio de descomposición y recostados de la pared, los estaban mirando. Se sentó al borde del catre y rezó la oración que en la infancia le enseñó su madre:

*Señor San Silvestre,
de Montemayor,
protégeme siempre,
—sé mi Salvador—
de brujo, de hereje,
y de hombre malhechor... Amén.*

A medianoche sintió que un cuerpo se acomodaba en el mismo lecho y trataba de acariciarlo. Eludió el contacto y, del otro lado, rozó con un muerto que tenía de compañero.

—No pierdas tu tiempo en rezar, —le secretaron— apresúrate y vete, o resígnate a quedarte en compañía de aquellos dos que te están mirando... y del que tienen al lado. No sé por qué te repugna nuestro contacto: mañana olerás como él y como yo. ¡La putrefacción es tan natural!

—¿Por dónde huir? —se interrogaba. Sin pegar los ojos esperó que amaneciera. Antes de salir el sol rechinó un cerrojo, se abrió la puerta y lo guiaron al comedor en donde le habían preparado abundante desayuno. Bebió el café a sorbos largos; pero no pudo probar bocado.

—El huésped ha perdido el apetito... —dijeron detrás de él.

No miró. Quiso pagar y no se lo permitieron. En seguida se despidió dando las gracias *por las finas y gratuitas atenciones recibidas*.

Después de andar leguas, alejándose apresuradamente, encontró a un viajero, alto y recio, que venía a caballo en dirección contraria y que lo detuvo inquiriendo noticias que le eran indispensables, según dijo. Principió preguntándole de dónde venía y Prudencio le respondió la verdad.

—¡Ah! —exclamó el preguntón— le sirvió al que paga con argumentos. ¿Y en dónde pasó la noche? Me advierten que en este trayecto hay sólo una vivienda en donde ocurren cosas horripilantes. Para librar de peligro a un hombre de bien, como buen cristiano hágame el favor de decirme si ha pasado la noche en ella y qué ha visto, y cómo escapó con vida.

A punto estuvo de darle al caminante oportuno alerta; pero de súbito le vino a la mente el *nunca te metas en lo que no te importa*, parte del primer consejo, y contestó que nada había visto de extraño en aquella casa.

—Pero en conciencia, —insistió el hombre— no podrá usted negar lo que vio mientras cenaba; pues de público se afirma que la comida ahí a nadie se la cobran, porque el espectáculo que se ofrece al pie de la mesa resulta más caro que el precio de la comida. Lo humanitario es ser sincero y denunciar las horrendas fechorías, cosa de que la autoridad competente les ponga término, que en donde los buenos se ponen de acuerdo no prevalecen los malhechores.

—Pues allí nada de raro he visto, señor, y no es honroso decir mal de quien se ha recibido favor.

—No comería en esa mesa... Pero en el dormitorio, en donde todos aseguran que pasan cosas espeluznantes, ¿qué vio usted y cómo se pudo salvar?

—Señor mío, no niego lo que otros hayan podido ver; de mí debo decir que dormí cómodamente y afirmo que ni en sueño noté nada semejante a lo que a usted le han contado.

—Pues devuélvase y acompáñeme, —le ordenó el viajero, que estaba armado de todas armas.

A regañadientes tuvo que obedecerle, que hombre desarmado y a pie no es hombre. Retrocedía vigilado por aquel bárbaro, sudando angustia y encomendándose a las ánimas benditas del purgatorio. Llegaron a la siniestra. Entraron y se fijó en que la mujer seguía encadenada.

—Caminante: —le dijo el hombre— esta mujer ha venido penando desde hace veinte y un años. Está condenada a permanecer en cadena hasta que por aquí pase una persona que no pretenda averiguar la causa de su cautiverio. Usted no la ha preguntado, y ni siquiera ha dicho que la vio: es usted su salvador. A usted le corresponde libertarla: suéltela —ordenó autoritariamente—. En cuanto a la habitación en donde le hice pasar la noche, es el depósito de los cadáveres de esos que, ignoro con qué fin, vinieron averiguando la vida ajena. A usted le pertenecen tres acémilas cargadas de barras de oro, que es el premio destinado al transeúnte que tuviera la cualidad de ser discreto: virtud escasa. Agrego este caballo de silla: monte en él y retírese pronto, que me están entrando ganas, a mí también, de averiguar si ha obrado usted con discernimiento propio o aleccionado por el hermano de *esa* que fue mi esposa. ¡Ah!: tome esta pistola cargada y... sea hombre de sangre en el ojo. Aprenda a defender lo suyo y no se deje volver a arrear como carnero, ni

permita en adelante que lo insulten los que cabalgan en mulas prietas. No sea blandito, que los malhechores que andan robando y amenazando tampoco quieren que los despachen al otro mundo.

Montó Pérez de Sandoval en su caballo. Iba ahora de pistola al cinto y dueño de caudalosa riqueza. Arreó. Al día siguiente, ya al ponerse el sol, le dio alcance un viajero que cabalgaba en rucio brioso y lujosamente enjaezado. Era de palabra fácil. Entraron en conversación. A poco de andar juntos oyeron roces, cantares, música, y sin que le preguntaran explicó el elegante caballero que allí cerca celebraban grandes fiestas a las cuales iba como invitado de honor.

—Si es de su gusto acompañeme: —dijo— le aseguro que nos divertiremos a las mil maravillas, sin tener que gastar dinero.

Rehusó la invitación con tan sencillas razones que el caballero las creyó, o fingió creerlas.

A poco andar, apenas se separaron, le dio alcance otro caballero que montaba un ruano fogoso. Era joven elegante, simpático, decididor y escudriñador: pronto, casi adivinando, supo para dónde iba.

—Me alegro, —dijo— porque seremos compañeros de viaje y así nos ayudaremos en caso de un mal encuentro, que este camino es muy peligroso. Lo he recorrido en varias ocasiones y lo conozco palmo a palmo. Por eso y algo que en voz baja le iré contando aprovecho esta travesía por donde hay fundos de gente mansa y se acorta el viaje en no menos de dos jornadas. Sígame por aquí y ganaremos tiempo.

—Señor mío, —respondió Sandoval recordando el *nunca dejes camino real* por vereda— tengo interés en no desviarme de este camino... y al responder acarició ostensiblemente su pistola.

Se atravesó el del ruano impidiendo el tránsito. Lo miró a él. Lo miró a él. Los cuatro ojos fulguraron y se frunció los entrecejos. Sin despedirse, el desconocido arrendó y se perdió de vista entrando por la vereda.

Caminó el trabajador enriquecido, durante toda la noche y al amanecer llegó a un claro en donde tres hombres enfurecidos se insultaban y reñían. Murieron dos: uno era el jinete del caballo ruano. Amarrada a un tronco, tascando el freno y queriendo soltarse, estaba la mula negra. El tercer combatiente, mal herido y moribundo, le suplicó que se detuvieran, le diera agua y oyera su confesión.

—No soy sacerdote, —aclaró y no debo usurpar un papel sagrado.

—No importa: la confesión alivia aunque no sea de arrepentimiento. No me arrepiento. Los aceché y me la pagaron. Eran dos malos que después de pervertirme pretendían engañarme en el reparto del dinero que le quitamos a...

Detalló el atraco en que desbalijaron al segundo de sus hermanos, cuando lo aturdieron a golpes y dejaron manco.

—Sébase que si maté fue por castigar a dos bandoleros, —agregó el moribundo.

Sin la vela del alma ni asomo de arrepentimiento murieron aquellos tres salteadores. A su vera, en lotes desiguales brillaban seiscientos veinte doblones, que eran los de su hermano. Tomó seiscientos, puso los restantes sobre "el de la confesión" en pago de su servicio, continuó viaje y dos días después llegó a su pueblo. Un anciano salía de un tarantín dando traspiés de borracho y cantando con voz rajada:

*—El que juega siempre pierde;
y el que bebe... s'emborracha;
y al que se fía de mujere...
¡lo pica una cucaracha!*

—Pues señor, si es Juan Antonio, el alocado... —murmuró. ¡Cómo ha envejecido!

Frente a la casa paterna se detuvo, estupefacto. Sentada en un sillón, sin importarle el qué dirán, su esposa estaba acariciándole la cabeza a un hombre.

—¿Lo mato, o los mato? —se interrogó—. ¡Miren que nadar tanto para venirme a ahogar en la orilla! Tanto sufrimiento, tantos años de trabajo para mejorar la situación de quien no ha sabido respetar mi ausencia.

—Buen señor: —le preguntó a un cualquiera que pasaba— ¿podría usted decirme quién es el afortunado a quien trata con tanto cariño esa señora?

—Lo que se está mirando no se pregunta —respondió el interpelado haciendo un guiño de malicia—. ¿Quién va a ser

sino su amante? Y si le cuento que el marido se perdió por esos mundos procurando ganar con qué rodearla de comodidades. Así se le paga a un simple.

—La casa es mía —se dijo, resuelto, el viajero.

Desenfundó la pistola y entraba en el patio, cuando recordó el tercer consejo del hacendado: *nunca te lleves de primeras nuevas*. Resopló y piafó una de las acémilas entendiendo que había llegado al término de su viaje, y sonó un grito de alborozo de la mujer:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Hijo, mira a tu padre! ¡Ahora sí vamos a ser felices!

Corrieron hacia él con los brazos abiertos y detrás, alegres, llegaron agrupándose los demás familiares, menos el padre que había muerto hacía siete años. Así se enteró de que el joven a quien acariciaba su esposa era hijo suyo y que precisamente ese día había cantado la primera misa.

La noticia de la asombrosa riqueza del más joven de los hermanos se divulgó por la nación entera. Su Majestad el Rey, magnánimo y siempre oportuno, en premio de los méritos y numerosos servicios de Don Prudencio Pérez de Sandoval, discurrió, decretó y ordenó que le notificaran que se había hecho acreedor al título de vizconde: —Vizconde de los Tres Consejos— debiendo ostentar en el centro de su escudo un gavilán de fuego con una pierna manca en memoria de aquel viejo capitán, honor del reino y espanto de los herejes.

*A Rafael Henríquez,
para cuando cumpla diez años.*

Bambana se dio cuenta de que iba a parir por segunda vez. ¡No pasaría lo que sucedió cuando, sin experiencia, fue primeriza! No podría sobrevivir sumando un nuevo rencor a otro tan grande.

Espinoso, sin asomo del cariño paternal que extrañan hasta las fieras, corrió hacia la parturienta y lanzó al aire al recién nacido, antes de que cayera lo apará en las astas, sacudió el testuz, lo volvió a disparar hacia el firmamento, y al verlo despanzurrado lo aplastó bajo sus potentes patas. Y todo esto en presencia de la madre, que no se atrevió ni a mugir su queja. ¡Eso no se volvería a repetir!

Protegida por la sombra y orientándose con el lucero de la madrugada, Bambana dejó el sitio familiar y sigilosamente se fue internando en la serranía.

Antes de cumplirse un año la vaca amamantaba un becerro y le lamía la pelambre sedosa. El nuevo hijo tenía una mancha blanca en la frente: ¡era frontino como ella!, y prometía ser vigoroso igual que su padre cruel, matón de los hijos machos.

Así, sano, libre y cuidado por la madre, creció Gamelo y se fortalecía en la selva. Sus mugidos espantaban a las alimañas, y cuando olfateaba levantando el hocico para bramar se le anublaban los ojos y hacía estremecer a la misma madre.

—Madre: —pidió el día que cumplió tres años— quiero que me llesves a ver a mi padre, quiero probar si su cacho es tan duro como dices.

—Hijo —respondió la madre— ¿ves aquel tocón de guayacán? Embístele y de una sola vez arráncalo con el cacho.

El torete retrocedió, tomó impulso, embistió, cacho y testuz chocaron contra el férreo tronco: trepidó la tierra; pero las raíces del difunto vegetal ni siquiera se conmovieron.

—Hijo: —dijo reflexivamente Bambana— todavía entre ti y aquél no hay comparación posible.

Dos años después, olvidándose del primer fracaso, el testarudo toro mugió:

—Madre: soy fuerte. Quiero conocer al que me engendró. Quiero medirme con él.

—Hijo: ¿ves esa peña? —contestó la vaca—. Anda y... embístela.

Gamelo dio siete pasos atrás, tomó impulso y se precipitó contra el peñasco que rodó soltando chispas. Corrió detrás, lo alcanzó, por segunda vez chocaron peña y testuz, el pedrejón se perdió de vista en el firmamento y al descender desgajó un roble y cayó vuelto terrones.

—Madre: llévame a ver a mi padre, —exigió el toro joven.

—Vamos... vamos, hijo mío —respondió Bambana sin atreverse a porfiar negándose: porque veía al hijo igual que un duplicado de su terrible padre. Ven... vamos, hijo mío.

Por vericuetos, cañadas y barrancos bajaron de la montaña y, en llegando a los pastizales, bramó Gamelo.

*—Yo soy el toro Gamelo,
jel hijo de la Bambana.
Vengo a dominar, y ser
el amo de la sabana.*

Un mugido ancho y hondo respondió y venía dilatándose con el viento. Se doblaron los yerbazales y hasta las iguanas se escondieron en sus covachas:

*—Yo soy el macho, Espinoso,
ja quien nadie mete brava!
Mato o capo a los mañoso
y jago a la jembra esclava.
Yo soy Espinoso, jel macho!
Y al que venga y jaga ¡múuu!
Le meto en la jiel el cacho.
¡Ven túuu!
¡Miren mi cacho!*

Se acercaban el advenedizo y el dueño del pasto extenso. Las vacas y las novillejas sintieron que por las piernas y el espinaso les corría un temblor igual que cuando caían las ramazones en día de tormenta. Querían huir, pero la curiosidad las mantenía suspensas esperando el fin de lo que estaba ocurriendo. Formaron un cerco espacioso, cuando se acercaron más padrote y el atrevido Gamelo. Los dos toros se cuadraron observándose con ojos torvos. Las patas delanteras escarbaron levantando tierra que caía pulverizada sobre sus lomos. Mugieron y bramaron uno y el otro. Se acercaron todavía más; y cuando se embistieron de flanco parecían dos cerros que se peleaban. Los árboles se empinaron para mirar. Las alimañas huyeron empavorecidas. Tembló la tierra. Temblaban las vacas y las novillas todas. Tembló Bambana por la suerte de su hijo y, rugió y bramó colérica:

—¡Aúuun!... ¡Upa, Gamelo! Acuérdate que *nacites* libre. ¡Libre y macho! ¡Libre y macho!

Entonces fue cuando el toro joven reculó, tomó nuevo impulso y embistió con furor y fuerza que ninguno de su raza había tenido, haciendo saltar un cacho del padrote. Forcejearon, retrocedió otra vez, embistió con renovado vigor y uno de sus agudos cuernos se hundió en el ojo derecho de su padre, vaciándose convertido en sanguasa hosca.

—¡Mátalo! ¡Mátalo ahora, Gamelo! Acuérdate de tu hermanito muerto... ¡o no eres mi hijo!

Atacado del lado tuerto, cayó Espinoso con un costillar roto y el hígado reventado. Trepidió la sabana; y el vencedor le pegó las cuatro patas arriba y sus mil setecientas libras aplastaron al moribundo. Resolló y resopló trepado en él y enseguida, mirando en derredor con los ojos encendidos por la bravura, su bramido de triunfador llenó el dilatado mundo:

—*Murió Espinoso, ¡el mentao!,
bajo el furor de mi cacho;
paste tranquilo el ganao,
¡y nazcan jembras'y macho!*

En la noche, a la luz de una luna redonda, las vacas y las becerras formaron *banco*. Un clamor colectivo se extendía con el terral, se iba y se devolvía repercutiendo desde el confín multiplicado, enroquecido y bronco, rindiéndole al muerto el

tributo debido; porque los bovinos, las yerbas y las montañas mismas, temían que el viejo padrote pudiera resucitar.

Antes de amanecer se oyó como final responso:

*—Murió el toro que pitaba.
¡El que bramaba la hora!
murió el que lo pastoriaba.
¡Está la sabana sola!*

1957.

EL MILAGRO QUE HIZO UN PEDAZO DEL PAÑO
EN QUE ANDUVO ENVUELTA EL ÁNIMA SOLA

En una aldea de una provincia lejana vivía una buena mujer, muy leal y apegada al marido que era el hombre más haragán del mundo. Por nada y para nada quería ese individuo *doblar el lomo*, y ni por una onza de oro se hubiera aventurado a levantar una paja. El matrimonio era dueño de un terreno virgen, que se extendía desde el patio de la vivienda: vivienda y terreno que la mujer recibió de sus padres, como regalo de boda. Y viendo ella que el compañero, siempre acostado, descansaba precavidamente de todo lo que nunca había hecho y pensando que nunca debería hacer nada, una mañana se atrevió a decirle:

—Juan: alevántate, que por mucho madrugá el marío de la vecina Anasjtasia se jalló un tesoro.

—Juana: —respondió él desperezándose y mirando al techo— másj madrugó el que lo perdió.

Lo curioso es que aquel individuo era joven, sano de cuerpo y hasta bien parecido, y que la mujer estaba enamorada de su hombre. Por fin, comprendiendo ella que era inútil tratar de convencerlo con razones para que realizara algo, aunque no fuera de provecho, cayó en cuenta de que al marido le habían echado un muerto atrás los envidiosos.

—¡Qué torpe soy!, —se dijo—. Hechizao esjtá mi Juan. No sé cómo ante no caí en cuenta. Por fortuna con la voluntá de Jesucrisjto tóo se remedia.

Alumbrada por idea tan cierta como intranquilizadora, acudió al Padre Cura, que era el más entendido y hábil para resolver casos de ensalmos, hechizos y de conciencia: porque

los años, la Iglesia y el latín le habían enseñado mucho. En llegando Juana a la presencia de aquel santo varón se arrodilló y con fervor comenzó a suplicarle que rezara por ella al *Ánima Sola*, o a cualquiera de las *Ánimas Benditas del Purgatorio*, y acabó pidiéndole con los brazos abiertos en cruz que discurriera hasta encontrar el modo de que el marido quedara libre del muerto que le habían echado atrás, o del hechizo que lo acoquinaba.

—Porque acoquino esjtá, Padre Cura, como tiene que comprendelo cualquierita, jasjta el masj zonzo, con solamente mirarlo.

El buen sacerdote calló, meditó un rato y luego de entrecerrar los ojos y buscar allá adentro, rezando en su latín una oración que él solo entendía, creyó haber encontrado el remedio eficaz.

—Hija: yo rezaré por él y por ti, —le dijo a la atribulada mujer—. Pero además llévate este lienzo, que es paño del mejor, parte de aquel en que anduvo envuelta el *Ánima Sola*. El pedazo tiene la extensión de una *vara conuquera*, medida en cuadro. Enséñasela a él. Y le dirás en mi nombre que, desde mañana lunes, cada día tumba y limpie un trecho de bosque de este tamaño; pues a comer, a rascar, y a trabajar, todo es empezar. Dile que realice esa tarea en nombre de la Milagrosa, y tú deberás ir detrás de él sembrando habichuelas, maíz, melones y batatas, después de decir: EN EL NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO, Y DEL ESPÍRITU SANTO. Pero adviértele que por nada del mundo se exceda trabajando más de la medida: ni más, ni menos, pues le sobrevendría otro mal incurable. Acuérdate de repetirle que el trabajo cada día debe ser exactamente del tamaño de este pedazo de tela.

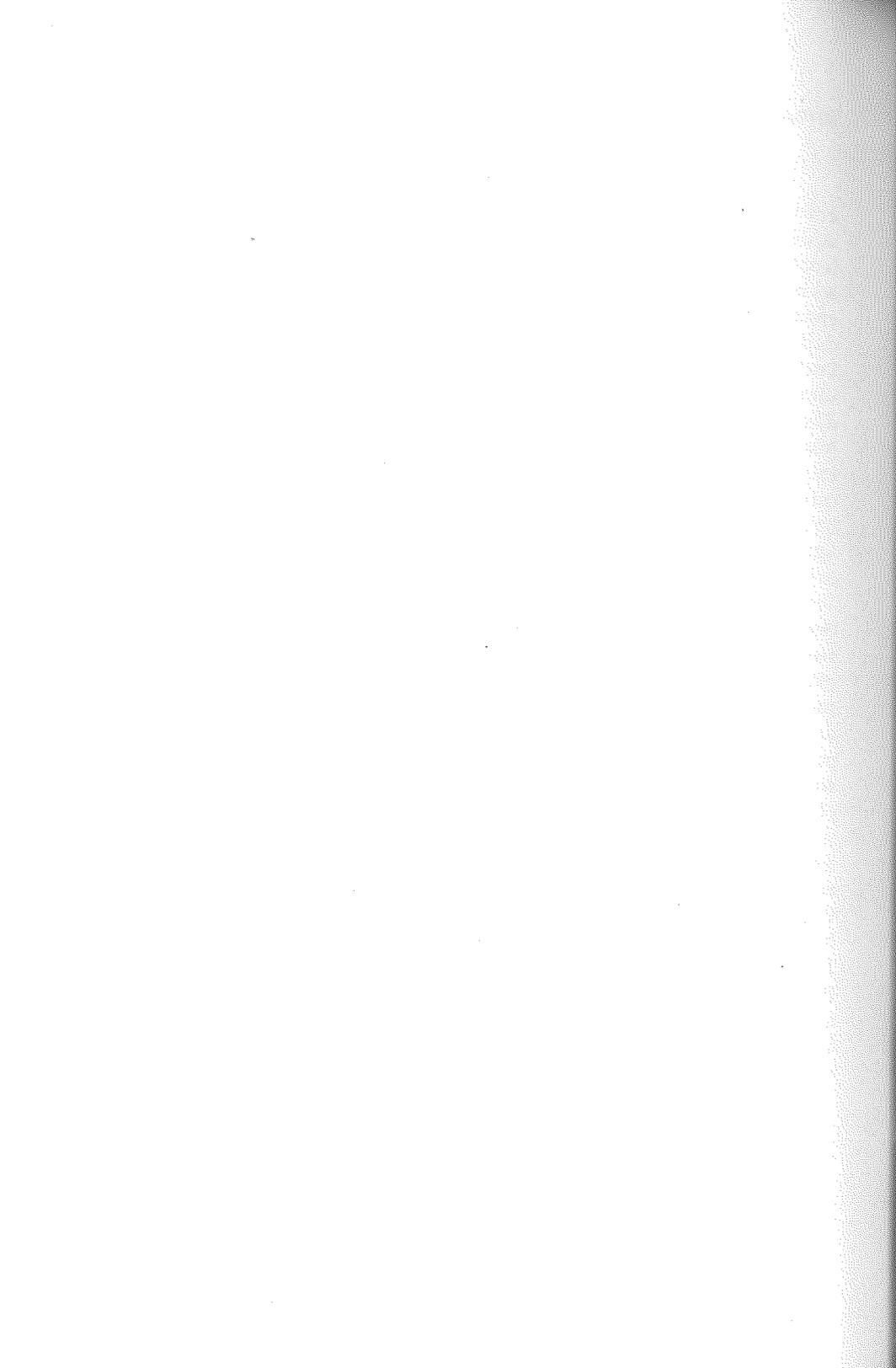
Cuando la buena mujer regresó a su casa y le explicó al marido lo dispuesto por el Padre Cura, el hombre se dio cuenta del poco esfuerzo que tendría que realizar para complacerlos. Se levantó el lunes de madrugada por primera vez en su vida, cosa de acabar temprano y echarse a descansar de la tarea.

Desde el patio de la casa comenzó el marido a talar y a limpiar, y la enamorada mujer iba detrás de él, sembrando. Cada mañana realizaban la fácil labor, sin excederse de la porción indicada. Y el fundo fue creciendo y se embellecía a medida que la extensión limpia aumentaba. Y los frijoles, el maíz, las batatas y el platanal transformaron el predio en un

conuco de tamaño más que regular y los frutos enriquecieron aquel terreno fértil de manera que se despertaron el asombro y la codicia de los vecinos. Un día la mujer arrancó frijoles y fue a cambiarlos por manteca, leche y azúcar, y regresando a su casa cogió mazorcas de maíz tierno y cocinó una buena cantidad de majarete. Primero llenó y apartó el plato destinado al Padre Cura, que bien ganado se lo tenía. Al marido le sirvió en una sopera grande, fabricada por un operario hambriento después de hacer gimnasia. Entonces fue el disfrutar aquel hombre, y el chuparse los dedos, y el tragar, engullir y devorar, tanto que se le abultó el vientre de un modo que a la mujer le dio miedo. Cuando Juana creía que estaba a punto de reventar, el hombre se levantó, y se pegó del pico de la alcarraza a beber agua fresca. Bebió, y, parándose delante de la asombrada compañera, expresó razones nuevas con palabras firmes:

—Juana: —dijo— ni del Cura ni de oraciones a la Milagrosa tendré necesidad pa trabajá en lo adelante. Rompe o devuelve el trapo en que andó envuelta el *Ánima Sola*, que ya no me hace ninguna falta. Desde ahora yo soy un varraco, un toro, un león, pa el trabajo. Tú y Juaniquito van a tené que sentise orgulloso de mí, como del mejó trabajadó del mundo. Comprometo mi palabra. Contra cualquiera maleficio no hay remedio como una sopera llena de *majarete*, el *majarete* esj casi tan milagroso como lasj oracione del Padre Cura.

Y como lo dijo se cumplió. Creció más el fundo y se engrandecieron las cosechas. El matrimonio canjeó frutos por gallinas, gallinas por pavos y cabras, cabras por cerdos, cerdos por vacas y mulos, y tanto mejoró la condición de la pareja feliz que hasta hubo muchos que a ella le decían respetuosamente *Siña Juana* y a él *Siño Juan*. Y tuvieron muchos hijos *trabajadorasos*. Porque el anciano sacerdote de la aldea, que era conocedor de sus obligaciones, con solo un trapo y oraciones rezadas en buen latín, deshizo el maleficio afrentoso que sobre uno de sus feligreses habían echado unos malvados espiritistas. Amén.



POR QUÉ LLORAN LOS CAIMANES

Al Dr. Agustín Guerra de la Piedra.

Érase que se era un perro que pasó aullando toda la noche. Sucedió que al obscurecer regresaba del conuco, detrás del amo, huyéndole a la tormenta, cuando las aguas del Yaque habían ya arrasado el puente y se extendían confundiendo con el lago vecino. Bajo el cielo ennegrecido el perro le temió a la soledad, le temió al hambre y le ladró a los nublados temeroso de que no se fueran. Vino otro día, cerró otra noche y el infeliz continuó aullando. Los aullidos y ladridos salieron de su garganta vigorosa sumándose al rugir del viento y las nubes huyeron espantadas.

Una luna ancha, redonda y hostil alumbró el desastre. De este lado nada quedó que sirviera de alimento, y en la otra banda, inaccesible, se columbraba la cocina del amo y de la cocina salía y venía con el terral un olor saturado de grasa.

El perro continuó aullando. Las aguas corrían en dirección del mar, y sin embargo, permanecían ahí, llenando el río.

Al tercer día salió otro sol. Lento y tremendo ascendió y se fijó en el cenit. Después se deslizó con más lentitud hasta enrojecer y ocultarse detrás de la cordillera del Bahoruco. Y el amo, —¡el que todo lo puede!— no aparecía.

El perro seguía lanzando lamentos, unos lamentos que partían el alma. La lengua y la garganta se le hincharon de ladrar tanto, de tanto ladrar llamando al amo. Otra luna, más grande, más redonda, más amarilla y más hostil que la anterior se encendió en el horizonte. Alzó el hocico y le ladró a la luna. Los ladridos, broncos, chocaron con las laderas y retrocedieron

multiplicados. De la garganta, ronca de tanto ladrar y aullar, ya no salían aullidos ni ladridos: un gruñir agrio del viento gimiendo en los mucarales, eso era lo que salía ahora de la garganta del perro. Las aves se asustaron y los pejes del lago de Rincón tuvieron ganas de averiguar por qué las cavernas del Bahoruco mugían de un modo tan lastimero.

Llegó otro día, creció la sed y ascendió con lentitud el sol: el terrible sol del Sur, que achicharra los pajonales, embravece la guazábara, reseca y pone duro y cetrino al hombre y perturba al perro hasta volverlo rabioso. Los animales del lago se acercaron hasta la orilla y vieron. Vieron, comprendieron y comentaron... El Señor Perro, de tanto ladrar, se había quedado sin lengua. No aullaba ahora por regresar a la cocina del amo. Desesperado de angustia lanzaba ronco gruñido, porque quería y no podía beber, y no podía beber porque ya no tenía lengua.

Los batracios croaron con alegría: porque veían que Dios castigaba —¡por fin!— a un adulón, al que había traicionado a todos los animales, al siervo más vil del hombre. Ahora, mientras ellos saltaban y se bañaban contentos, él moriría de sed a la orilla del más grande de los ríos. Se juntaron centenares en un recodo y bailaban y cantaban en son de mofa.

Las entrañas del Caimán se conmovieron y de sus ojos brotaron lágrimas. Se encrespó tratando de enderezarse, llamó a las aves, llamó a los peces y a los anfibios y sometió al parecer común qué podría resolver la asamblea de los animales para salvar al Señor Perro, para que el perro bebiera. Las garzas, los patos, las yaguazas, las gallaretas y los flamencos vinieron, oyeron, volaron y se fueron. El tiburón opinó que lo mejor sería comerse a ese infeliz para librarlo de una desgracia tan grande y evitar así un espectáculo que cada día se tendría que repetir. Los tiburones que remontan el Yaque del Sur hasta el lago de Rincón tienen su lógica: una lógica superior a la de los caimanes. Frente a animal tan prudente, prudentemente las guabinas zambulleron y se escondieron en el légamo. Las viajacas y los quéqueres, cautelosos, se retiraron mirando de reojo al tiburón; y los sábalos, los machos y los lebranches se abanicaron con las colas y se alejaron indiferentes.

El perro continuó su ronco gruñir y el caimán, compadecido, se le acercó y le prestó la lengua. La olfateó el perro: ¡fu! ¡Qué hedionda y qué larga! Indudablemente era más larga que la

lengua propia. A duras penas se la acomodó. Sin dar las gracias comenzó a beber a lengüetadas, porque con la lengua ajena no podía beber fácilmente, como antes. Se hartó y reflexionó luego... Lentamente alzó el hocico y venteó alcanzando a ver que por la orilla opuesta se acercaba el amo. Dio un gran salto, corrió alejándose del caimán y, por allá, se detuvo a ladrar y ladró mejor y con más sonoridad que antes: ladró insultos a las aves, a los batracios, a los peces y al caimán mismo; y cuando éste, irritado, se acercaba a reclamarle la lengua, el ingrato giró en redondo y con veloz carrera se abalanzó al río por otro sitio, nadó y lo atravesó juntándose con el hombre.

Entonces fue cuando el caimán sintió verdadera pena y de sus ojos principiaron a brotar lágrimas.

Llora el caimán desde aquel lejano día: porque su lengua está en la boca del perro.

En una aldea vivía una muchacha que era la más agraciada del lugar. Se nombraba María, generalmente le decían Mariquita y los más afectuosos la llamaban Maruca. Aunque la rondaban y cortejaban muchos galanes de diferentes tipos, entre todos tuvo el capricho de escoger al mentado Juan, a quien los que más lo conocían cuando no estaba presente apodaban Juan Bobo, Juan Zonzo y, después que sucedió aquello, Juan Animal.

Hacía tiempo que Pedro Artimaña venía sintiendo entre pecho y espalda un amor tragado, por Mariquita; pero cuando la tenía presente perdía la voz y se le aflojaban las coyunturas. Un día, para darse ánimos y poderse declarar, se tomó un buen trago de aguardiente y fue resueltamente y le presentó su candidatura:

—Me quiero casar contigo, Maruca.

María, con franqueza que para él fue peor que una pedrada, le confesó a quemarropa que, en segundo lugar... él, Pedrito, no le parecía un desagradable. Quizás si se hubiera declarado antes; pero ya le había dado su corazón a otro: ya estaba comprometida bajo palabra de mujer. ¡Si no fuera por eso! Pero...

¿Y de quién se trata? —Preguntó Artimaña perdiendo aplomo—. ¿Será uno de esos forasteros intrusos, frescos, advenedizos, que no tienen más que un flus prieto y nadie sabe la madre que los parió.

El corazón le daba brincos esperando oír el ingrato nombre. A él ni a nadie se le escapa que los forasteros, los de la ciudad,

tienen para las muchachas de la aldea una atracción misteriosa y más cuando son listas y ambiciosas como María. Pero...

—¿Forastero? ¡Uyuyui! Frío... frío... frío: no te quemas y ni siquiera te acercas. ¡Qué forastero va a ser! No lo adivinas ni de aquí a la noche. Qué raro: si cuando dos se quieren como yo y Don Juan a todo el mundo se lo va diciendo el viento.

A Mariquita, comprometida y todo, no dejaba de gustarle que a Pedrito se le pusieran las orejas calientes y rabiara porque ella iba a ser de otro.

—¿Pero no puedes decir su nombre entero? ¿No se puede saber quién es?

—Tranquilízate, que no es ningún forastero. Es Don Juan, el señor propietario vecino tuyo en la zona agrícola. Lo prefiero a él a uno de esos cisgaravís de la ciudad que no tienen ni un matiz que asar. Don Juan...

—¿Don Juan? ¿Señor propietario? ¡Pero si Juan Bobo no es ningún propietario! No tiene más que un conuco tan chiquito que cuando se revuelca en él, como un penco, le quedan las patas afuera. ¿Qué es lo que te ha hecho creer?

—Te rascas porque te pica, Pedro.

—Yo te juro por las cenizas de mi madre que Juan Bobo no es más que un comilón. ¡Un animal! Mira, asunta, óyeme Mariquita, y no te pongas brava por lo que te voy a decir en el seno de la confianza: a ése lo he aparejado yo y en una ocasión lo estrené como a caballo de silla, y volveré a montar en él cuantas veces me dé la gana.

—¡Quéee!

Lo que pasó por el corazón de María difícilmente se explica; pero basta decir que las mejillas se le pusieron rojas como si le hubieran untado tuna madura.

—Si no pruebas lo que estás diciendo eres un despechado, embustero, envidioso, difamador, —dijo indignada— y se lo voy a contar para que te rompa las costillas a garrotazos. ¡Cobarde!

—¿Y si lo pruebo?

—No pruebas nada, mentiroso.

—¿Y si te lo pruebo?

—¿Si lo pruebas? Tú no pruebas nada.

—¿Y si te lo pruebo?

—Si lo pruebas, te... te aseguro que yo no voy a descender a un papel de yegua. ¿La mujer de un penco? ¡Nunca!

—No basta... No basta eso —reiteraba Pedro recobrando el aplomo que al principio había perdido—. Aspiro, en seguida de la prueba y sin pérdida de tiempo, a que te cases conmigo que soy el que te merezco.

—Si no lo pruebas vas a ser apaleado: es lo seguro.

—Y si te lo pruebo, ¿me aceptas?

—Si lo pruebas te aceptaré.

—¿Trato cerrado?

—Cerrado y jurado, *por éstas, que son cruces.*

María juntó y cruzó los dedos de las manos y los besó con seriedad rabiosa, igual que si los mordiera. Con los ojos empapados por el lastimón de su orgullo vio a Pedro Artimaña salir con seguro andar, que la desconcertaba. Una hora después llegó él al fundo de su amigo Juan y lo encontró dormitando boca arriba, con el juicio más embotado que nunca a causa de una de sus harturas. Porque es verdad que otro individuo glotón así no había nacido en cien leguas a la redonda.

—Buenas tardes, tío Juan. Oiga: vengo de pronto a mudarme de ropa para asistir a un banquete en el pueblo. Soy de los invitados; ¿y a usted no le ha llegado la noticia? Muchos licores y toda clase de comidas, y sobrará mucho para que cada uno cargue y se lleve para su casa lo más que aparezca. Aquello será lo nunca visto. Habrá chicharrones y entresijos fritos, hasta para los perros. Ya están cocinando doce bueyes, cincuenta ovejas, veinte y cinco ovejoes, doscientos puercos, treinta gallinas y ochenta pavos. Han destapado ya cuatro toneles de salsas distintas y cuatrocientas veinte barricas de vino y están acarreando para allá muchas cajas de otros licores.

—Cuenta, cuenta, Pedrito... ¿y no me podrías llevar?

—Vine a invitarlo, porque Mariquita quiere que usted no falte, que premiarán con tres lechones horneados y dos cargas de raspaduras al que para abrir el apetito cante al llegar una coplita sabrosa, como esa que usted sabe. Esa que dice:

—*Yo soy el que se comió
los... melones.*

—No. Así me resta mi buena reputación. D'esta manera es:

—*Yo soy el que me comí
los diez y siete melone,
docena y media de mango,
diez piñas y treinta anone...*

Es copla fina y bien concertá que hay que cantá con gracia, como la tarde que Eusebia me la oyó y se enamoró de mí.

—¿Se enamoró?

—Sí. ¿No lo sabe tú? Yo no sé qué le pasa a las muchachas dende que me oyen cantando. Me persiguen. Por eso los de aquí y los forasteros jasta mi manera de caminá me la envidian.

—Bueno, tío: volviendo a lo del banquete, vine a invitarlo porque Mariquita, según le cuento, no quiere que usted se pierda de aquello. En cuanto a mí, salvo mejor parecer, creo que usted no debe faltar. Pero ahora resulta que estoy sintiendo un pie lastimado por venir de pronto y creo que si no me alivio no podré ir caminando; cuando es regla que los concurrentes no lleguen en animales. Algunos irán montados en otras personas.

—Bueno... bueno: yo te cargo, si es necesario yo te cargo. Ahorita mismo te llevaré: Vamonó ya.

—No. Saldremos, si me alivio, *al romper el nombre*.

—¿Al rompé qué?

—Al amanecer, quiero decir, tío.

Cerró la noche. Se acostaron y poco después el bohío se iluminó con una llamarada.

—Pedro... Pedrito... Pedrín: *alevántate y vamonó*, qu'está amaneciendo y si no te apresura llegaremos tarde y la comida no rinde pa nosotros. Mira los claro del día.

—Pero tío, ¿quién le dio fuego al pajar? ¿Usted no ve que es la paja que está ardiendo? —respondió Pedro Artimaña y se acomodó en su hamaca.

Roncaba por segunda vez cuando lo despertaron cantíos de gallo cerca de su cabecera. Entonces sintió que su amigo Juan le sacudía la hamaca y le decía con impaciencia:

—Alevántate, Pedrito, que ya cantó el gallo. Está amaneciendo, y yo no quiero que Mariquita espere.

—¡Por Dios, tío!, ese canto no es de gallo sino de alguna garganta. Déjeme dormir, que me está creciendo la dolencia. Creo que hasta me está entrando calentura mala.

Amaneció. Pedro Artimaña, quejumbroso, apenas si podía dar pasos, aunque no dejaba de ponderar el banquete que iban a perder: ¡por un bendito pie! Juan Bobo insistía en que salieran, que lo llevaría al hombro, sin lastimarlo. Y así se fueron.

En el camino, por Pedro estar ponderando los exquisitos manjares, tantos que habría que aflojarse los puntos del cinturón, alzó las manos y rodando por el cuerpo de "Don Juan" cayó al suelo dando chillidos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamaba— Yo creo que ahora se rompió la pierna. ¡Ay! ¡Ay! Perdernos de tanta y tan gustosa comida... ¡Ay! Si pudiera montar en silla, con sudadero y freno. ¡Ay!

—Junh. Silla y sudadero, pasen —gruñó Juan—; pero freno, ¡nunca! no me voy a inutilizar la boca. Prefiero que se vayan al infierno con su banquete.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Qué salsa tan apetitosa! Si hasta aquí me está llegando el olor. Y por el detalle de un freno no poder llegar a tiempo; cuando el freno es lo que está de moda.

Hasta el Presidente del Ayuntamiento irá con un freno nuevo, montado y arreado por la mujer del Alcalde, la amiga de Mariquita.

—Bueno... bueno: búscate el maldito freno; pero no apriete.

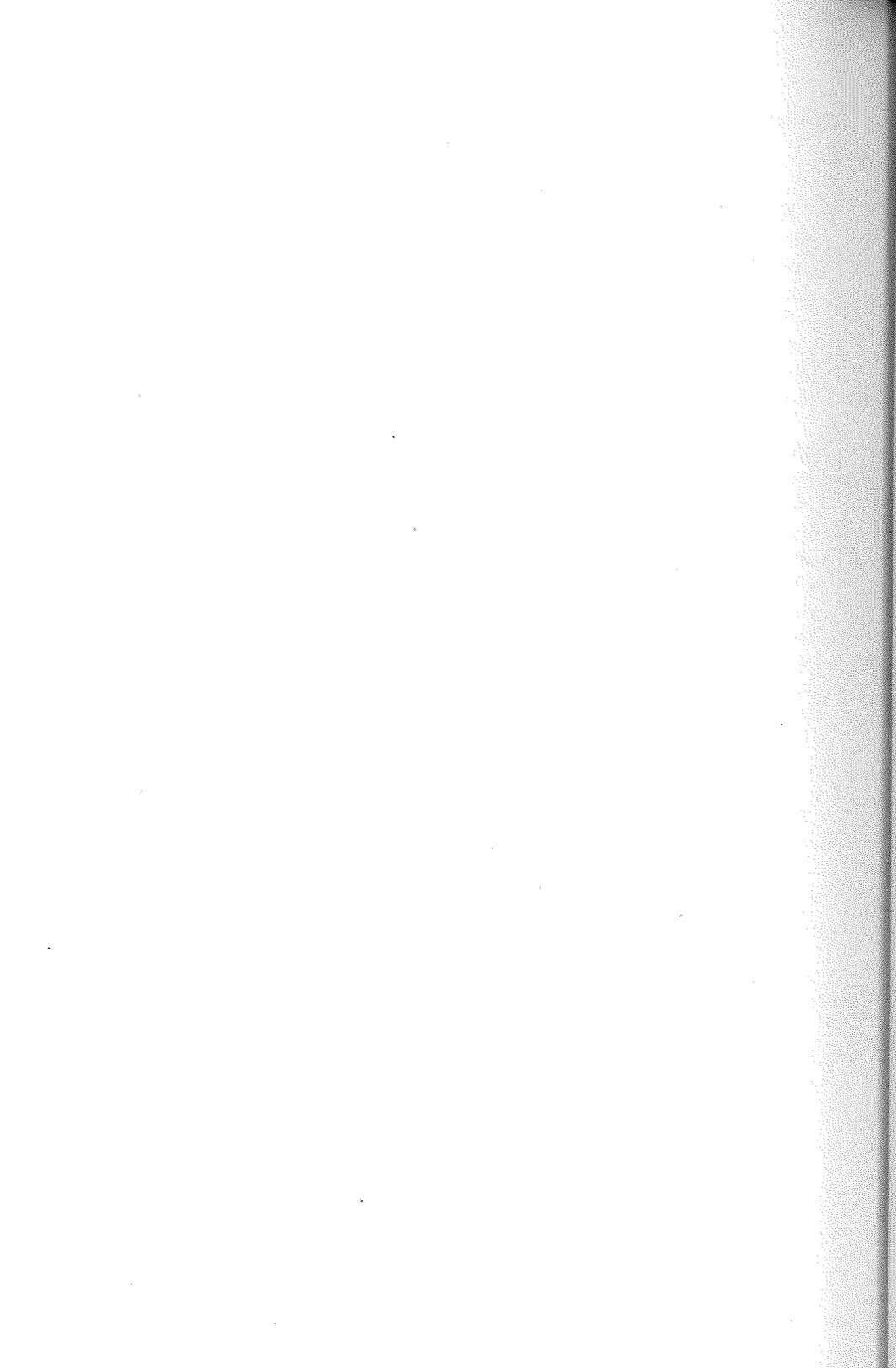
Enjaezado, gallardo y hambriento, corría Don Juan el de Mariquita cuando llegaban al poblado, y al pasar frente a la casa de la novia sintió que le clavaban espuelas en las posaderas y en los ijares. Columpió, pateó y corriendo como un desesperado entró en el patio y en un santiamén quedó junto a un horcón, bien apersogado.

Carcajadas, tumultos. Gritos de ¡vengan a ver!

Estirando y manoteando, trataba el Don Juan de romper el freno para estrangular al maldito Pedro, cuando se acercó la novia dejando caer a su lado un haz de yerba.

—Carcajadas y gritos.... ¡señores, vengan a ver!

Llegó el jefe de la policía para imponer el orden. Multaron con dos pesos al causante del escándalo, desensillaron al otro, y cada cual se retiró a su casa comentando el asombroso suceso. Una semana más tarde Pedro Artimaña y María de los Santos Reyes celebraron su matrimonio. Yo fui de los invitados, y me reí tanto que me creyeron borracho. Y aquí me tienen ustedes dispuesto a referirles la misma historia cuantas veces quieran. Amén.



UNA LECCIÓN DE JESUCRISTO A SAN PEDRO

En aquel tiempo lejano nadie supo explicarse por qué Jesús y San Pedro, al regresar de darle vueltas al mundo, pasaron de largo por una población en donde habitaban cristianos probados, en casas cómodas, para irse a hospedar en un bohío ruinoso de las afueras. El dueño de la vivienda, un hombre de edad madura, los acogió sin preguntar quiénes eran, en qué andaban, ni de dónde venían. Sin vacilar les cedió el camastro y el colchón en que dormía habitualmente; y él, siendo dueño, se tendió a ras del suelo para pasar la noche. Antes les dio a comer el único alimento que había reservado del parco almuerzo.

El camastro y el pobrísimo jergón eran incómodos; pero doce horas se pasan como quiera, sobre todo las pasan aquellos para quienes las molestias materiales carecen de significación.

Temprano, antes de salir el sol, el misérrimo dueño de la vivienda quiso regalarles una batata asada, para el desayuno; pero los transeúntes se negaron a aceptar la última dádiva y se despidieron dándole las gracias por la hospitalidad.

Un kilómetro habrían caminado cuando San Pedro, preocupado, se atrevió a decirle al Señor:

—Maestro: meditando sin duda sobre alguna cuestión profunda, has olvidado premiar al infeliz que acaba de darnos prueba de su bondad. ¿No tenemos oportunidad de rectificar, ahora mismo, ese olvido que me lastima?

—Vuelve sobre tus pasos, que aquí te espero —le dijo a San Pedro el Señor—. Habla con él, pregúntale lo que más desea y otórgale *lo que merezca*.

Afirmándose en su nudoso cayado y andando a paso largo, retornó San Pedro a la mísera vivienda, y bendijo:

—Que la paz del Señor sea contigo, buen hombre. Vuelvo adonde ti con el propósito de averiguar qué desearías, dentro de cualquiera apetencia humana, para que puedas seguir beneficiando a tus semejantes, como anoche, cuando preferiste dormir a suelo raso por cedernos la cama y el colchón en que hubieras reposado y dormido como de costumbre.

—¿Y qué podrían ustedes dar, o ayudar a conseguir, si estoy viendo hoy con más claridad que anoche, que son tan pobres o más que yo? Querer... Querer. De querer no se cansa nadie. Quisiera yo mando y dinero para ultrajar y someter a los castigos peores a todos los habitantes de este sucio pueblo. Haciéndoles el mayor daño posible me regodería.

—Bueno... Bueno, —musitó San Pedro apiadándose del infeliz a quien sin duda la miseria le estaba trastornando el juicio— queda por explicarme entonces por qué, si odias al género humano, nos acogiste con tanta bondad anoche y todavía hoy nos estabas regalando una batata asada, sin que nada más tuvieras para tu desayuno.

—¿Bondad? ¿Que los acogí con bondad? Viejo, no sea tan tonto. Les dí posada para que supieran lo que es bueno. La comida con que los obsequié anoche, mi sobra del mediodía, fue sopeteada por un perro sospechoso de rabia. Les cedí el jergón y el camastro para que las chinches se gozaran chupándoles la sangre a ustedes y me dejaran pasar tranquilo siquiera una noche. En cuanto a la batata de hoy... ¡Vamos, hombre!, ni el ratón la quiso: la meó después de mordisquearla y probar que estaba malsana.

San Pedro apretó el puño sobre su pesado bastón de viaje. Pero oportunamente, en memoria que no envejece, se precisó el mandato del Divino Maestro que ordena perdonar y hasta devolver bien por mal. Esto y su natural espíritu de misericordia, evitaron que le moliera los huesos a palos a una criatura tan vil. Cuando volvía al alcance del Maestro, debajo de las tupidas cejas sus pupilas estaban foscas y del rostro le trascendía una seriedad que metía miedo.

Jesús, viéndolo llegar así, miró la bóveda celeste, suspiró, y dijo apaciblemente:

—Pedro, Pedro... tu impetuosa caridad, ¡hasta cuándo estará en peligro de ser burlada por la malicia de los perversos!

EL BARRANCOLÍ SE QUERELLA CONTRA EL CERDO,
QUE LE ROMPIÓ UNA PATICA

—¡Oh, qué fuerte eres, puerco, que mi patica has rompido!

—Más fuerte es el sol, que mi manteca derrite.

—¡Oh, qué fuerte eres, sol, que derrites puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es la nube, que a mí me tapa.

—¡Oh, qué fuerte eres, nube! Nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Mas fuerte es la pared, que a mí me detiene.

—¡Oh, qué fuerte eres, pared! Pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es el ratón, que a mí me *ruye*.

—¡Oh, qué fuerte eres, ratón! Ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es el gato, que a mí me caza.

—¡Oh, qué fuerte eres, gato! Gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es el perro, que a mí me mata.

—¡Oh, qué fuerte eres, perro! Perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es el palo, que a mí me pega.

—¡Oh, qué fuerte eres palo! Palo que pegas al perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—¡Más fuerte es el hacha, que a mí me troza!

—¡Oh, qué fuerte eres, hacha! Hacha que troza palo, palo que pega perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es el herrero, que a mí me hace.

—¡Oh, qué fuerte eres, herrero! Herrero que haces hacha, hacha que troza palo, palo que pega al perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—Más fuerte es Dios, que a mí me crió.

—¡Oh, qué fuerte eres, Dios! Dios que criaste al herrero, herrero que hace hacha, hacha que troza palo, palo que pega al perro, perro que mata gato, gato que caza ratón, ratón que *ruye* pared, pared que detiene viento, viento que lleva nube, nube que tapa sol, sol que derrite puerco: ¡Puerco que mi patica rompió!

—El Padre Eterno se acarició las barbas con sus dedos inmensos, frunció las cejas y le preguntó al animalito con su voz que hace estremecer la tierra:

—¿Qué quieres tú, Barrancolí?

—¡Oh, Dios, quiero mi patica, que el Puerco me la rompió!

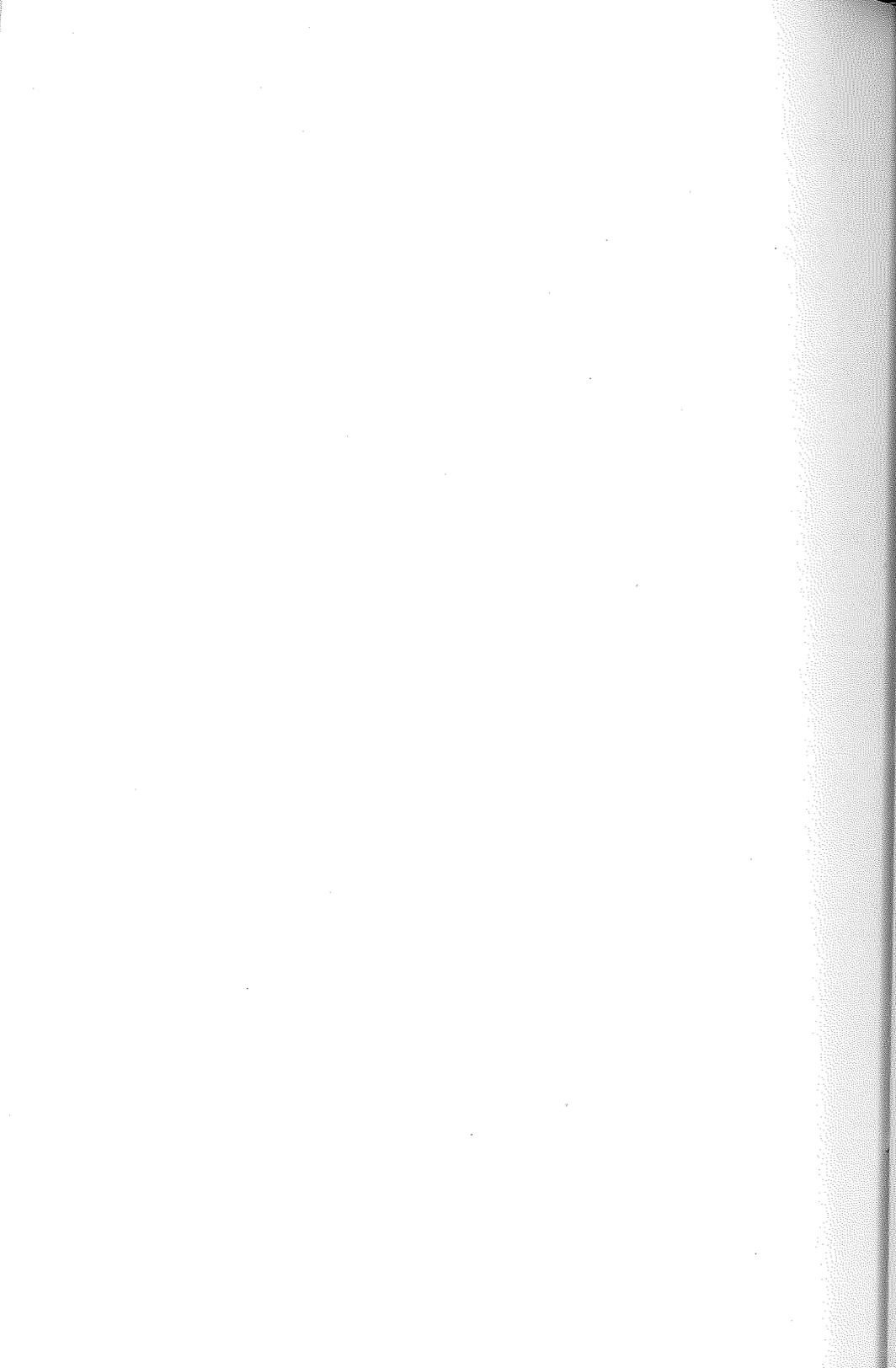
—Ninguna criatura es débil para encontrar justicia. Te devuelvo tu patica sana, Tómala y... vete: que al puerco le ha llegado su San Martín.¹

1. Fue dictado por el bachiller Eliardo Sánchez H., de sus recuerdos de infancia.

EL DIABLO RONDA EN LOS GUAYACANES

Cuentos de Santo Domingo¹

1. Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, 1967.



EL DIABLO RONDA EN LOS GUAYACANES

Dije que llegaríamos al romper el nombre —repitió el anciano quitándose las soletas para saltar del bongo y ganar la orilla.

La superficie del lago se convirtió en temblorosa lámina de púrpura. Enrojecieron los mangles y pedregales vecinos, y el bongo de tablas toscas quedó envuelto en reverberaciones y parecía que iba a llamear. Desde el lejano Escobín hasta *Bucán-Sampié* la aurora derramó granates ardientes, cataratas de rubí, manchones escarlata. El rojo imponente se dilataba y enriquecía en matices. Un poderoso *góun* lanzado por el centinela de los flamencos alertó a los compañeros que alzaron vuelo, huyendo hasta desvanecerse como fantasmas de púrpura. Despertaron azorados las garzas y los cocos de pico de rosa y ámbar. Dos cucharetas de alas bermejas aparecieron volando en círculo, graznaron con orgullo y espantaron a los patos y a las gaviotas. Revivió el lago, y un rezo poderoso y hondo vino y se extendió con el terral, como hálito de la selva. Bandadas numerosas de palomas *coronita* comenzaron a pasar hacia el oriente encendido y, volando a ras de mangles y matorrales, estridentes enjambres de pericos, de agrias gargantas, ahogaron el rezo de la selva y el dulce rumor del lago.

—Don Abelardo, ¿de dónde salen tantas aves, y de qué viven? —le pregunté al viejo Din.

—Te dije que llegaríamos al romper el nombre y, ya se ve, appena está amaneciendo —reafirmó sin dignarse darme respuesta—. ¡Jée, Tiburón! ¡Qué perro tan pazguato! Quedrá que lo saquen del bongo como a un niño de cuna.

—No, papá —observó el hijo— es que usted no se convence de que usted pertenece al tiempo viejo y su perro es animal del porvenir, más que de ahora. Necesita un puente, un buen desembarcadero. No le gusta mojarse. A lo mejor será familia de chivo.

—Será. Oye tú, Manuel: vuelve allá y solvialo y títalo al agua —le ordenó al sobrino—. Y arrima el bongo al mangle gordo, no sea que venga fuerte la brisa. Barón —dijo volviéndose al hijo— cojan la sierra y los demás féfere y vayan andando en lo que dejo esta lata allí, rumbo a la colmena que sé cerquitica del bramadero. Ya los alcanzo en los cantizale.

Él y su perro desaparecieron y quince minutos después nos alcanzaron al final de la vereda, en donde el terreno se cubre de áspero y bravo cantizal. Principió a dar nuevas órdenes. Yo era el dueño, el director del trabajo, pero desde que salimos de Oviedo el viejo venía imponiendo su autoridad y disponiéndolo todo. Pasó delante del hijo, enjuto y alto como él, y del rechoncho sobrino y a filo de machete comenzó a marcar la *sangría* que abriría después para sacar los trozos de los guayacanes que tanto había ponderado. En las veladas de la aldea hacía noches que le rodeábamos, oyéndole con entusiasmo, mientras él se envolvía en la humareda del tabaco de su cachimbo, feliz como un santo en el humo del incensario, y repetía:

—Son guayacane como los que había en el tiempo antiguo. Lo mejor se lo lleván antonces en los bergantine de Inglaterra.

Ahondábamos en la selva, rumbo al noroeste. Lejos del lago los árboles tenían insospechados grosor y altura. Frente al intransitable mucaral pensé que estábamos extraviados, cuando al rodear un peñasco imponente nos detuvimos al borde de una hondonada fértil y húmeda, desde cuyo fondo los árboles alzaban sus copas acariciadas por el viento.

—Aquí está la mancha, —dijo el anciano.

—Papá, ahí jozó un varraco hace muy poco... y mire: el bendito perro es tan inútil que ni se da por entendío.

No me interesaban el perro ni los cerdos cimarrones. Miraba, y miraba en vano, tratando de ver la ponderada *mancha* de guayacanes y disimulaba mi torpeza ante los otros. Al fin le pregunté al viejo.

—Ustede los de la ciudá en' entrando al monte tienen ojo, pero no ven, y si los dejan solo jasta se pierden —respondió

mientras rellenaba de tabaco su cachimbo—. Mira, Barón —le dijo previsoramente al hijo—: hay que evitá no caigan en la rejoya, que pesan y sería lucha después sacarlo.

Entonces fue cuando me di cuenta de que tres árboles de tallos cilíndricos, que mecían sus ramajes sobre las frondas de gigantescos almácigos, cayas y candelones, eran los guayacanes alabados como perfectos:

“Son liso, derecho, redondo, sin nudo... Cirio... Sí, son como un cirio; ya se verá”.

En el tronco cada uno tenía una A grabada rústicamente, marca de propiedad incomprensible para los profanos, que los hacía respetar entre monteros y trozadores de la comarca. Cerca se erguían otros de costra áspera, abrazados de copeyes y bejucos. El hijo y el sobrino miraron al sol ascendente, calcularon la hora, limpiaron troncos y empezaron a aserrar, mientras Don Abelardo, espantando mosca invisible, me ordenó que le siguiera para enseñarme otros dos que no me parecían tan altos ni tan hermosos. Su papel terminaba ahí. Minutos después comenzó a picar abriendo la trilla, retrocediendo hacia el lago, y me fui tras él.

—Por aquí saldrán cómodamente. Si dejo que abra la sangría un mozo sin experiencia, de seguro te se malogra un animal y pierdes en el negocio; que el Diablo ronda en los guayacane y dende que uno se descuida echa a perdé la cosa; como cuando fuñó al mozo capitaleño que se la vino dando de inteligente.

Mientras hablaba abría el sendero, distraídamente, como en función de arte que es gozo en vez de trabajo. Rato después se oyó un estruendo dilatado y multiplicado por vastas repercusiones.

—Oye... ya cayó la primera mata. Si los muchacho no se aflojan y el Diablo no entra en la cosa acabaremos de cinco a cinco y media.

—Pero Don Abelardo, ¿es que usted se figura que el Diablo se anda metiendo en todos nuestros asuntos?

Se enderezó con el machete en alto, como si mi pregunta despertara y tentara peligrosas alimañas, y sus ojos habituados a escrutar la selva me miraban con la simpatía protectora con que se contempla a un niño. Se le suavizó la voz, vuelta confidencial:

—Mira —dijo— yo no soy partidario d'Él, creo en Jesucrito. Pero de que nos asecha... Anda por ahí y aproteje a los que son de mala índole.

—Pero don Abelardo...

—Lo dice el Cura, muchacho —regañó—. Yo sé y en siendo de mi tiempo sabe jasta el más inorante aonde mudó la pezuña una de las veces que cambió de forma. Hoy mesmo, cuando amanecía y el perro no quería salí del bongo y tú miraba como un lelo que no tiene hábito de alevantase temprano, pasó vuelto un raicongo y como remando con las dos'ala se fue a su islote; mesmamente aonde Él hizo el pacto con el joven capitaleño y se entretiene cuando está ucioso aruñando las' alma de los cacique, que tiene presa. Mira tú, ¿en toavía no te han llevao al islote?

—Sí que me llevaron y en la otra banda vi las figuras, *Las Caritas* esculpidas en las peñas por los indios.

—No sea tan zonzo, muchacho —dijo cariñosamente—. ¡Los indio! Los indio no hicieron eso, que aunque hereje no eran tan bruto. Piensa y comprende que naiden se diban a pintá tan horroroso. Fue cosa de Sataná.

—Pero Don Abelardo, habla usté como si lo conociera.

—Bueno... como si lo conociera. Oye: —dijo en tono de confianza— s'entiende con el boticario, qu'es más que brujo. Él le enseña a machacá el menjurje que vende como si fuera medicamento y le va pegando ya su peste a azufre.

Pensé que el viejo se quería burlar de mí; pero era tan bondadoso y me parecía tan sincero que hubiese sido indignidad dudar de la rectitud de su palabra. Yo trataba de serle grato y le ayudaba apartando y echando hacia el monte las ramas que él iba cortando tan fácilmente, y acaso mi respetuosa familiaridad le desataba la lengua.

Abría la trilla desechando las asperezas del terreno, cortando arbustos, apartando piedras y cuanto obstáculo pudiera estorbar a mis animales en el transporte de la madera. A la sombra de los árboles me parecía más alto, más seco, sobrio de gestos y más tostado por la intemperie. ¡Inolvidable ejemplar del Sur de Santo Domingo! Trascendía de sus sesenta y cinco o setenta años inequívoca simpatía y una inconfundible dignidad de animal de buena casta. A la edad en que merecía ser jubilado daba la impresión de que podría seguir trabajando, sin fatiga, indefinidamente.

—Don Abelardo, ¿usted quiere decirme de dónde viene este olor tan penetrante?

—¿Cuál? Son numeroso y no sé a cuál te refiere. Vuelan entremezclándose por la brisa, que ya comienza. Ahora viene uno salobre, del marisco del lago, y ahorita uno se unió con otro que parece que le ponen azúcar fina: que es el de *Pabellón de Rey*, que ahora florece. Hay uno que penetra y pica y a mí me gusta: el de la flor de la canelilla cimarrona. No es olor d'eso que agradan a los hombre afeminao. Mira: coje esa hoja... no, de la rama esa que te toca en el sombrero. Es malagueta de fina clase. La ordinaria güele más fuerte y me agrada meno. Pero el olor que más se siente ahora es el de la flor de *Cigua-Blanca*... casi emborracha. Aquí hay olore de toas clase. Los'hay como de novia y los'hay indino, como de grajo: mesmamente el de la cáscara del cedro verde, cuando lo cortan. Y hay el de la chinchilla silvestre, y el de la bayahonda blanca que nombran María Acosta, que era una vieja gorda que no se bañaba nunca. Mira... no era antipático el mocito capitaleño... No era llano como tú, pero a mí no me dentra en la cabeza que fuera un malo, como decían. Algo filorio y como que ponía distancia entre su persona y los otro, como si él tuviera ya tanto dinero como desiaba. Vestía de prieto y tenía dos diente de oro, y dende que llegó al pueblo le gustó a las muchacha: jasta la maestra se enamoró d'él... ¡Y mira que la carne no estaba en el garabato par falta de gato!

—Cuénteme, cuénteme, Don Abelardo, —le pedí comprendiendo que él no deseaba otra cosa.

—Te contaré porque mire lo que resulta de la gula de dinero y lo que deja la política. En un prencipio se metió, como tú, en el negocio de guayacán, pero... *palo da palo*. Cuando el balandro que compró diba repleto, vino una tormenta y se lo tragó la mar. No se salvó ni un marino ni una tabla. Animoso, antonce compró cuero de vaca y chivo, y cera, y café, que se vendían a buen precio. Pero lo bueno fue que cuando ya tenía un bojío lleno de tanta de la divina compra se desató un incendio y la cera se derritió volviéndose una porquería y de los cuero y el café quedó sólo un mal bajo. El barbero denunció que el otro comerciante del pueblo por pura envidia prendió el fuego; pero el envidioso y endemoniao se defendió propalando que sería castigo del cielo, porque dizqu' el capitaleño un día allá en la capital zurró a la mamá. Se arruinó el mozo y con el dinero perdió amistá y crédito. Andaba solo por camino y en vereas; el

flu prieto se le diba poniendo verde... y le ladraban los perro como a un vagamundo. Se apareció aquí, en Oviedo, y quiso dir a *Las Carita*. Qu'él escrebiría de aquello y lo pondría bien dexplicao en las gaceta. El día de Corpo cogió la yola de Mauricio —que fue el representante de su trabajo— y se fue solo al islote. A la semana se regó que él y Sataná firmán contrato pa mejorá la suerte comprometiendo el alma. Lo miraban ya con desconfianza, cuando vino nueva alarmante de revulución y él se fue casi volando y se le brindó al gobierno. Y como los gobierno son como el cementerio, que coge lo bueno y lo malo sin diferencia, de allá arriba lo mandán a Barahona de consejero y secretario de un gobernador qu'era hombre facineroso, escandaloso, tramposo, borrachón, ladrón, sangrinario y dizque valiente. A poco en la cárcel no cabía tanto del divino preso, cuando el Diablo se le soltó a San Miguel, se presentó y reclamó su parte. El preso prencipal anocheció sano y amaneció muerto. Las mala lengua decían qu'el mandatario no era tan malo, sólo un débil que seguía el consejo del secretario. Filfa y jablanchinería, muchacho. S'enteró el gobierno y antonce vino otro jefe: un mañoso, ladino, ladrón público, abusador, bocón y disoluto sin pizca de vergüenza. Al secretario se lo lleván; pero de diputao y diciendo qu'en cualquiera día le darían cargo más grande. Mientra tanto a la maestraica de aquí... *si te he visto no me acuerdo*: ni carta ni memoria. En la capital se echó otra novia de alto copete y tan zalamera que ante de sei mese se la pegó con el hijo de un ministro. Antonce le volvió la hora mala. Lo calunián y un buen día en'el congreso *se armó la de Dios'es Crito*. Cuando él se diba acomodando en su curula oyó que dizque se había descubierta que su elerción tenía no sé qué falla y se declararí nula, si él no renunciaba pronto y... *que patatín y que patatán*. S'enredán en perorata; y habló uno y habló otro sacando mucha razione, y si alguno tenía la razón *averígüelo Varga*. Uno muy ducho encontró en gaceta antigua una ley d'esa que aparecen siempre que los leguleyo del gobierno quieren fuñir a uno; y otro dándosela de gracioso pidió permisio, se paró y regó pimienta: sin decilo dijo qu'el joven andaba tocao de la mollera... y que lástima grande que por'eso no fuera ya necesario junto a tanto varón de sabiduría. El nuestro ni era flojo *ni se mordía la lengua y se defendía como gato boc'arriba*; y cuando la cosa andaba caliente y casi entraba en trifulca, un

gordo que se regodiaba sentao aparte, entre un flaco y un calvo, frente a una mesa, sacudió una campanita. Como por ensalmo se acabó la bulla y el gordo se alevantó y fue y abrazó con cariño al mozo. ¡Jasta antonce naide sabía que le guardaba tanto cariño! Separándose con él le habló entremeciendo reflercone con palabra de caramelo; y... que las mayoría quitan y ponen; y que la proterción del gobierno es mejor que una silla en el congreso; y que en vece lo sacan a uno de aquí y lo ponen allí, jasta de minitro; y que *más vale medio jeme del mandatario que cien legua de razón; y que patatín y que patatán...* El mozo no dijo esta boca es mía. Bajó la cabeza, cogió el sombrero y por una puerta ancha se fue a la calle. A medianoche la cabecera de su cama le dio consejo, reflercionó y dende luego se resolvió a rompé el concierto que tenía con el Diablo. Por eso yo, cuando me acuerdo de aquello me da la idea qu'él no le vendió el alma, según se dijo de público, sino que se la dejaría en hipoteca. Y tú, ¿qué piensa?

Al interrogarme descansó un instante y me miró atentamente para no perder palabra de mi respuesta.

—Bueno, don Abelardo, de admitir el caso habría que llegar a la conclusión de que se trataba de una venta condicional, y que el que faltara a un requisito cualquiera, perdía en el trato. Me figuro que sería así.

—Sería... La cosa fue que volvió a nuestro pueblo y, como Santo que pasó su día, se le presentó a la novia jurándole ahora que se casarían pronto por lo civil y por la Iglesia, como es lo decente. Y una noche (no perdía la maldita maña de andá de noche por los camino) salió y amaneció aquí en Oviedo, montando un alazano de paso fino que relinchaba como la trompeta del juicio final y corría mejor qu'el viento. A la siguiente noche cogió la yola de mi primo Mauricio, que era el representante de su trabajo, y volvió al islote, a anulá el convenio, según parece, o a escribí pa las gaceta, según él dijo. A la lumbre de la luna vimo que bogaba afanoso. Lo vimo, lo vimo hasta que se borró en la sombra. Más tarde, tronaba y llovía. A los dos días, qu'era el de Corpo, seguía lloviendo. A medianoche se apareció en casa de Mauricio temblando de frío y de *calentura mala* y apretando en la mano derecha un cofrecito cerrao y lacriao. Le calentán el alimento que le guardaban, no quiso. Le dién leche, no quiso. Pero pidió un huevo y se lo tragó en aguardiente. Tronaba y

llovía. Mauricio apagó el quinqué de su aposento y se encerró dejando al hombre en una jamaca en la sala, y aguaitó por la cerradura. Caminaba de una puerta a otra y hablaba como delirando:

—El Cabro ha muerto. ¡El Diablo soltó la pezuña y ha muerto!...

Contento hablaba así y decía cosas confusa, del alma limpia y recuperá, pura como la novia. Con los trueno y la lluvia no se oía claro. Pasó una hora larga. Afuera seguía lloviendo. Con desespero se puso el capote, llamó a Mauricio y le reclamó el caballo. Dende que se lo ensillán pisó etribo, picó epuela y su alazano y él se perdién en la tiniebla y el aguacero.

—Don Abelardo, ¿y qué tendría realmente en el cofrecito?

—¡Oh!... ¡Miren qué pregunta! No diba a ser'el corazón, sino la esencia, su alma. *Diablo no come corazón, come intención*, dice un refrán. Acuérdate y deduce.

—Pero don Abelardo, si el alma es intención hay que admitir que es pensamiento, y el pensamiento es idea y la idea es cerebral, sale de la cabeza.

—¡Muchacho no se tan zonzó! —regañó mirándome con desconfianza, como a un aparecido sospechoso.

—No entiendo, Don Abelardo; ahora no entiendo.

—El alma, —comenzó a explicar recobrando su habitual calma— vive en'el corazón. Está en'el corazón como un perfume en un tarro fino. Sólo que cuando se rompe el envase el perfume se devanece y los pedazo del tarro güelen por mucho tiempo, y el corazón jiede cuando s'ensucia o se pierde el'alma.

—La explicación es convincente, bella y de buena ley. Ahora sí voy entendiendo.

Sonrisa dulce apuntó bajo su bigote blanco, y le iluminaba el rostro la satisfacción viril que se transparenta en el que acaba de salvar a un extraviado apartándolo de un precipicio.

—Mira: hay tantas'alma y tan diferente como perfume hay en la selva. Las hay que se familiarizan con la porquería y que en el corazón sucio viven cómodamente, sin repunancia. Y otras fina, que lloran en el viento a la medianoche, de gente que andan por ahí... sin darse cuenta de que hace tiempo que se perdién.

—Muy bien. Ahora entiendo mejor. Le suplico que continúe.

—El cielo amaneció claro. Mi primo Mauricio, qu'era curioso, me sonsacó diciéndome que lo acompañara y en la yola

fui averiguando qué había hecho el sujeto ese en *Las Carita*. Llegamo a mediodía en punto. El sol achicharraba. En lo alto, en el centro del islote, un claro, y en el claro... ceniza en un fogón apagao. Junto al fogón, una caja de fóforo y otra de los cigarrillo que sin cesteo fumaba el capitaleño. En la múcara, cerca de la poza de agua, una gusanera... Mosca, más mosca, y bajo el mosquero una pezuña del Cabro... Me presiné y alejaba tapándome las narice cuando, de repente, vi al Raicongo que aguaitaba aposao en la orilla. Antonce fue cuando me di cuenta de que mi primo bebía en la poza y salté gritándole:

—¡Mauricio, no beba es'agua!

Regresamo, llegando a la oración. A Mauricio le atacó una calentura que jasta le tumbó el moño. Venién dos curandero. Uno dentro rezando entre diente y pintando cruce de azul y sebo en la puerta y en las ventana, pá espantá al Malino, y quemando resina de almácigo y copey. El otro miró al primero y escupió con desprecio diciendo que con tontería no se cura el tifo, y que si en la casa le seguían dando beligerancia a "ese inorante" a Mauricio no lo salvaría ni María Santísima. Así fue. A los siete día mi primo era ya difunto, y el primer curandero regó qu'el Diablo se lo llevó de ñapa.

Don Abelardo calló. Quedó un instante abstraído, y luego, observando el vuelo de un insecto para mí invisible, dijo:

—Una abeja cargando flore... Cerquitica de aquí hay una colmena de rendimiento.

—¿Y qué fue del joven capitaleño? —pregunté.

—Bueno... Su caballo corría y corría a revienta cincha p'a la población, aonde esperaba la novia. Relinchaba, en vece, y detrás, sobre la ramazón del monte confundiéndose con los trueno corría otro relincho siniestro, y en el cruce del Arroyo-Salao, a la lumbre de un relámpago dizque se vido al Cabro Viejo que saltó de una a la otra orilla y siguió trotiando en su seguimiento. Ya amanecía y diban llegando a la población cuando, cerca del Campo Santo, el alazano s'espantó frente al Calvario, tumbó al jinete y dentro en el pueblo juyendo y con las rienda del freno rota. A poquito rato encontrán al mozo tendío y muerto. Ninguno se quería arrimá al cadable, jastas que el Juez—Alcalde fue y alevantó constancia. *En lo que se presina un cura loco* de ahí lo pasán al cementerio y lo enterrán. Ya en la tarde, la novia pidió el cofrecito. Y pensando qu'encerraba

prenda o papel de valimiento, no se lo dién. El Juez-Alcalde, ceremonioso, lo diba destapando en presencia de testigo, cuando, con espaviento, lo tiró al suelo, pidió aguardiente y se fregó las mano.

Y es qu'el que trata con Pezuña siempre pierde: en el fondo del cofrecito, bajo ceniza, cuentan que sólo apareció una gusanera.

* *

*

Nuestra *sangría* dominó un altozano y desembocó en el sendero antiguo. Repentina visión se extendía ante mis ojos maravillados. Iluminado por el sol y batido por el viento, el lago de Trujín había cambiado la púrpura matinal por un inmenso topacio, vívido, bullente y rizado de fragmentaria espuma. Un profundo bordoneo de bajos, de violas, de violoncelos terrestres o siderales, venía de los remotos confines. Y el lago y el bosque, hinchados y estremecidos, respondieron con sinfonía potente y grave que mantenía suspenso el ánimo y parecía llenar el mundo.

El viejo Din, acercándose deshizo el embrujamiento.

—Jacemo liga, muchacho... Te gusta lo que me gusta —murmuró mirándome y sonriendo, agradecido como si el lago y el bosque fueran sus hermanos o le pertenecieran—. Y ahora —agregó— volvamos'aonde el Barón y el Manuel y sabremo cómo se comportan.

MA PAULA SE FUE DEL MUNDO

Al Dr. Ramón Blanco Isusi.

Un alarido de gargantas vigorosas, seguido de uno, dos, tres disparos de fusil, le anunciaban al mundo un grave acontecimiento.

Detrás del caobal del cerro, en la planicie vecina, el gafo guardián del colmenar sopló el fotuto de poderosa voz; y respondiendo a la señal oficialmente pautada, desde el fundo de la Domingona, y más lejos, hicieron tronar otros y otros fotutos que, a mayor distancia, contestaron otros y otros más, con toques de alerta que sucesivamente pasaban de fundo a fundo, del monte al llano, dilatándose en ulular tremendo. El aviso, la señal anunciando el grave acontecimiento, llegó así a todos los conucos y horas después se acercaban a la aldea, precavidamente armados, los pobladores de las cercanas y las remotas viviendas.

Papá Sindo, el comandante del Puesto Cantonal de Petit-Trou, ya a la oración agrupó a los recién llegados bajo el ramaje de una caoba frondosa y con agria y autoritaria voz de domador de gente, habló y sus palabras fueron atentamente escuchadas.

No se trataba de una de tantas incursiones del ejército de Haití. La noticia, aunque parecía increíble, era tranquilizadora; y si el jefe maquinalmente le apretaba la empuñadura al *machete de cabo* que le colgaba de una banda roja, blanca y azul, era por la costumbre de arrear hombres en las peleas contra los enemigos de la República. A ese machete le debía él el grado de comandante, de que estaba orgulloso, y el prestigio de matón de súbditos del Emperador Faustino Soulouque, de que no se jactaba porque le parecía la cosa más natural del mundo.

—Compañeros... —dijo y esperó con calma a que se impusiera el silencio— Compañeros... ¡Ma Paula se fue del mundo!

A su lado el secretario Lorenzo, *Lorencito*, iba leyendo para sí el discurso que le había enseñado el superior, para ver si se equivocaba. Espantados de oír lo increíble, se miraron todos y se dijeron:

—¡Se murió Ma Paula!

—En ella se ensuelva, —profirió un atrevido.

—¡Cállese el deslenguao! —regañó Papá Sindo, y la voz se le rajó en la garganta—. Ma Paula se fue del mundo —reiteró—. Cayó con la boca echando espuma y ya al minuto estaba tiesa como si fuera de palo. Los tonto que secretiaban que iba a vivir ciento setenta y siete años en cumplimiento del pacto que ella tenía con Sataná, queden convencido de que si ni tan siquiera el Arzobispo puede alargar la vida de naiden con oracione a Nuestro Señor Jesucrito, meno sabrán los haitiano inmunizarse con la malicia del Diablo y la de sus *Papá Bocó*. Con nuestros machete, nuestros fusile y sobre todo con la Cruz de nuestra bandera, podremo triunfar siempre de los enemigo. Siempre que recemo el Creo en Dios Padre defendiendo la República a tiro y a machetazo. Compañero... —agregó cambiando de tono y mirando de soslayo— aquella novilla berrenda, que era de los biene de la difunta, ordeno y mando que la *beneficien* para pasar el velorio. Mándenme los filete. Y últimamente, —dijo empinándose— arvierto que el aguardiente se hace para beberlo, pero hay que saber beberlo. No quiero gresca. He dicho.

Papá Sindo, alto y seco, resultaba tan imponente de cerca como de lejos, y los caprichos y rebeldía de la *s* le añadían autoridad en vez de restarle elocuencia a sus arengas.

Tan pronto se alejó el áspero y respetado jefe empezaron los comentarios y murmuraciones: “Él era así, duro y seco, pero no malo. Tenía la lengua tan agria porque *estaba del pecho* y sabía que no tenía remedio. Pero, aparte de eso, la verdá es la verdá, y sin dizque ni que me dijeron, ¡se murió Ma Paula!”

Allí, puesta boca arriba sobre la barbacoa y el colchón de guajaca que le servía de cama, en medio del patio de su vivienda en donde la habían colocado, estaba más seria que cuando vivía.

Varios opinaron que en la región no estarían preservados del espíritu de la bruja sino después del novenario. Y así y todo

habría que hacerle el hoyo bien hondo y ponerle arriba piedras pesadas, por si acaso intentara salir a hacer de las suyas.

—Papá Sindo manda que no crean en brujo; pero al decir que no crean en ellos atestigua que los hay —dijo uno reflexivamente.

—De que los hay los hay. Pero si él mismo, que es cofrao de la Virgen de la Alta gracia, siempre que se veía en confusión se encerraba con la vieja a consultarla sobre política. ¡Como si uno se olvidara de cuando su alazano rompió el lazo y se le etravió! Mediante un cabo e vela encendió al revé, la clara de un huevo crúo en aguardiente alcanforao y una peseta pa San Antonio y real y medio pa Pedro Congo, en lo que se presina un gato la vieja hizo aparecé el caballo.

A los del vecindario les parecía que el comandante no habló de la difunta con el miramiento debido. Se acercaban al bohío en cuyo patio estaba la anciana, de cuerpo presente, con el respeto que a la muerte le rinde todo mortal. En realidad, estaba ahí, boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho. No cabía duda. El hule del rostro le relumbraba con el reflejo de las cuatro velas prendidas en cada boca de cuatro botellas vacías. Así, estirada en su cómodo colchón, la bruja parecía más larga. Sólo tenía un ojo cerrado. El otro se lo cerraban y se volvía a abrir, obstinado en continuar mirando. Larga y ancha bata blanca la tapaba del cuello a los pies. La habían tocado con cofia blanca y con blanco barbiquejo le apretaron la mandíbula floja. En la comisura de los labios le asomaba un hilo de espuma, signo de tan larga vida ya que no podía interpretarse como pureza de su alma. Lo secaron y volvía a filtrar. En el conjunto blanco sólo contrastaba la mancha negra localizada de la frente a la barbilla. Las fosas de la aplastada y ancha nariz eran dos agujeros tan prietos como la piel. Del rostro, así partido por la franja de trapo, trascendía una seriedad tétrica e imponente que acentuaban el ojo obstinado en mirar y el miedo que la hechicera inspiraba aun después de muerta. Sin faltar a la verdad no se podía negar que la vieja era fea.

Un olor fuerte emanaba del cuerpo recién bañado con un cocimiento de hojas de malagueta, de salvia, de guayuyo morado y de rompesaragüelles; olor que se mezclaba con el de la gente sudorosa que llegaba de los distintos fundos.

En derredor del cadáver seguían gimiendo y lanzando lamentos las hijas, nietas, biznietas y tataranietas de la finada.

Era un deber: la vieja dejaba herencia: vacas, puercos, cabras, burros y un bohío espacioso. Nadie quería acabar de llorar primero.

Las vecinas que le temían a la bruja y nunca dejaban de echarle maldiciones, ahora que la veían difunta rezaban por el descanso de su alma; la engalanaron y la adornaban con flores de adelfa colocándole tres pétalos en los labios carnosos. Otras fregaban diminutas vasijas de higüerito cimarrón, para brindar el café y el aguardiente, bebidas imprescindibles en los velorios.

Afuera de la enramada los hombres sostenían contrarios pareceres. ¿El cadáver de una persona de más de noventa años (y a Ma Paula le suponían no menos de ciento veinte) debería ser velado con la circunspección requerida por un difunto que no había cumplido ochenta? Igual que si se tratara de un muerto recién nacido, de *un trabado*, ¿no podrían pasar la noche entretenidos en juegos de prenda y cantando el *baquiní* y echando décimas, coplas y *cantos de plena*?

El secretario de Papá Sindo, Lorencito, que por ser capitaleño se creía en el deber de saber de todo, decidió la cuestión:

—El cadáver de un ser que vivió cerca de un siglo y hasta más de un siglo, está sujeto a las mismas reglas que un *trabado*. Este es un angelito que no tuvo culpas que purgar, y aquel ya las ha purgado todas a fuerza de tropezones y padecimientos. Falta por saber qué edad tendría la *interfecta* —subrayó afirmando su argumento—. Yo la dedusco por lógica que no engaña. Estamos en el año de 1858 de Nuestro Señor Jesucristo. El hijo de Ma Paula cree tener 56 años, aproximadamente. De los tres varones, mayores que él, dos murieron peleando contra los haitianos, sus compañeros de raza, y el otro se pudrió comido de viruelas.

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro? Abrevea...

—De las siete hembras ni Dios distingue si alguna es más joven que el varón sobreviviente. A la gente prieta tarde se le ve la edad. Los nietos y demás descendientes se multiplican como marranos...

—¿Y qué significa ese lío pa si se cantan o no se cantan décima en el velorio?

Lorencito era un capitaleño de asombrosa locuacidad y le gustaba lucirse y pasar por inteligente aun ante los habitantes de la más remota aldea de la República. Se enfrascó en la tarea

de explicar cómo el Capitán Musundí, liberto que se distinguió peleando a favor de España, no quiso saber de los franceses cuando los dominicanos pasaron a su bandera. Negros criollos y hasta de Haití vinieron y se le agruparon y, como si él fuera un segundo cacique Enriquillo, otra vez la región del Bahoruco quedó convertida en baluarte de la libertad.

—Ma Paula —continuaba Lorencito con su inmoderada verborrea de sábelo-todo— fue una de las barraganas de Musundí, de quien no le quedaron hijos.

—Se los comería al momento de parí... —le interrumpieron.

—¿Y qué necesidá tenía de comé gente en un sitio en que abundan tanto la vaca, el chivo y el puerco cimarrón? —comentó otro.

—No. Es que todavía Ma Paula no era católica —continuó el orador—. Quería a Musundí y se acostaba con él por el prestigio; pero ni era ella todavía cristiana ni quería tener hijos con uno que no fuera Congo o Aradá. Sentía un orgullo de tribu superior.

—A este Lorencito lo revientan a patás y a garrotazo de un momento a otro, dende que el comandante se decuide. ¡Dizque venile a enseñá a la gente de aquí quién fue Ma Paula! Como si naide supiera que a ella y a otra como ella las cogién en lazo. Que comiera gente o no comiera, que le chupara la sangre a los niño de teta o no se la chupara ni quita ni pone cuando se dice a sé bruja.

Después de cerrar la noche llegó Baltasar, el hijo sobreviviente de la difunta. Venía de las monterías, de Mucaral adentro. Y las mujeres, desde que lo alcanzaron a ver, renovaron las lamentaciones con el inicial vigor. Este hijo montaraz tuvo el sentido práctico de dejarle a las hembras el cuidado de la madre achacosa. Compungido ahora, con una pena parida de remordimientos, prorrumpió en clamores que ahogaban a los de las hembras. Aprovechaba la oportunidad para vociferar su amor filial detallando las virtudes de la difunta. Sentía ese imperioso deber de hijo. Pero tan fuerte no podía seguir aullando. Para descansar, con disimulo salió a dar órdenes prohibiendo el juego de prenda, el canto de plena, las coplas y el *baquini*. Aprobaba que dijeran décimas *por argumento y a lo divino*. En el cráneo de huidiza y achatada frente, borrosas y tartamudas ideas le apuntaban que los cantares y el juego de prenda

quedarían en la memoria de los concurrentes testimoniando el desprestigio de la familia.

—Amigo, siga berreando y no se meta a opinar sobre costumbres aristocráticas... —vociferó Lorencito, sintiendo trasegada en él la autoridad del comandante de la región—. El que no se crea decente que cierre su casa y entierre él solo su muerta, —agregó.

Al oír pronunciar las palabras mágicas *aristocracia* y *decencia*, Baltasar quedó cohibido, perplejo. Tres sobrinos, los más adictos, se le acercaron y en voz baja le hicieron comprender su pifia, contra las buenas costumbres. Se lo llevaron, gimiendo él, hacia el gran árbol de caoba a cuya sombra Ma Paula les había domado el ímpetu a hijos, nietos y tataranietos haciéndoles entender los consejos a rebencazos. Allí, ayudado por los tres sobrinos y nueve sobrinas, trazó un círculo, barrió hojarasca, juntó leña, hizo fuego y ahuyentó la sombra. La curiosidad que iba despertando borró el desdén a que se había hecho acreedor minutos antes.

Disminuían los rezos abogando por el descanso del alma de la difunta. Y cuando la directora rogó:

—”¡Señor! Por la afrenta que sufrites con la cruz a cuesta, y por el martirio que padecites en el madero, apiádate del alma de Ma Paula, tu sierva”... la súplica quedó sin la reiteración coreada.

Cesaron por un momento las lamentaciones y un grupo de auténticos amigos de la familia se acercó a Baltasar. Con un brebaje, mezcla de ginebrón y raíces maceradas que en un calabazo había traído de su fundo del Mucaral, invocó un nombre, roció las primicias hacia los cuatro puntos cardinales y se tragó el resto. La cantidad ingerida por él hubiera sido bastante para emborrachar a seis hombres. Se estremeció atarazado por el fuego que le ardía el estómago y las venas. Dijo otra vez un nombre, ¡el nombre!, lo repitió dos veces más y retrocedió y avanzó, y quedó siendo el centro, lo más importante del velorio. Con las palabras rituales del *voudou* invocaba y volvía a invocar el dios de la tribu Aradá, que era la suya. Quedó en medio del círculo, abstraído, ausente de todo lo circunstancial, vacío de apetencias y pasiones materiales. Con la vista fija en un punto avanzó y retrocedió hasta el centro, ansiando y temiendo el encuentro con el poderoso espíritu, que se le

acercaba. Un segundo más, y cuando quedó transportado, en la entrega total, alguien comenzó a cantar y aullar en él con lenguaje intraducible las palabras que la madre le enseñó a repetir y cuyo significado exacto ni ella sabía:

¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!
¡Hen! ¡Hen! ¡Hen!
Can ga ba fió te.
Can ga moun de ye.
Can ga do ki la.
Can ga li.
¡Can ga li!

En derredor del fuego Baltasar giraba ahora con rapidez. Miraba al cielo estrellado, cantaba y mugía y, rodeándole, los tres sobrinos y nueve sobrinas coreaban alternativamente, batiendo con los pies el suelo y mugiendo y rugiendo para convencer al dios de la inmensa aflicción de una familia sumisa y buena. Trataba de callar y se estremecía, mientras de su garganta, superiores a la voluntad de él, seguían saliendo las voces que le hervían en la sangre y los antepasados le cantaban dentro.

El funeral lamento, creciendo y volando sobre el terral despertó al Comandante Papá Sindo y lo hizo acudir corriendo, sable en mano, como si temiera que los haitianos estuvieran irrumpiendo sorpresivamente por la frontera vecina.

Entonces fue cuando sucedió lo asombroso. Crujió la barbacoa, el camastro de la difunta. Cayeron y se apagaron las cuatro velas que le alumbraban a Ma Paula el sendero definitivo y ella en persona se enderezó, engalanada, y avanzando hacia la muchedumbre se quitó el barbiquejo y preguntó autoritariamente:

—¿Y qué vagamundería son'eta?

—¡Detente, animal feroz, que antes de tú nacer nació el Hijo de Dios! —gritó Lorencito, tembloroso, y huyó desamparando al jefe.

Ese grito, el terror y la fuga, fueron contagiosos y huyeron y gritaron todos:

—¡Virgen del Amparo, aprótegenos!...

—¡No nos disgreguemos! —imploró la directora de rezos—.
¡No me abandone, Miguel! —agregó sujetando al marido.

Ante el pavor y la fuga general, Papá Sindo, que era un valiente, le apretó la empuñadura al machete y voceó con voz dominante:

—Si avanzas... te rajo de un machetazo... ¡vieja del Diablo!

1957

GENTE DE LA ALDEA

Un ramalazo ciclónico echó a perder el camino, y el deber me decía que tenía que llegar porque sin mí no se efectuaría el matrimonio.

De las cumbres del Bahoruco bajaron torrentes con ímpetu irrefrenable, rodaron desde la altura enormes desprendimientos rompiendo y enterrando el alambre telegráfico y, de trecho en trecho, dejando ciega la vía. En dos o tres horas el río de Paraíso se convirtió en infierno y en la desembocadura, a flor de olas, se embestían los tiburones peleando por los animales ahogados y arrojados al mar por la corriente. La rústica pontezuela, desbaratada, fue suplida por viga provisional: tronco cimbreante tendido en la estrechura de *Pasoviejo*. Por ahí, con pies inseguros y agarrándome de un lazo tendido de orilla a orilla, pasé o me pasaron, pasaron al peón y el equipaje, y al pasar el caballo quedó andando en tres patas. Luego de llegar a la casa de mi padrino Francisco Morilla, patriarca de Paraíso, le entregaron la carta que le dirigí desde Barahona confirmándole el telegrama-aviso de mi regreso a Enriquillo. Poco después llegó un mensajero y amigo con la noticia de que en la cima de El Caletón me esperaba una comitiva de veinte y cinco jinetes, a cuyo frente figuraban el Juez Alcalde, el Presidente del Ayuntamiento y el jefe de la Policía municipal.

En víspera del día de la Santa Patrona, mi regreso era un número de las fiestas y el recibimiento quedaría deslucido si entrábamos en la población de noche.

A la morada patriarcal iban llegando curiosos y Don Francisco ordenó:

—Acaba de tomar el café y ven a saludar a Marina. —Y subrayó de modo que oyeran todos—: *y a pedirle la bendición*. Ya ella apenas puede valerse de los pies y está decrepita del oído izquierdo; pero su juicio se mantiene firme. Se alegrará mucho de verte.

Pasamos a la enramada del patio. Seis años hacía que yo había salido de la región, desde que Enriquillo, Naranjal y Paraíso decidieron mi elección de diputado. Del Congreso Nacional salté a ser cónsul general en México y al volver encontraba a *Mamá Marina*, no diré que rejuvenecida, pero sí tal cual la dejé. Esta vieja no se va a morir nunca...

—¡Martín, muchacho! —exclamó al reconocermé—. ¿Tú no sabes que los viejos padecen del corazón y no deben darles sorpresas? Que te perdone Dios. Yo te bendigo... —terminó diciendo mientras echaba sobre mí la bendición marcando una cruz en el aire— ¡Dios mío! —volvió a exclamar al inclinarme a abrazarla.

Mamá Marina a los ochenta y nueve años de edad leía sin espejuelos y en vez de arruga en el rostro casi ni se le veía *pata de gallo*. La piel del cuello sí se le aflojó y le formaba filos. Desde su butaca situada en sitio de observación bajo la enramada espaciosa, mantenía a hijos, nueras, nietos, biznietos y tataranietos sumisos a su autoridad perpetua. Al hijo mayor, Francisco, le obedecían en el departamento y él no decidía nada importante sin consultarla. Ella y él tenían color de uva-mora, pupilas de un fulgurante azabache y ojos anchos rasgados hacia atrás por sospechas y disimulos. Su cabellera caía en hebras muertas. Los antiguos del lugar les oyeron decir a los antecesores que la vieja descendía de uno de los indios que pelearon contra España y se quedaron en el Bahoruco, y a mi padrino y a ella les gustaba que lo dijeran. Vivía orgullosa de ser india y una vez se lamentó en mi presencia:

—Un negro y un español inficionaron mi sangre con dos afrentosos cruzamientos; pero protesto y de cuando en cuando siento las venas que *me* se hinchan y las tres razas pelean en mí, mal avenidas.

Desde su asiento me sujetaba una mano acariciándola y escudriñándome con la vista:

—¡Dios mío; pero si tiene canas atrás de la oreja!... Martín, un niño.

En voz baja y del lado sordo, el padrino me explicó que estaba contenta de mí porque en las cartas le venían memorias y por un gran libro de cuentos de hadas y otro de láminas primorosas, que le mandé, en que un capitán de piratas y seis compañeros aparecían azotados por el verdugo y colgando con las lenguas afuera. Pero sobre todo le halagaba y me agradecía un rosario de plata y oro, hecho por orfebre indio, cuyas cuentas contaba al tacto horas y horas mirando en vago, mientras rezaba sus oraciones. En el color y apego a lo autóctono podría ser india, española en su católica intransigencia, pero tenía la astucia y la desconfianza de la raza negra.

—Martín se va ahora mismo. Entró sólo a pedirte la bendición —le explicó el hijo inclinándose y hablándole con voz fuerte—. Veinte y cinco *de a caballo* lo esperan cerca de Enriquillo para festejarlo. Además es el padrino del matrimonio de Mayín.

—¿Y los de aquí? Tienes que volver pronto a enseñarte y a ponerles un par de bailes a las muchachas y a tutearte con todo el mundo. Eres un mal bailaror; pero eso también anima, porque te quieren y lo echan a gracia. Tienes que *readoptarte* a lo tuyo. —Se miran y sonríen—. ¿No se dice así, Francisco?

—Creo que ahora se dice adaptarse...

—Este Francisco siempre queriéndome corregir. Bueno... y tendrás que ir a Naranjal; y cuando allá le hables a cada uno llámalo compañero, aunque sean unos ladrones y sinvergüenzas. A mi difunto le robaron un gallo de pelea y con él vinieron y le ganaron el mejor gallo a los de paraíso. Descarados.

—Pero Marina, el robo lo haría uno solo y eso pasó cuando yo tenía quince años, y cuento setenta. Quién quita que los de ahora nazcan honrados.

—¿Honrados? ¿Hablas en serio, Francisco? Martín ¿y en qué caballo viajas? ¡Ah, quedó desortijado!... Pues búsquenle *Eldorado* de Manolín. Y oye —agregó con jovial malicia— pisa estribo y sal de aquí con arrogancia, y al entrar allá ponte erguido y arrienda y caracolea a *Eldorado*, que te vean lucir siempre el primero. No te dejes apocar de nadie y menos del Jefe de Policía, que ese es político y forastero.

Pues Señor, a los ochenta y nueve años *Mamá Marina*, viuda de un político, mantiene vivo su fervor por la política. Bien

dicen que esa es la primera y la última pasión que muere en el individuo —pensé en el momento de despedirme de madre e hijo con dos abrazos y de los demás con un adiós global. Monté en *Eldorado* sin olvidar una lección de ochenta y nueve años de experiencia.

—Ahijado —llamó Don Francisco y dijo en forma confidencial mientras pretextaba corregir no sé qué detalle en la barba del freno— espérame mañana y dile a mi comadre que no se ocupe en prepararme cama. Yo llevo hamaca. Tenemos que hilar fino. En la noche te informaré de los altibajos de la política y pasado mañana, temprano, nos confesaremos y comulgaremos en la misa cantada.

Lejos, al pasar por los arenales de El Caletón:

—¡Que nos come la noche!... ¡alcánzame! —voceó el mensajero y amigo echando a galopar su caballo. *Eldorado*, muy superior, lo alcanzó y pasó delante hasta llegar adonde esperaba la comitiva.

En el caobal de la ladera de Musundí se detuvo la cabalgata para entrar causando efecto. Detrás del Cerro de los Chivos se ocultaba el sol dorando las crestas del Yimbí y de Buenavista. Sobre el *Pesquero-alto* coléricos fantasmas grises amenazan avanzando hacia Occidente, empenachados de llamas. Abajo, entoldado de sombra en su estrecho valle, blanco... pardo... manchones de almagre... se abrió el caserío de Enriquillo partido en dos por el arroyo. Ascendían de la hondonada batida al Sur por borrascoso mar y apretada en semicírculo de montes, líneas de fuego que reventaban derramando lágrimas de colores en el firmamento. Otras y otras explosiones de petardos, centenares de triquitraques, berridos de trompetas, martilleo de atabales, mugir de panderos y gangueos de acordeones, se prolongaban compactándose en un ancho y ensordecedor estruendo.

Por entonces en el lejano y aislado departamento cada habitante era un pequeño propietario, cada cual se creía el dueño de su destino, se pertenecía, y en las fiestas nadie quería ser menos y todos hacían sentir su orgullo hablando en voz alta y tratándose de igual a igual. *Usted* sólo eran los compadres, los ancianos, los contrincantes en un litigio y el niño en el instante del maestro corregirle a palmetazos o cintarazos persuasivos.

El Juez Alcalde invitó a guardar silencio y, dominando a aquel humano abejoneo, la voz grave del Presidente del Honorable Ayuntamiento concretó la bienvenida:

—¡Conciudadanos! El compañero Martín Oviedo...

A mi nombre siguieron seis o siete frases bien hilvanadas, cerrando en un coreado *sea bienvenido* y el final de arenga: ¡Fiesta, muchachos! Y se reanudó el estruendo.

Al levantarme el siguiente día, tarde, en cada músculo me mordía un dolor y en la cabeza pugnaban por entrar y salir los cuatro vientos cardinales, dilatando música de percusión, voces en desconcierto y el mugir del mar en unánime y continuo ruido.

—Mayí, —le pregunté a mi madre— ¿qué estrepitoso vocerío es éste?

—Hijo, ¿y cuándo no ha sido este pueblo así? Que no te oigan criticar nada, porque en seguida se riega que has vuelto engreído y con hinchazón de grandeza.

Alarmada a pesar del aparente aplomo, pasó a la casa vecina a consultar a Don Marcelo, el curandero. Hay enfermedades que entran así. Podría tratarse de un caso grave. Cuando menos el *trancazo*... la gripe que azota a las Antillas de tiempo en tiempo.

El analfabeto Don Marcelo diagnosticó y recetó desde su aposento:

—Estropeo. Después de seis años viviendo de blandito en el extranjero y sin montar a caballo, un día de viaje por camino recio tumba al mejor jinete. Baño de mar. Ginebra o aguardiente viejo y baño de mar.

Yo estaba echando de menos a Marcos y a Mayín, la jubilosa Amalia de Vargas, ahijada de mi madre y mimada por mí como hermanita. Desde que la bautizaron al apodo de la madrina le añadieron la letra *n* y Mayín no volvió a ser Amalia sino en cartas y cuando la reñía la abuela y madre de crianza. Contento y urgido por Marcos apresuré mi viaje para apadrinar su boda. Bajo la tutela de mi madre se formalizó el noviazgo de Mayín y "el huérfano", sobrino y también ahijado, el más adicto de los familiares y que me trató siempre con el respeto de hermano menor. Parecía extraño que cuando yo venía apresurado, trayendo escogidos regalos y dispuesto a apadrinar el matrimonio señalado para el día de Santa Ana, según me anunció y reiteró él en repetida carta, ninguno de los dos se presentara.

—¿Qué es de Marcos? —pregunté intrigado.

—*Ese* está de los cortes a la playa, entregando y embarcando madera de guayacán.

“Ese”... Raro, pensé.

—Y Mayín, ¿por qué no viene?

—Ve tú adonde ella —murmuró Mayí eludiendo explicaciones, cuando *Mamá Sinforosa* apareció, entró y pasó al comedor donde me estaba desayunando.

—¡Jujujuy!... —cantó como un gallo desde el umbral. Seis años antes la abuela de Mayín era enhiesta y alta, igual que la nieta. Ahora se encorvaba afirmándose sobre pesado bastón. Con los años las orejas le habían crecido. Sus ojos de un azul claro adquirieron en mi ausencia un brillo lácteo, ya apenas iluminado por dos chispas próximas a extinguirse.

—¡Jujujuy! Que Dios bendiga a este bueno... mientras no deje de serlo —agregó llenando un pozuelo de chocolate y empezando un rosario de lamentaciones relativas al esposo, general asesinado hacía cerca de treinta años y a la repentina muerte del hijo Julio de Vargas, el padre de Mayín, hacía no menos de diez y nueve.

—Murió mi hijo único antes de nacer su hija, ¡tan linda! ¡Tan linda y!... —Lloraba inclinándose sobre la taza vacía, sin acabar la frase y repetía exacerbando el dolor antiguo:

—Tan linda y sin quien la valga, la hija de mi *Gudío*. Bueno como no hubo otro y compañero del mejor hombre. ¡Sí... el mejor hombre, a pesar de todo! —insistió mirando a mi madre con fijeza y golpeando el piso con la punta de su bastón.

Mamá Sinforosa quedó algo trastornada desde que asesinaron a su marido y se le aflojó un tornillo más cuando la muerte del hijo, Julio, el *Gudío*: pero ahora daba la impresión de que otra causa, sufrida en secreto, la tenía a punto de un completo desequilibrio mental. Busqué la confirmación de esta conjetura en los ojos de mi madre y vi que mordía un pañuelo y se reclinaba sollozando sobre la mesa.

—¡Jujujuy! —cantó la vieja—. Lágrimas, lágrimas... ¡Cuántas lágrimas hay que derramar por no atreverse a morir a tiempo! —comentó y se alejó imprecando:

—Tierra... ¡Tierra llena de males!

Traté de consolar a Mayí pasándole la mano por la cabeza y acariciándola; pero picado por el misterio que la hacía romper

en sollozos a la simple mención de *sí, el mejor hombre*, a pesar de todo... ¿A quién aludiría la anciana? Mi madre no era una histérica y permanecía serena aún hablando de la muerte de mi padre. ¿Qué otro hombre —*el mejor hombre*— hubo en la juventud de ella, cuya velada alusión la hacía morder el pañuelo y estremecer con sollozos?

Rato después, toalla al hombro, salí a bañarme en la chorrera del río; pero con la intención de pasar por donde Mayín, tanto por verla como por arrancarle a la anciana semidecrépita algún indicio que me guiara a una revelación. A una cuadra, en el caserón del curandero, me detuvieron mi comadre Cristina y la ahijadita, Marcelina.

—Compadre, siéntese un minuto, aunque no tome el café. Vete a jugar, Marcelina. Como adivino que usted pasará a ver a Mayín no está de más que en el seno de la confianza lo ponga en antecedentes.

Suspiros graves, escapados de un dolor profundo y a continuación lamentos, venían de un aposento contiguo:

—¡Ay Virgen pura! ¡Tú tan pura y yo tan apurado!

Hacia la calle Marina pasaba un grupo cantando en coro:

—*Señora Santa Ana,*
¿Por qué llora el niño?

La comadre se anticipó a mi natural pregunta:

—No hay que hacer caso, es papá. Desde que mamá murió si se lastima un callo o le amarga un dolor de cabeza se figura que se está muriendo; y comienzo a temer que cualquier día se nos vaya a morir del miedo a la muerte. Ahora dizque le duele la cabeza.

¡Cómo! ¿El gigantesco Don Marcelo se queja así? Yo recordaba cuando en mi infancia él le atacaba una sonda de maguey a Lorenzo Pérez, curándole la célebre puñalada que le entró por un hombro y le atravesó un pulmón. Le metía, le reempujaba la sonda hasta el fondo de la herida y porque el paciente pujaba igual que un toro cuando le estampan con hierro ardiente:

—Cállate, que *nacites* macho... —amonestaba sonriendo y embutiéndole la mecha cáustica.

A Blandino, el adversario de Lorenzo, con una aguja gorda, en frío, lo remendaba del machetazo que le tumbó la oreja y le rajó la mandíbula desde la sien a la barba:

—Cállate, zoquete, y no berrés, que te *dejetas* pegar. Los hombres no gritan —regañaba y seguía cosiendo insensible al dolor ajeno.

Sin anestesia —de que en la remota aldea no tenían noticia— exprimiendo nacíos, rajando golondrinos y amputando dedos, brazos y piernas, sin pestañar, ganó fama de hombre duro. Y ahora, imaginándose mortalmente enfermo, por un dolor de cabeza suspiraba y gemía aclamando a la Santísima Virgen.

Del tubo de aspirina que tomé hacía poco como preservativo, saqué una pastilla y le indiqué a la comadre que se la diera a beber disuelta en medio vaso de agua de azúcar.

—¡Cristiana, hija, qué te he hecho yo! —aulló el curandero—. No deshonres tu nombre. Anoche caí y me quieres heredar tan pronto... ¿Qué bebedizo es ese?

Desde el salón le expliqué que se trataba de un remedio eficaz indicado por mí. Lo aceptó y quedó tranquilo.

—Compadre Martín, déjeme seguirle contando. Marcos dizque se casa: pero por ahí andan diciendo que no es con la novia legal. Con Mayín intentó *un casorio atrás de la puerta*, sin Cura ni Oficial Civil. Y ella, puntillosa, sintió que le hervía en la sangre el orgullo de todos los Vargas habidos y por haber. Lo arañó, lo mordió, lo insultó, lo echó de su casa, se encerró y no ha salido más ni para ir a misa. Seis días después, de uno o dos bailes baratos salió él enredado con una de *la vuelta arriba*, de Higüey o de San Pedro de Macorís. Mujer de esas que Lucifer le regala al mundo para perder a los hombres. Dicen que va resultando hasta *pasquinera* y está dividiendo al pueblo en dos clases: *pueblo arriba y pueblo abajo*. Y si Santa Ana no nos mira con ojos de misericordia y no permite que la suiciden... nos contagia y el pueblo coge candela, arde igual que pencas de palma seca y ni el mamando se salva. A Mayín todos le dimos la razón y yo desde el principio me impuse el deber de llevarle leche y obligar a que se la tome. Y Doña Mayí, alarmada porque la muchacha se está heticando.

Pasaron días y de buenas a primeras un runrún: que Marcos es muy ordinario para Mayín y que hay otro más merecido. Y eso diciéndose y rondando la casa con propuesta matrimonial

y visitando vecinos, un Don Augusto que nos cayó no sé de dónde. Por ahí pasa torciéndose de cintura para que le abulte un revólver grande: hombre guapazo, elegante, instruido y muy principal... Se perfuma, se unta pomada en los moños y algún cerote en los mostachos tiesos. Anda crecido de tal manera que las calles están resultando estrechas. Se mira, parece que dispensa favores, y sabe tanto que ni cree en Dios. Pues, para abreviar digo que el sábado al oscurecer, cuando fui como de costumbre a obligar a la muchacha a tomar la leche, se le presenta el de los mostachos a Mamá Sinforosa pidiéndole la mano de Mayín. A la vieja le vino todo su juicio y respondió con retintín que daba gusto:

—Lindura... di, ¿quién eres y quién te engendró? Gente debes de creerte cuando te atreves a poner esos ojos de becerro en la nieta mía.

Sin que antes lo notáramos, Marcos que llega a caballo, se apea y se atraviesa amenazando y exigiéndole al hombre que se retire. Y el otro muy correcto, sea dicho en honor de la verdad:

—Le mandaré mis padrinos y de hombre a hombre nos veremos en el campo del honor, en donde yo sé castigar a los intrusos —amenazó.

—Mojiganga, ¿y quién se va a desacreditar desafiándose contigo? Vete de aquí o te reviento a patadas —insultó Marcos.

—Respeten mis canas —intervino la vieja.

El guapazo empuñó el revólver y, antes de disparar, el otro se abalanzó dándole fustazos. De uno en la mano le tumbó el revólver y al bajarse el Don a cogerlo recibió un puntapié en... salva sea la parte. Un fustazo más, dos puntapiés y un empujón lo hicieron caer, pararse y salir huyendo y gritando:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Que me asesinan!

Intervino luego la policía. El Don, muriéndose y la gente... que tiene reventado el bofe y que si anochece no amanece... y Marquito casi camino del presidio de Barahona. El jefe de la policía llamó a papá y ordenó:

—Don Marcelo, examínelo y diga si está en estado de muerte, o si tiene cura cuánto tardará en salvarse. En una palabra: ¿qué tiene ese hombre? Y papá... compadrito, usted conoce a papá:

—Tiene miedo. Agallinamiento, tres rebencazos en las costillas, y dos puntapiés en el nalgatorio. Si siguen pegando con

tanta delicadeza me echan a perder la profesión —dijo después del examen.

La abuela de Mayín quisiera el matrimonio con Marcos, a pesar de la barrabasada, por ser hijo del hermano de Mayí, “el mejor hombre”, socio y compañero de su difunto *Gudío*, y ahora está perdiendo hasta el último tornillo del juicio. Y nada más por el momento... mi bendito compadre, que al buen entendedor una palabra basta.

En vez de ir directamente a ver a Mayín seguí al río, reflexionando. Pero, ¿y las cartas de Marcos? —“Venga hermano, a apadrinar nuestra boda que será el día de la Santa Patrona”. Loco. Como suelen decir de los atolondrados, mi mamá no le rezaría el Credo completo.

Después del baño, al subir la cuesta en cuyo remate se empina la casita que en tiempo feliz le edificó el General Joaquín Vargas a Doña Sinforosa, “para dominar el valle”, vi que un muchacho montado en burro golpeó una de las ventanas, encajó un papel y azotó al animal que corrió al trote, mientras el jinete cantaba coplas con aire de merengue:

*Del pueblo en medio p'abajo
no repetes a ninguna;
porque en cerrando la noche...
La mejor es una tuna.
¡Es una tuna! ¡Y es una tuna!*

*Hembras de birlibirloque,
por la tarde prenden vela;
pero en llegando la noche...
La que menos corre vuela.
¡Y es una tuna! ¿Y es una tuna!*

Llegué, cogí el papel y leí las mismas coplas que cantó el muchacho. ¡Qué deprimente el pueblo natal que tanto rememoré en la ausencia! ¡Y qué míseros su gente y el panorama que me gustaba contemplar junto a la reidora Mayín! Monótono, abajo murmura el arroyo pobre y triste. Reza la brisa un responso en el firmamento y en los cerros circundantes. En frente canta el

mar un miserere de muerte. En el espíritu, ¡qué de vínculos y afectos entrañables, de la infancia y la adolescencia, amenazando romperse! Aldea, aldea... Una vez más tiene razón el refrán: *Pueblo chiquito infierno grande*.

—¡Jujujuy!... —cantó la anciana semidecrépita al verme llegar—. Mayín, ánimo y sal pronto que esto se pone bueno.

Entré antes de que la nieta saliera. Dejó la mecedora antigua y se detuvo ante mí el espectro de aquella belleza angelical, jovial y única. Descuidada la cabellera castaña, antes digna de envidia, afilada la nariz corva y los ojos grandes y fijos ardientes de locura o fiebre.

—¡Mayín!...

Abrí los brazos y avancé a estrecharla en ellos y en vez de corresponder me tendió una mano, seca.

—Te mandó madrina... Ya ella no viene. De los que amé y me quisieron ya ni de ella me quedan la estimación y el cariño. Anónimos. Descrédito... Siéntate.

—Le pregunté por ti extrañando que no estuvieras con ella a mi regreso. La dejé llorando y vengo sin casi querer averiguar lo que no entiendo. Por ti, por Marcos, por tu casamiento, regreso de México sin detenerme en Santo Domingo ni en Barahona. Y ahora... no entiendo, Mayín.

—¿Pero no te han contado? ¡Gente de chismografía! Callan cuando pueden hablar.

Le tomé una mano y se me escurrió.

—Hablaré pronto para que también te vayas.

—No. Yo no, Mayín; olvidas quién soy.

—Quiso burlarme, y por su escándalo creerán que soy una deshonrada. Para mí ha sido peor que... Me equivoqué. Desperté y comprendo que nunca pensó lealmente. ¿Qué vio en mí que lo autorizara? ¿Y por qué la afrenta? Si yo más que en mí confiaba en él y, llena de él, pensaba sólo en realzarlo y con fervor rezaba para que la Virgen lo fortaleciera. ¿Y para qué pretendía ensuciarme? Para irse a casar con una... digna de él, ¡degenerado! Mañana será su boda. Y todavía, cuatro días antes, vuelve a esta casa fingiendo celos y provocando escándalo, que me desacredite más. Mejor así. Seguiré bajando; y cuando sienta por mí misma todo el asco que a él le tengo y sea tan baja como él, iré... *¡y lo escupiré!* ¡Para que se burlen de Amalia de Vargas!

—Mayín, Mayín, hermanita, ¡cálmate!

Enajenada o histérica, retrocedía, me rechazaba, hasta que la alcancé y estreché en mis brazos un esqueleto.

El estropeo debido al viaje, la impresión que me produjeron los sollozos de mi madre y este insospechable caso de dolor, de orgullo herido, de soberbia y de locura, me conmovieron hasta hacer crisis.

Sin darme cuenta, igual que si encontrara a una hermana agonizante, empecé a besarla como cuando era una niña, en la frente, sobre los ojos hundidos por el insomnio.

Salí, aspiré con amplitud, respiré tratando de echar fuera el contagio de sufrimiento y, como bestia dolorida, sentí deseos de huir, de regresar a otra vida desvinculándome para siempre de una aldea de enredos y barahúnda.

Desde la colinita dominadora, ahora el mar parecía más imponente. La brisa jugaba hinchando y rompiendo olas y fabricando espuma. Diáfano y bruñido el cenit. Y las cumbres familiares rientes en un alborozo de esmeraldas. Alegría. Alegría natural; y abajo efusión de fuerzas en un pletórico afán de ser.

—De aquí es tu madre. Y tú, ¿quién eres tú y de dónde saliste? —acusó y reprobó desde uno de sus repliegues la conciencia. Y el pintoresco alerta de la anciana Marina se iluminó como imperioso mandato... “y *adáptate a lo tuyo*”. Esto es: dómate, y en lo que sea factible procura el bien de los que han sido y son tus compañeros.

Retrocedí con renovado sentimiento.

—Mayín, Mayín —llamé, entré y quedé otra vez frente a la enferma—. Oye: vine llamado por él para apadrinar tu matrimonio. Lo contrario es una maraña de intrigas, cosas de anónimos. Por ti y como tú, sufro; pero analizo. En nuestras costumbres, desgraciadamente, la impureza del hombre es hereditaria y casi se sobrentiende. Yo no veo en ti una mujer sino una hermana. Tan bella y virtuosa eres que si encontrara a otra como tú de rodillas le pediría un poco de cariño. Y sin embargo, entiéndeme: yo no soy mejor que Marcos, ni encontraremos otro que lo sea. El matrimonio, muchas veces, se vincula por voluntarios olvidos de faltas y dura a fuerza de repetido perdón del superior de los compañeros. Tú eres la superior: ten voluntad de transigencia. Te pido que aceptes la conciliación con...

—Transige, hija —aconsejó la abuela interrumpiendo.

—Perdonaría el daño que intentó hacerme; pero después de irse con otra... me repugna.

—Vendrá mi madre y, si es preciso, de rodillas te pedirá lo mismo.

—¡Madrina! ¿De rodillas por mí? No. No. ¡Oh Dios! —exclamó, y al invocar a Dios los ojos aridescidos se le llenaron de lágrimas.

—Vendrá él. Te necesita. Te necesitamos. Lo traeré y humillado te pedirá perdón, y si lo exiges, te besará los pies.

—Transige, hija. ¡Cede un día, Amalia de Vargas! —suplicaba y regañaba la anciana.

* *

*

Regresé al hogar materno. Mi padrino, el *Patriarca* de Paraíso, había llegado. Por él y por mi regreso la casa estaba llena de visitantes. El Cura, el Juez Alcalde, mi tío el Oficial Civil, el Presidente del Ayuntamiento y quince o diez y seis personas más me esperaban para almorzar. Todos estaban regocijados por los cuentos y carcajadas estrepitosas del curandero... ¡de Don Marcelo!

Pues Señor... en esta aldea hay menos cuerdos que locos. O me adapto, como aconseja la vieja Marina, o *me suicidan*, según mi comadre Cristiana.

Detrás de mí llegó Marcos, satisfecho de haber vendido a buen precio su guayacán y contento por mi regreso. Me abrazaba, me soltaba, me contemplaba y volvía a abrazar, repitiendo y volviendo a repetir:

—¡Por fin! ¡Por fin! Ahora sí...

Optimista y exhuberante de juventud, estaba convencido de que yo obtendría la reconciliación y el matrimonio sería inmediato.

Así se casaron Mayín y Marcos, después de ensuciar el agua para beber.



DIÁLOGO EN LA SOMBRA

Al cuentista Lic. Manuel A. Amiama.

Un fragor de vendaval y truenos eslabonados ruge sobre la cordillera. De El Caribe atormentado sube y se expande lamento ronco. Se estremece el Bahoruco, arropado de sombra. Los guamales protectores del cafetal, y el cedro y el laurel grandes, afirmándose en las raíces aúllan soltando ramas por no caer y morir. Un relámpago más, y en el bramido del huracán que sacude la vivienda, acaba de entrar el que de noche, en el aislamiento de la serranía, nadie se atreve a mentar. Está ahí. Piafó y coruscaron chispas que se apagan y reencienden en la tiniebla. A la fatua e intermitente lumbre, en vez de extender mano para el saludo, me acercó la pata.

—No temas, que junto a mí nada peligroso puede ocurrir —dijo tuteándome jovialmente—. Vengo porque estoy contento de ti. Hace poco, mientras leías... en esa historia escrita por uno de mala índole, que ahorcaron y echaron al mar a un racimo de piratas, estabas gozoso. ¡Eres cristiano y te regocijas del mal ajeno!

El tuteo es deplorable frescura cuando no suena entre íntimos amigos, y el *cristiano*, sustantivado así, me molestó igual que mote de injuria.

—No soy espiritista, no hablo con sombra ni apariciones, y menos descenderé a degradante tuteo —estuve a punto de responder; pero una frase, siquiera un gesto, hubiese significado que le concedía beligerancia a extremidad tan baja: ¡a una pezuña!

—Continúa apartándote de su doctrina —objetó—. El orgullo fue condenado por Él... Y aun admitiendo que en noche como ésta no te sea agradable conversar con un símbolo en apariencia materializado, en muy poco se atenúa lo que ya existe entre tú y los que se apartaron del amor al prójimo.

—¿Quién, de buena fe, se atreve a suponer que soy prójimo de piratas y que no deba alegrarme de su exterminio? No sé de exageración más extravagante. Esos bandoleros saquearon las ciudades de Santo Domingo, de Cuba y de Puerto Rico, asustaron a nuestras abuelas y quemaron a los sacerdotes que las confesaban. Además, superior justicia es destruir a los endiablados, —pensé simulando estar abstraído.

—La frase es larga y la afirmación parece demasiado terminante; pero te iba a salir bonita: debiste decirla.

—Trata de halagarme, el Tentador; ¡pero a mí sí que no me pierdes! Me repugna aunque en el fondo le temo. Cerré los ojos.

—La actitud de arrogante desdén —aclaró— la *pose* solíamos decir yo y mi compañero Voltaire cuando los franceses se vanagloriaban de ser más inteligentes que los de otros países, sería admisible para tratar con otro; pero bien sabes que ya no puedes considerarme extraño.

—¡Vaya, vaya! Pezuña es francés. Desde que leí el Fausto supuse que era alemán —razoné en la abstracción fingida.

—Niñerías... —dijo afirmándose en la pierna coja como si fuera a brincar—. Niñerías. No hay que adjudicarme travesuras del amigo Goethe que solía convertir armoniosamente en arte actitudes y caprichos míos. Ni él pretendió ponerme límite ni intentaría nadie empequeñecerme encerrándome en fronteras de nacionalidad determinada. No ignoras que ya el atrevido maestro de Xenofonte, aquel inquiridor obstinado en exprimir razones sazonadas de mi humor sutil, se ufanaba diciendo que yo era su familiar y por mí se llamó *ciudadano del mundo*. Erró suponiendo que en el mundo abundan los inteligentes, como en la Grecia que le tocó vivir; acertó, sin embargo, al comprender que el sabio es internacional, como son conciudadanos los poderosos de distintas latitudes aunque con frecuencia se hacen la guerra. Ya ésta es una repetición vulgar, pero...

—No tenía que denunciarse —me dije— es natural que sea comunista.

—Ahora me explico mejor —arguyó— el regocijo con que apruebas algunas acciones pecaminosas, cuando las lees o las presencias. Miras desde arriba... desde tan alto que a veces ni ves al prójimo.

—¡Dale con el prójimo! ¿Quién autoriza a creer que el cristiano es prójimo de malhechores? —casi llegué a balbucear, frente al inmundito.

—Insisto en que es asunto de perspectiva —replicó—. Pero modérate, que a la hora de discutir razones irritarse y recurrir a calificativos feos, desfavorece. Mira, Él no quiso oírme en el Desierto por falta de madurez, o por su propensión a ser maestro. Todavía no había observado que los maestros se amoldan a lo que saben, ¡y qué poco saben! Él, que es insondablemente sagaz, si hubiera discutido serenamente se hubiese puesto de acuerdo conmigo, desapareciendo desde entonces las diferencias, ¡y cuántos dolores se le habrían evitado al género humano! Yo, el más poderoso de aquellos tiempos, le ofrecí desde eminente sitio, y Él declinó la oferta imponiéndose 37 días de ayuno.

—Mientes, perverso: bien sabes que no fueron 37 —murmuré mientras el índice y el pulgar siniestros instintivamente formaron la Cruz.

—37, —reiteró—. Me consta que iban a ser 37. Aquieta los dedos... no seas bobo —gruñó la Pata— y sigue tuteándome. Los 3 días más se agregaron por mí y porque el número 3 es cabalístico y... francamente, por alguna otra causa oculta que en vano he tratado de escudriñar, yo, que nunca he dejado de ser un hábil político. Platón advirtió que el 3 está consagrado al Dios Libertador. Profético: aludió a mi condición actual. Sí, ahora yo soy *el Libertador*. El 3, ¡el 3! Pero lo importante hoy no es la aritmética: lo esencial es la prueba, es el ayuno. Supongo que al enseñarte a rezar en el Catecismo del buen jesuita Ripalda, que nunca se llevó bien conmigo, te explicarían que ayunar no es sólo dejar de comer. ¿Ayunaste alguna vez?

—¿Quéeee?

—Tú, que te regocijas del mal ajeno, ¿sabes lo que es ayunar?

—No obra mal el que aprueba el castigo que los jueces le imponen al delincuente, y siente y piensa con rectitud el que repugna que la malicia pretenda alterar el sentido de la Escri-

tura —razoné y apreté los dientes ahogando los sonidos antes de articularlos.

—Palabras. Palabras... como hizo decir a un neurótico aquel asesino inglés. Sí, *asesino*. Ningún pirata ni corsario alguno se regodeó igual que ese matando gente. ¿Sofisma, vas a decir? Sus asesinatos son tan auténticos que perduran como perfectos modelos, mientras que los de Drake y sus semejantes se borraron en el olvido, aunque historiadores de índole aviesa pretendan perpetuarlos. Palabras... Volvamos a nuestro asunto, que es lo que interesa. Los 3 días más los agregé Él por mí, despreciando los apetitos materiales cuando mi oferta, y ni Él, ni yo pensábamos sumarlos hasta 140. Oye: ni con el látigo a los mercaderes ni a los hipócritas con la reprimenda habría castigado Él sin castigarse en lo percedero. Castiga el Justo, y el buen juez debe pesar, contrapesar y sobre todo *sufrir* antes de dictar sentencia. Si no obra así no desciende a él la emanación de Aquél y la pretendida justicia es otro crimen. ¡Yo sí sé de estas cosas! El Calvario es un Código, muchacho, y quizás si es el más grave compendio de sabiduría. ¿Cómo pretendes fallar tú, ingenuo e impenitente? Si Él no fuera el Justo, repito, ni palabra de justicia predicara ni habría intentado transferir autoridad a los Oficiantes de su doctrina, que es la verdadera. Mandar... cualquiera manda teniendo el dominio de la fuerza física. El Fiscal, que representa mi papel antiguo, y hasta el Verdugo, resorte ínfimo en la maquinaria de destrucción, pueden imaginarse representantes de la justicia.

—Erudito, exegeta y hasta parcial aparentas ser de Cristo: diablura traes entre manos, Pata Maligna —reflexioné—. Pero lo inaudito es que sermoneas usurpando el papel que a nuestros sacerdotes les corresponde y, como si no fuera excesivo, declaras que aceptas los Mandamientos, tú, el Enemigo.

—¿El Enemigo? ¿Pero te figuras que todavía soy ni siquiera adversario de Aquél? ¡Válgate Dios, qué atraso! Obstinándote en el error de que procuro perder las almas ni por asomo te das cuenta de que me he reformado, para salvarte.

—¿Quéeee?

—Entérate: es decir, date entera cuenta de que los extremos indefectiblemente se tocarán y de que si ya no estoy fundido en la Unidad es porque me detengo en ti y tus afines afanado en

libertarlos del peor de los pecados, que es el de la astucia. Entiéndeme: soy ahora su Delegado y vine a ilustrarte.

—¿Quéee? Su...

—Bueno... Casi, casi.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo tú, el Malo Absoluto, que eres mejor que yo? —musité.

—Menos malo, querrás decir. Lastimas la gramática, o la olvidas. No olvides, igualmente, que los pobres de espíritu son un fraude, y que se han multiplicado tanto que los están excluyendo del Sermón de la Montaña. Yo nunca los he admitido; prefiero a los pícaros, pues aunque mi hermano Luis reprueba sus ofrendas tachándolas de abominación, esas ofrendas contienen puntos de arrepentimiento y en proyección remota se columbra, para ellos también, la infinita Misericordia. Porque...

—El Maldito no es tan desgraciado, según supuse. Tiene un hermano llamado Luis. Ese debe ser Luis...

—Cito a Fray Luis de Granada, muchacho. Aficiónate a leer autores clásicos. En desacuerdo con este hermano, repito que el tuyo es susceptible de enmienda. Los estólidos no. Lo sé. De zonzos y averiados harto quedé en mis antiguas apariciones y, ahora... me duele decirlo: en vez del candor que en ti supuse y vine buscando encuentro uno de tantos despreciables engendros de la tontería. Indago, Señor, ¡indago en vano! Y cuando trato de asir lo que ansío me reservas lo indeseable: ¡Tierra!, como dijo el pobre Unamuno. Y si en el agobio de la esperanza alzo la mirada a Ti, suena tu Voz y exiges implacablemente:

—Busca, hurga y revuélvete en la materia, que esa es tu Cruz.

Piafó Pezuña disgustado de sí mismo y tras un trueno se oyó un desgarramiento; desgarramiento de extrema angustia de quien, en total abatimiento, se ve obligado a seguir andando después de creer inmediata la frontera de una desgracia que no tiene fin.

Mantuve atentos los sentidos, inclinado a la piedad aunque deseoso de quedar solo, cuando el Gran Soberbio, seguramente irritado porque una criatura inferior lo compadeciera, decidió vengarse sometiéndome a espantoso suplicio. Se irguió. Horrenda bestia se encrespó lanzando bufidos insoportables para el oído humano. Estridentes repercusiones descendían del techo, botaban contra las paredes, irrumpían de los rincones

torturándome el cerebro, que enloquecía. Estruendoso tableteo batió sobre la vivienda. Me incorporó el instinto, instigándome a huir.

.....

Afuera el huracán continúa bramando.

¡ERA UNA REVELACIÓN!

A Doña Conchita de Martínez Boog.

En un país remoto, durante años y años mandaba un señor ancho de pecho, alto, poderoso y tremendo. Invulnerable parecía a los ojos del público sumiso. Cuando las muchedumbres lo veían pasar se encorvaban con cuidadosas genuflexiones, y le adulaban diciéndole que era Bello, Valiente, Generoso; elogios que no le desagradaban oír, si acababa de comer, él, que no era bello porque el vientre y la cara le habían engordado mucho; que no era generoso porque regalaba parte mínima de lo que los demás producían y él se adueñaba; que no era valeroso, pues cuando debía batirse mandaba a otros que se batieran por él. Habitaba en la casa mejor de la ciudad —¡un palacio!— y allí vivía cuidado por Edecanes de largos sables y de penachos vistosos. Los ganaderos lo halagaban obsequiándole vacas, corderos, cerdos rollizos, y las aves cebadas en los corrales, y ágiles potros, amansándolos primero para que no lo fueran a tumbar: que el mandatario que se cae de su caballo es indigno de respeto y todos murmuran de él. Para él eran las más sabrosas frutas, y los agricultores se precipitaban en los caminos afanados en llevarle cargamentos de cereales que él examinaba de reojo, seleccionando luego la porción mejor para nutrirse y venderles a mercaderes extraños. A los cultivadores les devolvía lo restante para que se alimentaran y siguieran trabajando para él y los Edecanes de largos sables y de penachos vistosos. Entonces, agradecidos, se dirigían al templo, repicaban las campanas echándolas a vuelo y se arrodillaban dándole gracias a Dios, porque el Señor se había dignado

aceptar sus tributos, e imploraban de la Infinita Misericordia que prolongara la vida de un dirigente tan bondadoso.

Y Dios, que lo comprende todo y tiene mucha paciencia, los miraba con dulzura, clavado, desde su Cruz.

Pasaban lustros... El Gran Señor seguía engordando e inflándose de engreimiento, y el engreimiento se le convertía en orgullo que castiga Dios, cuando se impacienta. A los niños los miraba con ojeriza, si no aprendían pronto el deber de ser mansos y disciplinados, y porque sospechaba que en cada niño puede estar latente la promesa de un Redentor. Las flores, maravillosas hijas de la aurora que antes duraban semanas sin marchitarse, desde aquella vez que el floricultor las desprendió de sus tallos para ofrendarlas al Gran Señor, se mustian y duran tan sólo un día: porque las flores son puras y prefieren caer pétalo a pétalo a sentirse decorando y perfumando salones, sin libre espacio, sin aire libre y sin verse cada noche empinándose libremente hacia el cielo libre.

Vinieron tiempos difíciles, de gran sequía, y el sol y vientos agotadores transmutaron los pastos en pajonales y se secaron las plantas que ayudan al sustento de las familias. Los niños estaban desconsolados, sin juguetes; las vacas no daban leche, pues sólo encontraban paja para comer y la leche de sus ubres exprimidas apenas alcanzaba para el Gran Señor y sus Edecanes. Los perros sobrevivientes vagaban enflaquecidos, pues la pobre gente roía los huesos que los perros acostumbraban roer. Y el Canario amarillo, el Jilguero diminuto y el Ruiseñor elocuente, en sus jaulas se olvidaron de cantar. Sólo el Loro verde, manchado de sangre, repetía palabras de charlatán que le enseñaron en honra del Gran Señor, del Valiente Señor, del Bello Señor, Amo de todo. Aburrido de oír siempre lo mismo, el niño del Carbonero enseñó al Loro a repetir seis sílabas extravagantes:

—¡Mentira, Fanfarrón!

Y otra vez que la muchedumbre fue a la Iglesia a rogarle a Dios que prolongara la vida del Amo, éste le envió al Cura su retrato con orden de ponerlo en el altar para que lo adoraran, como si fuera igual a Jesucristo. El buen pastor se irguió en el púlpito y, admirados, los feligreses le oyeron rogar:

—¡Santo Dios, perdónalo que no sabe lo que pretende! Compadécete de nosotros y compadécete a él por tu infinita misericordia, que ese hombre se ha vuelto loco.

Y Dios, que lo comprende todo y tiene mucha paciencia, escuchaba con dulzura, clavado, desde su Cruz.

Las comadres aspaventeras corrieron de vecindario a vecindario propalando la breve oración del Sacerdote. Lo supo el Amo y salieron de su garganta rugidos atronadores que llenaron el palacio e hicieron temblar las puertas:

—¡Tráiganme el Cura, es un rebelde! ¡Yo mismo lo voy a ahorcar!

Y el Loro verde, manchado de sangre, gritó también:

—¡Mentira, Fanfarrón!

—¿Quién insulta mi autoridad? —preguntó el Amo, irritado.

—¡Excelencia, Señor!... es el Loro, —respondieron los Edecanes.

—Maten al loro y llévenselo al chino cocinero, que la sopa de loro es sustanciosa. ¡Me gustará la sopa condimentada con reputaciones!...

—¡Con reputaciones! —murmuraron, mirándose, los oyentes—. ¡Con reputaciones! Va a alimentarse en lo sucesivo de reputaciones. Verdad que se ha vuelto loco.

El buen Cura iba conducido a la presencia del Amo y, mientras pasaba por la calle real esposado por tres de los Edecanes, le pedía a Jesucristo alivio para los pobres de juicio y sobre todo para el que pretendía que colocaran su efigie en el altar del templo, como la imagen de un santo.

De súbito se levantó un rumor, se expandía, se acercaba y al aproximarse más se distinguieron música popular y cantos de alegría. El Gran Señor y los Edecanes se extrañaron y hasta el Oficiante pensó con sobresalto:

—¡María Santísima! el populacho se ha contagiado de la locura del Amo. ¡Celebran mi muerte! Y rezaba por la salvación de todos, aunque trataban de ahorcarlo.

—¿Quién se divierte sin permiso mío? —vociferó el Señor—. ¿Quién se atreve a cantar? Los subordinados no deben divertirse si no los mandan: ¡prohibo la música! Es un ruido molesto.

Fueron llegando a la plaza, despaciosamente, 10, 20, 100, hasta 900 acémilas cargadas de alimentos que enviaba la autoridad principal de la comarca vecina, después de colectar entre los habitantes exhortándolos a socorrer a los abatidos por azotes de la naturaleza. El júbilo popular era por eso.

Todavía nadie ha podido averiguar si la codicia del Amo rebasaba a su crueldad; pero el Sacristán anotó, en un pergamiño viejo, que de pronto se puso contento. Hizo registrar el cargamento. Había de todo lo necesario y en cantidad bastante. Para los niños enviaron trompos, muñecas, papalotes y libros con láminas y viñetas; y les mandaron la rica pomarroza, que es un perfume transformado en fruta, y el purpurino caimoní, que son fruticas en racimo que se van a convertir en ramillete de flores. Pero los niños no se atrevían a manifestar contentamiento, porque bajo las tupidas cejas del Amo chispeaban los ojos encendidos por la avaricia.

—Averigua qué subalternos me remiten todos estos regalos —le ordenó a uno de los Edecanes,— y esperó sentándose con aire de serena majestad mientras acariciaba un collar de fulgurantes rubíes que era suyo desde que se lo robó. Regresó el Edecán y pidiendo permiso, inclinándose hasta el suelo, informó:

—¡Excelencia, Señor!, dicen que no es presente de subalternos. Que un compañero de ellos hizo colecta entre los de su región, poniendo él su parte correspondiente, y mandan el obsequio para aminorar la miseria que, según equivocados de mala lengua, aflige en vuestro dominio.

Cuando el Señor oyó noticia tan halagüeña, las Brujas y la Malicia, prontas y dúctiles, le secretaron razones:

—¿Regalan tanto?, *luego*, deben poseer mucho... ¿Colectan entre todos?, *luego*, se gobiernan a sí mismos... ¿Se gobiernan?, *luego*, carecen de quien los mande: ¡necesitan un Amo!... Tú eres Sabio, Bello, Valiente y Poderoso: Tú serás su Amo y Señor... ¿El Cura es inteligente?, *luego*, es peligroso, pero útil, utilízalo ahora y lo ahorcarás cuando no lo necesites.

—Sacerdote, hombre de bien, —le dijo con meliflua voz al Cura—. ¡Yo te perdono! Irás adonde el que dirige a esa gente inferior y le dirás: “El dueño de todos estos dominios, que es Valiente, Benigno y Poderoso, se digna ofrecerles a ustedes un alto honor que es indispensable que tú y los tuyos acepten. Él te hará Jefe de los Edecanes y vivirás en su palacio, te colmará de beneficios y desde luego has de saber que él se impone el sacrificio de mandar en la región que ustedes habitan, que en derecho es una parte de la de él”. Irás con los arrieros de esa recua y volverás a traerme la respuesta *favorable*.

Habló así, y enseguida le hizo entregar un jumento bien domesticado, que era el del Carbonero, para que efectuara cómodamente el viaje. Ordenó que despidieran a los recueros quedándose con las novecientas acémilas, para evitarles la molestia de atenderlas en el regreso.

—¡Qué hombre tan ladrón! ¡Yo sí que le tengo tirria! —pensó el niño del Carbonero, pero con disimulo ahogaba el temerario pensamiento, sabiendo que ya no había Loro que repitiera lo que ansiaba expresar.

* *

*

Cuando los arrieros regresaban a su lugar, el buen Sacerdote les preguntó de camino:

—Hermanos míos en Jesucristo, ¿cómo es el Amo de ustedes?

—Padre Cura, —le respondieron— entre nosotros no hay amo. Nuestro jefe es sólo Síndico municipal. Para Síndico lo escogimos, nada más. Al principio vigilábamos su conducta, ya no. Su desvelo y constante laborar por el bien de la comunidad son ejemplares, convencen de que *el cargo es carga*. A los que desearon competir con él, ahora habría que reclutarlos, pues prefieren domar potros y mulos cerreros a esclavizarse así en empleos de la política. Trabaja, trabaja. Parece que ambiciona que su nombre figure en el aula de alguna escuela, cuando muera. Los ancianos lo aconsejan, y oye consejos; ama a los niños, nuestro Cura lo bendice y los adolescentes lo admiran cuando cabalga en su brioso alazán, porque se figuran que en el mundo ningún hombre es buen jinete como él. Su ganado y los nuestros pastan juntos en bosques y sabanas, y ninguno se preocupa en averiguar si posee tantas reses como él. En las verjas de su residencia, igual que en las nuestras, florecen enredaderas y cuando nos reunimos en su hogar nos sentimos en casa propia, porque nadie es tan sencillo y agradable como él.

—No se parece al vecino... —apuntó un impertinente entre los que iban delante. y silbó imitando a una manjuilita que trinaba en la rama de un espinillo avisando el regreso.

—Pues el otro tampoco es malo, —objetó el buen Pastor, arreando su burro— porque, ¿qué es con frecuencia lo que

suelen calificar de maldad en el hombre? Una que otra forma del humano egoísmo que se precave de sorpresas y mudanzas adversas de la fortuna. En el fondo, cobardía más que maldad precisamente. Y la cobardía, ¿qué es sino sufrimiento? ¿Y hay sufrimiento que sea indigno de compasión? Hermanos míos, son almas débiles rondadas por el Maligno que no descansa en sus tentaciones.

—Padre Cura, puede ser que así sea; pero esas razones no son claras para nosotros, —le respondieron.

Caminaban, caminaban hablando animadamente y, sin cansancio, llegaron al lugar de los arrieros.

—Flores... flores... ¿para qué cultivarán los de aquí tantas flores? —se preguntaba el Sacerdote; y como había contraído con los años el inútil hábito de razonar, se preguntaba en el deslumbramiento de tantas y tan variadas flores y la invasión de perfumes si en la afición desmedida a la belleza natural no está implícito el deleite, y si el deleite aún en la manifestación más inocente no inclina al extravío del alma.

Los viajeros se acercaron a la vivienda de uno de los ancianos de la población, quien indicó que los habitantes se reunieran en asamblea en la plaza pública para que todos se enteraran del resultado del viaje. Acudieron muchos. Varias de las mujeres llevaban niños a horcajadas en los cuadriles. De la muchedumbre salía y se iba ensanchando hondo rumor. Callaron, atentos, cuando uno de los arrieros hablaba del viaje diciendo lo que había visto, agregando al finalizar:

—Nuestra torpeza es grande y nos multamos: pagaremos durante un mes el sueldo de tres maestros de escuela. No hemos podido comprender parte de lo que hemos visto. Todavía no acabamos de entender por qué los de aquella comarca se resignan a vivir enclenques y sumisos presenciando a un mandón y sus numerosos Edecanes, gordos, que se regodean en un palacio, sin nunca haber trabajado.

Los que escuchaban, hombres, mujeres y adolescentes, se dieron a cavilar rascándose cada uno la cabeza sin atreverse a justificar la multa: que tampoco ellos comprendían lo que acababan de oír.

El mensajero del Amo pidió audiencia para exponerle al superior de la municipalidad el motivo de su viaje; pero éste le dijo con franqueza:

—Padre Cura, permítame hacerle saber que aquí no acostumbramos tratar en privado lo que a todos interesa.

Entonces el Mensajero explicó pormenorizadamente la proposición del Gran Señor, Amo de todo.

Renovóse, dilatándose aún más, aquel rumor de colmenas. A poco las mujeres comenzaron a lamentarse de haber contribuido a un donativo que iba a costarles tan caro. La asamblea amenazaba volverse tumultuosa cuando el Cura del lugar, que era un anciano, habló de la siguiente manera:

—Hermanos míos en Jesucristo... (Callaron todos con el respetuoso silencio con que acostumbraban a oírle pronunciar los sermones desde el púlpito). Se nos impone la guerra o la servidumbre. Somos pocos y pacíficos, carecemos de armamentos y ni sabemos manejarlos ni debemos pelear. La mar es más ancha que la tierra y, puesto que ambas son fecundas, con voluntad y esfuerzos se puede vivir en cualquier lugar del mundo: en la tierra o sobre el mar. Vámonos de esta comarca.

Al instante el Síndico municipal, que era prudente, pidió permiso para hablar y dijo así:

—Hermanos: nuestro amado Pastor, que es el orientador más fidedigno, con su acierto de costumbre acaba de expresar un sentimiento cristiano y conceptos razonables. La mar y la tierra son fecundas en beneficios, mediante el trabajo del hombre. Pero el Gran Señor tiene apetencias insaciables y la ambición de un hombre suele ser más vasta que la tierra y que la mar. ¿Adónde ir? La malicia le ha secreteado que lo nuestro debe ser de él y que nosotros hemos de pertenecerle. Nos declara propiedad suya. Cuando nuestros rebaños fueron a pastar lejos, no por eso dejaron de ser nuestros, ellos y hasta los hijos de sus hijos. Dios habla por boca de nuestro venerado Sacerdote cuando ordena: "No matarás". "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Pero nosotros destruimos al animal dañino que ataca a nuestro ganado, porque no es prójimo nuestro. Pensemos esta noche si el Gran Señor no es la más peligrosa de las alimañas, preparémos a defendernos y... y que el resultado lo decida Dios.

Las campanas llamaron a oración, y cuando los dos eclesiásticos alzaron las manos pidiendo la bendición del Altísimo, vieron en jirones de blancas nubes, huyendo, a los Serafines: porque un Cometa de encendida y espantosa cola amenazaba asfixiar a los pobladores de la Tierra.

* *

*
.

Cada manjar fue seguido del licor que según la regla le correspondía. El vino rancio lo reservaron para el plato principal: las perdices en conserva que mandaron de la vecina región. Y es que tan pronto el Cura y los recueros se alejaron se manifestó en el palacio la alegría, celebrando de antemano la conquista que iban fácilmente a realizar. Repartieron víveres entre el buen pueblo obediente y los elegidos se sentaron a la mesa de un festín, junto al Señor. Los aplausos, cuando él se acercó sonriente, se repetían coreados con vítores ruidosos:

—¡Viva el varón inigualable, cumbre de cumbres! ¡Hurra al Valiente! ¿Quién no celebra sus hazañas?

Ufanos, comían; comían y bebían, bebían, bebían. Parpadearon las luces en los candelabros, próximas a extinguirse, cuando la desconfianza —vieja familiar de los gobernantes— aruñó el corazón del Amo. A su vista, repentinamente se formaron tres conjeturas de fuego:

—En este momento se están mofando de ti. El Cura, que te conoce bien y sabe que no eres grande ni fuerte, vengativo aprovecha la oportunidad para traicionarte pasándose al enemigo. Antes de irse, ¿no habrá sugestionado al cocinero para que te envenene? Ponte en guardia.

Sonrisa despectiva apagó la endemoniada duda y adormeció la sospecha; pero en cambio se le iban acentuando un desasosiego y punzantes escozores en el vientre. Dedos invisibles le clavaban las uñas en los ojos y las sienas; brasas le quemaban el estómago y puntos cárdenos aparecían en su rostro, se multiplicaban, crecían y se volvían negros extendiéndose a manera de gotas de tinta caídas en papel secante. Retortijón más agudo y duradero, atizado por el licor, le fijó la peor sospecha: "Sí, las perdices tenían veneno... Sí, el cocinero se vendió y te ha envenenado". ¡No! ¡No! Estoy borracho: borracho igual que mis estúpidos Edecanes.

Dudas, fantasmas y sobresaltos le embrollaban las ideas. Inclinado sobre el arzón de la silla corría en el caballo negro. Cabalgaba orgulloso hacia la vecina región, rica de placeres y rebaños. El caballo galopaba, parándose de vez en cuando daba

sonoros relinchos que al principio repercutían con metálico alborozo; pero el peso del jinete lo agobiaba, le obligaba a jadear, y los nervios, las carnes y la piel se le fueron escurriendo licuados en copioso sudor. De repente el caballero sintió, en los talones entumecidos, que las rodajas de las espuelas rozaban la osamenta, e instantáneamente advirtió que iba montado en el caballo de la muerte. Tembloroso, trató de apearse para pedir amparo. Le daba vergüenza de llamar y de gritar y, sin embargo, se estaba muriendo de retortijones y del miedo de morir. Los dolores arreciaron:

—¡Dios mío! ¡Que venga el médico a sacarme del estómago estos alacranes furiosos! ¡Que venga el Cura! —suplicaba con voz que no parecía la suya.

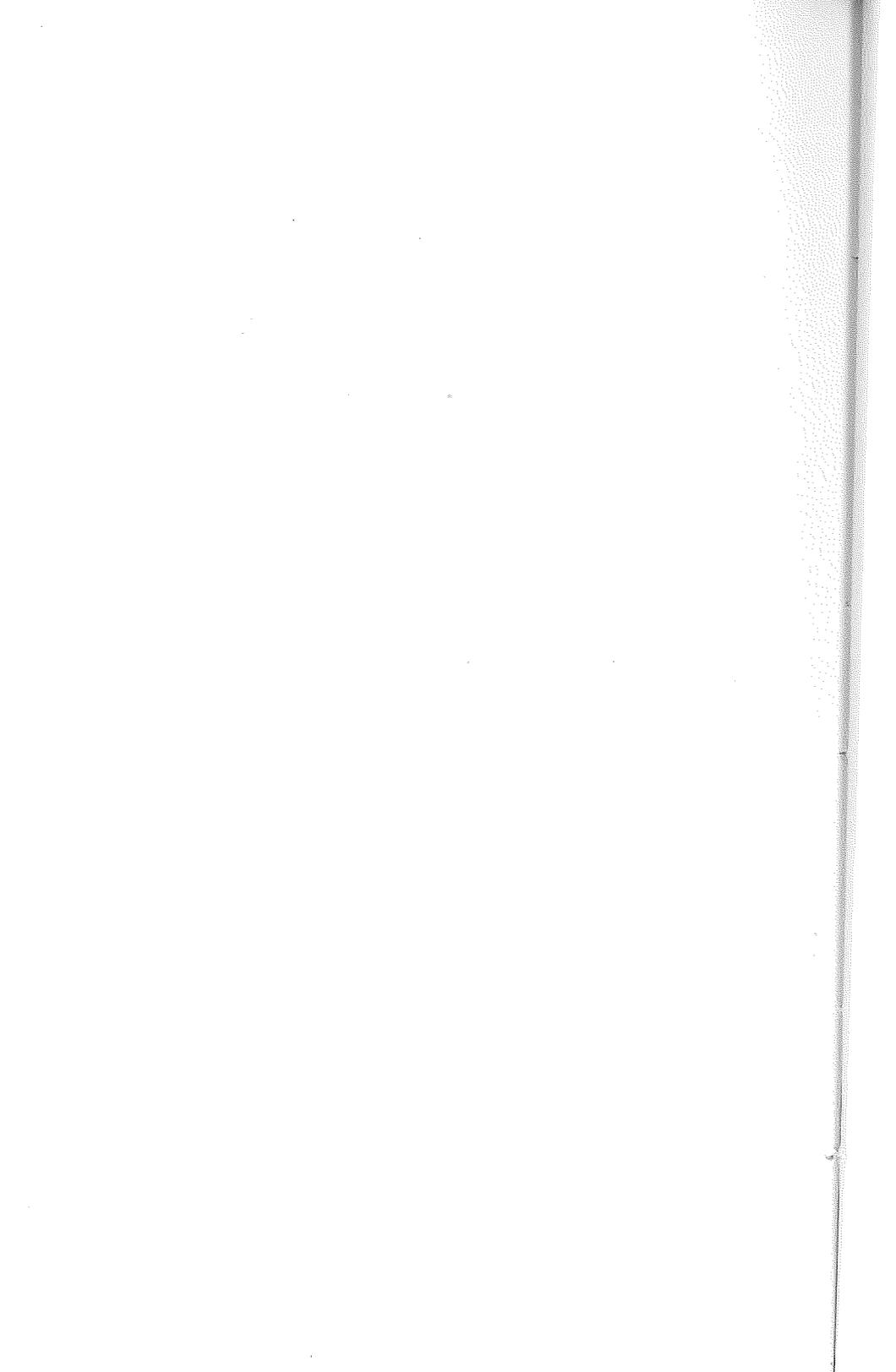
El vientre ¡su vientre!, era de vivo azogue, cual si las culpas viejas y los pavos y perdices del banquete aletearan por salir volando de él. Incoercible convulsión le subía de las piernas a la garganta. Pero la gana de vivir no se rendía. Quería que lo perdonaran. Sin dejar de ser él se prometía ser diferente en lo porvenir. Una vez más intentó pedir auxilio... (¡Dios mío! ¡Dios mío!) y del pecho, hueco de sonidos, no le salía la voz. El cráneo se le llenó de sombra y un turbión de dolores lo borró del mundo.

Murió sin alcanzar los últimos sacramentos por haber pretendido que lo pusieran en el altar del Templo y lo adoraran, como a Dios.

.....
En vez de hacer gemir la campana mayor avisando la sorprendente vacante, el bendito Sacristán —¡siempre tarambana!— ha dado toques llamando a misa. ¡Señor! ¡Señor!

—¡Señor Cura! ¿Quéee? ¿No se va a levantar hoy?

—¡Jesús, muchacho!... Interrumpiste la revelación.



EL TESTAMENTO DEL ABUELO

*A Polibio Díaz Quirós,
en sus quince años.*

Tres días antes de morir Don Quijote dictó su testamento. Testamento lleno de sabiduría, sabiduría racional, humana sabiduría, como la del cura de la aldea y la del bachiller Sansón Carrasco: *¡tan diferente del divino soplo que inflamó toda su vida impulsándolo a imponer en el mundo la justicia!*

.....
Alonso Quijano *el bueno* se estiró en su lecho para morir. Pero de pronto su cuerpo, largo y enjuto, fue agitado por temor extraordinario. Quiso enderezarse, ¡pero sintió que no podía moverse! Quiso alargar el brazo para empuñar la espada — espada más poderosa que la Durandarte de Rolando y la Tizona del Cid— ¡pero ya el infatigable brazo no le obedecía! Entonces quiso pronunciar palabras para corregir la última injusticia; pero su lengua, una de las lenguas más elocuentes que ha tenido el mundo después de Jesucristo, muda, ¡ya no le obedecía! En el momento supremo, lleno de suprema angustia, el perfecto caballero comprendió que iba a morir abjurando de sus obras; que el juicioso testamento anulaba su destino y mancillaba sus grandes hechos como infame apostasía.

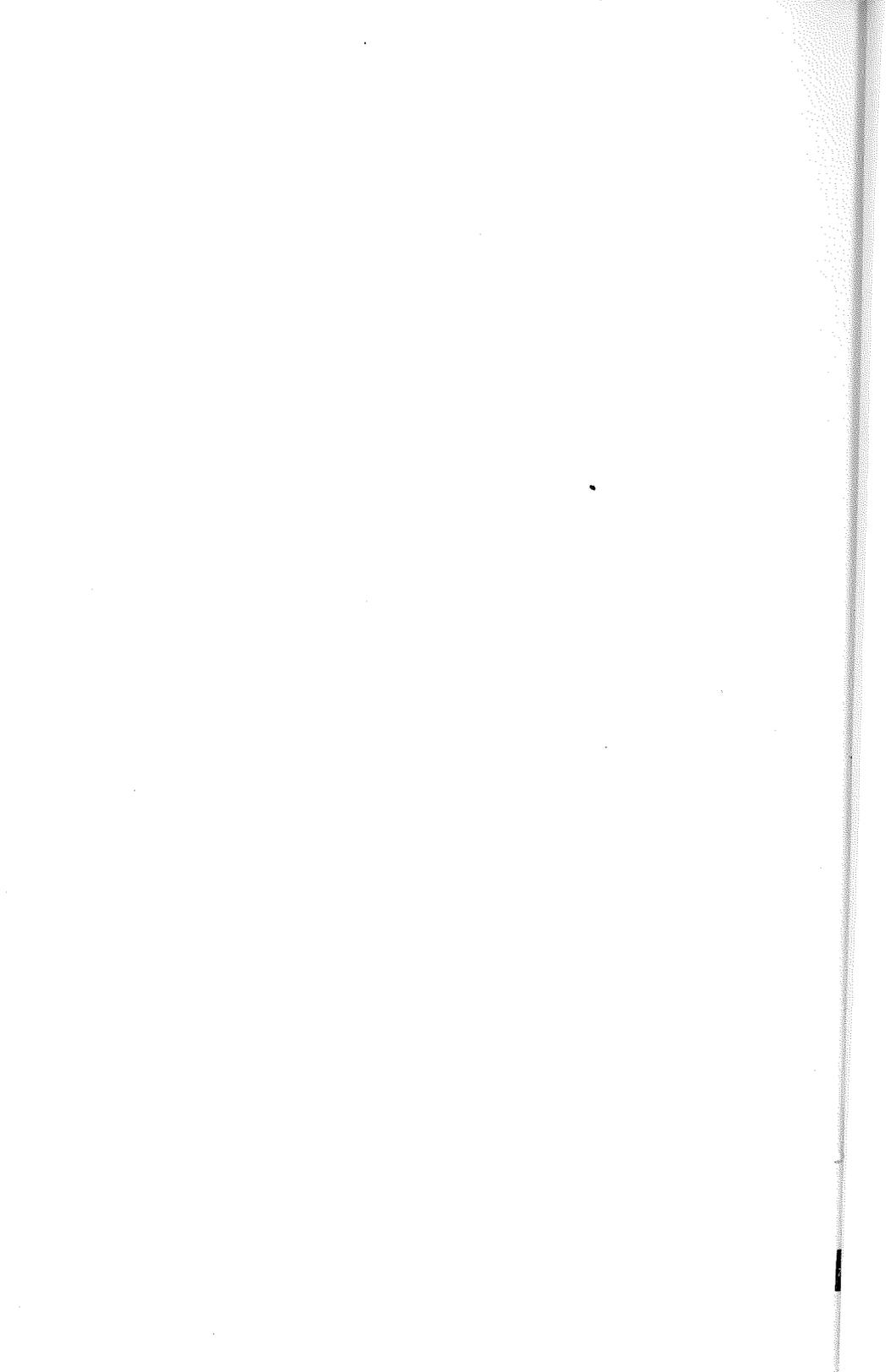
En reacción de pensamiento, Don Quijote se dio cuenta de que *su* testamento no era *de él*: que lo había dictado presa de un extraño encantamiento; que su envidioso enemigo le había deslizado en el juicio razones de Sancho Panza que desvirtuarían toda su vida rica de azares y de fortuna.

Las pupilas se apagaban... ¿El *perfecto caballero* iba a morir como un cualquier renegado?

¡Oh, no, no debía ser!

Entonces la voluntad hizo el esfuerzo postrimero para ver y de súbito vio el ideal de su vida convertirse en luz. Ya la luz que alumbraba el aposento no era la de los blandones: era la de la justicia, era la luz de sus obras. Con el último aliento esta luz se iba extendiendo, extendiendo, extendiendo... y como la antorcha solar iluminaba al mundo.

ÍNDICE



NOTA

Manuel Rueda	7
SÓCRATES NOLASCO: VIDA Y OBRA	
Carlos Esteban Deive	11
Biografía del autor	15
La obra literaria	22
a) Los cuentos folklóricos	23
b) Los cuentos costumbristas	32
c) El ensayo literario	41
La obra periodística	53

CUENTOS DEL SUR

Ángel Liberata (Leyenda épica)	57
Se casa Ciprián	69
El secreto	75
...Que Antonio Blas perdió el alma	83
25 + 25 = 50	89
Tres relatos del señor Miguel	
I.-Embrujado	95
II.-Como terminó el Jubí	103
III.-Voces en el camino	107
Rojos y azules	111
¡Don Sebastián se entusiasma!	125
De cuello largo	131
Don Zoilo	135

Cuentos Cimarrones

Palabras de orientación	145
1.-De cómo el hijo del Destino corrigió su suerte	155
2.-De lo que vino a encontrar el que buscaba lo que no se le había perdido	163
3.-De cuánto costó saber quien era el Innominado	173
4.-En donde se prueba que Siña Eufrasia venció al Diablo en dos ocasiones	179
5.-De cómo Ezequiel se le disfrazó a la muerte	185
6.-¡El príncipe botarate asentó cabeza!	191
7.-Mi casa, y mi hogaza	199
8.-De cómo merced al verdugo se cumplió el destino	203
9.-Marcos el rico y Basilio el afortunado	213
10.-Blancaflor	223
11.-La copla que escribió un rey verdadero	233
12.-De cómo un legado se convirtió en castigo	243
13.-La enseñanza de la culebra y la lección del gallo	249
14.-El baile de las lechuzas	255
15.-En donde se trata de los tres consejos	263
16.-Gamelo	277
17.-El milagro que hizo un pedazo del paño en que anduvo envuelta el Ánima Sola	281
18.-Por qué lloran los caimanes	285
19.-Otra vez Juan Bobo y Pedro Artimaña	289
20.-Una lección de Jesucristo a San Pedro	295
21.-El barrancolí se querrela contra el cerdo, que le rompió una patica	297

El Diablo Ronda en los Guayacanes

El Diablo ronda en los guayacanes	301
Ma Paula se fue del mundo	311
Gente de la aldea	319
Diálogo en la sombra	333
¡Era una revelación!	339
El testamento del abuelo	349

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.- Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
1.- Cuentos.

De próxima aparición:

- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.

Este libro se terminó de imprimir
el día 24 de octubre de 1994
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana